



El
PEREGRINO

ERNESTO CÁCERES

Lectulandia

¿Qué harían si un anciano moribundo les pide que custodien un secreto que ha permanecido oculto por años y que tiene que ver nada más y nada menos que con una vieja pregunta que se hace la humanidad: «¿estamos solos en el Universo?»?

El peregrino narra las vicisitudes de un hombre que se ve, de repente en otro país, al que ha sido llevado por una nave espacial, una nave de otro planeta, cuya existencia no puede confesar a nadie por temor a que lo encierren en una institución psiquiátrica. También habla del respeto a la voluntad de un hombre bueno, que en su vida dio su máximo esfuerzo por ayudar a los otros, a descubrir la aventura de leer y escribir sus propias ideas. Un hombre que parecía aburrido, pero que guardaba un secreto increíble en la niebla de su memoria.

El Peregrino es la historia de un hombre que debe recorrer muchos caminos y en cada uno de ellos, crece un poco más como ser humano. Solo él, sabe la respuesta de si los seres humanos podemos comunicarnos con seres de otras inteligencias o si solo nos limitaremos a jugar con unos extraño dados triangulares y mover nuestros peones para intentar sacarlos de un laberinto, el laberinto de la existencia.

Lectulandia

Ernesto Cáceres

El peregrino

ePub r1.0

Titivillus 14.10.2017

Ernesto Cáceres, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a mi madre, en recuerdo de esas noches de verano, cuando dormíamos en el patio y me enseñaba que había que hacer cuando se veía una estrella fugaz.

Si es que no encuentras la alegría en esta tierra,
búscala hermano más allá de las estrellas.

Himno a la Alegría

1

Siempre quise ser escritor.

Recuerdo que en la edad que los niños sueñan con ser como tal o cual famoso jugador de fútbol, yo escuchaba los nombres de escritores en documentales que veíamos en la televisión y yo quería ser como ellos, aunque no sabía muy bien, o mejor dicho, por mi edad, no tenía la más pálida idea, de que se trataba el oficio.

Cualquier información que aparecía en la diarios y revistas sobre literatura, sobre la vida de un autor, yo la guardaba como si hubiera encontrado la pista de un tesoro y la leía y releía hasta sabérmela de memoria. Fui formando de a poco mi panteón de héroes y próceres, un lugar que no siempre coincidía con los gustos, digamos... «oficiales», de la intelectualidad.

En la edad que todos deciden qué estudiar, yo pude elegir Literatura, es decir, Letras modernas, Literatura contemporánea y esas cosas, pero no. Elegí otra profesión más relacionada con la tecnología que al final terminé abandonando por una cuestión de presupuesto familiar; empezaban a acumularse los impuestos y vaciarse las alacenas de víveres. Comencé a trabajar de lo que pude hasta que me convertí, no sé si decir en lo que quería o en lo que hacía mejor, pero al fin de cuentas, me convertí en detective privado y este oficio se convirtió en una buena fuente de ingresos con sus cosas malas y buenas, como todo. Disculpen... aún no les he dicho mi nombre y es que en el afán de ordenar un poco el caos de recuerdos y sensaciones... a uno se le pasan por alto las cosas... Mi nombre es Enrique, un detective privado... con inclinaciones de escritor... Allí, les decía, en mi pequeña oficina, a veces para exorcizar fantasmas y recuerdos, comencé otra vez, con la minuciosa tarea de la reconstrucción de mi panteón de héroes de la profesión que había escogido aprender en forma libre, casi bohemia. También debo decir que no hubo quietud o el silencio de los monumentos, en ese panteón de héroes de mi biblioteca. Hubo polémicas y juicios. Hubo coronamientos y destierros. En mi búsqueda libre, y genuina, intenté un imposible; hacer de carne y hueso, las estatuas, los bustos de mis próceres, es decir, mientras en la sociedad que los había consagrado como premios Nóbel, o multipremiados escritores famosos, su recuerdo era de bronce, yo traté de buscar al ser humano que había vivido, que había amado y odiado, que se había enfrentado a sus propios miedos y monstruos, o se había escondido detrás de un escritorio hasta que la muerte los había alcanzado. Y muchas veces, la historia personal de muchos de ellos, era mucho, muchísimo más interesante que sus obras.

Pero un día apareció él, el profesor Guillermo, solo me referiré a él, de esta manera. El profesor Guillermo era un hombre que tenía además de glóbulos rojos y blancos en su sangre, los glóbulos de la enseñanza. Solo diciendo esa afirmación temeraria, imposible de comprobar científicamente, se explica que, había trabajado más de veinte años de su vida como profesor de literatura en varios colegios privados

y estatales y ahora, ya jubilado, tenía en su casa de la Avenida Vélez Sarsfield, un taller literario, para continuar con su vocación de enseñar otro tiempo más.

Era un hombre delgado de cuerpo, más bien pequeño de tamaño, con unas grandes entradas en su frente, y motas de cabello blanco sobre sus orejas y en la nuca. La frente era amplia con grandes arrugas, y algunas pequeñas manchas rosadas, propias de la edad. Los ojos eran celestes, de un celeste claro, como el cielo apenas nublado de los días de invierno. La nariz aguileña parecía tallada en mármol blanco y junto con una cuidada barba que se empeñaba en conservar algunos cabellos rubios, le daban un aspecto venerable, de un sabio, de un patriarca, al que los jóvenes deben buscar para consultar sobre algún problema, esperando la frase, a veces certera y la mayor cantidad de veces, enigmática, como la del mítico Oráculo de Delfos.

El profesor Guillermo vivía con una hija que le ayudaba a administrar todo lo referido al taller de mala gana, porque entendía que a su edad, lo mejor que podía hacer era remitirse a descansar; había trabajado desde que tenía memoria, a veces en varios colegios al mismo tiempo, para poder llegar a fin de mes, debido a que el sueldo de un profesor de literatura, no ha sido mucho, ni en los tiempos duros de la dictadura militar, ni en los difíciles tiempos de la democracia y ya era hora de que se decidiera a descansar. Toda hija quiere a su padre, y quiere lo mejor para él, así, la mala gana desaparecía como por arte de magia, cuando lo veía, sentado en su mecedora, con un semicírculo de alumnos de diferentes edades, sentados a su alrededor, y él, hablando de Horacio Quiroga, de Edgar Allan Poe, o de un poeta como Machado o Neruda, con la pasión de alguien que los ha conocido y tratado como amigos íntimos.

Un buen cliente, convertido después en amigo, el contador De Lorenzi, me habló de él, cuando yo le confesé que escribía algunos cuentos y que preparaba los borradores de una novela, la novela, que todos los escritores ansiamos escribir y que nos lleve, del anonimato a la gloria.

—Sería bueno que conocieras a un profesor de literatura para que te ayude en algunas cosas... no sé, dudas, que te dé consejos. Es un auténtico maestro. Se llama Guillermo, tiene su taller literario en...

—No se ofenda contador, pero no tengo tiempo. Salgo tarde de la oficina... bueno, cuando estoy revisando algunos papeles, y cuando no estoy, ando de aquí para allá, persiguiendo a un sospechoso hasta descubrir que no lo es... y hasta que llego a casa y...

—¿Te gusta escribir?

—Sí, por supuesto.

—Entonces vas a encontrar el tiempo. Acá tenés la dirección. No cobra muy caro.

Guardé la dirección en el bolsillo de mi camisa en silencio. No quería discutir; yo había decidido que mi búsqueda debía ser solitaria y libre.

—Lo voy a intentar.

—No te vas a arrepentir —me dijo sacudiéndome con una fuerte ternura el

hombro derecho y luego agregó en tono casi de confesión llevándose sus lentes de marco grueso hacia atrás con un dedo—. Además... a este hombre le encanta enseñar. Es su pasión.

Y no exageraba en nada. Llegué esa tarde, casi de noche, como a las 19 horas, y me decidí a buscar a ese profesor del que con tanta seguridad me había hablado mi amigo. Había un aire un poco fresco y la oscuridad ya se manifestaba en un otoño un tanto extraño, con mañanas frescas, tardes calientes, y atardeceres tempranos. Me sorprendió encontrar la puerta semiabierta, me recordó la hospitalidad de los pueblos del interior, un costumbre ya perdida en muchos de ellos, por la inseguridad. El profesor Guillermo hablaba ante sus alumnos y yo solo entré en la sala y me senté en la última silla, tratando de no interrumpir. Una muchacha, de cabello largo y rubio, que abrazaba un cuaderno siguió mis movimientos con la cabeza, yo la saludé con un pequeño ademán y ella me respondió con una pequeña sonrisa. Después supe su nombre, se llamaba Paulina y era nada menos que la hija del profesor. Todos escuchaban con atención; había señoras de aparente reciente jubilación, hombres de igual edad, un par de chicos jóvenes y hasta una monja.

—Todo en Quiroga, tiene una especie de velo trágico... el padre que sufre un accidente mortal con un machete... la esposa que sufre la... digamos, peste de «El almohadón de plumas»... ¿alguien sabe el porqué? —preguntó irguiendo un poco la cabeza, esperando la respuesta de alguno de sus alumnos.

No pude contenerme y levanté la mano como en el colegio.

—¿A ver? Decinos tu nombre primero.

—Me llamo Enrique y buenas noches para todos.

—Bueno Enrique. ¿A qué creés que se debe esa especie de velo trágico como le llamo yo, en la literatura de Horacio Quiroga?

—Es debido a su vida... yo leí en una revista que... sufrió mucho desde adolescente empezando por un accidente de caza en la que perdió la vida el mejor de sus amigos, y él, estuvo involucrado aunque no tuvo la culpa... luego su padre, que se suicidó y así. Eso influyó mucho en su obra.

—Muy bien... —comentó con una sonrisa de satisfacción—. Sí... fue una de esas personas que tuvo un vida difícil... Él mismo se terminó suicidando y dos de sus hijos también... Bueno... —miró a su lado y sonrió cruzándose se brazos—. Mi hija me dice todos los días que haga más cortas las clases... y hoy le voy a hacer caso... Es todo por hoy, damas y caballeros... —todos los alumnos ya habían empezado a levantarse cuando los interrumpió—. Pero no crean que los voy a dejar que se vayan sin darles tarea como en el colegio ¿eh? Me tienen que traer un cuento... aunque sea una sola hoja... usen «El almohadón de plumas» y quiero que imaginen otro final... el que gusten... más lindo, más triste, más feo... no sé. Traten por unos minutos... de ser Horacio Quiroga y dejen volar su imaginación... los veo el próximo jueves.

Todos comenzaron a irse acomodando su silla en un rincón. El profesor se puso de pie con una gran sonrisa en su rostro.

—Buenas noches profesor.

—Buenas noches muchacho. Tu debés ser el amigo del contador De Lorenzi ¿no?

—Me da mucho gusto que el contador me llame su «amigo». Así es.

—Bueno... contame que te pareció mi clase. Llegaste cuando estaba terminando pero... no sé... Me callo así podés hablar.

—La clase me gustó mucho... —los ojos se me fueron hacia la muchacha que me miraba con la misma atención que los alumnos escuchaban al profesor. Tenía los ojos de un color parecido a la miel y la piel algo rosada en la nariz y la frente. Quizás tenía mi misma edad, pero al ser bastante delgada parecía más joven—. Pero... no creo que voy a tener el tiempo justo para venir todas las semanas.

—Bueno ¡qué lástima che! Pero te gusta la literatura ¿no es cierto?

—Lo que más me gusta es leer y escribir. Desde que tengo unos doce... once años.

—Igual podés venir... cuando puedas y traerme algo tuyo.

—Eso me gustaría más...

—Claro... bueno ahora te quiero comprometer a que vuelvas y para que eso pase... te voy a prestar un libro... ¿qué más te gusta?, ¿poesía o narrativa?

—Por ahora... narrativa. Aunque tengo una docena y un poco más de poemas escritos...

—Los quiero leer ¿eh? La poesía es algo muy personal..., los cuentos, las novelas también, pero en la poesía un pone sus sentimientos más íntimos a veces, los que solo se atreve a confesar al papel —miró a su hija y luego a mi—. Como un amor secreto por ejemplo...

La chica se ruborizó y exclamó un sufrido: ¡Papá!, porque seguro había comprendido que la indirecta era contra ella y contra mi.

Buscó en una pila de libros, leyó los títulos y finalmente se decidió:

—Aquí está: «Crónica de una muerte anunciada» de García Marquez. Quiero que lo leas tranquilo, y que después me digas, que aprendiste, que te pareció... esas cosas. Hay mucho del periodista en sus libros, pero también hay mucho de la vida, que en suma, es de lo que se trata la literatura. Ha sido un gusto Enrique —agregó acercándose su mano.

—Para mi también.

El profesor se fue, tras un decir: «Disculpen...» y la muchacha me miró abriendo grandes sus ojos.

—Voy a necesitar tu nombre y un teléfono de contacto por cualquier cosa...

—Claro.

—Mi nombre es Paulina y soy la hija del profesor.

—Debés estar muy orgullosa de él.

—Sí, por supuesto y él de mi. Dice que soy el alma del taller, pero no es así. El alma de todo esto es él.

Hablamos cosas sin mucha importancia y me despedí de la muchacha dejándole

saludos para su padre. El profesor, de una manera muy astuta, me había comprometido a que vuelva, nada menos que con una especie de resumen de un libro. Recuerdo que me fui, obligándome a concentrarme en el tráfico, que se movía por la avenida a veces a oscuras, pero causándome algo de intriga la sonrisa de aquel hombre, casi pícara, de quien descubre en un desconocido a un nuevo alumno, o tal vez, de un astuto maestro que ha conseguido de alguna manera que un discípulo cargue con una tarea o asuma un compromiso, casi sin que él, se dé cuenta. Y también los ojos de Paulina, aunque presentía que ella, ya no caminaba sola por la vida.

Llegué a mi casa y casi me desprendí de mis obligaciones lo más rápido que pude para sentarme unos minutos a leer. Comenzó a gustarme el estilo de García Márquez, contar una historia, como si realmente la hubiera visto, como testigo o casi de protagonista. No pude contenerme en pensar que sí, que la había vivido o visto de muy cerca. Recuerdo que leí el libro en unos siete u ocho días y decidí regresar. Un cliente había prometido llegarse por la oficina y se estaba tardando bastante así que tomé como excusa su tardanza para salir. Como siempre, llegué cuando el taller ya había finalizado y el profesor se había retirado ya a descansar. Igualmente era una grata sorpresa encontrarse con esa muchacha, simpática y trabajadora a la par de su padre.

—El profesor se fue a descansar ya... tuvo un día pesado... tuvo que ir al médico, en fin, muchas cosas y está grande ya.

—Claro, lo comprendo. Aquí está el libro que me prestó. Lo leí y me gustó, aunque será muy difícil que yo imite... bueno algo del autor. Me lleva mucha ventaja en varios asuntos.

—Gracias... —dijo la muchacha abrazando el libro como a un objeto perdido hace tiempo—. Mi padre presta muchos libros en el año y pocos... pocos vuelven. Su biblioteca parece grande y todos creen que es inagotable pero no lo es. Él la hizo con mucho esfuerzo.

—Te entiendo. A veces los padres son demasiado generosos con sus cosas...

—Sí... y no creo que muchos comprendan o aprecien su legado... Disculpá si pienso así, pero...

—Pero es la realidad.

—Exacto. Todos creerían que yo por estar al frente del taller, debo estar agradecida por ver tantos alumnos... y no lo es. Muy pocos tienen esa pasión que tiene mi padre por la literatura... por los libros...

—Me voy. Dale mis saludos y decile que gracias.

—Se los voy a dar.

En ese momento se escuchó la voz del profesor desde dentro de la casa y el ruido de una canilla de agua que luego se cerró.

—¿Quién es Paulina?

—Es... un alumno Papá que te devuelve un libro.

—Ah... decíle que no se vaya...

—Hum... —comentó ella sonriendo—. Me parece que te va a dar tarea...

El profesor llegó secándose las manos con una pequeña toalla.

—Hola muchacho... ¿tu nombre?

—Enrique profesor. Me recomendó el contador...

—Sí, sí, ya lo recuerdo. ¿Y? ¿Qué te pareció el libro?

—Muy bueno... este hombre tiene una forma de contar una historia como si realmente la hubiera vivido... y muy interesantes algunas frases de vida que andan por el texto... andan, es decir, él pone para ir dando pistas del carácter del protagonista... el de la muerte.

—¿Y no escribiste nada? —preguntó poniéndose las manos en los bolsillos de su pantalón gris de vestir.

—No... o sea, como ese texto no. El autor me lleva muchas ventajas... se lo comentaba a su hija hace unos minutos.

—¿Y qué ventajas creés que te lleva el autor? —volvió a preguntar y se sentó en una silla de costado.

—Parece que conoce muchos lugares y costumbres que nombra. Eso hace muy interesante el relato.

—Bueno... parece que captaste algunas cosas del autor... no está mal. ¿Aceptarías otro libro, otro encargo?

—Claro... por que no. Pero solo si pago la cuota que me corresponde como alumno del taller. No creo que sea justo llegar tarde, hacerlo trabajar y encima no pagar nada.

La muchacha me miró y asintió suavemente con la cabeza sonriendo.

—Eso lo arreglás con mi hija... —acotó señalándome con el dedo como si me reprendiera—. Yo mientras tanto voy a buscar... un texto de este hombre... aquí está... «La invención de Morel» de Bioy.

Me lo dio en la mano. Era una edición de esas que se consideran de lujo, con cuidados detalles de encuadernación.

—Para la semana próxima... o para cuando puedas —me dijo encogiéndose de hombros.

—Claro —le respondí mirando el libro y mirándolo a él. Otra vez, el astuto maestro había logrado comprometerme en una tarea, que involucraba una lectura y a su vez, su guía, su consejo.

—Bueno muchacho, que tengas buenas noches.

Le pagué a la muchacha y le di la mano aunque me quedé con el gusto de saber como besaba en la mejilla; hacía muy poco que nos conocíamos y algo natural como un beso de despedida, podía interpretarse mal, además, la sensación de que ella no caminaba sola por la vida ya, era muy presente. Estaba también el hecho de que no debía confundir, su simpatía natural con algo más. Eran fuertes las sensaciones que comenzaba a experimentar, que sentía desde aquel primer encuentro con el profesor,

con su hija, y todo lo que significaba acercarme al taller.

«La invención de Morel», sin duda es una gran obra; hay un interesante relato de intriga inicial, aventura, innovaciones técnicas o científicas y también la parte romántica con la que muchos nos podemos sentir identificados, el hecho de estar enamorados de un imposible, ya que el protagonista se enamora de una mujer, aunque no está seguro siquiera de que está viva. Algunos dicen que tiene un final previsible, yo sinceramente me quedé con ganas de más, tal vez de más intriga o de más aventura en aquella isla apartada de la civilización. Leí el libro en unas dos semanas y me tomé otra para hacer una lectura más lenta, buscando esas frases que lo conmueven a uno como lector, mirando las siluetas oscuras de los edificios, que por momentos se volvían demasiados melancólicas y casi insoportables, si no tenía otra cosa en que pensar.

Me disponía a concurrir el jueves de la semana siguiente cuando algo se atravesó en mi camino; un cliente con un caso relativamente sencillo, y aunque mi pasión por la literatura se estaba despertando muy adentro de mí, había que pagar las deudas que empezaban a acumularse en mi escritorio. El caso, relativamente sencillo se prolongó por cerca de una semana, que si bien, ayudó porque la cuenta de gastos se la pasé directamente al cliente, me retrasó mi concurrencia. Exponer el caso ante mi cliente, es decir, lo que había descubierto, las pruebas y justificar todos los gastos me llevó hasta cerca de las 22 horas de ese día, así que se me hizo imposible concurrir y debí esperar hasta la semana siguiente.

Los días primeros de la otra semana, me parecieron eternos, especialmente el lunes, como si existiera una extraña e inverosímil conspiración para que no llegara el día jueves. El miércoles, estaba cerrando todo en la oficina cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—¿Hola?

—Hola, ¿Enrique? —la voz me sonaba ligeramente conocida. Juro que creí por un momento de que la persona que me hablaba estaba sufriendo de algún modo.

—Sí... ¿quién habla?

—Soy Paulina, la hija del profesor Guillermo.

—Ah... hola Paulina. ¿Cómo estás?

—En realidad mal... Papá ha estado muy enfermo... y quiere verte.

—Ah, como lo siento. ¿Cuándo puede ser?

—Cuanto antes... si pudiera ser esta noche...

—Pero... son casi las diez de la noche.

—Siento mucho molestarte Enrique... pero él está muy mal. Me dijo que insistiera en decirte que es urgente.

—Claro... voy ahora mismo. Cierro la oficina y voy para allá. ¿Sí?

—Te lo agradezco Enrique. No sabés cuanto.

—Una pregunta... vos ¿cómo estás?

—Muy mal... sí. A veces me siento culpable por haberlo dejado trabajar tanto y

no haberlo obligado a que descansara... a que visitara a su médico más seguido. No te molesto más. Te espero ahora entonces.

—Sí... voy para allá. Si hablás con él, decile que se quede tranquilo.

—Bueno... —creo que sonrió un poco—. Te espero.

Diez y cuarto de la noche. Todos los pasillos de las otras oficinas y locales estaban en completa oscuridad y se escuchaba el sonido de algunas puertas que se cerraban y de llaves que tintineaban como lúgubres cadenas de fantasmas. Afuera llovía muy lentamente, el asfalto brillaba con las luces de algunos autos que cruzaban como si fueran perseguidos. Daba un poco de miedo atreverse a caminar por la calle. Los pocos taxis que pasaban, lo hacían con las luces apagadas y a gran velocidad. Si decidía llegar caminando seguramente iba a pescar una pulmonía y si esperaba un taxi libre, también. Pero le había prometido a Paulina que llegaría y debía cumplir con mi palabra.

2

Me oprimía el corazón el pensar en el sufrimiento de un hombre tan bueno como el profesor, que había pasado casi toda su vida haciendo cosas por los demás; enseñando, transmitiendo sus conocimientos generosamente sin pensar en descansar y de su hija, que ahora sufría por él. Ella me abrió la puerta y noté con tristeza las ojeras grises en su rostro, la evidencia que no había dormido bien la noche anterior y tal vez varias anteriores. Había un muchacho sentado frente a una pequeña mesa tomando un café; vestía en forma elegante, traje azul marino y corbata de seda, zapatos de moda impecables como si se tratara de un empresario o un profesional. También era alto, delgado, casi diría atlético, y de lindas facciones. Me recordó a los abogados que casi todos los días tenían reuniones con hombres como el contador, por horas y horas. Antes de que ella nos presentara, yo creía saber quien era.

—Los presento... Alberto, mi novio...

—Mucho gusto —se puso de pie y me adelantó su mano.

—Mucho gusto, Enrique... alumno del taller de profesor.

Ella me miró a los ojos como si intentara descubrir una expresión oculta en mi, como si aquella sonrisa, que me dispensaba las pocas veces que habíamos hablado llevara algo más, un algo más, que yo pensaba que solo era mi imaginación.

—¿Cómo está el profesor?

—Está... mal. Me dijo que quiere hablar con vos... antes de que... bueno, antes de que ya no pueda. Vamos.

Me condujo hasta la entrada del dormitorio y toqué suavemente la puerta.

—¿Se puede profesor?

El profesor estaba acostado en su cama con los ojos mirando fijamente el techo. A pesar de estar muy enfermo... su aspecto era de alguien que contempla serenamente un paisaje. Tal vez, el largo paisaje de todo lo que hizo, y dejó de hacer en su vida.

—Adelante muchacho... adelante.

Acerqué una silla y me senté. El dormitorio era sencillo, la cama, la mesa de luz, un pequeño toulet con un espejo en una esquina y la infaltable biblioteca de un amante eterno de los libros.

—Quiero que cierres la puerta y uses la llave —me ordenó seriamente apuntando lo que decía con un dedo.

Así lo hice.

—Los que están afuera son su hija y su novio.

—Sí... pero no quiero que escuchen lo que voy a decirte. Si hay algo a lo que uno tiene derecho cuando se llega a viejo, es decidir en quién confiar... Alberto será un buen abogado... pero no creo que comprenda algunas de mis cosas... de mis manías. Enrique... estoy viejo, pero sobre todo estoy enfermo... cuando llegaste a mi taller sentí una gran alegría. Llamalo presunción... o locura no sé, pero creí que había encontrado a un auténtico escritor... se puede pasar muchos años enseñando y no

conocer a ninguno. Yo enseñé por años en colegios públicos y privados... tuve excelentes alumnos... pero nunca uno que quisiera escribir... lo malo era que no teníamos mucho tiempo para aconsejarte lecturas... y trucos del oficio... en el libro de Bioy encontraste fantasía... posibilidades técnicas... la fantasía, si te es agradable, no debe faltarle nunca a un escritor, de hecho, siempre está imaginando nuevos mundos... desde la línea de un poema... a una novela de cien capítulos... todos son nuevos mundos que presenta al lector... en García Marquez... leíste un relato que parece, que da la impresión de alguien que también... ha conocido lo que narra, lo que describe... es decir... que si puedes... tenés que viajar y conocer... eso ampliará tu visión de las cosas, de la realidad... Quiero que busques en mi biblioteca un libro de tapas azules...

Me topé con textos clásicos y *best sellers*, Sidney Sheldon, con Cervantes. *El Cantar de Mío Cid*, y *La isla de las tormentas* de Ken Follet, ediciones en rústica y algunas de colección. Finalmente lo encontré y se lo di.

—Aquí está... —susurró casi con un suspiro—. Este es un libro que significa mucho para mí... y quizás también para ti... es un libro viejo, es decir que tal vez, ya lo hayas leído... se llama *El Hombre Ilustrado* de Ray Bradbury.

—Le leía unos cuentos... y tuve la fortuna de ver la película... que es bastante fiel al libro...

—La película... si me había olvidado de ella también... es que cuando se está llegando a viejo... uno se olvida de muchas cosas... ¿qué opinas de la ciencia ficción?, del género literario verdad.

—Bueno... yo... no sé si como niño... o como ser humano interesado en esas cosas... vi todo lo que pude... leí todo lo que llegó a mis manos sobre ciencia ficción... viví la década del ochenta en la que había muchas series muy buenas que estimulaban las ganas de saber más y más... de los chicos, no como ahora que piensan en otras cosas... leí todo sobre el viaje a la luna...

—Yo te hablo de ciencia ficción...

—Sí, lo que pasa es que yo pensé que para escribir buena ciencia ficción había que saber, mucho de ciencia y de tecnología.

—En eso estamos de acuerdo. Muy buen punto. Continúa.

—Y bueno... un día tenía apenas cinco pesos en mis bolsillos y no muchas perspectivas de conseguir un buen trabajo por un... por un tiempo. Leí un artículo que salió publicado en una revista que decía que el viaje a la luna había costado como 900 000 millones de dólares de la época y pensé que yo no podía imaginar una nave espacial que costara, ni siquiera la mitad... y simplemente me desilusioné... aunque siempre llegaron a mis manos... artículos, cosas... luego vino toda esta revolución de teléfonos inteligentes... que son pequeñas computadoras... la red de redes que nos permite comunicarnos con cualquier persona del mundo... y todas esas fantasías apocalípticas con la tecnología se fueron diluyendo... pero... ¿me llamó para que hablemos de ciencia ficción?

—Enrique... me queda muy poco tiempo de salud...

—No diga eso... nadie sabe cuanto tiempo le queda de vida.

—Es cierto... pero los médicos me han dicho que si me cuido... puedo tener una esperanza de vida de unos cuatro años con suerte y con mala suerte... de la mitad. Yo quiero aprovechar mi tiempo para hacerte una confesión... una confesión... difícil... casi es como un legado que quiero dejar en tus manos...

—Parece muy serio...

—Lo es —agregó fijando sus ojos en mi y tomando mis manos con fuerza.

Yo me libré de esas manos que se habían convertido en garras y tomé las de él, con firmeza, pero tratando de llevarle tranquilidad.

—Por que no se lo deja a su hija, a Paulina. Son los hijos los que deben cuidar el legado de los padres.

—Porque Paulina ya ha decidido su destino. Se casará algún día con ese muchacho... que parece una buena persona... solo espero que la cuide y la quiera cuando yo ya no esté para reprocharle sus faltas... No quiero ese peso para Paulina...

—¿Y para mí sí?

—Es diferente. Paulina es una buena persona... pero una persona común... y tú no lo eres... eres distinto y tú lo sabes.

—Creo que no lo entiendo.

—Déjame hablar y luego... si me equivocado... solo te vas y ya ¿de acuerdo?

Asentí con un leve movimiento de cabeza y me acomodé mejor en la silla porque recién ahora me estaba dando cuenta de que esto iba para largo...

—Es difícil decirlo pero... perdóname... perdona a este viejo si dice algo que no te guste...

—Tranquilo, adelante...

—Bueno... tú te sientes a veces fuera de este mundo... te gustaría escaparte a una montaña y allí quedarte a vivir para siempre... como un viejo sabio que se aparta del mundo para encontrarse... encontrar esa verdad que presiente pero que no puede saber dónde está... dónde está... si en los libros... si en la tecnología, en una nueva forma de energía que podría salvar al mundo... en una verdad que cree que le han ocultado desde el principio de la humanidad, a él y a todo el mundo... Decime si no es así...

—Es así... así me siento a veces... pero así no se puede vivir...

—Personas así... como tú... sirven para un propósito... un gran propósito... como custodiar a alguien o algo...

—¿Y que quiere que yo... cuide?

—Esto... —dijo apretando el libro. Lo abrió lentamente y me señaló una página en blanco de esas en las que se consigna la cantidad de ejemplares impresos y la imprenta y señaló unas cifras escritas con una cuidada letra manuscrita—. Aquí... en este lugar... en una saliente de la montaña... hay una cosa... un objeto que puede cambiar tu visión del mundo... pero para eso debo contarte una pequeña... ¡qué digo

pequeña!, una minúscula historia. Yo estaba en una casa de unos amigos en un lugar de las sierras de Córdoba. Había ido allí porque me habían invitado a un asado y palabras van... palabras vienen... que hablar de tal escritor... de aquel otro... de aquel movimiento literario... así me fui quedando y ya hacía dos días que estaba ahí. Ahí... —agregó apuntando con el dedo—. Ahí conocí a la que fue mi novia... y mi querida esposa después... ella me habló de un escritor del que yo había escuchado mucho seguro te suena: H. G. Wells. Conversamos... me sorprendió que una muchacha tan joven tuviera tantos conocimientos... no solo de literatura que estudiaba también... sino de política, de economía... y me dijo: «Tiene un libro que se llama *La guerra de los mundos*. Si lo encuentro te lo presto así lo lees». Yo estaba muy entusiasmado pero quería leerlo antes de irme y me tendría que haber ido hace dos días. Me lo dio esa tarde... y me quedé leyéndolo toda la noche... Iba no sé por qué página... cuando vi una bola fuego que venía por el cielo. Me quedé... ¡paralizado!, y luego me sorprendí aún más cuando esa bola de fuego cayó en lo que yo creía un lugar cercano... nadie en la casa estaba despierto y yo no tenía nadie con quién compartir semejante impresión... así que salí a ver... en medio de la noche... dónde había caído esa cosa... y lo encontré... me tomó como dos horas de camino... pero lo encontré... no era un meteorito... ni un cometa... que dicen que son hielo y piedras... no... nada de eso... era una nave... una nave del espacio... estaba enterrada en la tierra, de costado, me recordaba a esos viejos aviones de la Segunda Guerra que los derribaban y quedaban todos quemados... en medio de la selva... así estaba esa cosa...

Se quedó en silencio con la mirada perdida.

—Profesor...

—¿Qué?

—La historia...

—Sí... la historia... este es el momento de preguntarte ¿creés que estoy loco verdad? Loco de remate...

—La verdad no. Es una historia diferente... no pensaba que iba a contarme algo así. Pero...

—Es difícil de creer... ¿verdad?, un hombre encuentra una nave... una nave del espacio... muy difícil de creer... pero fue así...

—¿Adentro había... tripulantes?

—No... para sorpresa mía... la nave era automática... completamente mecánica... sin tripulantes vivos... no vi enanos verdes con antenas en la cabeza... ni extraterrestres cabezones con grandes ojos... ¡no!, ¡nada de eso! Pero la nave era extraordinaria...

—Pudo haber sido un avión secreto... experimental...

—Yo también lo pensé mucho tiempo... pero al analizar un pedazo de ella... me reveló que los materiales no eran de este mundo...

—¿Cómo es eso?

—Ya te lo voy a contar más adelante. Bueno... pensé que era algo... que la nave no era de este mundo así que... decidí cubrirla con ramas... piedras... cuidando de no dañarla de algún modo y esperando no sé... que apareciera alguien... un sobreviviente... de pronto... mientras miraba todo... la nave, es decir... las luces de adentro... de los tableros de instrumentos se apagaron... como si se le hubiera terminado la energía... y decidí volver a buscarla otro día... con más luz... y tranquilidad.

—Déjeme que aclare algo... usted dice que la cubrió con ramas y piedras, ¿para qué hizo eso?

—Bueno... no quería que los curiosos... otros curiosos como yo, la descubrieran... no sé... la sentí como si fuera mía... como si desde ese momento la nave me perteneciera. Al fin y al cabo hasta ese momento era yo el único que parecía haberla visto. Volví a la casa... intenté dormir pero... no lo conseguí o dormí casi al amanecer... conseguí trabajo en el pueblo... me fui quedando... y cuando tuve un respiro... hice una pequeña excursión a verla... allí estaba... cubierta de ramas como yo la había dejado... noté que el terreno... donde había caído era todo arena... es decir por ahí había pasado hace muchos años... un brazo del río... así que la nave... apenas se había hecho daño al estrellarse contra la tierra... pero no tenía energía... no había forma o yo no la encontraba, de encender las luces... sus instrumentos... la volví a cubrir y me fui... regresé otro día con pala y pico... y la cubrí con más tierra... más ramas... hasta que solo quedó un montón de tierra... una pequeña montaña... artificial... creada por mí... me tomó como cinco días hacer todo eso, sin contar lo que había hecho antes con las ramas, pero antes encontré un pedazo que me pareció muy extraño... esto —agregó sacando una especie de tubo largo de metal que tenía entre sus ropas—. Esto... pude sacar de la nave.

Me lo dio para que lo tuviera en mis manos. Parecía un tubo de metal común y corriente, de aluminio o acero, uno de esos metales brillantes. A lo largo de él había unas minúsculas letras grabadas en el metal. No eran letras latinas ni estaban en ningún idioma que yo pudiera reconocer, como el ruso, o el árabe. Digo reconocer, no porque yo sea un lingüista profesional, sino porque me suelo quedar mirando los manuales de aparatos electrónicos, viendo las instrucciones en distintos idiomas y pensé que podía reconocer algún otro idioma que no fuera el español. Lo miré y se lo di otra vez, pero él me respondió:

—Por favor... quiero que la sostengas un tiempo en tus manos... fuerte como si la aferraras...

Así lo hice y para mi sorpresa, tanta que estuve a punto de dejarla caer, de los costados apareció otra parte como dos pequeñas alas circulares.

—Extraordinario ¿verdad?

—Verdad... ¿qué es esto?

—Se activó con el calor de tu mano... a mí me pasó exactamente lo mismo... Ah, ¿qué qué cosa es? No lo sé... pensé que es una especie de llave... pero no sé donde

puede ir...

—Usted me dijo que cubrió la nave con ramas... en una de esas... no vio dónde iba la llave...

—Puede ser... puede ser... ¿ya ves?, estoy empezando a encontrar algunas respuestas...

—¿Por qué no se lo dijo a nadie en todo este tiempo?

—Porque tuve miedo... miedo de perder a mi familia... mi trabajo que tanto me había costado encontrar y mantener... miedo a que me creyeran loco y esas cosas...

—Usted tenía la nave...

—¡Yo no tenía nada! ¿Quién iba a creerme? ¿El mundo en el que se amenazaban los capitalistas y los soviéticos con sus misiles atómicos? ¿Quién?

—Alguien le hubiera creído... como yo ahora le creo.

Siguió hablando como si no me hubiera escuchado.

—Sin que nadie supiera... volví a mis humildes conocimientos de física... que había estudiado en el colegio, como tú. Calculé el peso específico del tubo... y calculé el margen de error absoluto y relativo...

—¿Y qué descubrió?

—No era aluminio... ni acero, ni siquiera titanio... hice las pruebas muchas veces... las repetí cuando pude comprame una balanza electrónica, para tener más precisión... luego vi las letras... o lo que sean... no son signos cuneiformes... ni jeroglíficos... no sé lo que dicen...

—Pudo consultar con alguien...

—¡Claro que pude! Hubo momentos en que creía que me iba a explotar la cabeza... pero los problemas de la vida se encargaron de que pensara en otras cosas y que pudiera seguir viviendo, como alguien... normal... Tuve amigos en la universidad... ingenieros, profesores de física, aún los tengo, pero todos descreían de la posibilidad de que hubiera alguien más en el universo... alguien que pudiera construir una nave como la que yo vi esa noche...

—Hábleme de la nave... ¿era como dicen... un platillo volador?

—No... no tenía esa forma... parecía algo así como... es muy difícil describirla... tenía... tiene, muchas formas geométricas, prismas... lados con forma de triángulos... ¡ojalá y hubiera sido como una bala! Una bala larga con cuatro pequeñas alas a los costados, como los cohetes que salían en las historietas y después en la viejas películas de ciencia ficción... «El planeta sangriento»... «Cohete K-1»... o «Con destino a la luna». Pero no era así... Tenía una compuerta que se abrió sola un par de veces y que después se cerró, también sola cuando la nave se apagó... como te dije.

—¿Y esto? ¿Dónde estaba?

—A unos metros... a la izquierda. La encontré cuando busqué ramas secas para empezar a cubrirla.

—Según lo que usted me dice... puede ser un avión experimental...

—Nadie... nadie dijo nada. Los diarios de la época... los grandes periodistas que buscaban esas noticias por todo el mundo. Nadie habló de un avión secreto perdido... nunca.

—Muy... interesante... y muy difícil de creer... también.

—A no ser porque tengo eso... —acotó señalando el tubo que yo sostenía en mis manos... Enrique... dijiste que pude contárselo a alguien ¿no?

—Así es... a alguno de sus amigos ingenieros...

—Tú eres detective...

—Lo soy pero... no de este tipo de casos...

—Averigua qué es esto... y si la nave está todavía en el lugar que la encontré... cuídala... como si fuera mi legado.

—Me pide algo complicado... algo muy...

—Estoy enfermo de verdad... puedes preguntarle a los médicos y te dirán que no miento... hoy... hoy todo es diferente... han habido muchos progresos en la ciencia... hasta hay computadoras con las que puedes averiguar cosas que antes no teníamos... no tenía yo... Te pido que lo aceptes... como si fuera mi última voluntad... te lo suplica un viejo...

Miré el tubo extraño de metal que tenía en mis manos y le pedí en silencio el libro que él aferraba. Busqué la página donde estaban escritas las coordenadas del lugar donde estaba la misteriosa nave.

30 grados 50 minutos 39 segundos latitud sur. 64 grados 28 minutos 34 segundos longitud oeste.

Pensé en el profesor como un hombre viejo, acabado, derrotado por una enfermedad que estaba a punto de llevárselo y tuve un poco de piedad. Tal vez, estuviera loco sí, pero yo tenía que respetarlo y tratar, al menos si todo resultaba falso, o él, en sus delirios había confundido las cosas o se había dejado llevar por el entusiasmo, si todo era perfectamente explicable, al menos él moriría tranquilo, sabiendo que eso, que lo había obsesionado tanto tiempo, casi toda su juventud, había quedado en buenas manos. Tal vez, yo, cuando estuviera viejo, acabado y derrotado por una enfermedad, no iría a tener la misma oportunidad que él, de dejar a alguien mi legado.

—Está bien... lo acepto. No le prometo nada, pero... lo voy a intentar...

Me tomó las manos otra vez, como si las suyas fueran garras en lugar de las manos de un anciano y los ojos, se le llenaron de lágrimas y ese gesto llenó de lágrimas los míos.

—Gracias muchacho... gracias... Dios te va a bendecir por esto y él te va a guiar...

—Quédese tranquilo ahora...

—Qué Paulina no vea que te llevas el libro y la llave... el libro puede ser... pero la llave es muy importante... puede ser lo único que nos queda de la nave... la única prueba...

—La voy a esconder en mis bolsillos.

—Y no le digas nada. Nada —ordenó e hizo un largo silencio—. Quiero... que sea feliz con el hombre que escogió para casarse... Gracias... ahora puedo descansar... en paz.

—Yo voy a venir a visitarlo... en la semana y...

Me hizo un gesto como que «Estaba todo bien» y se acomodó en su cama para dormir, siempre de espaldas, mirando el techo. Y comprendí que todo había terminado así que haciendo el menor de los ruidos, me levanté y me fui. Afuera, me esperaba Paulina y su novio.

—¡Por fin! —exclamó ella casi disgustada—. ¡Qué te dijo tanto!

—Habló mucho de literatura... de cosas así... me dio muchos consejos para que escribiera... eso... —dije encogiéndome de hombros.

—Solo eso... —comentó ella mirando hacia otro lado como enojada.

—Dijo que quería dormir...

—El médico está al llegar.

—Es lo mejor. Si quieren... me puedo quedar...

—No... no es necesario... mirá la hora que es...

—Sí —dije mirando mi teléfono celular—. Se hizo tarde... llámame cualquier cosa que pase... a la hora que sea...

—Sí —respondió ella mirando el piso como enojada con la situación y al fin se decidió a palmearme un poco el hombro—. Te doy las gracias por ser tan bueno con mi padre...

—No hay nada que agradecer... él ha sido una gran guía para mi...

Me despedí del muchacho que ya empezaba a buscar serio con su mirada la de su novia y salí a la calle, completamente oscura, rumbo a mi casa.

En mis bolsillos llevaba ese extraño objeto que no quería sacar en medio de la calle para observarlo otra vez, pero que me intrigaba a más no poder.

¿Y si el profesor tenía razón y esa cosa era parte de una nave de otro planeta?

No pude evitar mirar hacia arriba, tratando de encontrar el cielo nocturno, salpicado de decenas de estrellas, como el que veía durante horas cuando era niño, pero el cielo estaba completamente nublado.

Era ya muy tarde, y había recibido sin esperármelo en lo más mínimo, una revelación que se había convertido en miles de pequeños fragmentos que habían bombardeado mi mente hasta dejarme casi aturdido. Pero de algo estaba seguro... no podría dormir en toda la noche...

3

Llegué a mi casa, y me senté en mi escritorio con el firme propósito de hacer el primer examen exhaustivo, del extraño tubo. Aquella fantástica historia del profesor me había hecho olvidar que no había cenado y que tenía que intentar dormir al menos cuatro horas para mantener mi mente funcionando correctamente. Los increíbles detalles de la historia, como el hecho de que no había compartido con nadie durante años semejante secreto me obligaban a mantener mi mente, serena y fría para no caer en un simple apasionamiento y creer cualquier cosa. Me preparé un café enorme y tomé una lupa y comencé a observarlo bajo una luz lo más intensa que conseguí para ver si podía distinguir los signos que estaban grabados en el metal de arriba a abajo.

Yo no soy un lingüista profesional, vuelvo a declararlo pero aquellos signos eran completamente desconocidos para mí. Aquello no eran jeroglíficos egipcios, ni símbolos de escritura china o japonesa. Eran signos de parecidos a cruces mezclados con puntos y otros parecidos a asteriscos con pequeñas diagonales en distintas formas.

Traté de copiarlos para ver si conseguía que algún lingüista profesional los viera y me diera su opinión; tal vez existiera algún dialecto sumerio muy antiguo o griego que solo los grandes estudiosos conocían.

Recordé algunas escrituras que al menos por ahora, en la actualidad, son consideradas indescifrables, como el Vinca que en realidad se escribe de otra manera, que data del año 6000 al 4000 antes de Cristo, o el Protoelamita del 2900 al 2500 y el Elamita de 2500 a 2200 y finalmente el Lineal A de 800 a 1800 antes de Cristo como todos los anteriores. Busqué en una enciclopedia a cada uno de ellos, mejor dicho, los ejemplos encontrados en numerosos objetos como vasijas, y fragmentos de tablillas que los investigadores habían publicado, y ninguno de ellos, era semejante a los signos del tubo. Estaba ante un tipo diferente de escritura.

Finalmente faltaba la naturaleza del metal con el que estaba hecho. No podía confiar en nadie, así que comencé a repasar mis viejos y humildes conocimientos de física para ver si podía calcular aproximadamente el peso específico y acercarme a la naturaleza del material.

Celebraba la iniciativa del profesor que había calculado según su versión de la historia, que había decidido calcular el peso específico, como buen medio para acercarse a la naturaleza del material, sin destruir la pieza, es decir sin tener que usar medios agresivos para sacar virutas o pequeños fragmentos para analizar.

Un viejo libro me decía que el peso específico de una sustancia era la relación que existía entre el peso de la sustancia y el volumen de la misma.

Medí la base, y calculé su superficie y luego después de varios cálculos llegué al volumen del tubo. Hacía años que había comprado una balanza electrónica para pesar pequeñas muestras de algunos casos, y al buscarla, me reencontré con un pequeño y humilde microscopio embalado en su caja original, que quería conservar para

guardarlo mientras no lo necesitaba. El examen del microscopio, me reveló mejor, algunos detalles de los signos que yo había confundido o no había notado. Y cuando con el calor de mi mano se abrieron las dos alas semicirculares, el microscopio me reveló que era imposible vislumbrar aunque sea un minúsculo detalle del interior del tubo. Debía tener mecanismos o circuitos pero no pude ver, absolutamente nada.

Repasé los dibujos que había hecho de los signos y abandoné cualquier otra inspección visual y volví a los cálculos y a descartar posibilidades. El misterioso material no era Aluminio porque su valor superaba ampliamente los 26 460. Tampoco era Acero, ni Plata, ni Platino. Recordé que en materia discográfica, existían como premio para el artista que vendía una gran cantidad de discos, los discos de oro, de plata, de platino y un insólito disco de uranio, que se había dado en más o menos dos oportunidades. Actualmente la compañía discográfica que había creado dicho premio ya no existía y tampoco, existía el insólito disco como premio. Yo lo había leído en unas hojas solitarias de una revista, que habían llegado a mis manos en el recreo de la escuela, comentando con otros niños de mi edad y de mi curso. Ya en aquellos años, el pequeño germen de buscar cosas insólitas o solo coleccionarlas, comenzaba a manifestarse en mí. Recuerdo que guardé las hojas por cerca de 10 años y quizás, aún existen debajo de toneladas de recortes de diarios de casos que comenzaban a estimular mi imaginación y aún lo hacen. Busqué los valores para el uranio e incluso el plutonio y tampoco coincidían. Si el tubo estaba hecho con una material no terrestre, tenía grandes cualidades para ser así.

Luego de que las aletas volvieran a guardarse solas, hecho que sucedía cada vez que los misteriosos y supuestos mecanismos internos detectaban ausencia de calor en la mano que lo sostenía, luego de pasado ese misterioso y casi mágico momento, tomé el tubo y lo puse en el interior en un sobre grande, tamaño oficio de papel madera y lo guardé en el fondo del último cajón de mi modesto escritorio.

Tenía valores extraños de un cálculo y los signos grabados para empezar una modesta, pero intensiva investigación, investigación que debía hacer en el mayor, de los secretos.

Miré el reloj; eran la una y cuarto de la mañana y yo no tenía un mísero asomo de sueño. Tomé el jarro de café con ambas manos para sentir el resto del calor que se iba apagando lentamente y me dediqué a mi oficio preferido; hacerme preguntas, las que fueran necesarias para intentar comprender mejor aquella situación que tenía ante mí.

¿Y la energía? ¿Cómo no había pensado en eso? Si ese tubo tenía mecanismos o circuitos en su interior, debía usar alguna forma de energía y esa energía debía tener demostraciones al exterior, en forma de calor, de energía electromagnética, o hasta incluso de radiación. Debía encontrar la forma de conseguir aparatos, que registraran calor, ondas de radio, radiación, que al menos sabía que podía hacerle con un contador Geiger, para examinar el tubo, al menos cuando esas aletas semicirculares se activaban como por arte de magia. Igualmente debía tener también, sumo cuidado; ¿y si esa energía era registrada por técnicos y científicos que le seguían la pista desde

hace años?

El hecho de que el profesor hubiera mantenido el secreto durante años de semejante suceso, no quería decir, que fuera el único que supiera o sospechara de su existencia. Tal vez, esa supuesta máquina, que todavía yo no había visto con mis propios ojos, era buscada desde el mismo minuto en que había ingresado en nuestra atmósfera y cada vez, que yo activaba las misteriosas aletas, técnicos en algún laboratorio secreto, lo detectaban y volvían a seguirle la pista como a un pícaro fantasma que aparece y desaparece, como un duende que se divierte molestando a los humanos y luego solo desapareciendo.

Mis deseos de saber y al mismo tiempo mis alarmas paranoicas habían vuelto a los laberintos de mi mente.

No tenía otra opción que retirarme a intentar dormir, o al menos, darme vuelta en mi cama, hasta que llegara el nuevo día.

En un momento indefinible, viendo por unos escasos segundos, suaves arreboles en el cielo, me dormí o intenté hacerlo. Pero una imagen del rostro del profesor, riendo y apoyando con su dedo índice algún comentario ingenioso que había hecho pareció proyectarse sobre la imagen del cielo. Después de unos segundos, aquella imagen había desaparecido. Fue muy extraño porque sentía en mi interior, como una especie de voz que me hablaba que aquella imagen era algo real; cosas de la mente, y de los estados indefinibles del sueño y del cansancio. Me refregué de nuevo los ojos y miré el reloj de mi teléfono; eran un poco más de las cinco de la madrugada. Poco o nada quedaba de ya de la noche, que me había parecido verdaderamente eterna...

Me desperté sobresaltado, como el que despierta de una pesadilla, pero extrañamente, no había tenido ninguna. Tal vez solo había sido un reflejo de mi cuerpo o de mi mente que estaba bastante excitada por la cantidad de datos que había recibido como una especie de intenso bombardeo.

Tomé mi desayuno en el más absoluto de los silencios, porque pensé, las noticias de la radio, o los noticieros me darían más dolor de cabeza que el que ya tenía.

Llegué a mi oficina con el firme propósito de conseguir al menos algunos instrumentos para continuar con la investigación del misterioso tubo. No sabía si aparatos que midieran radiación podrían comprarse fácilmente más allá de pagar el precio, pero tenía que intentarlo. A los quince escasos minutos de haber llegado, sonó mi teléfono.

—¿Hola Enrique?

Al momento reconocí la voz; era Paulina, la hija del profesor Guillermo.

—¡Paulina! ¿Cómo estás? ¿Cómo...?

Pero no me dejó terminar.

—Sucedió Enrique... —su voz se notaba triste a punto de quebrarse—. Anoche... tuvimos que llevarlo a la clínica y falleció como a eso de las cinco de la mañana...

Ella hizo un largo silencio y yo, tuve que pensar las palabras que iba a decir, en medio de los cientos de pensamientos que me venían a mi mente.

—Lo siento... lo siento mucho Paulina... ¿dónde harán el... el oficio?

—En la Avenida Vélez Sarsfield... la sala queda antes de llegar al Banco que está en la esquina... no recuerdo la altura...

—No te preocupes... yo he pasado muchas veces por ahí... ubico el lugar... ya salgo para allá.

—Hasta luego entonces...

—Hasta luego...

Corté el teléfono y me quedé casi sin poder hacer nada coherente por varios segundos; todas las extrañas coincidencias que habían sucedido en mi camino, y que ahora, a la vista del último acontecimiento parecían encajar, como si las piezas de un rompecabezas hubieran estado pegadas en un misterioso o mágico techo y aquel golpe, porque la noticia de la muerte del profesor, no era otra cosa que un terrible golpe, aquel golpe las hubiera sacudido y hecho caer, encajando todas en su correspondiente lugar.

Volví a pensar y esto mismo me había sucedido en mi vida particularmente en lo referido a la salud; yo cometía algunos excesos, como salir algo desabrigado, un día desapacible, una mojadura que yo había ignorado o subestimado, pequeñas molestias en la garganta, algún remedio que olvidaba tomar o que postergaba por conceder mayor importancia a otras cosas y luego, un día, un terrible malestar que me ponía casi al borde de una operación, o en el mejor de los casos, obligado a hacer reposo

por un largo, largo tiempo en el que todas mis cosas, se paralizaban. En ese momento crítico, en el que yo me sentía terrible, todos los signos comenzaban a tener sentido; así me sentía al saber la noticia de la muerte del profesor. Me había llamado para charlar, y entregarme aquel extraño legado para que lo custodiara, argumentando que no quería morir y que ese secreto se perdiera para siempre. Luego había muerto. Todo había sucedido a eso de las cinco de la mañana, y justo a esa hora, su rostro se me había aparecido como despidiéndose para siempre; todo tenía sentido, cada pieza encajaba en su lugar correcto.

Me vestí apropiadamente y tomé un taxi, el único medio para llegar rápido a la sala donde velaban, o velarían su cuerpo.

Al llegar, tuve que esperar mi turno para entregarle mis respetos a Paulina, porque la fila de alumnos, exalumnos, profesores colegas, colegas de otros talleres, vecinos, era casi interminable; ese era el signo inequívoco, que toda esa gente buscaba despedirse de un gran hombre que de una u otra manera, había marcado y hasta guiado sus vidas. Paulina tenía los ojos algo rojos, y el semblante muy triste. Traté de recordar la primera vez que la vi, y lo único que pude recordar, era su sonrisa así que, aquel rostro que intentaba formar una débil sonrisa, sin mucho o nada de éxito, dolía también y mucho.

—Paulina... —dije y no pude articular otra palabra más porque se me hicieron un nudo en la garganta y no quería contagiarla con mi tristeza y todas las cosas contenidas, como los secretos que empezaban a pesar.

—Enrique... gracias por venir. Después... cuando todo esto pase... quiero que me visites para que conversemos un poco... quiero que hablemos algunas... —agregó y su vista se puso tensa al notar la presencia de su novio que se acercaba—. Cosas... del taller...

—Claro... te hablo y elegimos un día ¿sí?

—Sí... a la hora del taller...

El novio se acercó y se puso a su lado palmeando suavemente sus hombros.

—Hola... —le dije.

—Hola... —me respondió casi sin expresión.

Dejé mi lugar a otros alumnos y conocidos que querían darle su apoyo. Además, notaba una cierta distancia por momentos, de parte de su novio que disolvía cualquier buen clima que su padre y ella, como infatigable y fiel colaboradora, sabían crear con poco, con una frase, o una simple lectura.

Me acerqué al féretro y me sorprendió ver, la expresión del profesor; parecía dormir, con una sonrisa.

¿Aquella sonrisa que yo creía ver en su viejo rostro, era por haber traspasado a tiempo un legado increíble y maravilloso?

¿Gracias a esa pequeña jugada con la que había intentado ganarle, ni aunque sea en el final de su vida, su alma estaba verdaderamente en paz?

Salí de la sala, también con bastante dificultad por la cantidad de gente tratando

de buscar un poco de aire fresco. La vida, afuera, continuaba con su mismo ritmo y el dolor, la sorpresa, la tristeza de que un gran hombre se fuera para siempre, en tiempos en que los grandes hombres los necesita nuestra sociedad, más que nunca, todo, quedaba en la dimensión privada de cada uno de los que nos habíamos llegado a darle el último adiós. Afuera continuaban el tráfico imposible, los bocinazos de automovilistas grandes como los colectivos públicos y de los conductores pequeños, las maniobras temerarias y las malas, las urgencias de la rutina.

Me alejé del lugar hacia el centro de la ciudad, tratando de convencerme de que solo yo, había visto una sonrisa en el rostro del profesor, que todo era un invento de mi mente; había visto, lo que quería, lo que deseaba ver.

Igual, realidad o ilusión yo era el protector de ese legado que hasta el momento prometía ser, lo más extraordinario que había llegado a mis manos y la mejor forma de homenajear su memoria, era investigando todo lo que fuera posible y llegar hasta donde él, no había llegado, por miedo, o solo por pensar más en proteger a su familia que en buscar respuestas.

Llegué a la calle Belgrano después de caminar cerca de una hora, con la idea de que el aire fresco, la caminata me había hecho algo de bien a mi mente que seguía siendo bombardeada, por revelaciones y noticias imprevistas.

Y así, finalmente llegué a la casa de mi amigo detective, de bastones canadienses, otro Guillermo más en mi vida.

—Guillermo... abríme que soy yo, Enrique.

—¡Enrique! ¡Qué sorpresa! ¡Ya te abro!

Pasaron varios minutos y luego escuché el ruido de varios cerrojos abriéndose.

—El muy... legendario Enrique... —agregó apoyándose en sus bastones.

—Y aquí... el muy legendario Guillermo —le respondí.

—Pasá... no sé si retarte o darte un abrazo... por todo el tiempo que prometés que me vas a visitar y no te aparecés —me dijo.

—Me gustaría un abrazo, vengo de un momento difícil.

—¿Qué pasó?

—Vengo del oficio de un amigo... el profesor que dictaba los talleres a los que iba... cuando podía, porque en realidad, era así; iba cuando podía.

—Ah... qué pena... ¿estaba muy enfermo?

—Lo estaba... y era grande... y guardaba un par... de secretos que quizás... le oprimían el corazón. Y que tal vez... de tan pesados... se lo llevaron...

—O sea que lo que... te trae... es fuerte... grosso... como diría un vecino italiano, El «Tano» Vinchenzo.

—Más o menos... necesito de tu asesoramiento... como profesional...

Habíamos llegado a su «guarida», su escritorio de trabajo, donde guardaba también algunas herramientas especiales que me prestaba en algunos casos y en otras me vendía. Me invitó a sentar, una silla enfrente de otra.

—Necesito un contador Geiger...

—Un contador Geiger ¿eh? No estarás buscando algún plutonio que algunos terroristas se robaron de los militares o cosas así.

—No. Gracias a Dios no tiene nada que ver con terroristas... ni espías... ni traidores a su patria. Sí... necesito saber si un objeto... determinado... produce radiación cuando funciona.

—Ahá... cuando funciona... —repitió pensativo—. ¿No me podés darme más datos? Algo... una punta del hilo...

—Por ahora... no porque tal vez solo sea una falsa alarma...

—Estás muy misterioso... bueno... un contador Geiger es caro... te lo voy diciendo desde ahora. Pero no tiene mucho sentido de que hagas un esfuerzo económico grande o muy grande, no sé tu situación financiera y descubras que el aparato en cuestión no emite radiación alguna. Te lo puedo prestar y me lo devolvés... cuando lo desocupes... por eso no te voy a cobrar nada. Eso sí... tenés que esperar que lo busque entre una pila de cosas que no uso todos los días. Qué más.

—Necesito poder registrar si el objeto tiene... actividad electromagnética o si emite ondas de radio de alguna frecuencia.

—Entonces es algo complicado... ¿no podés ver como son sus circuitos?

—No. Lo intenté pero no. Está herméticamente cerrado. Pienso que si intento abrirlo... lo puedo destruir.

—Bien... bueno para medir si el aparato misterioso en cuestión... emite campo electromagnético... lo podés saber con acercar una brújula... muy simple.

—¡Claro! —dije golpeándome el centro de la mano izquierda con el revés de la otra—. ¿Cómo no se me ocurrió?

—La aguja de la brújula... se va a mover al instante cuando el aparato cree su campo magnético. En cuanto a lo de si emite ondas de radio... hay un aparato que se llama... eso creo... medidor de ondas estacionarias... lo usaban los radioaficionados. Yo no tengo uno, pero puedo pedírselo a un amigo... que lo haga y para la tarde... lo tenés de seguro. Son baratos... pueden costar... no sé... como unos cien pesos... armado y todo. Este tipo... construye sus propios equipos, es técnico electrónico y es un tipo responsable.

—Llamalo por favor y que lo construya no más. Preguntale si lo puede traer...

—Lo trae. Está acostumbrado a que yo... bueno me cuesta llegar a su casa, departamento en realidad. Vive en un segundo piso y no tiene ascensor. Entonces él, me trae a casa lo que yo le pido. Ya lo llamo... a ver —comentó y buscó en una agenda de cuero muy gruesa, tanto como una vieja guía telefónica—. Aquí está... Héctor, el técnico.

Lo dejé un par de minutos solo haciendo su llamada y mientras tanto salí al pequeño patio interior que estaba totalmente enrejado para evitar dejar un espacio en blanco por donde ladrones se pudieran entrar en la casa. En esos escasos diez minutos en los que veía el cielo completamente celeste me sentí un preso que observaba el cielo desde detrás de las rejas, pensado el día en que recuperará su libertad. Recordé

que mi casa también tenía rejas en todas las ventanas y todas las casas del barrio. Recordé que así vivíamos todos los ciudadanos, observando la vida desde detrás de las rejas y lo más triste era... de que nos estábamos acostumbrado a eso.

—Enrique... vení —ordenó desde la pieza.

Dejé mis cavilaciones filosóficas un instante y entré.

—Sos un tipo de suerte: tiene un aparato armado. Me lo trae ya. Le dije así porque pensé que tenía apuro.

—Lo tengo. ¿Cuánto... me va a costar?

—Ochenta y cinco pesos. Te lo dije. Sigamos con lo nuestro. Qué más me podés decir...

—Por ahora nada más... quiero hacer esto... esta investigación, lo más profesional posible... sin hacerme muchas ilusiones y que la poca o mucha información que voy consiguiendo, no trascienda... en una de esas... todo es una tontería que se la creyó un pobre hombre... después un pobre viejo y ahora... solo un muerto... que si tenía más secretos se los llevó a la tumba con él... donde se harán polvo...

Guillermo se quedó un poco en silencio respetando lo que le había dicho sobre que venía del oficio de un amigo.

—Estás muy solemne... —comentó al rato.

—Sí... lo estoy. Perdoname... no quise traerte... como se dice ahora... «mala onda»...

—Está bien... vos sabés que podés contar conmigo... para lo que necesites... ¿y cómo va tu trabajo? Además de esta investigación por supuesto.

—Mal... parece que nadie necesita los servicios de un buen detective privado. Tal vez, todo es demasiado obvio... que nadie necesita a alguien más para que descubra el porqué de tal o cual cosa.

—Ya pasará... son épocas.

—Sí yo creo que es así... épocas... un día tendré varios clientes y no sabré con cual quedarme; si con el marido celoso que sospecha de su bella mujer 20 años más joven que él, si con la señora mayor que ha perdido su perro, un Caniche Toy con *pedigree*, valuado en 2000 pesos, o con el dueño de la empresa que presiente que alguien le roba la mercadería de su depósito.

—Y vos... te vas a quedar con el caso más difícil. Lo sé —agregó apuntándome con el dedo y luego palmeándome fuerte en el hombro.

—Tal vez... tal vez no. A lo mejor... todos estos años me enseñaron algo sobre la gente... sobre la sociedad.

—¿Y qué te enseñaron?

—Que a veces hay que preferir la ley del menor esfuerzo. No preocuparse tanto por saber... la verdad... «*toda la verdad y nada más que la verdad*» —dije con un tono de voz muy solemne, levantando mi mano derecha como si estuviera en una película de esas que muestran juicios con abogados que hacen hasta lo imposible por

salvar a su cliente de la silla eléctrica.

—Te escucho y pienso que estoy escuchando a otro hombre... —comentó cruzándose de brazos y llevando su espalda un poco hacia atrás—. A otro Enrique...

—Tal vez me cansé un poco... como sea, hablemos de otra cosa... no te pregunté por tu novia. ¿Cómo era su nombre?

—Fabiana.

—¿Aún están juntos verdad? Decime que no metí la pata mal...

—¡No! Todavía estamos juntos... y nos va bien... yo tengo mis días en que estoy un poco difícil...

—Como todos...

—Sí. Como todos. Y ella me sabe llevar... uno a uno nos comprendemos... hasta ahora solo peleamos y muy poco por tonterías... y enseguida nos amigamos otra vez.

—Lo importante es que se comprendan mutuamente.

—Sí. Todo el tiempo. A veces creo que lee mi pensamiento... nos llevamos bien. Y ella además... se porta bien.

—Te felicito amigo. De corazón.

—Gracias además... —en ese momento le sonó el teléfono y antes de atender me dijo—. Es muy buen cocinera... ¿Hola? ¡Sí!, ya te abro. Es tu aparato. Esperame unos minutos que ya vengo.

Me quedé mirando los papeles que Guillermo tenía pegados en las paredes de su guarida, algunos muy bien encuadrados, como si fueran verdaderas obras de arte. Uno era un recorte de diario de hace unos cinco años en los que estaba resaltado el párrafo que decía: «*Gracias a la inestimable colaboración de un detective privado, que pese a moverse con dificultad por usar bastones tipo canadienses logramos dar con el vehículo que había sido sustraído antes que...*». Más adelante la persona interrogada por el periodista decía: «*No. Él me pidió que no diéramos su nombre, pero si lo necesita le puedo dar su tarjeta*». El caso había sido muy comentado y por algún tiempo, Guillermo disfrutó de cierto flujo de clientes con casos diversos hasta que todo se apagó y volvió a solo vender equipo a otros colegas. También había otro cuadro, que por su ubicación ocupaba una especie de lugar de honor en la galería: «*El caso fue resuelto por el trabajo incansable de un joven detective privado de solo 18 años, que es toda una promesa. Su nombre es Enrique...*». Mi primer caso. Casi lo había olvidado; el hombre de negocios que era extorsionado por un anónimo enemigo por teléfono. Se había convertido en toda una molesta pesadilla para el hombre que temía que un detalle muy triste de su vida, se supiera de mala manera; tenía una hija de otro matrimonio en una institución psiquiátrica, un dato que él creía que nadie sabía, pero que este enemigo anónimo había sacado a relucir, como si fuera una mancha en su vida impecable. Mi primer consejo fue que se lo contara a su actual esposa y que le explicara, que él no la había internado para siempre, confinado por vergüenza de la locura de la chica, sino por su bien y que pronto iba a salir para continuar su vida junto a su madre. Le dije que lo mejor era la verdad, que no debía

tener miedo a decir la verdad y menos a la esposa que decía querer tanto. El extorsionador hacía las llamadas desde un teléfono público y nunca se quedaba tanto tiempo el línea, para poder rastrear las llamadas. Era hábil, muy inteligente y conocía ciertos métodos de la policía de la época. Una vez, había utilizado un distorsionador de voz, para fingir que tenía un cómplice. Estaban desorientados, hasta que alguien les recomendó utilizar los servicios de un joven muy capaz, o sea... yo, que recién me iniciaba en el oficio. El enemigo anónimo fue localizado gracias a que escuchando las grabaciones, en esa lejana época, con una grabadora de carretel de cinta, descubrí el ruido característico que hacían los cables del trolebus al pasar. Rastreamos cuántas cabinas públicas en la ciudad estaban ubicadas cerca de líneas de trolebus y solo encontramos nada más y nada menos que siete. La policía se ofreció a poner guardias encubiertos en cada una de las cabinas y descubrimos que en solo dos, había personas haciendo llamadas, una mujer que llamaba a su madre para recordarle que se iba a tardar en la cita con el médico, eso lo supimos después y un hombre que llevaba un pesado maletín donde después se supo llevaba un circuito distorsionador de voz. El caso estaba resuelto, yo tenía 18 años y unos meses y los pocos que lo supieron lo festejaron como si hubiera ganado un premio Nobel. Entre los que lo festejaron, estaba Guillermo, que guardaba la nota del diario, encuadrada como si fuera una obra de arte.

—Acá estoy... y acá... tenés el aparato —agregó acercándose el paquete prolijamente envuelto en papel madera.

—Encuadraste la nota... de mi primer caso.

—Sí... si uno no se hace su propio museo... ¿quién te lo va a hacer? ¿El gobierno por pagar puntualmente tus impuestos?

Guardé silencio y metí mis manos en mis bolsillos buscando mi dinero.

—¿Cuánto te debo?

—Ya te digo... primero tengo que buscar el Contador Geiger que me dijiste. Que lo tengo... por algún lado...

Buscó debajo de varias cajas, adentro de otras y finalmente lo encontró con bastante polvo a pesar del cuidado que él tenía por los instrumentos de trabajo.

—Aquí está... se enciende de este... botón... y este es el captador que tenés que apuntar al objeto o la zona que vas a examinar... la lectura se vé acá... mientras hace el ruido... que vos ya conocés. Muy sencillo de usar. Te pido que cuando lo termines de usar... me lo devuelvas... así te veo un poco más seguido, conversamos un poco de otras cosas... de cine, de historietas, de política internacional... tomamos mate y comemos tortas fritas.

—Con ese ofrecimiento, voy a casa, hago el experimento y vuelvo.

—¡Te tomo la palabra! —exclamó palmeándose fuerte.

—¿Algo que saber de la situación internacional? ¿Teorías nuevas de conspiración, ataques terroristas... algo?

—Por ahora nada nuevo bajo el sol... desde que ese empleado de la NSA,

comenzó a decir muchas cosas... hubo efervescencia un tiempo largo, pero después... es como si todo se hubiera calmado un poco.

—Bueno... entonces nos vemos... Suerte amigo.

—Suerte.

Le pagué porque vi en su forma de actuar que pensaba no cobrarme para obligarme a volver. Además seguro pensaba que estaba afectado de alguna manera por la muerte del profesor y no le parecía bien hablar de algo tan terrenal y mezquino como el dinero, el vil metal.

Salí de la casa con la firme convicción de que tenía nuevas herramientas para descubrir nuevas cosas del misterioso tubo, pero una idea, terrible y al mismo tiempo movilizadora me asaltó: *¿Y si con los nuevos aparatos y las recomendaciones no pudiera saber nada más y todo siguiera igual? ¿Cuál sería mi próximo paso? ¿Habría un próximo paso o todo quedaría estancado en el tiempo como yo lo había recibido del desaparecido profesor?*

En cuestiones que tienen que ver con la ciencia, más allá de los torpes conocimientos que uno pueda tener, lo ideal, o mejor dicho lo correcto, es buscar el consejo de los sabios, y eso me propuse hacer. Estaba a unas cinco cuadras de los tantos centros de saber que tiene mi ciudad, de dos Universidades, y de nada más y nada menos, que de la Academia de Ciencias y la Facultad de Ciencias Exactas, a la que había ido en el pasado a consultar su biblioteca para salir de dudas. Recordaba como si el recuerdo estuviera envuelto en gruesas tinieblas, cómo algunos de sus bibliotecarios, me ponían trabas para prestarme un libro en sala, como si el conocimiento fuera exclusivo de los estudiantes.

Encaminé mis pasos hacia la Academia de Ciencias y su correspondiente museo para hacer unas... inocentes preguntas, que más que preguntas eran un llamado desesperado a que alguien me aclarara qué rumbo debía tomar.

Lo único que conocía del lugar, era que tenía una entrada y un pasillo que invitaba a adentrarse. La vida, las obligaciones, la rutina, las urgencias de trámites impostergables, me habían hecho pasar, casi siempre de largo y nunca, dedicarle unos minutos, ni aunque sea unos minutos, a entrar y ver una sola sala siquiera.

Había un grupo de niños de una escuela municipal recorriendo las salas. Me detuve en una, ante algo que llamó mi atención; un ejemplar de meteorito cubierto por una gran caja de vidrio. A sus pies, un pequeño letrero decía: «Fragmentos de un meteorito caído en la Provincia del Chaco, Argentina... etc, etc.». Un hombre observaba los movimientos de los niños para ver si no rompían o manipulaban algunos objetos de las vitrinas y me pareció ser gente del museo. Me recordaba a uno de los celadores de mi viejo colegio; alto, serio, con el cabello corto, cuidado, dotado de una mirada algo extraña por un cierto abultamiento de los ojos, pero una persona que inspiraba confianza.

—Muy buena muestra —le dije como para iniciar una conversación.

—Gracias. Está abierta todo el año... puede volver cuando quiera.

—Me gusto mucho el fragmento del meteorito —dije volviéndome a señalar la piedra—. Lo que no vi es si dice si se recuperaron algunos minerales que no son de este planeta...

—De este objeto no... pero... —comentó dudando—. ¿Realmente le interesa el tema? Digo para recomendarle un par de libros para que lea.

—Sí. Claro que me interesa. A propósito ¿quién es el científico que sabe más del tema? En nuestro país, verdad.

—Actualmente es el profesor Gutiérrez... de la Universidad de la Plata. Por ahora no da conferencias ni charlas. Solo hace investigación.

—¿Por qué dice actualmente? ¿Antes hubo otro?

—Sí, claro que lo hubo. Fue el Profesor Ramos, Gerardo Ramos. Pobre.

—Pobre... ¿por qué?

—Tuvo un problema personal y su vida se le vino abajo... lo dejó su mujer... terminó en un manicomio... donde está en la actualidad. Su especialidad eran los minerales que no eran de este planeta y que hay muy pocos... y en poca cantidad en el mundo.

—En un manicomio... pobre tipo ¿no? —dije mirando la caja de vidrio donde estaba el meteorito.

—Así es —afirmó el hombre acompañando mi seriedad.

—Un hombre de una gran cultura... terminar así... en realidad hay pocos manicomios en el país. ¿Lo sabía?

—No. Realmente no... él creo que terminó en una clínica particular... aquí en Córdoba, la mejor estaba en Buenos Aires, pero la familia no tenía el dinero para el traslado o algo así.

Quedó en silencio como si no quisiera hablar más. Pero yo quería saber más, mucho más. Si él trabajaba en el museo y conocía detalles de la vida del pobre hombre, era porque de seguro había tenido contacto con él.

—¿Usted lo llegó a... conocer?

—Tenía su laboratorio... aquí... en la parte del museo que no está abierta al público, porque ahí trabajan los investigadores.

—¿Qué tal era...? Como persona digo.

—Muy educado... muy responsable también. Llegaba casi todos los días a las 8, 8 y media y no se iba sino hasta casi las 3 de la tarde. Los únicos días que se iba un poco más temprano era los días que tenía que dar clases en un colegio secundario. Si no, se quedaba todo lo que podía... los últimos días se quedó hasta cerca de las 8 de la noche...

—Debía tener mucho que investigar...

—Sí... —afirmó como si hubiera cometido una indiscreción—. Yo... yo solo soy un empleado... no sé nada de lo que hacen en los laboratorios.

—Claro, claro. Pero digo... si antes se quedaba hasta las 3 y los últimos días hasta las 8... tenía mucho trabajo.

—Es que... también... —susurró y miró hacia todos lados como si temiera hablar—. Estudiaba unos dibujos que un amigo suyo le había traído... lo demás no sé... yo los vi un día sobre su escritorio... eran como signos, con rayas y cruces. Me parecieron...

—Como jeroglíficos...

—¡Una cosa así! Y para que no se sintiera observado, espiado... no le pregunté nada. Porque era muy dado... con todos, con la gente. Si hoy hubiera estado cuando llegaron todos estos chicos... hubiera hecho de guía del museo, sin que nadie se lo pidiera. Solo por el gusto de hablar de ciencia.

—Lástima... un hombre bueno.

—Así es... ¿y usted es... profesor de física... de química?

—No. Estudié un par de años... la carrera de física y luego dejé... por trabajar. Pero siempre tuve esa pasión... por los minerales... extraños.

—Claro... —me dijo el hombre mirándome un poco más tranquilo, como si con mis antecedentes expuestos él pudiera quedarse tranquilo de no haber hablado en vano.

—Bueno... voy a regresar otro día ¿eh?

—¡Está abierto todo el año! ¡Suerte! —me dijo saludándome con la mano sin moverse de su puesto como si fuera un fiel centinela.

Aquella historia que me contó ese hombre del que había olvidado preguntar por cortesía su nombre, aquella historia, al instante que la escuché, me saltó en mi mente como una mascota salta cuando escucha la voz de su amo.

¿Podía ser verdad? ¿Habían coincidido en las circunstancias, mi querido profesor Guillermo y el profesor Gerardo Ramos?

Había dicho: «*Estudiaba unos dibujos que un amigo suyo le había traído... lo demás no sé... yo los vi un día sobre su escritorio... eran como signos, con rayas y cruces*». Mis dibujos, los dibujos de los signos que yo había descubierto en el extraño tubo, eran rayas y cruces, intercalados con puntos. ¿Podía ser una afortunada coincidencia?

El profesor Ramos enseñaba en un colegio secundario, el profesor Guillermo también, no sería tan descabellado que hubieran coincidido en el mismo colegio, se hubieran conocido y hasta hubieran sido amigos.

¿Cuántos años había guardado solo para sí ese tremendo secreto? ¿Y nunca se lo había revelado a nadie? Parecía demasiado para algo tan extraordinario, como haber visto, presenciado la caída de una nave de otro planeta y saber dónde se encontraba.

Igual, encontrar la institución psiquiátrica donde ese encontraba internado el pobre profesor Ramos, era como buscar una aguja en un pajar, o quizás... no tanto.

Una guía telefónica, me dio algunas direcciones y teléfonos. En más de una, se negaron a darme información sobre pacientes, solo por teléfono así que antes de seguir perdiendo mi tiempo, comencé mi peregrinaje.

En la primera, después de hacerme esperar unos largos 20 minutos, el director, un

tal Doctor Lievens me invitó a pasar a su oficina. El lugar estaba delicadamente iluminado por la luz natural de las ventanas que daban a la calle. Me quedé mirando de pie las paredes donde estaban los diplomas del director, hasta que él entró finalmente. Había varios de la Universidad Nacional de Córdoba y otro de la Universidad de Buenos Aires y fotografías de algunas conferencias.

—Disculpe si lo hice esperar... —agregó el hombre invitándome a sentar frente a su escritorio.

—No es nada —le contesté.

El hombre era muy alto aunque bien proporcionado. Ciertos rasgos característicos y un poco de conocimiento de personas similares, me hacían pensar que había sido jugador de rugby en su juventud, y en su caso él debía haber sido un rugbier, difícil de taclear. No sé porqué, tal vez, por una tonta idea prejuiciosa sobre los psiquiatras, me había imaginado que este hombre debía ser calvo y con la mirada muy seria. La realidad era otra; tenía mucho cabello color marrón intenso, casi color caoba, la piel muy rosada a la altura de las mejillas y los ojos color celeste claro. Una gran nariz casi como una saliente de una montaña y unos labios pequeños del mismo color que las mejillas. Y siempre, contradiciendo las ideas preconcebidas sobre los intelectuales, no usaba anteojos para leer. Su voz era profunda, digna de alguien que debe internarse en los misterios de la mente humana.

—A... esta hora... hago una recorrida para ver... a los pacientes, sobre todo a los difíciles... me dijo mi secretaria que... usted... preguntaba por un Ramos... Gerardo Ramos.

—Así es. Quería ver si podía... si su... situación de salud lo permitía... se podía hablar con él.

—¿Usted es... pariente directo o profesional?

—No. Nada de eso. Más bien... soy un admirador de su trabajo como científico y quería charlar sobre temas... semejantes con él... todo si su situación de salud... lo permitía.

Inclinó su cuerpo hacia adelante y formó una especie de triángulo con sus manos, uniendo la punta de los dedos de una mano con la otra.

—Bueno... señor...

—Enrique.

—Enrique... voy a decirle que en esta institución no está internado el señor Ramos, pero le va a ser muy difícil... por no decir, imposible... que pueda hablar con él... normalmente a los parientes directos... no les gusta mucho... no les agrada... directamente.

—Doctor... yo siempre me he atendido a los consejos de los profesionales, para no hacerle perder mucho su tiempo, si no se puede, no se puede. Pensé que al profesor le gustaría recibir visitas... y pensé que los profesionales que lo cuidan, que cuidan su salud, valorarían mucho que pudiera... socializar... aunque sea por unos instantes.

—Usted comprenderá que un paciente psiquiátrico...

—Sí, sí. No es... algo tan importante.

El hombre se tiró hacia atrás en su sillón y me miró achicando sus ojos, mientras volvía a formar ese triángulo con sus manos, solo que más cerca de su cara.

—Solo por casualidad... ¿de qué pensaba charlar con el profesor?

—De un tema que tengo entendido era su especialidad... los minerales de otro planeta, que vienen en los meteoritos que caen... —dije haciendo un ademán con mi mano izquierda—. Y que, logran pasar la barrera de la atmósfera, porque todos no pueden y solo se queman en el aire.

—¿Ese tema le interesa? ¿Le interesa mucho?

—Leí... por ahí que... un personaje histórico... concretamente un conquistador tenía una espada hecha con un metal que no es de este planeta y quería que él me hablara más de ese metal... sus propiedades... usted sabe, peso específico, número atómico, cosas así. Estaba por escribir un libro y semejante dato, me pareció interesante.

—Es escritor...

—Estaba estudiando en un taller literario y el dato me pareció... movilizante. Me gusta hablar con la gente especializada de un tema, a modo de investigación. Investigar en libros me parece muy interesante, pero me parece mucho más interesante hablar con la gente... aunque uno no esté mucho de acuerdo con lo que le digan y pueda decir uno.

Hizo un largo silencio en el que ojeaba una agenda con tapas de cuero.

—Bueno... como le dije; Ramos, Gerardo Ramos, no está internado en esta institución pero... pasó por aquí. Su hija buscaba una buena institución para él, pero podía pagar algo más... modesto. Somos una institución privada y tenemos nuestros costos... enfermeras, psiquiatras, medicamentos, pero yo sé dónde está... internado. Como le dije, va a ser muy difícil que lo dejen que charle con él, de temas científicos sobre todo, porque lo que le dio a él... por decirlo en un lenguaje común... su mente colapsó por el esfuerzo...

—¿Un colapso mental... severo fue? —dije y me sorprendí por formar una frase con el verbo al final.

—Así es. Y no creo que le permitan... pensar en temas relacionados... le voy a dar la dirección y si, el director lo cree correcto...

—Así que usted lo conoció...

—Estuvo aquí un par de semanas.

—¿No recuerda que le gustaba? Para llevarle... Al menos si no puedo hablar con él...

Sonrió y miró hacia un lugar indefinible como si allí, lo estuviera viendo por instantes.

—Le gustaban las masas secas... —luego me volvió a mirar—. Tomaba un té... y le gustaba comer, masas secas. Recuerdo que me lo dijo en una de las entrevistas.

Aquí estuvo internado... al menos hasta hace un par de meses —agregó acercándose un papel amarillo con la dirección.

—Le agradezco mucho. Y le pido disculpas por su tiempo.

—No hay de qué... me gusta hablar con gente que se interesa por alguien internado. No es muy frecuente que la gente que no es pariente directo se interese por ellos.

Salí de aquel lugar, que por momentos parecía un pulcra oficina de una multinacional, que no trata al menos directamente con la salud de las personas y solo maneja recursos naturales, inversiones y cosas así y en otros, olía suavemente a limpieza de hospital, a batalla incansable contra virus y bacterias. Había logrado un punto a mi favor y la institución donde estaba internado el profesor, estaba a unas treinta y más cuadras.

Caminé un poco hasta llegar a una panadería y allí compré una simpática valija de cartón rojo con masas secas para llevarle al profesor.

Me tomé un taxi y en unos veinte minutos estuve allí. El lugar se parecía a un viejo colegio de los que aún subsisten en algunos barrios de la ciudad; un edificio antiguo muy bien cuidado de dos pisos, con algunos detalles del Rococó Francés en algunas molduras y en los balcones, convivían con puertas de vidrio, lámparas de neón y piso tipo porcelanato negro.

Luego de anunciarme en la recepción, la secretaria esperó instrucciones por teléfono y finalmente me autorizaron a subir hasta el primer piso donde estaba la oficina del director.

La secretaria, una señora rubia, elegante, casi un calco de la muchacha que me atendió en la planta baja, solo que, al menos con un par años más, me tomó nuevamente mis datos y me ofreció un café para que esperara al director que estaba atendiendo personalmente a uno de los pacientes. Después de unos quince minutos, en los que se me estaban ya terminando todos los temas de conversación casuales, llegó el director.

—Mucho gusto. Soy el Doctor Treteltik, el director. Le ruego me disculpe... había una pequeña dificultad con un paciente y quería atenderlo personalmente... gracias a Dios... pudimos solucionarlo. Pase y charlemos... tengo unos quince minutos libres.

El hombre parecía una copia viva de los retratos de Freud; ignoraba si era correcto comparar psiquiatras con psicoanalistas pero fue la impresión que me dio ese hombre al dejar el ascensor; con una cuidada barba y anteojos que se sacaba casi, a cada momento para refregarse un poco los ojos, un estilo de vestir más bien clásico, es decir, pantalones marrones oscuros, zapatos negros, un *pullover* escote en v, de un color más claro, camisa blanca y corbata azul. Este no era un intimidante exjugador de rugby ni un exbasquetbolista, su estatura, era más bien parecida a la mía centímetros más o menos. Tal vez, solo le faltaba la pipa o el sombrero para parecer el vivo retrato del padre del psicoanálisis. Y por supuesto la edad, este hombre tenía

unos cincuenta años muy bien llevados.

—Gracias. Lamento mucho molestarlo en momentos... de trabajo... difícil.

—En realidad... todos los momentos aquí son de trabajo difícil. Esta es una institución psiquiátrica y eso hay que tratarlo con... delicadeza. Me dice Paula, mi secretaria que usted quiere hablar con Gerardo Ramos.

—Así es. Quería ver si era posible charlar un poco con él... en el horario de las visitas si hay horario de visitas.

—Comprenderá que debo preguntarle el motivo.

«Y aquí voy de nuevo» pensé.

—Bueno... soy escritor y supe que el profesor es una autoridad en el terreno de minerales, concretamente de minerales o metales, de otro planeta, de los que traen los meteoritos. Me enteré que un personaje histórico tenía una espada de la que dicen que estaba hecha con un metal de otro planeta y yo quería preguntarle sobre ese metal, características, peso atómico, cosas así... Sé que puedo investigar eso en los libros, pero me gusta más hablar con las personas...

Se había echado un poco hacia atrás en su sillón y desde ahí me había escuchado detenidamente, casi estudiando mi modo de hablar, de decir las cosas y hasta de gesticular con las manos, como si yo fuera un paciente más.

—Bueno... le cuento que el profesor Ramos... tuvo un severo colapso mental... seguramente debido al exceso de trabajo... mala alimentación y mucho, mucho estrés. Personalmente debería hablar con él, con Ramos... tratando de sondearlo... —agregó y se volvió a poner los anteojos y haciendo ademanes con las manos—. Para ver, si mencionando cosas... de su viejo trabajo... como se comporta, como reacciona. Digo esto porque... las políticas de la institución sobre el contacto de los pacientes internados con otras personas... es muy estricto. No se permite, ningún contacto... y en este caso... preguntarle algo sobre su trabajo... su anterior trabajo, podría resultar perjudicial para el tratamiento que venimos llevando con él.

—Comprendo. Lo comprendo y coincido con usted. Igual le dejo algo que traje para él... me dijeron que le gustaban las masas secas.

—Sí... sí, así es —afirmó abriendo grandes sus ojos—. Muy amable... de su parte.

—Y una pequeña carta... usted la puede leer. Es muy corta —saqué una hoja de papel de mi mochila y escribí y dije en voz alta—. Estimado Profesor Ramos mejórese pronto. Enrique, un admirador de su trabajo. Eso es todo.

Pero no lo era. Sin que el director se diera cuenta, debajo de mi firma dibujé cuatro signos del misterioso tubo que me había dado el profesor Guillermo.

—Como director le agradezco... que muestre interés por uno de nuestros pacientes. Normalmente ellos solo tienen a sus parientes directos y los vienen a visitar... pocas veces al año.

—Yo le agradezco su tiempo... señor director.

—Si... Ramos reacciona bien... ante los recuerdos... las evocaciones, etc., lo

llamaré, pero recuerde que todo lo psiquiátrico... lleva su tiempo.

—Por supuesto. Estaré esperando su llamada. Gracias otra vez.

—No hay de qué —agregó estrechándome la mano con fuerza.

Pudiera ser que no consiguiera nada o tal vez sí, la mente del profesor, pudiera despertar del letargo que la vida, o su salud le habían impuesto, quizás hasta por su bien, pero al menos había dejado una buena impresión, en un terreno, completamente desconocido para mí.

Afuera, las luces de la tarde comenzaban a declinar y yo tenía trabajo con aquel misterioso objeto que me esperaba, lleno de secretos.

Crucé la calle y me volví a mirar la silueta del edificio alimentando la ingenua idea de que tal vez, alguien, nada menos que el profesor Ramos, me espiaba desde una ventana del segundo piso. Pero no, no se movía ninguna cortina, de ninguna ventana... y yo, aún estaba solo ante el secreto.

La tarde que se iba me invitaba a quedarme un rato, al menos un par de minutos observando la vida; gente que pasaba corriendo, haciendo *footting*, al menos así se le decía unos diez o hasta quince años atrás, un matrimonio, con su niño pequeño que se negaba a andar y pedía «brazos», una mujer que salió a caminar acompañada por su terrible perro Pitbull, que me hizo pensar si el perro la llevaba, o ella llevaba la correa del perro. Quise quedarme a mirar no un par de minutos, sino un largo tiempo, pero recordé que era una zona insegura, con varios tipos de robos reportados por día en los distintos noticieros. No quería que eso me pasara a mi, sobretodo cuando llevaba un costoso contador Geiger en mi mochila que aún no había utilizado. Tomé un taxi y me dirigí a mi vieja, y gris oficina. Me recibieron las cuentas tiradas debajo de la puerta.

—Señor Enrique... —me dijo alguien que creí reconocer y no me había equivocado; era el encargado del edificio.

—¿Sí? —dije dándome vuelta.

—¿Cómo le va?

—Bien... un poco cansado por mucho ir... de aquí para allá.

—Usted me dijo una vez, que le recordara todos los vencimientos... cuanto antes posible.

El señor Gonzalo, era un hombre sencillo, pero una gran persona, de esas en las que uno puede confiar, y eso es algo que no se puede decir de todas las que conozco. Entre sus defectos, sumaba el de la claustrofobia, que repetía y repetía que un día, iba a hacer tiempo para iniciar un tratamiento serio, con un profesional, como debe ser. Me recordaba al hombre que cuidaba una guardería, limpiando el patio para que los niños jugaran en un patio limpio, solo que este hombre tenía muchos kilos de menos. Hoy tal vez, ayer o hace muy poco tiempo se había cortado el cabello muy corto, lo que lo hacía parecer un soldado que tenía el encargo de limpiar la cuadra.

—Ah... sí. Tiene razón. Le agradezco... mañana me voy a poner al día con lo que tenga que pagar.

—Sí... aún tiene mucho tiempo. Usted debe ser uno de los pocos inquilinos que... pagan tan a tiempo y quiere que les recuerde lo que hay que pagar, con mucha anticipación. Que tenga buenas tardes... digo, noches.

—Buenas noches.

Entré y me senté pesadamente en mi silla. Las cuentas empezaban otra vez, su desfile fantasmal por mi vida y yo me dedicaba a bucear en misterios, por los cuales, nadie me pagaba un centavo.

Me preparé un simple pero esperado té blanco, con el paquete de galletas siempre cerca y con la puerta bien cerrada, saqué el misterioso tubo. Puse el medidor de ondas estacionarias, lo encendí y me volví a levantar para buscar una pequeña brújula que había comprado en una tienda de pesca.

Mientras el té se enfriaba, tomé el tubo firmemente con mi mano derecha y acerqué la brújula y tal como me había dicho mi amigo Guillermo, la aguja hizo un movimiento cuando las aletas circulares aparecieron; el misterioso tubo, desarrollaba actividad electromagnética, algo leve, si consideramos que el tubo era de un mineral, más bien, un metal desconocido y su tamaño era muy superior al de la brújula.

Le acerqué el medidor de ondas estacionarias y el medidor, el electrogalvanómetro, se movió muy poco también; el misterioso tubo, desarrollaba, actividad electromagnética y generaba una débil frecuencia del orden de apenas pocos hercios y en algunos intervalos. Si había esta actividad, en su interior, debía haber mecanismos y circuitos, que por ahora eran completamente inaccesibles.

Casi como lo había imaginado; los aparatos no me habían despejado mucho el panorama. Aún no sabía de que material estaba hecho y tampoco sabía para que servía, qué relación podía tener con la supuesta nave que el profesor había descubierto.

Mirando detenidamente el misterioso tubo, llegué a la simple conclusión de que no se podía tratar de un fragmento de la nave, porque no parecía un pedazo arrancado por la fuerza del impacto contra la tierra del lugar. En realidad, parecía una parte, una pieza sin la que dicha supuesta nave, tal vez, no podía funcionar. Y quizás por eso, la nave había quedado inerte, sin mostrar ningún tipo de funcionamiento con sus sistemas apagados, como me lo había relatado el profesor.

Tomé al fin mi té, antes que se enfriara del todo. No quería pensar en el destino de un gran hombre de ciencia como el profesor Ramos que había terminado tildado de loco en una institución psiquiátrica.

¿Habría recibido mi humilde presente y esto le habría alegrado algo su confinamiento?

Por viejas series de televisión, concretamente la vieja serie de acción y ciencia ficción «*La mujer biónica*» sabía algo o muy poco, de cómo podía ser una institución psiquiátrica; en un capítulo en la que la tildaban de «loca», la metían con una chaqueta de fuerza, en una habitación completamente acolchada. Tiempo después me había enterado de que la habitación estaba acondicionada así, para evitar que los pacientes se golpearan en sus crisis de nervios. Igual, nada podía mitigar la impresión que me habían dado las primeras escenas del capítulo que no lo había visto completo. Ojalá y el profesor, no tuviera que pasar por algo semejante.

Sentía una extraña sensación parecida a la decepción, a la cual me había acostumbrado durante un largo tiempo de mi vida; había pagado por un nuevo aparato, había gastado en transportes. Tiempo, dinero y casi estaba como al principio.

Y por el momento era lo único que podía hacer, así que decidí irme a casa a disfrutar de un muy merecido descanso; hasta ahora no había tenido pesadillas y eso significaba que mi mente tenía muchos datos sí, pero no tantos como para comenzar a crear esas terribles cosas, llamadas pesadillas y sueños, pero que cuando uno las sueña, parecen realidad. Estaba dejando en orden el escritorio cuando sonó mi

teléfono. Lo más probable era que fuera alguna propaganda de una empresa o un número equivocado, como ya me había pasado en múltiples ocasiones. Pero si me equivocaba podía ser un potencial cliente.

—¿Hola?

—¿Hola? ¿El señor Enrique, el detective privado?

—Habla con él. Dígame en que lo puedo ayudar.

—Mi nombre es Cristof Dupré. Su número de teléfono me lo dio el Ingeniero Llanos de la Financiera Omega. Espero lo recuerde.

—Ah, sí. Lo recuerdo —le dije pero más que recordar, me hacía bien, mucho bien saber que mi interlocutor, era alguien que mencionaba a una persona que había conocido, a otro cliente, aunque todavía no era una segura garantía.

—Quiero que venga a verme cuanto antes si fuera posible. Le pagaré el viaje y mil dólares solo por escucharme.

—Señor...

—Dupré.

—Sí señor Dupré. Escuche: no estoy acostumbrado que la gente, mis potenciales clientes me ofrezcan dinero por escuchar sus historias, pero es un buen cambio por todo lo que he vivido hasta ahora, así que vayamos con calma.

—No tengo mucho tiempo para tener calma ni paciencia —agregó y casi pude descubrir el enojo en su voz; un cliente que ofrece mil dólares por escucharlo no se encuentra todos los días.

—Dígame donde quiere que lo visite y no perdamos más tiempo entonces.

—Deberá viajar... Vivo en Santa Fe, zona de Casilda, no sé si conoce por ahí... Tengo casa en la ciudad, pero me gusta pasar todo el tiempo que me dejan mis empresas en el exterior, me gusta pasarlo en el campo. Deberá viajar —volvió a insistir—. Y lo más urgente que pueda para llegar rápido.

—Santa Fe esta relativamente cerca... pero lo que pasa es...

—¿Qué pasa?

—No creo... no creo disponer del dinero hoy... por lo menos para llegar cuanto antes.

—Ya se lo dije: Yo se lo adelantaré. Solo tiene que darme los datos para hacer una transferencia y lo tendrá en unas... 48 horas máximo. Confío que será la persona suficientemente honesta que me dijeron y que no me va a embaucar.

—No lo haré. Si me espera unos instantes... por aquí tengo un resumen que me envió el banco...

Dos días después, como lo había prometido, tenía depositados el dinero para el pasaje. Durante la espera, me avoqué a llamar al Ingeniero para que confirmara algún dato, de este singular, por no decir, extraño cliente, que empezaba a destacarse por sus «urgencias». El Ingeniero Llanos era un hombre que por cuestión de negocios solía viajar mucho así que recé como nunca para que pudiera encontrarlo en su oficina y poder charlar unos minutos, unos preciosos minutos. Y una vez, aunque sea

una sola, tuve suerte, o mejor dicho, mis plegarias fueron escuchadas.

—¿El señor Dupré? ¡Claro que lo conozco! Es un hombre de un buen pasar que está teniendo un problema complicado que necesita de un detective privado. Un buen... detective. Por eso te recomendé. ¿Hay algún problema?

—No para nada. Solo que es una persona que me parece que necesita todo... muy urgente.

—¡Ah...! ¡Eso es!, lo que pasa que este hombre tiene que dividir su tiempo entre todas las empresas y negocios que tiene... y su tiempo... es oro, como quien dice.

—Mi tiempo también es valioso aunque no tenga tanto dinero para ofrecer.

—Si Dupré te contrata, te vas a tener que ir acostumbrando a que todo lo que te pida va a ser urgente y muy urgente. Yo sé porque te lo digo muchacho.

Seguramente debió haberse echado hacia atrás en su silla mientras me escuchaba y sonreído casi de oreja a oreja. El Ingeniero Llanos, Gustavo Alejandro Llanos, pertenecía a otro nivel social y se movía con soltura en cosas que para mí, resultaban un poco... ¿cómo decir?, un poco difíciles de manejar, como viajes rutinarios a lugares como Brasilia, La Serena en Chile, o Punta del Este, hoteles de cinco y más estrellas, o eventos, convenciones para cientos de profesionales. Aún así, perteneciendo a una clase privilegiada de individuos, no era ajeno a traiciones, tristes envidias, muchas veces de su propia gente, de su círculo íntimo como todos los mortales.

—Bueno... te voy a decir muchacho que el señor Dupré, es un coleccionista de libros...

—Bibliófilo.

—Eso. No me salía la palabra. Según él mismo me ha contado ha llegado a pagar casi fortunas por un ejemplar raro, de autores de casi todos los idiomas. No me extrañaría que el motivo por el que te ha llamado, por el que necesita de un buen detective, estuviera relacionado con eso, con los libros. En tu caso... creo que se van a entender bastante bien. Digo porque a vos, te gusta mucho leer y hasta escribir...

—Sí... al menos me ha dado un pantallazo general de quién puede ser mi cliente... Muchas gracias Ingeniero, y perdone si le he robado mucho tiempo.

—Para nada muchacho. Además siempre es un gusto conversar contigo y si sé de alguien que necesite un buen detective, no lo voy a dudar en darle tus datos.

—Gracias otra vez. Un cliente siempre es bien recibido. Hasta la próxima.

—Hasta la próxima muchacho.

Y pensé cuando colgaba «Un cliente siempre es bien recibido... sobretodo cuando hay que pagar las cuentas». Y mi segundo pensamiento fue, si logro ese caso, y resulta tener un buen pago detrás, podré financiar mejor, mi modesta investigación.

Parte de mi conversación con el Ingeniero era verdad y parte no. El Ingeniero era una buen persona, se movía en altos círculos lo que me daba una gran probabilidad de que conociera a personas que necesitaran de mis servicios, pero en la práctica... en la práctica... era otra cosa. Su gran defecto era su ingenuidad, creer que alguien que

necesita a un detective por el motivo que declara, es toda la verdad y nada más que la verdad, como dice el juramento de los juicios, mejor dicho, de las películas judiciales. La experiencia me decía, me gritaba más bien desde ese sótano terrible que es nuestra conciencia, que siempre había algo más, tal vez... lo verdadero.

En uno de los días de la espera, recordé que debía devolver el equipo a mi colega Guillermo, pero la hora era un poco inapropiada, así que hice una pequeña carta disculpándome y se la di al señor Gonzalo, para que la mandara por correo. Viajé finalmente a Santa Fe, en un automóvil alquilado. Ya en camino hacia el lugar donde iba a encontrarme con mi nuevo cliente decidí llamarlo por teléfono.

—¿Señor Dupré? Habla Enrique, el detective. Ya estoy en su provincia y en viaje hacia su casa.

—¡Qué bien me deja escucharlo señor Enrique! Pero... un momento: ¿le puedo preguntar en qué viene?

—Alquile un automóvil... un...

No me dejó que le describiera el modelo de automóvil cuando me dio una consigna un tanto extraña. Más cosas misteriosas que se sumaban a este caso.

—Por favor... cuando deje la ciudad... y tome la ruta... deje el automóvil a un costado de la ruta. Cruce con cuidado y en el camino rural de la izquierda, entre... caminando. No pregunte por favor... después le explicaré.

—Claro... usted manda.

Caminar. Había que caminar. Agradecía haber escogido zapatillas en lugar de zapatos, o peor, zapatos nuevos, para impresionar a un nuevo cliente.

Por un momento, aquella cinta asfáltica y el cielo gris hasta donde alcanzaba la vista me había recordado los viajes que había hecho cuando era niño y solo un par, ya de adulto, hacia el campo, del sur o del norte de mi amada provincia, mi terruño. También por un momento me sentí feliz, tan feliz, como en esos momentos cuando ignoraba todo lo triste que podía tener la vida, las traiciones, las dobles intenciones.

«Después de todo, caminar no es tan malo» pensé mientras cerraba bien el automóvil. El verde de los campos sembrados me rodeaba por todos lados. Mi mente se relajó un poco con el aire fresco, y el cielo tranquilo a pesar de estar nublado, pero mis alarmas no dejaron de sonar.

«Este hombre está vigilado» pensé además. Por eso quiere que llegue caminando, un hombre caminando puede pasar mucho más desapercibido que un automóvil, con una matrícula extraña.

Un hombre, con pinzas y una gran caja de herramientas, reparaba los alambrados de la entrada y se apresuró a abrirme la tranquera de entrada, con una sonrisa de hospitalidad.

—Buenos días. ¿Cómo está?

—Bien. Soy Enrique, el detective que el señor Dupré...

—*Monsieur* Dupré lo está esperando. ¿Quiere tomar un poco de agua antes de llegar a la casa?

—No. Estoy bien. Me hizo bien caminar. Gracias.

La casa de *Monsieur Dupré* era enorme. Pienso que no había otro calificativo para intentar describir, aquella mole de ladrillo visto de dos pisos y varios cientos de metros cuadrados, todo circundado por una alambrada cubierta con una tela oscura que la convertía más bien en muralla impenetrable. También podría describirla como una enorme caja, en medio del campo, que era así, quizás, como se le veía a la distancia. Si bien, la edificación era una especie de mole de ladrillo, sin muchos atractivos, incluso el amplio jardín, donde se destacaban solo un par de arbustos de hojas que se ponen amarillas en otoño y casi rojas cuando avanza el invierno, adentro, la casa era otra cosa. Cuando inicié el camino de cemento del medio del jardín para llegar a la entrada de la casa, se escuchaban los ladridos profundos de varios perros que me espiaban desde detrás de un pasillo con la entrada franqueada por una reja.

Una mujer, de unos cincuenta años, bastante bien llevados, elegante hasta cierto punto, pero sin descuidar su aparente dedicación a tareas domésticas, me abrió la puerta y me dio la bienvenida. Era rubia, con el cabello algo corto y tenía los ojos de un color celeste que llamaban la atención. También la sonrisa y la forma, o el acento con que pronunciaba el castellano.

—Mi nombre es Ana. Soy la ama de llaves de *Monsieur Dupré*. Pase... sea usted bienvenido.

El vestíbulo era pequeño con un gran espejo, con un marco plateado que me recordaba a algunas películas que mostraban la suntuosidad de una Versalles que pronto caería en poder de unos revolucionarios que no solo cambiarían su país, sino también el mundo, muy extraño si pensaba que había viajado por campos y campos cubiertos de verde y otros con tierras aradas; un entorno completamente agrícola. En el interior, los pasillos, la zona de las escaleras, en todas partes había cuadros de casi todos los estilos artísticos, Impresionismo, del Renacimiento italiano, el Cubismo. *Monsieur Dupré* llegó mientras yo, caminaba por la sala, admirando un enorme Greco, en la pared que tenía en frente.

—¡*Monsieur* Enrique! Gracias por venir. Soy Cristof Dupré —me dijo estrechando mi mano.

—Gracias a usted. Enrique. Encantado.

Monsieur Dupré era un hombre alto, elegante, la clase de hombres convencidos de que son no solo dueños de posesiones, sino también de su destino. Sí, aquel parecía realmente un hombre seguro, completamente seguro.

Tenía una temprana calvicie que ocupaba una gran parte de su cabeza. Sobre las orejas aún quedaban matas de cabellos oscuros, con briznas blancas. Tenía unos ojos pequeños de un color semejante al de los cabellos, que yo no podía precisar. La nariz era algo curva, pero no le quitaba una cierta armonía a todo el rostro. Si este hombre me había hecho la oferta de pagarme mil dólares solo por escucharlo, debía reconocer que tenía en su rostro, una sonrisa de un millón. Era delgado, y me hacía pensar en el

tipo de cuerpo modelado por un deporte como el golf, aunque quizás no fuera así y solo había sido delgado toda su vida.

Vestía un suéter color crema sobre una camisa muy blanca, pantalones de vestir grises y unos zapatos, caros, tal vez, los más caros que yo había visto.

Me invitó a sentarme en uno de los sillones de su sala, mientras él fue hasta un lugar de la habitación semejante a la barra de un bar o *pub*, de donde me ofreció algo para beber.

—¿Gusta un whisky? ¿O un trago? Discúlpeme si lo hice caminar... debe tener sed.

—No gracias. No bebo cuando trabajo y cuando no trabajo tampoco —dije tratando de inventar una broma como para iniciar un buen clima en la conversación.

—Ah... —susurró ladeando un poco su cabeza mientras se servía algo en un vaso—. ¿No le importa verdad?

—Para nada.

—*Monsieur* Enrique... es una buena cosa que dispusiera de tiempo para venir... ¿dejó algunos clientes esperándolo?

—En realidad no tenía casos... suele pasar eso a una cierta época del año... los casos... aunque parezca redundante... escasean...

—Bien... —comentó haciendo jugar con un poco de whisky a los hielos de su vaso—. Le voy a relatar mi historia... luego como le dije por teléfono... si no acepta el caso, le pagaré lo que le ofrecí y... y ya. Pero me gustaría que aceptara el caso.

—Lo escucho.

—Bueno... soy un hombre de negocios Enrique... comencé vendiendo periódicos en el puesto de mi tío cuando tenía unos 15 años en Marsella... bella ciudad del Viejo Mundo... —suspiró y miró casi con nostalgia los cuadros de las paredes—. Y desde entonces no paré... a los 18 tuve mi primer puesto... dejé de ser empleado porque estaba convencido que no iba a llegar muy lejos... luego tuve otro puesto ya con empleados a mi cargo y así... dejé el rubro de los periódicos y tomé el de los bares hasta que las mafias, comenzaron... a querer tomar el control de los suburbios de la ciudad... me fui al interior del país... tuve otro negocio que fracasó... entré en un período de mi vida que todo me salía bien pero por poco tiempo... luego todo se estancaba... sin una salida. Desde muy joven había querido instruirme... y había leído todo lo que había llegado a mis manos... filosofía, literatura, economía... una día, mejor dicho, una noche salí a tomar algo con unos amigos... y visitamos un mercado callejero... había una tienda pequeña, de libros... y yo descubrí un libro de magia... ¡sí!, ¡aunque no lo crea! ¡Yo tampoco podía creerlo en su momento! La Inquisición había sido tan... exitosa en ciertos lugares en Francia... que no pensaba que libros de esa clase pudieran quedar por ahí. Y menos ese... un libro escrito por un gran investigador y a su vez, mago de verdad... Pero ahí estaba... Y lo compré. Mi vida cambió... todo lo que propuse... lo conseguí. Llegué a poder comprarme cuadros de artistas de renombre... rodearme de toda esa cultura que había admirado

de joven... Estos cuadros... —comentó y señaló las paredes—. Son solo buenas reproducciones... los verdaderos... están en la bóveda de un banco... hace cuatro días... revisando mi biblioteca... descubrí que mi libro... mi libro de magia, el libro que me había dado el triunfo en la vida... no estaba. Lo busqué en toda la casa y no estaba.

—¿Lo tenía aquí?

—Me acompaña a dónde voy... siempre. Esa es la... condición que imponía el *mago-escritor* que escribió el manuscrito original, en el siglo XII.

—Todo un problema... —dije—. Sobretudo si usted viaja mucho...

—En realidad no era un problema... lo cuidaba mejor que a mi vida. Pero aquí en la casa lo dejé en mi biblioteca.

—¿Qué personas tuvieron acceso a la casa? Al interior.

—Ana, mi ama de llaves, Jorge, el hombre que se encarga de alimentar a los perros... y el jardín... es el que le abrió la puerta y yo.

—¿Desconfía de alguno de ellos?

—Para nada. Ana me acompaña desde que murió Marianne, mi esposa hace doce años y Jorge, es incapaz de robar... es un hombre sencillo... hasta tonto... pero no ladrón. Además lo he investigado personalmente.

—O sea que nos deja a un autor... sin nombre... que pudo entrar en su casa... sin ser visto... burlando a los perros... las miradas de todos los que se encontraban en la casa... y encima escoger... algo importante para usted. Algo muy importante.

—¿Cómo sabe todo eso?

—No lo sé... lo deducí. Usted me lo hubiera dicho, si algo hubiera pasado.

—Los perros estaban adormecidos... el veterinario del pueblo dijo que les habían dado un somnífero muy fuerte. Jorge había ido a la otra punta del campo a revisar los alambrados así que no pudo saber cuándo le dieron eso a los animales.

—¿Y la señora Ana?

—Estuvo limpiando los baños de las habitaciones de huéspedes, que están al fondo. Lo hace todos los días después de repasar la casa. Alguien me llamó al día siguiente. Dijo llamarse Gastón... y que quiere un millón de dólares...

—Un secuestrador de libros... —dije como si hablara solo—. Un extraño secuestrador que sabía que ese libro era importante para usted por alguna razón muy especial. ¿No tiene idea de dónde puede conocerlo?

—Realmente he pensado y pensado... le he dado vueltas en mi cabeza una y otra vez... y no sé quién puede ser.

—Un millón de dólares... ¿tiene esa cifra?

—La tengo por supuesto... pero no aquí. Me llevaría una semana con suerte reunir ese dinero. Lo que complica aún más las cosas es que el tal Gastón... quiere el dinero en dos días... de lo contrario quemará el libro. ¿Entiende lo que puede pasar después?

—¿Y qué puede pasar después?

—Lo perdería todo. Yo conseguí mi fortuna gracias a los consejos de ese libro y si ese libro es destruido... No hay otro en el mundo.

—Quizás esa es la parte más terrible de todo este problema... que no hay otro igual en el mundo. Los libros son... quizás el mejor artefacto construido por el hombre... difunde cultura, conocimientos...

—Habla muy bien de los libros... pero... ¿usted no cree en la magia verdad?

—Eso no importa de verdad —le dije y él se apresuró a interrumpirme.

—Hildebrando de Edimburgo... llegó a ser discípulo de Reul de Nottingham, uno de los más afamados magos de toda Inglaterra del siglo XII. Este libro es casi el equivalente a la Lanza del destino, del soldado romano Longinos que poseyeron muchos hombres poderosos a lo largo de la historia y que al dejar de tenerla en sus manos... cayeron en desgracia y hasta perdieron sus vidas. Este libro estuvo perdido por siglos... yo mismo creo que es una copia, pero aún así... me ha dado toda la fortuna que poseo.

—Muy impresionante... lo que le quería preguntar era: ¿Dio aviso a la policía?

—La primera exigencia era que no diera aviso a la policía... que me vigilaba y que si veía un autoextraño... destruiría el libro de inmediato. Por eso le pedí que llegara caminando. No estamos tan lejos del pueblo... solo unas veinte cuadras.

—Tengo solo dos días... para averiguar dónde está el secuestrador... un caso difícil.

—Yo... me comuniqué con... el jefe de seguridad de mis empresas... estaba a punto de irse a controlar... mis otras empresas y le pedí ayuda.

—Bien... ¿en qué consistirá esa ayuda?

—El tal Gastón... va a llamar... en un día... o dos. Cuando me indique un lugar donde hacer el intercambio... vamos a tenderle una trampa... Usted llevará el portafolios...

—No creo que sea una buena idea. Escuche... si ese hombre hizo una gran jugada con robar ese libro tan importante para usted... puede estar preparado, muy bien preparado por si lo traicionan... nadie dice que está solo en esto...

—En todo caso tendremos algo con qué negociar... si algo sale mal, él tendrá mi libro, pero yo tendré a uno de ellos...

—Mientras tanto déjeme investigar un poco... hacer unas preguntas en el pueblo... ver si alguien nuevo se mudó, alguien que puede trabajar en un campo cercano... si lo vigilan... debe estar cerca... hasta en esa antena de telefonía que tiene en la entrada del campo.

—Son buenas sus observaciones Enrique... los que me lo recomendaron... no se equivocaron, pero no tenemos mucho tiempo. Además...

En ese momento sonó un teléfono fijo.

Dupré me indicó silencio con la mano y se levantó rápidamente y caminó hasta el medio de la sala.

—¿Hola? Sí... sí... ya tengo el dinero... ¿dónde? Ah sí... conozco el lugar...

enviaré a Jorge mi jardinero a que lleve el dinero... será en un portafolios marrón... ¿Por qué no? Bueno... entonces en un bolso... tengo uno azul... no le haga nada a mi libro o se arrepentirá... ¿me oyó?

Mientras este hombre hablaba con el presunto secuestrador del aún más presunto libro de magia, me preguntaba: *¿En qué me había metido? ¿Era mi imaginación paranoica o este hombre quería que yo fuera parte de un secuestro?*

Dupré colgó el teléfono.

—Era él, el tal Gastón. Quiere que hagamos el intercambio a unos quince kilómetros de aquí. El lugar se llama El Pozo del Potro. Es un lugar donde dicen que vivía un hombre... un gaucho que tenía un pozo de agua y él montaba un potro, un animal negro. Ahora, todo eso son campos de soja. El pozo aún se conserva... está a un lado de un camino rural. Usted, vestido con la ropa de Jorge llevará el dinero en un bolso... y esperará que pasé una camioneta con los vidrios polarizados... dejará el bolso en la parte de atrás, en la caja de la camioneta y él... le dará el libro.

—Y su jefe de seguridad...

—Y mi jefe de seguridad... hará el resto. No se preocupe. Jean Paul, fue militar de la Legión y sabe como llegar rápido y actuar igual.

—¿Y la hora? ¿Cuándo será?

—En solo cuatro horas... —comentó y consultó un Rolex de oro—. A las siete de la tarde. El tal Gastón quiere que sea a esa hora para ocultar sus movimientos. Pero hoy no le servirá de mucho. Lo invito a almorzar... tendrá un par de horas para descansar... y luego... Disculpe... —me miró con una sonrisa casi de triunfo en sus labios—. No le pregunté si acepta el caso o no.

Lo miré y traté de sonreír para ocultar que muchas cosas, piezas, de este singular rompecabezas no estaban del todo claras para mí. Dupré era un hombre de esos para los cuales no había ningún límite; lo que me proponía literalmente, era ser cómplice de un secuestro, del secuestro de una persona a la que él, le adjudicaba el robo de ese misterioso libro de magia, tan importante para él, como para hacer cualquier cosa para recuperarlo. Era una de las tantas reformulaciones del fin que justifica los medios. Y yo, no podía ser parte de semejante cosa, aunque necesitara ese dinero más que nadie en el mundo. Siempre hay un momento en el que uno debe decir basta, y ese era el momento.

—Creo que voy a tener que decepcionarlo señor Dupré...

—¿A que se refiere? —preguntó con una expresión en su rostro donde todavía no se borraba la ironía.

—Lo que usted me propone es ser cómplice de un crimen... y como ayudante de la justicia... no puedo ser parte de esto... lo siento... voy a pedirle que me pague y me irá... le deseo mucha suerte. Aunque le reitero que debería llamar a la policía... ellos tienen mucha experiencia en casos de extorsión, secuestros...

El hombre caminó unos pasos con el rostro en tensión y la mirada baja. Miró hacia el techo, sonrió y habló como si hablara con alguien más.

—Creo que me ganaste esta vez, Jean...

Un hombre alto, fornido, con un cuello grueso que parecía más grueso aún por el cuello de la polera negra que usaba apareció de detrás de la barra del bar hogareño de Dupré.

—Te lo dije que no iba a querer participar... me debes cien dólares... —agregó incorporándose, como si hubiera salido desde el piso, por arte de magia, la magia en la que creía tanto Dupré.

—Jean Paul... mi jefe de seguridad... me dijo que usted no iba a querer participar en esta misión de recuperar mi libro y apostamos cien dólares... no ha empezado y ya me ha costado dinero señor Enrique...

—Sin contar que me prometió mil, mil dólares por escuchar su historia...

—Ah... eso sí... mi promesa... ¿Sabe una cosa Enrique? No llegué tan lejos en el mundo de los negocios por hacer promesas y cumplirlas... eso de dar la mano y la palabra empeñada... son cosas de otro siglo... yo creo en la rapidez, la astucia... Creo que tengo hambre... ¡Ana! —exclamó y salió hacia el comedor.

El «recién» llegado a nuestra reunión, aunque debía decir mejor, «aparecido», se acercó y sacó de sus ropas una pistola con silenciador, e hizo señas con ella, para que me pusiera de pie, a modo de invitación a caminar rumbo al comedor, detrás de Dupré y adelante de él. Tenía la estatura de un gigante, la nariz rota de un boxeador y el aspecto, casi siniestro de un guardaespaldas, sin mencionar su vestimenta, siempre oscura, como la de un comando de misiones nocturnas. Los gritos de Dupré en el comedor se escuchaban desde allí. Yo quise pensar que el aroma delicioso a estofado de carne tal vez disipara la extraña sensación que tenía en el estómago... o tal vez, no...

6

Comimos en un comedor casi tan grande como la sala anterior. La señora Ana, la ama de llaves de tantos años de Dupré, había hecho un delicioso estofado de carne de cordero, con papas al horno. El clima de la casa, parecía el de un hogar común y corriente, como si un empresario de gustos muy extraños y por igual, por la cultura universal, el arte, la filosofía, y por la magia, los hechizos, a la semejanza de un mítico Merlín, unos empleados muy sencillos, como Jorge y Ana y un jefe de seguridad, con el aspecto de un auténtico soldado de La Legión Extranjera, armado y siniestro, fueran los integrantes naturales para una familia normal. Pensaba en los famosos «Locos Adams» y creo que ellos eran niños traviesos en comparación con esta otra, singular «familia». Y yo era el diferente, la pieza que no encajaba en todo ese extraño conjunto de personas; esperaba un instante, un efímero momento en que ese hombre de mirada siniestra se descuidara para huir como un poseído por los campos verdes que parecían interminables, llegar al pueblo y contarle todo a la policía. Mis alarmas me habían demostrado como siempre que no se habían equivocado y yo estaba allí, almorzando con unos locos, o con unos cómplices de un delincuente, o con unos delincuentes, cualquier definición cabía para describir mi situación. Igual tenía hambre, y si algo iba a pasarme al menos que me ocurriera con el estómago satisfecho.

Comimos todos en la misma mesa; Jorge el jardinero, Ana, la ama de llaves, Jean Paul, el guardaespaldas siniestro y tal vez, mi carcelero también y Dupré, en la cabeza de la mesa, frente a la fuente con la carne, como en tiempos pasados lo hacía el padre de familia, o quizás, el Gran Jefe, El Capo Mafia, y por supuesto yo, en el otro extremo.

—La felicito señora Ana... la carne está deliciosa... muy rica —le dije como para decir algo en medio del silencio solo quebrado por el ruido de los cubiertos.

—Gracias... —agradeció ella y bajó la vista.

—Ana... —comentó Dupré limpiándose los labios con una servilleta y tomando su copa con vino—. Cocina muy bien... en realidad, siempre lo ha hecho.

Volvimos a comer en silencio otros minutos hasta que Jorge dejó escapar un comentario sobre los alambrados.

—Los alambrados de la parte norte... estaban muy dañados... voy a tener que ir al pueblo a comprar más alambre...

Dupré le hizo un suave ademán que se callara mientras masticaba y volvió a tomar otro sorbo de vino. Jean Paul observaba toda la escena en silencio y mientras cortaba un pedazo de carne me lanzó una pregunta. Y yo, mientras lo escuchaba me preguntaba donde tendría la pistola, para solo sorprenderlo y salir corriendo por la ventana aunque me soltaran los perros y ahí encontrara mi fin.

—¿Usted es detective...? ¿Enrique verdad?

—Sí. Ese es mi nombre. Y esa es mi profesión.

—¿Puedo preguntarle por qué no lleva armas?

Me parecía demasiada maldad, haberme reducido a punta de pistola y luego preguntarme por qué no llevaba armas, pero decidí seguirle el juego.

—A veces un arma puede ser una molestia... o un problema. O ambas cosas... Me pagan por investigar... descubrir cosas.

—Yo conocí un hombre así... en el puerto de Marsella. Decía que la mejor arma... la portaba todos los días... —dejó la copa de vino y se señaló la cabeza a la altura de las sienes—. Su cerebro. Decía que era su arma más letal... lo encontraron muerto en el muelle con dos disparos en la espalda. Nunca encontraron al asesino...

Extrañamente, no parecía que disfrutara el comentario que él había hecho, ni la situación de superioridad en la que estaba, lo que me pareció aún más extraño. Se hizo un incómodo silencio y Dupré lo interrumpió.

—Jean Paul... comamos sin recuerdos tristes... no queremos que nuestro huésped entre en ataque de pánico y salga corriendo.

—Lo siento jefe... era solo una conversación.

—No es nada. Yo sé que es un riesgo natural... lo sé. Lo tengo presente... como ahora —dije tomando mi vaso con agua, tal vez tratando de desahogarme con un poco de ironía, si me servía de algo.

Dupré me miró y quizás sacó otro tema de conversación como para salvar el momento.

—¿No toma vino tampoco con la comida Enrique?

—No... no puedo. Mi intestino no lo tolera... al menos por ahora según el médico.

—Muy extraño... —comentó ladeando otro poco la cabeza.

—La respuesta... la tendré la próxima semana... la próxima semana tengo turno con el médico. Al menos lo tenía... —dije en voz baja.

Había un clima de tensión en la mesa y no podía detectar de dónde provenía o de quién o por qué. *¿Todos eran cómplices? ¿Estaban jugando conmigo de una terrible manera?* Si así era, *¿por qué?* Mis alarmas estaban alertas y era lo único que podía hacer por el momento.

Jorge, y Ana levantaron toda la mesa y llevaron las cosas a la cocina.

—Señor Enrique... he sido muy generoso con usted y le voy a dar una oportunidad de colaborar en mi operativo... Tiene una hora más o menos para descansar... y...

—Ya le dije señor Dupré que no voy a formar parte en una conspiración para cometer un delito, en este caso... un secuestro. Lo siento haga lo que quiera...

—En ese caso... no me deja otro camino que...

—Todos los hombres como usted dicen lo mismo... «No me deja otro camino». Es una...

En ese momento mi mente comenzó a dar vueltas. Reconocía esa sensación de cuando tenía una crisis de hígado y no me gustaba para nada. *¿Qué había sido? ¿El*

agua? ¿La comida?

Me desplomé en un momento sobre la mesa y escuché algo, como si Dupré y su cómplice hablaran a cientos de metros de donde yo me había desplomado finalmente. No sé cuanto tiempo dormí, una hora o dos, pudo pasar todo un día.

Vi el calzado de una persona que se acercaba, era un extraño calzado duro, como el que usan los militares. Luego la inconsciencia me venció otra vez. Ver el verde de los campos había sido bueno para mi alma que necesitaba un poco de descanso, de tanto triste cemento de la ciudad. Comer cordero al horno había sido bueno para mi estómago que necesitaba una sana comida casera, aunque en esa carne o en el agua me hubiera dado algo que finalmente me derrotó. Algo había salido mal... algo que no podía precisar...

Me desperté con somnolencia y el lugar era todo blanco. El primer pensamiento fue que al menos no había muerto. Volví a intentar dormir, pero escuché una voz, que decía casi a lo lejos.

—¡Doctor! ¡El paciente despertó!

Minutos casi eternos después vi un hombre alto, vestido con un guardapolvos blanco al lado de mi cama y luego llegó una mujer vestida también con un guardapolvo blanco.

«¡Qué extraño!» pensé «¡Tan grande y este hombre todavía va al colegio!» luego volví a dormirme.

No sé cuánto tiempo pasó cuando volví a despertar. Aquel hombre estaba junto a mi cama.

—Hola... hola... ¿Cómo se siente? —preguntó.

—Hola... me duele... todo... todo el cuerpo. ¿Quién es usted?

—Yo soy el doctor Francis del Hospital Regional. Le duele todo el cuerpo y no sabemos por qué. Lo encontramos en un cruce de caminos... Primero pensamos que lo había atropellado un automóvil y lo había dejado tirado en la calle. Lo descartamos cuando lo revisamos pero le hicimos un par de estudios... un par de placas radiográficas para estar seguros. No es muy frecuente ese tipo... ese tipo de conducta por estos lugares... pero vaya uno a saber... la gente cambia... a veces pienso que el mundo está un poco loco... nosotros estamos un poco alejados de todo eso... bueno, a usted, lo encontró un productor que volvía a su casa y lo vio de casualidad. ¿Recuerda su nombre? ¿Recuerda quién es usted?

—Mi nombre es Enrique... soy detective privado.

—¿Detective eh? Como en las películas. ¿De dónde es Enrique?

—De Córdoba.

—De Córdoba... un poco lejos. ¿Recuerda que hacía aquí y en ese... lugar?

—Investigaba un caso.

—Un caso —repitió el hombre mirándome detenidamente con sus ojos celestes muy grandes y casi llegó a tartamudear para preguntarme—. ¿Un... una muerte?

—No. Un extraño... robo de un libro.

—¿De un libro?

—Era un libro muy valioso... el tipo, mi cliente era coleccionista. Coleccionaba libros antiguos y caros... y se lo robaron.

—Comprendo... Enrique... la policía de la provincia estuvo aquí y dijeron que volverían para hacerle un par de preguntas... si había visto algo... esas cosas... ¿cree que podrá contestar algunas preguntas? Es que necesitamos la cama y usted va a pasar a terapia intermedia y luego a sala común... necesitamos la cama para otros pacientes.

—Claro... llámelos cuando quiera.

—Bien.

El doctor, que mi mente había inventado que era un alumno adulto, como una forma de prepararme para el regreso a la realidad, se fue y yo me quedé mirando las paredes del lugar. Mi mente también había creído no contar todos los detalles del caso que ya, era muy extraño para no ser tildado de loco por los médicos. Yo quería saber qué rayos era lo que había movilizó a ese hombre, tan siniestro de estafarme y luego de dormirme, *¿para qué? ¿Con qué fin?* Dos policías, uno vestido de traje negro, y otro con uniforme, llegaron otra vez con el doctor.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Somos el comisario Fuentes y el oficial Campos. Quisiéramos que nos conteste unas preguntas.

—Las que quiera... y usted por favor... dígame algo también.

—Lo que sea... si es para ayudar —agregó el comisario.

—¿Qué día es hoy?

El hombre miró al doctor y este le contestó.

—Está desorientado. Es algo... normal en su caso.

El hombre se volvió a mi.

—Hoy es sábado.

—¿Sábado? O sea que estuve inconsciente...

El doctor habló.

—Lo encontraron el martes a la noche... tres días... con algunas horas...

—¿Tres días? —dije asombrado.

—¿Ahora puede hablar? —preguntó el comisario y al no obtener respuesta miró al médico que le dijo que sí con la cabeza—. ¿Qué o a quién estaba investigando señor Enrique?

—Estaba investigando el robo de un libro... un libro de colección, propiedad de un empresario.

—¿Recuerda su nombre, algo?

—Dupré. Cristof Dupré.

—¿Y qué estaba haciendo concretamente en ese lugar? Esperaba a alguien...

—Usted no va a creerme pero... el empresario que me contrató se negó a llamar a la policía... a denunciar el robo. Quería tenderle una trampa al ladrón que le había robado y todo iba a suceder cuando yo entregara el rescate por el libro... a un tal Gastón... lo iban a secuestrar. Le habían pedido un millón de dólares de rescate.

—A ver a ver... —el comisario escribía en una libreta con una tranquilidad pasmosa—. Un millón de dólares. Mucho dinero. ¿Llevaba usted el dinero?

—Dupré quería... que yo participara pero yo me negué todo el tiempo, desde que me contó su plan.

—Usted se negó ¿y entonces?

—Su jefe de seguridad, un tal Jean Paul me amenazó con un arma y luego...

presuntamente en la comida o en el agua me dieron algo que me durmió.

—¿Recuerda como era... el hombre?

—Era alto, muy fornido. Vestía todo de negro.

—¿Y entonces? Continúe.

—Me dieron algo que me dejó inconsciente... no sé cuanto dormí... me desperté en el suelo... tal vez cuando me dejaban... antes habían hablado de un lugar... el lugar se llamaba... Pozo... Pozo del Potro. ¡Eso es! ¡Así lo dijeron!

Los hombres se miraron. El comisario habló después de anotar en una libreta.

—El lugar donde lo encontraron no tiene nombre. Es solo una esquina, un cruce de caminos rurales. El Pozo del Potro... está casi nueve quilómetros más al norte. Además no es solo un lugar en medio del campo... es un pueblo.

—Un pueblo...

—Así es. Un pueblo. Y en cuanto al nombre del empresario... no conocemos a ninguno que se llame así... por aquí.

—Tiene un campo. Yo almorcé con ellos en su comedor.

—¿Quiénes... ellos?

—Su ama de llaves, un jardinero... el empresario y su jefe de seguridad.

—¿Recuerda algo del lugar?

—La casa era enorme... tenía... dos pisos... de ladrillo visto. Al frente del campo había una antena de telefonía celular... ¡Mi teléfono! —dije y los miré a los dos policías y al médico.

—No encontramos ningún teléfono... en el lugar. Había una mochila... sin nada. La casa que usted nos ha descrito... está vacía... yo lo sé porque el dueño... el señor Rivera Nieto... la tiene en venta... desde hace años.

—No puede ser... todos parecían tan reales...

El comisario se encogió de hombros.

—Enrique... usted por lo visto fue víctima de un engaño... no sabemos por qué razón... podremos seguir con la investigación si usted hace una denuncia... por estafa... Tampoco podemos entrar en el campo para que usted reconozca algo... alguna cosa... porque necesitamos una orden del juez... y no le aconsejamos que lo haga cuando salga del hospital... ese lugar es propiedad privada. ¿Lo entendió?

—Lo entendí... no soy esos detectives de las películas que se meten en todas las casas sin autorización. Nunca me gustó y no voy a empezar ahora.

—Menos mal... mi consejo es que vuelva a su Córdoba... a su ciudad... y espere noticias de nuestra investigación... solo si hace la denuncia. ¿Está claro?

—Totalmente... —respondí con la mirada perdida.

—Compréndonos Enrique... tenemos un presunto delito... pero no tenemos a quien buscar como el autor... no hay ningún empresario de la zona... productor rural o industrial que tenga un nombre parecido... Usted estuvo inconsciente tres días más o menos, y mientras tanto, no perdimos el tiempo y lo identificamos por sus huellas. Sabemos que no tiene antecedentes penales ni contravencionales... y ahora, usted

está recuperándose... Mi consejo es que haga la denuncia que corresponde... o lo olvide todo.

Yo estaba con la mirada perdida. El comisario le habló directamente al médico.

—Esperamos que se mejore pronto. Doctor...

El doctor los acompañó hasta el pasillo y luego regresó.

—Doctor... ¿puedo irme?

—¿Irse? No lo creo... hoy despertó... debemos hacer un par de estudios a ver como quedó esa cabeza... a lo sumo puedo pasarlo a sala común... un par de días más.

—Necesito llamar a alguien para que me venga a buscar y traerme dinero...

—Si es por el pasaje... podemos con los otros médicos ayudarle en algo...

—¡Recordé algo! A la salida del pueblo... dejé el automóvil que alquilé para venir a Santa Fe. Debe estar allí todavía.

—Si lo engañaron... no lo creo —acotó el médico negando con la cabeza—. Ya debe estar quemado o... desaparecido. Si esa gente iba a cometer un...

—Un secuestro... tal vez, ya lo hicieron.

—Entonces... tienen mucho que ocultar... lo más probable es que ya no esté.

—No saben que tipo de auto es. No me dejó que se lo diga por teléfono. ¿Puede hacerme llevar hasta allí?

—Mañana... lo hablaremos de nuevo. Ahora... trate de pasar el fin de semana en una cama... sin correr ningún riesgo. El lunes a primera hora... le haremos estudios y veremos si está en condiciones de volver a su ciudad... manejando solo. Descanse.

—Sí doctor.

—Eso está bien. Tranquilo... y descanse.

¿Quedarme tranquilo? ¡Qué ingenuidad! ¿Cómo era posible que me pidieran semejante cosa? Había demasiadas piezas en este rompecabezas que no encajaban y yo tenía también otro tanto de preguntas.

Minutos después de que el doctor se retiró, vino la enfermera con una modesta silla de ruedas, para trasladarme a la sala común; incluso necesitaban todas las camas que fueran necesarias de la terapia intermedia.

Me tocó un lugar bastante tranquilo, casi cerca del ventanal que daba al patio. Allí me preparé para pasar todo el fin de semana, rumiando mi derrota, o mejor dicho, buscándole sentido a todo lo que me había pasado, si es que lo tenía.

Mi misterioso cliente, *¿había estado jugando conmigo todo el tiempo?*

Sí así era, *¿porque no solo me habían disparado y ya?*

¿Cuál era el sentido de todo esto?

El sábado me recordó a los dulces años de la niñez en los que esperaba las películas viejas que pasaban en la televisión; cielo gris, temperatura templada, que invitaban a meterse en la cama y desde ahí, disfrutar con las aventuras en alta mar, asombrándose con la ballena blanca completamente acribillada por arpones que sale repentinamente del mar, con el cuerpo del capitán Hahab, enredado con las sogas, o

lamentarse que el héroe de «Tobruck», cayera bajo las balas de los soldados alemanes, o que el Sheriff lograra descubrir, quienes finalmente habían robado la diligencia. Tardes interminables de aventuras, sufriendo con el romance del héroe con la chica que está en apuros, soñando con los paisajes increíbles. El domingo fue diferente; recuerdo que los domingos los pasaba estudiando para los lunes que solían estar cubiertos, de exámenes y presentación de tareas. Aquel domingo fue un largo desfile de visitas de familiares, algunos algo ruidosos como los niños. Finalmente a las 18 horas, las visitas debieron irse y los pacientes, quedamos a solas primero con la penumbra y la suave luz que venía del patio y luego con la luz algo estridente de los tubos fluorescentes de la sala y los pasillos que se encendieron automáticamente. Por un momento, me había reconciliado con el día domingo, mirando el mundo desde mi cama de enfermo en la suave penumbra de la sala. Pero la reconciliación duro poco y volvimos a la luz y a la voz de las enfermeras haciendo su última ronda, repartiendo píldoras y cambiando algunos vendajes. Finalmente las luces estridentes se apagaron y quedó la oscuridad y el silencio, matizado con los ronquidos de más de uno y las quejas por algún dolor renuente a irse. El lunes, casi a la diez de la mañana, el doctor Francis, llegó hasta mi cama a revisarme.

—Buenos días...

—Buenos días Doc.

—¿Cómo ha estado estos dos días eh? ¿Le ha dolido la cabeza... la nuca?

—Los dolores de mi cuerpo pasaron... y la cabeza no me dolió para nada.

—Muy bien vamos a hacer... un par de estudios para ver si no hay hematomas... y pequeñas manchas que después se puedan transformar con el tiempo... en cosas... malignas...

—Lo que usted diga doctor. Pero... antes ¿puedo hacerle una pregunta?

—La que quiera...

—Cuando me encontraron... en la calle... ¿me hicieron análisis de sangre por si había consumido... alguna sustancia?

—Los hicimos... solo encontramos un alto nivel... de melatonina... y la presión muy baja... no a un nivel preocupante... pero si que debía estar vigilada.

—La melatonina es...

—La hormona del sueño... en lo demás, no encontramos otra cosa. La enfermera lo llevará a la sala de Tomografía.

El estudio tardó cerca de una hora, pero al final, ya estaba también, el informe del médico especialista. La respuesta del doctor Francis, llegó recién a las dos y media de la tarde.

—Disculpe que me haya tardado... tuvimos un par de pacientes... difíciles. Ambos de un accidente de tránsito... un hombre y una mujer.

Mis alarmas paranoicas, saltaron de pronto en mi cabeza.

—Doctor... ¿puede decirme algo... sobre la identidad de esas dos personas que dijo?

—No... comprendo...

—Dijo que habían recibido a dos pacientes, un hombre y una mujer, de un accidente de tránsito.

—Sí... una camioneta los embistió cuando esperaban tomar un transporte... sigo sin entender...

—¿Tiene sus identidades?

—En realidad no... no... no se encontraron identificaciones. Pero aunque tuviera sus nombres no podría dárselo a usted.

—Pero puede decirme cómo eran ¿verdad?

—Sí... puedo...

—Sobretudo si yo, soy el que haga las descripciones y usted solo las confirme o las niegue...

—Lo escucho —respondió y se cruzó de brazos.

—La mujer es como de unos... cincuenta años, rubia, ojos celestes muy intensos cabello algo corto, muy bien cuidado, lo mismo que su piel. ¿Es así?

—Así... es.

—El hombre es como de mi estatura. Tiene el cabello corto, un poco de canas a la altura de las sienes. Las manos deben tener algunos rasguños por el manejo de alambres y postes. Puede tener una edad que ronde los 45 años.

—Así es. Los ha descrito muy bien. Aún no sabemos sus identidades, pero ya la policía nos lo hará saber.

—¿Cómo están?

—Muy golpeados. El hombre sacó la peor parte porque parece que cayó... y rebotó contra el guardaraíl de la ruta. Todavía están inconscientes.

—¿Es una afirmación... eso de que fueron atropellados o solo una hipótesis?

—Unos testigos... que fueron los que llamaron a la ambulancia... dijeron que escucharon una frenada brusca y vieron una camioneta que huía a gran velocidad... luego vieron los dos cuerpos tirados.

—Gracias Doc. Sigamos con mi caso.

—¿Su caso? Bueno... puedo darle de alta porque ha tenido una recuperación... muy buena pero no le recomendaría que manejara tantos kilómetros hasta Córdoba. Acaba de recuperarse... puede ser un poco excesivo para su mente... y tener un desmayo... Hable con el servicio social del hospital... y ellos le van a solucionar el problema del pasaje. Yo le doy el alta y podrá irse.

—Gracias Doc. Le agradezco.

—No se olvide. El servicio social está en el subsuelo... a mano izquierda, es la primera oficina... la señora se llama Silvia.

Después de una larga media hora estaba fuera del hospital, respirando aliviado la brisa fresca de la avenida. Conocer a la señora Silvia, quedaría para otro tiempo. Pregunté dónde estaban las salidas del pueblo y reconocí en dónde había dejado mi automóvil. Tenía una leve esperanza que estuviera ahí y que con él, pudiera regresar a

mi ciudad, sin más contratiempos. Un viejo detective que conocí hacía años me contó que él, nunca llevaba las llaves de su vehículo con él, cuando lo dejaba estacionado y cerrado en algún lugar; las llaves las escondía debajo de una piedra, debajo el mismo automóvil. Y yo había decidido seguir su ejemplo.

Me subí al Fiat Sienna y agradecí que la batería tuviera carga y el tanque combustible justo para volver, o al menos eso creía. Tenía un leve presentimiento de cómo darle caza a mi misterioso *cliente-estafador*, y no iba a renunciar tan fácilmente...

Llegar hasta mi vieja ciudad no fue tarea fácil. El medidor de combustible me indicó que se acabaría pasando la próxima ciudad, que era Oliva y no quería quedarme paralizado, en el medio de la ruta, así que traté de estacionar cerca de la primera estación de servicio que viera; evidentemente mis cálculos sobre el combustible habían fallado. La tarde parecía un tierno esbozo de la primavera por venir, cuando bajé del automóvil para buscar un teléfono para llamar a mi colega Guillermo, el primero que me vino a la mente.

—¿Hola Guillermo? Soy yo Enrique.

—¡Enrique! ¿Cómo estás hermano? —la voz, del otro lado del teléfono se escuchaba con una auténtica alegría.

—Es... es muy largo de contar...

—Pero... ¿vos estás bien?

—Ahora sí... te voy a contar todo cuando vuelva, pero antes necesito de tu ayuda...

—Lo que necesites.

—Necesito que me envíes dinero. Me quedé casi sin combustible llegando a la ciudad de Oliva y no quiero continuar. Me puedo quedar parado en medio de la ruta.

—Claro... pero no sé... cómo lo voy a hacer.

—Vos me lo envías por el sistema Western Union... y yo lo recibo... a lo sumo, con mala suerte... en 24 horas.

—¿Y si así fuera? ¿Tenés dónde dormir, dónde pasar la noche?

—Lo voy a hacer en el auto. Estoy cerca de una estación de servicio. A lo sumo tendré que explicarle algo a la policía del pueblo.

—Bueno... le digo a mi novia que te envíe el dinero ahora... tenemos una sucursal del correo... a unas cinco cuadras de casa.

—Te lo voy a agradecer y te lo repongo... con el contador Geiger.

—Eso será después... corto y la hablo a mi novia. Suerte.

Corté antes que el reloj de la máquina marcara más dinero, del que podía pagar. Había dejado guardados unos diez pesos dentro del automóvil, contradiciendo todas las recomendaciones de no dejar dinero o artículos de valor en el interior de un vehículo que uno va a dejar solo. El respeto por la propiedad ajena que todavía se valora en algunos pueblos y ciudades del interior, me ayudaron sin duda. Caminé hasta la sucursal de correo más cercana y la chica, una jovencita de unos 22 años, me dijo que si hacían el depósito antes de una hora determinada, podía contar con el dinero, 24 horas después, de lo contrario... 48 horas después. Agradecí y regresé al automóvil, convertido en base de operaciones, casa y vehículo único, todo en uno. Era ya un hecho, al menos debía pasar 24 horas en ese lugar, esperando a que el dinero depositado siguiera todos los pasos correctos. Me encerré en el automóvil, y me acomodé para dormir aprovechando al menos el tiempo en descansar. Me desperté

a media noche y me refregué con fuerza las manos para recuperar algo de calor; la temperatura había descendido un poco y no quería arriesgarme, encendiendo la calefacción del auto y quedarme sin carga para la batería. Solo debía soportar unas... 18 horas más y podría volver a la palestra. El terrible bocinazo de un camión me despertó a eso de las cinco de la mañana y luego, después de espiar a ver si veía las primeras luces de la mañana, algo que no iba a ocurrir, si no dos horas más tarde, me volví a dormir. Cuando desperté finalmente, con un sabor muy amargo en la boca debido a que no había comido nada de cena y no comería nada de desayuno, el reloj marcaba las 9 de la mañana; aún quedaban como 10 horas más de espera. Pero decidí hacerle una visita a la chica de la oficina para ver, si el sistema había depositado el dinero.

—Hola...

—Hola... yo vine ayer para hacer unas preguntas sobre un depósito...

—Ah sí... ya me acuerdo. Deme unos minutos y me fijo en el sistema ¿sí?

—Claro...

—Sí. Hay un depósito a nombre de Enrique...

—Ese soy yo. ¿Este documento me sirve?

La chica examinó con la atención que los oficiales de aduana observan los pasaportes, mi viejo D. N. I., que había guardado en un rincón escondido del automóvil, con un mísero billete de 10 pesos. Solo le faltaba preguntar: ¿Por qué visita nuestro país... placer o negocios?

—Es un poco viejito pero... sirve... ¿por qué no?

—Porque pensé que era... un poco viejo... eso es todo.

—Sí. Lo único que necesitamos para pagar es un documento legal, para constatar su identidad. Espéreme un minuto.

El ruido de la impresora decía que estaba imprimiendo el comprobante para ellos. Un verdadero alivio.

—Firme aquí por favor... y la aclaración.

Salí de la sucursal, con mis jóvenes y casi resplandecientes, 300 pesos. Cargué el combustible necesario en la estación y compré un sándwich, el más grande que tenían. Mi taza caliente con un apetitoso té blanco, quedaría para cuando me encontrara seguro en mi oficina.

Llegué a Córdoba cerca de las 20 horas. Pensé en llevar el automóvil a la agencia, pero recordé que le había prometido a mi amigo regresarle su contador Geiger, cuanto antes lo dejara de necesitar. Llegué a mi oficina y recordé que tendría que molestar al señor Gonzalo para que me abriera la puerta con la copia que ellos conservaban, mi llave se había perdido junto con mi teléfono y el poco dinero que tenía y mis documentos nuevos que tanto trabajo me habían reportado.

—No es ningún problema señor Enrique... ¿al menos quedó bien? —preguntó volviéndose de pronto a mirarme.

—Más o menos... en el viaje comenzó a dolerme un poco la cabeza.

—Es normal... fue un gran esfuerzo... y el golpe y todo eso... Aquí tiene... conserve la llave pero después va a tener que hacer una copia para que quede de respaldo.

—Mañana la hago a primera hora.

—En la galería del otro edificio... hay un cerrajero que trabaja las 24 horas, él y el hijo.

—Gracias por el dato y disculpe la molestia que le causé.

—No es nada Enrique. Hasta mañana.

Entré en mi oficina. Había olor de ambiente cerrado por días, y varias propagandas tiradas en el piso. Día a día, era normal encontrar propagandas, boletas para pagar, mías y de mis vecinos de la galería, que el cartero había confundido, pero estaban en otra posición... mucho más cerca de la puerta. Me quedé mirando la ubicación de los papeles; no parecían que hubieran sido pasados por debajo de la puerta. Un terrible pensamiento me asaltó, pero yo sabía que muchas veces la paranoia suele hacernos creer de verdad, en otras realidades. Me senté en mi escritorio y busqué en el cajón donde había dejado el misterioso cilindro y no lo encontré. Lo busqué en todos los cajones restantes y no; había desaparecido, él, junto con las notas donde había copiado los símbolos grabados que parecían de otro idioma y donde había realizado los cálculos para determinar la naturaleza del material. En mi ausencia, tal vez, una ausencia provocada por alguien, autores ignorados habían aprovechado para entrar en mi oficina y llevarse la única prueba que tenía de todo lo que me había contado el desaparecido profesor. Al menos no se habían llevado el contador Geiger, porque lo había dejado en otro lugar, por una cuestión de espacio, junto con el micrófono direccional que una vez, me había comprado.

Ahora comprendía parte de la jugada del tal Dupré y el por qué de tanto sinsentido; me habían hecho abandonar la custodia del tubo misterioso cautivándome con un caso y la promesa de un dinero que nunca llegó, para hacerse de las llaves de mi oficina y llevarse el objeto.

Pero, ¿Cómo se habían enterado que yo tenía el tubo misterioso?

¿Cuál era el interés de Dupré en hacerse del objeto?

Sonó el teléfono de la oficina y me sobresaltó arrancándome de mis pensamientos.

—¿Hola señor Enrique?

—Sí... ¿quién habla?

—Usted quizás no me recuerde... yo trabajo en la clínica San Gotardo. Usted vino hace unos días... preguntando por un paciente. Soy la secretaria del doctor Treteltik. Mi nombre es Yésica.

—Sí... por el profesor... Ramos.

—Así es. ¿Tiene unos minutos?

—Claro... Yésica... dígame.

—Bueno... no puedo adelantarle mucho por teléfono... puede no ser...

conveniente.

—Ah... ¿quiere que nos encontremos en algún... lugar?

—Por favor. Quiero contarle un par de cosas... pero en un lugar seguro.

—Lo mejor para este tipo de cosas... suelen ser...

—Sí... papá. Ya te llamo. En unos minutos.

La comunicación se cortó bruscamente. Había cambiado el tono de su voz, y me había llamado «papá», como si quisiera aparentar que hablaba con otra persona. Me quedé mirando perplejamente el teléfono como si pudiera hipnotizarlo para conseguir de nuevo, que esa mujer me llamara de nuevo. Pasaron varios minutos y el teléfono al fin sonó.

—¿Hola?

—Hola papá. Te cuento que salgo a eso de las 21 hoy. ¿Vos podés encontrarte conmigo en el bar que está cerca de la terminal...? La terminal que está en el Mercado Sud. A esa me refiero. El bar se llama El rincón de Pedro.

—Sí... nos vemos ahí hija. ¿Todo bien en tu trabajo? —dije por si alguien estaba escuchando.

—Sí papá, todo bien. Hoy salgo a esa hora, pero mañana vuelvo a salir en mi horario habitual, a las 20. Hasta luego.

—Hasta luego... hija.

Corté el teléfono y miré la hora; eran las 20 y 45 horas. Si quería que esa mujer, supuesta secretaria del doctor Treteltik, me contara personalmente cosas, que no podía contarme por teléfono, debía apurarme. Aún tenía el automóvil que había alquilado y podía moverme con algo de libertad. Cerré la oficina y busqué un cajero automático para sacar algo de dinero, porque todo lo que me había girado mi amigo Guillermo, me lo había gastado ya y debía devolverle.

Llegué al Rincón de Pedro como a las 21 horas en punto después de estacionar el auto correctamente. Busqué una mesa y me pedí un té con un alfajor. Mientras leía sin mucho interés las noticias del diario, traté de revisar los rostros de la clientela del lugar. Unos hombres hablaban con mucha energía sobre política nacional, otro hombre con aspecto de cobrador a domicilio de alguna empresa, tomaba un café con leche y una pareja se tomaba de la mano y disfrutaban ambos de un café. Todo parecía muy inofensivo al menos por el momento.

A las 21 y cuarto, llegó la mujer; yo esperaba a una muchacha tal vez, por la juventud en su voz. La reconocí más bien por su vestimenta casi típica de una secretaria que por su rostro, a pesar de que habíamos hablado mucho antes de que el director llegara, de atender personalmente a un paciente, pero habían sucedido demasiadas cosas en mi vida y en esos momentos, ella era solo un rostro más para mi. Era una señora rubia, muy elegante, bastante alta, quizás mucho más alta que yo, con el cabello largo delicadamente atado atrás con una cola de caballo.

—¿Enrique?

—Como le va Yésica —le dije poniéndome de pie como corresponde.

—Disculpe si me tardé... no conseguía un taxi.

—No hay problema. ¿Le pido algo?

—Un café por favor.

—Un café... —le dije al mozo que asintió en señal de que me había escuchado—.

La escucho... qué es lo que no puede decirme por teléfono.

Acercó más la silla y adoptó un tono de confidencia, no sin antes mirar hacia todos lados.

—En la clínica... han sucedido cosas raras siempre... solo que ahora...

—Ahora... —le dije invitándola a continuar.

—Ahora es diferente... yo... no quiero ser parte de todo lo que está pasando.

—Y eso... ¿qué es?

—Es difícil hablar de los patrones de uno... de un trabajo que tengo desde hace casi 10 años... el doctor Treteltik no ha sido sincero con usted.

—¿Ah no? ¿A qué se refiere?

En ese momento llegó el café y le dimos espacio al mozo para que sirviera, además de guardar un respetuoso silencio. Cuando se fue, ella continuó.

—Hace tiempo ingresó una paciente... se llamaba Diana... era una chica joven... una muchacha común a cualquiera... la trajeron por una crisis que había tenido en su trabajo... a unos días en que estaba... se presentó un hermano mayor de la muchacha y habló con el Doctor... una crisis de nervios por la que podía haber estado un mes... a lo sumo... terminó estando un año.

—Tal vez necesitaba un tratamiento prolongado... ¿cómo podemos saber si el Doctor se equivocó? Solo si fuéramos psiquiatras como él... y si conociéramos el caso.

—Sí, tiene razón, pero había una herencia de por medio... —agregó con un expresión casi de odio—. El hermano se quedó con todo y la chica nunca recibió nada porque estuvo internada todo ese tiempo.

—¿Usted está... segura sobre la herencia?

—Segura. Yo escuché cuando hablaban en la oficina, el hermano que quería quedarse con todo y que finalmente lo logró y el doctor. El hermano dijo en un momento: «Necesito que esté acá... internada mientras arreglamos la venta de la casa».

—¿Así dijo? ¿Qué esté internada?

—Así lo escuché yo —agregó señalándose con sus manos, mientras los ojos se le ponían algo rojos—. Y el doctor le respondió: «No se preocupe, yo me encargo». Eso me dejó muy triste y muy preocupada... yo creía que el doctor era un profesional, y no un mercenario capaz de hacer cualquier cosa por dinero... Empecé a tener un poco de miedo... y finalmente un día llegó el profesor Ramos... lo recuerdo porque era... un día con una tormenta terrible de viento... y el hombre decía: «Es un mal día... es un mal día». Y tenía razón. Nunca volvió a salir.

—Le repito que tal vez, necesitaba un largo tratamiento.

—Y puede ser así... pero a los tres meses el profesor comenzó a mejorar... hasta que un día le pidió al director, papel y lápiz para escribir... y escribió cuadernos enteros... que el doctor guarda en su caja de seguridad. Es mentira que el recuerdo de su trabajo lo puede afectar... todos los días escribe algo sobre los minerales, hasta hace cálculos.

—Igual no comprendo... a qué cosas, le llama cosas raras.

—Un día vino alguien y pidió hablar con el director... el hombre parecía un empresario...

—¿No recuerda su nombre?

—No... lo único que el nombre era raro... y el apellido parecía francés.

—¿Y su aspecto?

—Era delgado... muy bien vestido... no sé.

—Con cabello... sin cabello...

—Era calvo... sí... era calvo.

—¿Y con una sonrisa... algo como de *un millón de dólares* pero siniestra?

—Sí... ¿usted lo conoce?

—Creo que usted y yo, estamos hablando de la misma persona. Continúe.

—Bueno... Hablaron mucho... mucho tiempo. Después de esa visita... el doctor, comenzó a guardar los papeles del profesor en su caja de seguridad.

—Como si les hubiera tomado mucho interés... de repente... —comenté.

—Eso mismo pensé yo. Entonces un día... bajé a las salas de los pacientes... y hablé con el profesor... no estaba muy contento que le quitaran sus papeles todos los días y se los devolvieran al otro día... estaba casi depresivo...

—¿Depresivo eh? ¿Y nadie hacía nada en una clínica psiquiátrica?

—Eso también me pregunté yo. ¿Por qué nadie hacía algo por lo menos? Le hice un par de bromas... le dije que se parecía a mi padre para levantarle el ánimo.

—¿Y se parece a su padre?

—Un poco sí. Mi padre está lejos... en el sur argentino. Tiene un aire a él... eso de quedarse enojado... mirando hacia ninguna parte... Eso creo que le hizo un poco de bien... y le di un consejo: que no escribiera tanto así un día... tal vez se cansaban y le dejaban sus papeles.

—¿Y pasó? ¿Le dejaron sus papeles?

—No. La orden era muy estricta y aún lo es. Entonces él me pidió que los copiara... tenía miedo de que... no sé... de algo que no podía explicar... ¿qué valor podían tener sus cálculos y sus datos científicos para alguien? La fotocopidora está muy cerca de la oficina donde trabajo... pero podían sorprenderme... entonces decidí sacarles una foto... todas las veces que pudiera con el teléfono. Solo pude bajar tres veces más... antes que empezaran a sospechar...

—¿Puedo verlas?

Encendió el teléfono y buscó las fotografías. Una eran varias fórmulas sobre densidad, masa y esas cosas. La otra me dejó impactado: eran símbolos parecidos a

estrellas o asteriscos, combinados con puntos y rayas verticales; los símbolos que yo había visto en el tubo misterioso.

—¿Puedo quedármelas? Se las pagaré.

—No, no por favor. Esto lo hago por el profesor, nada más.

—Entonces envíemela a mi correo electrónico, ¿sabe cómo hacerlo verdad?

—Sí. Espere un momento... —agregó mientras miraba fijamente la pantalla y hacía cosas en el teléfono—. Ya está. El sistema me dice que fueron enviadas. Pero hay algo más.

—La escucho.

—Acá es dónde necesito su ayuda. Desde que empecé a hablar con el profesor... creo que me espían...

—¿Quiénes?

—Mi jefe el Doctor Treteltik y un sobrino suyo... se llama Ricardo, él le dice Richard, trabaja en administración y maneja todo lo concerniente a las computadoras de la clínica.

—La espían... ¿cómo?

—Me observan... he dejado mi escritorio unos minutos para ir al baño y encuentro que las cosas que dejé no están en el mismo lugar...

—A lo mejor un compañero o compañera necesitó algo y cambió los papeles de lugar sin darse cuenta.

—Puede ser pero... yo trabajo sola en la oficina. La administración queda abajo... no creo que alguien necesite algo y suba las escaleras para buscar entre mis papeles... además... un día la chica de la limpieza no fue a trabajar y tuvimos que colaborar todos con la limpieza de nuestros escritorios, sacar la basura... y encontré en el cesto de basura del doctor... fotocopias de mi cuaderno... y de mi agenda, mi agenda personal.

—Como si hubieran estado controlando lo que escribía... lo que tomaba nota.

—Eso creo. La pregunta es... ¿tengo que cuidarme?

—Si quiere un consejo... no baje a hablar más con el profesor... ni con ningún otro paciente por un largo... largo tiempo. No recuerde nada de lo que me dijo por teléfono con ninguna amiga... o un familiar. Ni siquiera con su teléfono fijo. Son más fáciles de «pinchar» que los teléfonos móviles aunque un *hacker* auténtico puede ingresar a su teléfono, a cualquier teléfono si lo desea.

—Yo cambié de teléfono y de contraseña ya cuatro veces —agregó ella casi con tristeza—. Cuando lo llamé a usted... lo hice con un teléfono que tiene... una semana. Mis padres se quejan de que cambio mucho de teléfono. «Vamos a necesitar una computadora para tener todos tus números hija» me dice mi madre.

—Pero esa práctica... que le debe haber costado su buen... dinero... la está salvando. Una pregunta: ¿tiene esposo... novio?

—Soy divorciada... tuve un novio hace tres años pero se espantó cuando le dije que trabajaba en una clínica psiquiátrica. Pensará que todos tenemos la obligación de

estar locos... es un imbécil. Desde entonces...

—Mi otro consejo es que tome sus cosas... y vaya un tiempo muy largo a visitar a sus padres... Todo esto tiene que hacerlo un día viernes... luego envíe el telegrama... lo recibirán cuando usted esté muy lejos... y no podrán hacerle nada.

—Yo pensé... yo pensé lo mismo... solo que pensaba renunciar... hablando con el contador... —agregó con un tono de lástima en su voz.

—El contador... alguna otra secretaria, pueden ser las mejores personas del mundo y no saber nada de lo que hace el Doctor Treteltik y su gente, pero si renuncia o peor... les confía a ellos que piensa renunciar y se va después... ellos que no tenían nada que ver, pueden hablar, contarle a ellos y los van a poner en sobreaviso...

—Tiene razón... —dijo algo triste y pensativa.

—A veces hay que tomar decisiones difíciles...

—Sí... —afirmó ella como aceptando su destino—. Lo voy a hacer...

—A nadie le cuente todo lo que hablamos... a nadie... ahora por ejemplo... salga... tome un taxi directo a su casa. Yo voy a volver a mi oficina... pero mucho tiempo después de que usted se vaya. Si ve algo raro... en su departamento... cosas así... llámeme al instante.

—Tengo un poco de miedo... mucho más que antes...

La miré y en sus ojos, recordé la mirada de Ana, que ahora yacía en una cama de hospital, esperando despertar un día, o no. Tal vez, no hubiera podido salvar a Ana y a Jorge, pero con esta mujer, era diferente. Y había mucho miedo, casi terror en sus ojos.

—Entonces... déjeme ocuparme de todo.

—No lo entiendo.

—Si tiene miedo de volver sola a su departamento... no hay otra salida... yo la voy a acompañar... ¿tiene un rincón dónde pueda dormir, aunque sea con su perro?

—Ya no tengo mascotas —comentó sonriendo, una sonrisa triste—. Las tuve cuando vivía con mis padres. Ahora no puedo porque vivo en un edificio y ya sabe las reglas... Puedo hacerle una cama en la cocina... o en el comedor.

—En el comedor está bien. Si se me va el sueño a media noche... tendré la mesa para escribir algo... Vamos.

La noche ya era dueña de la ciudad. Había un gran movimiento en la calle lo que dificultaba saber, deducir, si aquel vehículo o este otro, estaban estacionados esperando a alguien o si nos estaban espionando, siguiendo los movimientos de la mujer. Podía haberle tomado la mano, para parecer una pareja de tiernos enamorados ante los ojos de quienes la seguían presuntamente, pero tal vez, eso no le parecería tan bien a ella. Al fin y al cabo yo era un extraño que había visto una sola vez. Llegamos a su edificio y tomamos el ascensor.

—Vivo en el cuarto. Cuarto «D» —comentó mientras apretaba el botón correspondiente.

Letra «D» de difícil; mientras las luces del ascensor cambiaban mi mente pensaba

en como escaparíamos de un cuarto piso, si tuviéramos que hacerlo.

—Aquí es. Pase.

—Gracias —dije y la retuve con suavidad del brazo, indicándole con el dedo en mi boca que hiciera silencio, luego entré yo primero, en lugar de ella; el lugar estaba «limpio» y seguro—. Venga...

—Me asustó un poco...

—Pensé que sería así pero... a veces hay que cerciorarse, de que no hay sorpresas.

Encendió las luces. El departamento era pequeño, pero funcional. Dejamos nuestros abrigos en el pequeño placard que estaba cerca de la puerta y me senté en una silla del comedor.

—Voy... —y señaló el dormitorio.

—Tranquila... vaya tranquila... haga de cuenta que yo no existo. Me voy a quedar mirando el espectáculo... mirando la ciudad... —dije señalando el balcón.

Tomé una silla y me senté a mirar la ciudad que lucía diferente; iluminada en diferentes ángulos por las luces de las calles, las luces de los automóviles, de los departamentos y edificios.

¿Qué estaba haciendo realmente? Había descubierto que ellos, Dupré y sus hombres se habían apoderado del tubo misterioso y yo estaba dando vueltas y vueltas, sin tomar una decisión. Pero no era tan fácil; no podía solo irme, seguro en mi búsqueda y no pensar si dejaba personas inocentes que quedaban en peligro por haberme ayudado.

Abrí la ventana y me acerqué al balcón. Miré hacia abajo y noté un largo pasillo que estaba a muchos metros más abajo. Después de unos minutos, Yésica regresó vestida ahora con una remera con cuello tipo polo, y unos pantalones de gimnasia grises y zapatillas.

—Ya está —dijo abriendo los brazos y sonriendo—. Ya me cambié... es que estaba... un poco cansada de las botas y la ropa del trabajo. Puede pasar al baño si quiere. Yo voy a recalentar algo de la comida... no le importa ¿verdad?

—Para nada. Además... no tengo mucho hambre... un buen té, si le voy a aceptar.

—Igual... hay para los dos... —comentó caminando hasta la cocina—. Siempre hago de más... es que a veces vienen mis amigas... y no quiero comer siempre lo mismo: pizza o empanadas.

—Eso cansa —dije caminando un poco.

—Sí... —afirmó regresando con dos platos y unos individuales de plástico blanco—. Una sola vez, fuimos a comer a un restaurante... ¡qué cosa más rica! Salmón rosado con ensalada mediterránea... Lomo a las finas hierbas... ¡Qué rico! Usted debe pensar que pienso como una... como una gordita...

—Para nada. Es lindo poder comer de todo un poco...

—Sí... sobretodo cuando uno lo puede pagar... nos gastamos el aguinaldo entero

en esa salida.

—Si... los gustos... cuestan... pero son gustos.

De la cocina se escuchó el sonido del microondas que avisaba que la comida estaba caliente.

—¡A comer! —dijo ella sentándose.

Los fideos estaban bastante bien; calientes en su punto justo, con la debida salsa que les había dado un rico sabor.

—Están ricos... cocina bien —le dije.

—Gracias... ensayo y error, ensayo y error —acotó moviendo la cabeza hacia uno y otro lado.

Comimos en silencio. Tal vez podríamos haber comido con la luz del exterior como en un cita romántica, pero lo hicimos con la luz de la cocina y escuchando la radio, que ella encendió y buscó una emisora de FM. Luego me invitó un té y ella decidió tomarse un café.

—¿No le afectará el sueño? —le pregunté.

—Tiene razón. Me voy a tomar un té como el de usted.

—Disculpe pero pensé que el café podría...

—Y lo hace. Después me cuesta dormirme... pero es una especie de costumbre... tal vez, una mala costumbre. Enrique... —susurró bajando la vista como una niña con miedo—. ¿Se quedará?

—Me voy a quedar... toda la noche y mañana decidiremos que vamos a hacer.

—Tengo miedo de ir a trabajar mañana... ¡soy tan tonta! Creo que... que no voy a poder mirarlos a los ojos... sin explotar y decirles todo.

—Tiene que tranquilizarse. No va a ganar nada con actitudes así. Usted vio cosas raras... no se siente bien... tiene que pensar en usted más que en otra cosa...

—¿Qué le pasará al profesor?

—Nada. No tienen nada en contra de él... y no representa ningún peligro para lo que sea que quieran... no tendría el menor sentido de que le hagan daño.

—Entonces...

—Entonces, lo mejor será que no piense tanto o no podrá dormir en toda la noche. Como dice el Evangelio: «Cada día traerá su propio afán...». Mañana decidiremos que hacer.

—Claro... gracias por estar... aquí —me dijo y caminó hasta la cocina a buscar su té.

Con dos sillas y una frazada, mi improvisado puesto de guardia quedó listo en un par de minutos.

—Hasta mañana Enrique... que duerma bien. Disculpe si no puedo ofrecerle... algo mejor...

—No se preocupe... estaré bien... Hasta mañana Yésica.

Apagamos todas las luces y ella se retiró al dormitorio luego de revisar y darle a la puerta de entrada dos vueltas de llave. Yo me quedé envuelto en la frazada que

tenía un suave olor a lavanda y en el silencio de la noche de la ciudad. Tenía todo el tiempo del mundo para meditar lo que había descubierto, hasta que mis alarmas me dijeran que ya, podía cerrar los ojos...

A un hora indefinida de la noche o la madrugada, me dormí. Mis ojos se cerraron y todo fue inconsciencia. De repente me vi en una habitación oscura enorme y vacía en la que resonaban mis pasos mientras yo avanzaba. Parecía que no tenía paredes o que sus límites estaban a una enorme distancia que yo no podía ver. Enfrente a mi, había un ataúd abierto iluminado por una suave luz que venía desde el techo. Adentro, con los brazos cruzados estaba el profesor Guillermo. Yo me acercaba y escuchaba su voz no en mis oídos, si no dentro de mi cabeza.

«¡Te pedí que cuidaras eso!» y yo le contestaba: «¡Lo hice profesor pero me engañaron! ¿Profesor? ¿Profesor?».

Entonces escuché otros pasos a mi espalda y me di vuelta. Era Dupré, con su invencible *sonrisa de un millón de dólares*, apuntándome con una pistola.

—Me hace reír Enrique... ¿realmente creyó que el profesor Guillermo podría hablarle desde el *más allá*? Me dará las fotografías ahora... ahora.

Entonces aparecía el doctor Treteltik, con una planilla en la mano y le susurraba algo al oído.

—Disculpe Enrique... pero tengo que terminar esto... —volvió a sonreír con su eterna sonrisa de triunfo y agregó—. ¿Sabe?, tengo urgentes que hacer... cosas que... bueno, usted no las entendería.

El disparo sonó como el disparo de un cañón, pero que explotaba en mi cabeza, me hizo levantarme y despertarme bruscamente. Estaba en el comedor del departamento de Yésica, la secretaria del doctor Treteltik y aún era de madrugada.

Las pesadillas habían vuelto, aunque era de esperarse con todo lo que había vivido en tan poco tiempo. Traté de volver a dormir, al menos de intentarlo. Para mi doble fortuna, lo logré y pude despertarme y desarmar mi lecho antes que la dueña de casa, para que no me encontrara dormido en su comedor.

—Buenos días... —saludó secándose el cabello que acababa de lavar.

—Buenos días.

—¿Pudo dormir?

—Lo intenté un par de veces... y creo que lo logré. Creo que dormí bastante bien.

—Enseguida estará el desayuno...

—¡Qué bien! Creo que tengo hambre —le dije refregándome un poco las manos.

—¿Se irá...? —preguntó con algo de miedo.

—No sin antes que usted decida, o que yo le ayude a decidir que va a hacer con su vida.

Los sonidos desde la cocina indicaban que el agua ya estaba lista; un nuevo día comenzaba y con él, los sonidos y los aromas, como los de las tostadas recién hechas o el café. Y con la compañía de dos tazas humeantes empezó nuestra charla.

—Creo que no voy a poder ni esperar al viernes para renunciar... ni tampoco ir hoy al trabajo —comentó.

—Sí es así... lo más seguro es que la acompañe a la terminal... y desde allí... envíe el telegrama a la clínica.

—Pensé que iba a apoyarme... —acotó con una sonrisa—. Pero... ¿puedo preguntarle... cuál es su interés en todo esto?

—A veces también yo me lo pregunto Yésica... creo que todo comenzó cuando empecé a investigar un objeto que un amigo... me dejó para que cuidara y que un hombre me arrebató...

—¿Ese hombre es... el hombre que habló con el doctor?

—Yo creo que es el mismo... delgado, elegante, con la apariencia de estar muy seguro de sí mismo y con *una sonrisa de un millón de dólares*.

—Parece como si lo hubiera estado viendo...

—Ese hombre me engañó, y me estafó. Pero no se preocupe, voy a hacer que la justicia... le haga pagar por todo lo que hizo. No importa, el poder económico o político que tenga... o crea tener. Pero no quiero que sea una lucha ciega... sin ver a quienes dejamos en el camino... o a quienes hacemos daño. Por eso quiero dejarla a salvo con sus padres antes de continuar.

—Gracias...

—Yo debo darle las gracias por ser tan valiente y por las fotografías...

Terminamos nuestro desayuno y ella empacó todo lo que pudo en dos grandes valijas con ruedas. Llegamos a la terminal, compramos su pasaje y desde la sucursal de correo, envió su telegrama de renuncia; cuando le llegara a manos del doctor, ella estaría muy lejos.

—Escríbame para saber como resultó todo... —me dijo mientras me abrazaba y aferraba mi brazo.

—Lo haré. Todo terminará bien. Saludos a sus padres. Buen viaje.

—Gracias. Si algún día decide ir a Neuquén... a mis padres y a mi... nos gustará recibirlo.

Me quedé hasta el último momento en que el colectivo tomó la avenida rumbo a la ruta. Ahora continuaba solo, y ya sabía cuál, era mi próximo destino.

Pasé por la casa de mi amigo, le devolví su preciado Contador Geiger, le devolví el dinero que él se negó a aceptar, pero luego después de mi insistencia lo hizo y claro, le expliqué todo lo que pude, sin hablar realmente del tubo y de su historia inicial.

—Quiero que te cuides... —ordenó Guillermo.

—¡Hey! ¿Qué te pasa? ¡No voy a hacer ninguna tontería! —le respondí.

—Eso espero... ¿sabes quién es el Zorro?

Lo miré extrañado.

—¡El Zorro! —exclamó haciendo ademanes con sus manos como si manejara una espada—. «*En su corcel... cuando sale la luna...*». ¿Recuerdas la canción?

—¡Sí claro que la recuerdo! ¿Pero no sé que tiene que ver con lo que te conté?

—Tiene que ver con el hecho de que... era un justiciero... pero era una historia

de la televisión... no te hagas el Zorro... buscando justicia...

—Ah... era eso.

—Sí. Eso. Cuídate hermano. Y llamame si me necesitas.

—Lo haré. Quedate tranquilo.

—Hum... contigo no se sabe.

Me despedí de Guillermo y sonreí un poco con su ocurrencia. Busqué en mi mochila y saqué un libro de tapas azules, busqué una página y copié los números en mi GPS.

—Allá voy... —dije en silencio—. Allá voy.

La máquina me fue guiando, pero en realidad yo me sentía mucho más cómodo con los mapas de papel; quizás era cuestión de que era un poco antiguo o anticuado, o tal vez que un mapa puede tocarse mil veces y es como si uno caminara sobre una porción de tierra, solo que más diminuta. Me sorprendí otra vez, con la belleza de las sierras, con el verde que parecía cada vez más intenso me alejaba de la ciudad, con pequeñas brazos de un río corriendo diminuto muchos metros más abajo. A un buen ritmo, llegar a Capilla del Monte, que era la ciudad de referencia para el punto con las coordenadas que tenía escrito el libro, llegar a esa ciudad, me tomó algo así como dos horas. Busqué el centro de la ciudad, y un lugar donde dejar el automóvil y donde hacer base para iniciar mi búsqueda. Estaba consciente de que debía andarme con cuidado, ya que, ellos por alguna razón que yo desconocía, sabían seguramente, el lugar donde se encontraba la supuesta nave. Tenía un poco de hambre, el viaje o el aire puro de las sierras me había abierto naturalmente el apetito así que busqué un lugar dónde comer. Me detuve unos minutos a pensar que haría realmente; ¿llegar como si el lugar fuera mi casa de campo?, llegar y decir: «¡Hey dejen eso! ¡Esa nave del espacio es mía!», ¿mía? ¿O solo iba a abrirme paso a los tiros como hacían tantos héroes del cine y la televisión para mi gusto, demasiado violentos?

Al fin me trajeron el sándwich para llevar y además pedí un jugo de esos que traen pulpa de frutas. El lugar parecía un sitio de esos que se pueden disfrutar cuando uno tiene una vida común y no la que yo tenía, persiguiendo misterios y enigmas que a veces llegaba a pensar que a nadie le importaban.

Caminé hasta la última calle de la ciudad y desde allí, casi como un turista más, pero en realidad, casi como un leopardo, dispuesto a saltar con sus garras al primer signo de peligro, llegué hasta donde comenzaba lo agreste del lugar y me adentré. El sol que por momentos se había negado a salir en la lejana ciudad, ahora quemaba un poco la piel. Un chingolo de la sierras, cantaba con la hermosa libertad que solo los pájaros tienen en las sierras y las montañas. Si me detenía unos minutos podía escuchar el sonido del viento en las copas de algunos árboles. Faltaban algunos cientos de metros cuando comprendí que no podría seguir avanzando; el lugar estaba cercado por un alambrado que recorría casi quinientos metros y más. Miré un poco los postes de cemento y noté que aquella edificación era relativamente reciente; la tierra junto a los postes, donde había sido removida para enterrarlos tenía un color a

tierra nueva. Además, si la luz del sol le daba a algunos alambres, estos brillaban, como si fueran nuevos. Alguien había cerrado el área donde supuestamente estaba la pequeña colina de tierra que el desaparecido profesor había levantado sobre la nave para que nadie la descubriera. Y adentro había una especie de línea formada por gigantescos contenedores de barco. Un perro ladró y yo retrocedí hasta una gran piedra de donde salía un pequeño arbusto de tabaquillo, y allí me escondí. Saqué mis binoculares y vi a un perro, un enorme Mastín Napolitano, que ladraba en mi dirección. A los contados minutos apareció junto a él un hombre, digo un hombre porque yo solo escuché su voz, que llamó al perro por su nombre y lo obligó a callar; ante la posibilidad de ser descubierto preferí ocultarme totalmente, así que mis sentidos quedaron relegados a solo mis oídos. Un pájaro cantó en alguna parte de la montaña y el hombre tranquilizó al animal.

—Tranquilo... es solo un pájaro... ¿lo ves?... solo un pájaro. Vamos a revisar el otro lado... vamos —le dijo.

Y esa voz, aunque lejana, me resultó extrañamente conocida.

¿Qué había pasado aquí? ¿Era realmente lo que yo pensaba? Sí... lo era. El tal Dupré, mi misterioso excliente, supuesto seguidor de la magia, no parecía haber perdido el tiempo; una vez que había tenido el misterioso tubo en su poder, había buscado la nave y había cerrado el lugar, para que nadie se diera cuenta de que estaba sucediendo realmente. Perros, al menos uno, con los suficientes dientes y músculos para defender todo el lugar y un guardia, pero era muy posible y con este hombre, parecía que todo era posible, decía que era muy factible que hubiera más, incluso armados.

Decidí volver a la ciudad a hacer un par de preguntas, ya que la claridad del día no me ayudaba mucho aprovechando además, que me había salvado la vida, un ignoto pájaro cantor.

Me tomó como cerca de otra hora, llegar hasta el municipio para comenzar mis humildes investigaciones. En el mostrador de informes había una señora mayor, rubia teñida, con el cabello largo, con aspecto de que no tenía un buen día.

—Buenos días...

—Buenos días señor.

—Gracias por lo de señor... —dije sonriendo tratando de romper el hielo de una forma agradable que parece a ella le gustó porque sonrió—. Quisiera hacerle una pequeña consulta sobre de quién es un terreno... fuera de la ciudad.

Y la sonrisa de la mujer desapareció. Tal vez el cúmulo de trámites o de exigencias de algún jefe, habían sido los causantes y ahora, mi petición se sumaba a sus problemas porque exigía datos y operaciones muy delicados, al menos para ella.

—¿Un terreno fuera de la ciudad? ¿Tiene... al menos? Mire... es muy difícil saber... pero en general... los terrenos fuera de la ciudad, pertenecen al Estado municipal...

—El terreno está como medio kilómetro... más allá de la última calle al norte.

—Sí señor... —dijo como con alivio como intentando convencerme—. Esos terrenos... que es todo monte... es propiedad del Estado... si usted desea comprar... no creo que el Estado esté... por lo menos yo no tengo conocimiento de que se vendan... terrenos para urbanizar.

—Ah... bueno gracias. Disculpe si...

—No, no hay problema. Hasta pronto.

Tal vez, tantos agradecimientos de mi parte hicieron que la mujer tuviera otro talante en minutos de una simple conversación. Los terrenos eran de propiedad del Estado pero alguien, estaba haciendo cosas, como colocando alambrados, y contenedores, claro, porque todo estaba lejos de la mirada de curiosos inoportunos; otro signo de la presencia de Dupré: «tomaba lo que quería cuando lo quería...».

Busqué un hotel barato donde pudiera hacer base obligada de operaciones; no era muy buena idea presentarse en el lugar, a plena luz del día. El hotel se llamaba «La parada del viajero» atendido por su dueños, decía el cartel, con una leyenda llena de fileteados de diversos colores, que me hacía pensar que estaba en un bar histórico de Buenos Aires, solo faltaban una pareja que bailara un tango para los agradecidos turistas. Tomé un largo y hermoso baño, y me tiré sobre la cama a descansar un poco con el único paisaje del techo blanco de mi habitación; me esperaban al menos unas 10 horas para volver.

Dormí una larga siesta y me desperté cuando ya poco quedaba de la tarde. Revisé el contenido de mi mochila y salí. Afuera había un tranquilo movimiento de personas, algunos turistas sin duda, que miraban vidrieras de casas de recuerdos y artesanías. Repasé el aspecto de todas las personas que pude, como parte de mi ritual paranoico; una pareja de personas de edad, jubilados sin duda, mirando una vidriera, otra pareja joven con una niña en brazos, tres, cuatro adolescentes, disfrutando de una gaseosa cada uno y más gente similar caminando en otras direcciones. En poco tiempo sería de noche, una noche fresca pero todavía agradable temperatura. Aunque yo, no pensaba transitar la ciudad, mirando vidrieras.

Me encaminé directo a la zona de las sierras que había visitado en la mañana. Poco a poco, fueron quedando los rasgos de la civilización para quedar solo la oscuridad, la montaña, los árboles pequeños pero espinosos del monte. Llegué al lugar y en vez, de acercarme al alambrado lo que antes había hecho que el perro me descubriera, me puse detrás de la piedra con el arbusto y desde allí comencé a tratar de ver algunos detalles. Si durante el día, solo había un perro y un hombre con pocas ganas de parecer simpático, por la noche, parecía que había mucho movimiento. La parte central, parecía estar detrás de esa especie de línea o muralla de contenedores y allí, se destacaba la lona de una carpa o tienda; había también al menos dos reflectores por los haces de luces que se escapaban hacia el cielo y en los conos de luz, se veía que alguien removía tierra por el polvo que se elevaba. Estaban trabajando, casi como las hormigas, cuando atacan una planta en una noche de verano; en silencio, con un plan ordenado de trabajo y sin prisa, pero sin pausa. Del

perro o del guardia, no había señales al menos por ahora. Seguí observando y noté a dos hombres, con aspecto de operarios que salieron al parecer de detrás de la muralla de contenedores; dejaron una pala apoyada y encendieron un cigarrillo cada uno.

—¿Cuándo crees que terminaremos?

—No sé... al ritmo que vamos... tal vez en unos... cinco días ya habremos cargado toda la tierra en los contenedores y podremos largarnos de aquí.

—¿Qué es eso de largarnos? ¿No te gustan las sierras?

—¿Estás loco? Antes de que saliera todo esto, íbamos a trabajar en una isla del Caribe... es trabajo también, pero los fines de semana son chicas... y playa. Hasta hay un casino enorme para divertirse.

—A poco te crees que el jefe te va a dejar salir a divertirse. Bah...

—¿Y por qué no? Yo firmé un acuerdo de que no voy a decir nada sobre lo que vea y oiga y eso es todo. Me pagan bien... pero uno también tiene una vida.

—Entonces sí... el Caribe es otra cosa —acotó el otro terminando su cigarrillo.

—Vamos más allá... a fumar otro. El guardia está lejos y va tardar en volver.

—Espero no arrepentirme...

No dude mucho en aprovechar semejantes datos que me habían dado sin quererlo. Me acerqué al alambrado y saqué una tenaza nueva y comencé a cortar, en un par de minutos, había hecho un agujero por donde cabía mi cuerpo. Tomé la pala del hombre y me metí en la abertura que yo había calculado que existía. Más allá había un casco sobre una pequeña mesa de trabajo, lo tomé y me lo calcé casi hasta las orejas, para evitar ser reconocido como un extraño. Allí pude apreciar lo que habían hecho; habían colocado unos parantes de hierro donde se sostenía una carpa tipo gacebo y dentro de los contenedores habían colocado las ramas, y parte de la tierra que el desaparecido profesor había tirado sobre la supuesta nave. Todo el trabajo que al pobre le había tomado como cinco días si no mal recuerdo, ellos lo habrían hecho en dos o en uno. Y aquel objeto, centro de la ambición del tal Dupré, yacía ahora cubierto con lonas grises y marrones detrás de un entramado de cintas rojas de «No pase», como si fuera un cadáver a la espera de ser trasladado a la morgue para extraerle todas sus respuestas con continuos exámenes. El objeto era enorme, casi como un colectivo de pasajeros con la altura de una casa.

—¡Hey tú!

Me quedé helado; me habían descubierto.

—¡Hey tú! —volvió a gritar un hombre—. ¡Muévete y ve a sacar más tierra de cerca de la «cosa»! ¿Crees que tenemos toda la noche? ¡Muévete o te voy a...!

—¡Sí señor perdóneme!

El hombre, algo gordo, con parte de su barriga saliendo de su camisa color marrón, se quedó en silencio por unos segundos ante mi contestación y luego volvió a protestar.

—¡Qué se creen estos! —agregó como para reafirmar su autoridad.

Tomé la pala, la puse sobre una carretilla y me acerqué hasta «la cosa» como el

hombre había llamado al objeto. Pasé las cintas rojas y sentí una extraña sensación al sentirme tan cerca, pero debía disimular así que empecé a remover más tierra y cargar en la carretilla. Después de unos minutos de intenso trabajo el hombre que parecía un capataz, se retiró y al volver la vista, noté sobre otra mesa de trabajo varios objetos que evidenciaban el trabajo que se estaba gestando sobre la supuesta nave; había dos computadoras portátiles, una de ellas conectadas a un osciloscopio. Al lado de los aparatos, junto a varias planillas, estaba el misterioso tubo que me había confiado el desaparecido profesor. El hombre que me había ordenado no estaba cerca y no había ojos molestos cerca así que, sin pensarlo dos veces, tomé el tubo en mis manos con la sensación de recuperar algo que me habían robado. Entonces escuché un ruido extraño, parecían palmas, aplausos. Me di vuelta y allí, estaba mi excliente, el tal Dupré con su inseparable y siniestro jefe de seguridad, Jean Paul.

—Buenas noches Enrique... aplaudo su osadía de venir aquí... meterse en el predio y tomar...

—Más bien recuperar —le dije interrumpiéndolo.

—¡Recuperar! ¡Claro! El tubo era suyo... se lo dio el profesor Ramos ¿verdad? No puedo saber en qué momento fue... pero.

—A decir verdad, no fue el profesor Ramos... fue otra persona... la que encontró primero la nave... «la cosa», como la llaman sus empleados.

Jean Paul se acercó y con señas me indicó que le devolviera el tubo pero me negué dando dos pasos hacia atrás más junto a la presunta nave.

—Devuélvame ese objeto Enrique... y seremos civilizados.

—No lo creo.

Acto seguido a mis palabras, el hombre sacó del bolsillo de su campera negra, una pistola y me apuntó.

—Enrique...

—¿No va a decirme porque lo quiere?

—¿Tanto le importa? —preguntó Dupré cruzándose de brazos con una divertida sonrisa en sus labios—. ¿Tanto... como para arriesgar su vida por ello?

—Al menos me merezco eso por...

—¿Se merece Enrique? —volvió a preguntar adelantando su cuerpo hacia mí, siempre cruzado de brazos—. Usted... como todos los que han quedado en el camino... no se merece nada... le diré lo que haremos... usted nos dará el tubo... y Jean Paul terminará con usted... sin que sufra...

Entonces las aletas del tubo se desplegaron y las personas que estaban con Dupré dieron un grito de exclamación.

—¿Vio eso? —preguntó un hombre que usaba anteojos y que se los volvió a calzar como si necesitara ese gesto para ver mejor.

—Lo vi... —comentó Dupré casi en silencio ya sin su sonrisa de triunfo.

—¡Atrás! ¡Todo el mundo atrás! —dije sosteniendo el tubo en forma amenazante.

Todos dieron un paso y varios, hacia atrás menos Jean Paul que afirmó un poco

más sus piernas. Miró a Dupré y este le indicó con un gesto que retrocediera.

—Enrique... ya le dije que podemos ser razonables. Además... ¿a dónde irá? ¿Va a salir volando?

En ese momento se escuchó un terrible chasquido como el de un artefacto que se rompe y luces extrañas se encendieron detrás mío. Yo pensaba que era otra estrategia de los hombres de Dupré así que sostuve el tubo con más fuerza.

—¡Les dije que atrás!

Pero las luces no eran de alguna parte del campamento, eran de los sistemas de la nave que se habían encendido. Un sonido comenzaba a sonar con más fuerza como si aumentara su intensidad hasta volverse casi ensordecedor. En ese momento se abrió una pequeña compuerta, y el interior de la nave quedó ante mis ojos; todas las paredes internas eran pequeñas pantallas con luces, algunas tenían extrañas formas como de icosaedros, o pentágonos. El jefe de seguridad intentó acercarse y un resoplido de la máquina, semejante a una descarga de aire comprimido lo hizo retroceder.

—¡Jean Paul! ¡Atrás! —gritó Dupré.

El aire comenzó a volverse irrespirable por el polvo que empezó a circular. Entonces sucedió lo más increíble; se escuchó una voz. Era una voz poderosa, metálica que dijo algo en un idioma desconocido.

Tal vez, Dupré tenía razón; no tenía escapatoria, pero entre elegir entre males, quedarme con los villanos de turno que tarde o temprano me destruirían como quien quema unos papeles comprometedores o quedarme con los tripulantes de la misteriosa nave, que no tenían motivos aparentes para hacerme daño, decidí escoger, a la nave. Tomé un impulso, desde lo más profundo de mi ser y salté al interior de la nave. Al segundo la compuerta se cerró y la voz extraña y metálica dijo otra frase que por supuesto no comprendí. Me quedé en el suelo de la nave y empecé a notar que este vehículo comenzaba a elevarse. Los sonidos del exterior desaparecieron porque lo único que quedó eran los sonidos de los múltiples aparatos de las paredes. A donde me llevaba, para qué, para encontrarme con quién... todo, era el más profundo misterio de mi vida...

Me sorprendió que no había silla, o butaca, alguna para poder sentarme. Si la nave tenía tripulantes, *¿en dónde rayos se sentaban para pilotear?*

Tampoco había ventanas, ni siquiera un minúsculo ojo de buey como en los barcos. *¿Cómo veían hacia afuera? ¿Todo, lo hacían por medio de sofisticados aparatos?*

Por las dudas, decidí sostener con fuerza el tubo misterioso gracias al cual había logrado salvarme de Dupré y toda su gente. La nave estaba en movimiento, pero no sabía hacia dónde. Por momentos vibraba como vibraban los aviones con las turbulencias. En un momento indefinido en que todo era silencio de navegación decidí hablar, decir unas palabras lo más diplomático posible; el corazón parecía que iba a salirse por la boca.

—Hola... —pero nadie me respondió—. Hola... —dije otra vez y nuevamente solo escuché el ruido de la navegación que suponía era por el aire.

Intenté ponerme de pie y una turbulencia, o mejor dicho su efecto sobre la nave, me hizo caer. Tuve miedo de tocar algún panel de instrumentos y provocar un accidente, pero nada sucedió por suerte.

Entonces se escuchó la voz metálica del comienzo, solo que a un nivel audible agradable, como si aquel ser, estuviera intentando comunicarse de alguna forma conmigo.

—Hola... ¿quién... eres? —pero nada me respondió.

Había transcurrido un tiempo largo pero no podía decir cuanto era. Tomé mi teléfono celular y miré la hora: eran casi las 12 de la noche. Una idea terrible me asaltó: *¿Hacia dónde habíamos viajado tanto?*

Entonces, la sensación de viajar por el aire cambió a otra; la de descender, no bruscamente, sino en la misma forma tranquila como supuestamente, había viajado antes. La voz metálica volvió a escucharse y en un momento determinado, toda sensación de movimiento cesó; nos habíamos detenido.

Me puse de pie y noté que no había inestabilidades de ningún tipo; estábamos en tierra otra vez.

—Hola... —volví a decir y entonces una pantalla enorme que tenía enfrente se encendió.

Comenzaron a aparecer distintos signos semejantes a los que yo había visto en el tubo llenando la pantalla y luego desaparecieron. Entonces se escuchó otra vez, la voz. Todo aquello era profundamente extraño pero aquella voz tan profunda y metálica, tan diferente a cualquier sonido humano que hubiera escuchado alguna vez, no me ponía nervioso, todo lo contrario, era como si esas palabras que no comprendía, vibraran en mi interior y me devolvieran en pequeñas porciones, un poco de calma. Entonces aparecieron imágenes; primero fue una imagen de mi planeta, la Tierra, luego fue la Luna y cada vez, que aparecía una nueva imagen,

escuchaba una frase en ese idioma que yo no comprendía. Entonces decidí hablar; aquel ser, biológico o no, estaba tratando de buscar lugares comunes para tratar de entender y en cierta manera, entendernos.

—Eso... esa imagen es la imagen de mi planeta La Tierra. La otra fue la Luna, el único satélite natural.

Y comenzó el desfile de imágenes; atardeceres, amaneceres, sobre la tierra, sobre el mar, el océano mismo, el cielo con sus nubes, las montañas, creí reconocer una foto del Himalaya, luego los Alpes, la Antártida, los témpanos, los pingüinos y otras aves, gaviotas, cormoranes, albatros. La selva africana, esa foto era del Parque Nacional Kruger, el Serengueti, el lago Victoria, las dunas del Sahara, las cataratas del Nilo. Luego aparecieron fotos de la sociedad humana, Hong Kong de noche y desde el cielo, luego de día con su puerto en donde se ven juncos de pescadores humildes y barcos portacontenedores. El canal de Panamá, la Torre Eiffel, carreteras de varios carriles de los Estados Unidos, atestadas de automóviles, chimeneas de industrias en todo el mundo. Geométricos campos sembrados de arroz o vaya uno a saber que tipo de cultivos, castillos antiguos del Viejo Mundo, como Versalles, Fontainebleu, los palacios de los zares convertidos en museos, como el Hermitage. Y luego fotografías que este ser biológico o mecánico había sacado de una biblioteca y ya creía cual podía ser; la Red de redes, Internet. Aviones alemanes, Stukas, cayendo en picado en algún ataque en la Segunda Guerra, un barco inclinado hundiéndose en el mar, que yo creía haber visto en películas sobre Pearl Harbor, centenares de cadáveres y oficiales nazis señalando algo, el hongo gigante de Hiroshima, la destrucción de Stalingrado, una fotografía de un bombardero tirando centenares de bombas en Vietnam. Siguieron fotografías célebres, como aquella famosa cuando un hombre le dispara a la cabeza de otro que tiene las manos atadas en la guerra de Vietnam, los niños corriendo llorando mientras se ve atrás un ataque con napalm, las Torres Gemelas envueltas en llamas y columnas de humo. Entonces en un momento indeterminado, las imágenes cesaron. Aquel extraño ser, ya conocía parte de la esencia del ser humano; las guerras, el hábito destructivo que habíamos cultivado tan bien, o mejor dicho, tan mal, durante tantos años, casi desde los tiempos bíblicos.

Entonces empecé a escuchar sonidos, concretamente música; nada más y nada menos que Mozart de *La flauta mágica*, el Aria de *La Reina de la Noche*, luego Bach, el *Concierto de Brandeburgo Número 2*, y finalmente la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

—Todo eso somos... —le dije—. No sé si puedes entenderme... pero lo dije.

Entonces la voz metálica se escuchó otra vez, como si me hubiera contestado, pero yo no podía comprender que me estaba diciendo. Me senté en el piso de la nave mirando la pantalla. *¿Qué sentido tenía seguir hablando, intentar comunicarme con alguien que no podía entender ni entenderme?*

Sabía por textos considerados poco serios por los científicos ortodoxos de las grandes universidades que a su vez, eran considerados como soberbios por otros

investigadores, que se decía que la humanidad había tenido contacto con seres de otros mundos desde tiempos muy lejanos, algunos reflejados en ese hermoso libro que la humanidad aún no comprende en su totalidad, como la Biblia. Pero, esto que yo estaba viviendo era el primer contacto que tenía con otro ser, biológico o no, de otro mundo y para mi mayor frustración, no podía entender una sola palabra y menos una frase que escuchaba y tenía la fuerte sospecha que él, o ellos, o quienes fueran tampoco podían entender lo que yo les decía. Pero me consolaba una cosa, dentro de la mutua incompreensión, no habían escuchado el camino más simple y rápido, del *disparar y después preguntar*. Tal vez había una razón que el solo hecho de ser pacíficos o que no tuvieran armas... sí, quizás existía esa razón y era muy posible que jamás la conociera.

Entonces apareció otra imagen en la pantalla que yo creí reconocer. Estaba tremendamente emocionado por haber visto una imagen con la que coincidíamos, ese ser que aún no podía ver y yo. La imagen en cuestión era el tablero de el juego más viejo de toda la historia de la humanidad, el Laberinto Real de Ur. Había conocido el juego por un extenso reportaje que había sacado allá por los lejanos años 80, en otro siglo, el siglo xx, una revista infantil, con el título «Así juegan los niños en el mundo», o algo parecido. Y allí estaba; decía entre otras cosas que sus reglas originales se habían perdido, por haber sido un juego que databa de siglos antes de Cristo, pero por diversas excavaciones arqueológicas, se habían podido recomponer algunas, o casi la totalidad. El juego se jugaba con varias fichas llamadas peones, concretamente 7 para cada uno y unos dados triangulares; ganaba el jugador que podía sacar sus peones fuera del laberinto sin ser «atacado», «comido» o capturado por elponente. El laberinto en cuestión está formado por un conjunto de doce casillas, un puente de dos y seis casillas finales. Siempre pensé en esa idea bastante recurrente de los hombres, de la humanidad, del laberinto, incluso como en los juegos y en qué podía significar. Ahora que lo veía de nuevo, me sorprendían otra vez, los dados de forma triangular con vértices de dos colores rojos y blancos, porque la mayoría de los juegos usaban dados de forma cúbica incluso hasta en juegos creados en los tiempos actuales. Y por supuesto me sorprendía que ese ser, que no conocía, y que no sabía si se ocultaba detrás de los paneles de instrumentos o si era una gran máquina, supiera de la existencia del juego. Me pregunté también porque no había escogido el ajedrez, y si esa voz, era de una máquina, el recuerdo de una supercomputadora, ganándole al campeón del Mundo del llamado juego-ciencia, también venían a mi mente; el ser humano, se llamaba *Garri Kímovich Kaspárov*, y era campeón del mundo desde 1985, la computadora se llamaba *Deep Blue*, y había sido desarrollada por el fabricante estadounidense IBM especialmente para jugar ese juego.

—Me... gustaría jugar contigo... tú primero.

No sé si comprendió o por casualidad, comprendió que debía empezar para que yo lo siguiera, el caso es que los dados triangulares comenzaron a rodar y sacó un

número muy pequeño para empezar.

—Es mi turno —dije con el entusiasmo de un niño—. Pero... ¿cómo voy a hacer para tirar? —le pregunté.

Entonces apareció un triángulo negro pequeño sobre los dados, y yo comprendí que tenía que tocar la pantalla, como los adolescentes hacen a cada minuto con sus teléfonos móviles. Toqué y saqué un número alto; era mi turno de empezar, es decir de mover una de mis piezas; cuatro lugares. Luego como correspondía a la reglas del juego me tocaba tirar a mí y entonces saqué un número muy bajo. El turno le quedó entonces a mi oponente que en el momento de saber que le tocaba a él, dijo unas palabras en su idioma desconocido. Sacó una puntuación alta, movió sus cinco lugares y volvió a tirar pero la suerte ya no lo acompañó. Así estuvimos un lapso de tiempo muy grande, hasta que finalmente yo pude sacar todos mis peones del laberinto.

—Gané... —dije en voz alta y luego pensé: *¿Y si el extraño ser que ahora era mi oponente no le gustaba perder?*, entonces dije—: ¿Quieres jugar de nuevo?

Una voz metálica se escuchó y el tablero apareció otra vez en la pantalla. Y esta vez, después de unos largos treinta minutos, el extraño ser con el que había viajado de una forma misteriosa, a un lugar que desconocía y con el cual ahora estaba jugando un juego de más de 2000 años de antigüedad, ese extraño ser, ganó la partida. Entonces se hizo un silencio en toda la nave por varios minutos.

—Quiero saber dónde estoy... dónde... estoy... lugar... sitio... ¿cómo puedo decirle que me entienda? —dije tomándome la cabeza con las manos.

Entonces escuché un sonido similar a una descarga de aire comprimido y la compuerta por donde yo había entrado se abrió lentamente. Un aire frío, diría más bien helado penetró en el interior; aire y viento. Salí al exterior y otra vez la sorpresa se apoderó de mí y mi corazón comenzó a latir con una fuerza increíble; realmente creía que se me iba a salir del cuerpo. El paisaje era blanco, totalmente blanco y un viento helado corría en todo el lugar con un sonido muy fuerte, casi como si fuera un lobo aullando, llamando a su manada. Por momentos ese viento helado arrancaba pequeños pedazos de nieve de la superficie y me los lanzaba a la cara. Aproveché la salida para ver la nave en la que había viajado, con un poco de más detenimiento. Partes de su estructura parecían líneas geométricas de prismas, que había estudiado en las clases del colegio. Y había palabras escritas con esos signos extraños, mezclas de asteriscos, guiones y líneas oblicuas. ¿Qué dirían? ¿Dirían solo el nombre de la nave o el del planeta de dónde provenía? Algo me decía que iba a tener que esperar mucho tiempo para saberlo, o quizás no lo sabría nunca.

Volví al interior. Afuera en contados minutos, se me habían casi congelado los dedos de los pies y de las manos. Entré y traté de decir en voz alta algo.

—Cierra la puerta por favor. Por favor...

Extrañamente la puerta permaneció abierta unos largos minutos y luego algo, algún mecanismo o quizás la traducción de lo que yo había dicho hicieron que se

cerrara.

—Gracias... estaba empezando a congelarme... ¿dónde estamos? No puedo creer que estemos en... la Antártida... ¿o sí?

Hubo un largo silencio. Entonces, la pantalla con la que habíamos jugado antes se iluminó con imágenes muy similares a las que yo había visto al salir. Y no las reconocía como si fueran de la Antártida.

—Esto no es... la Antártida... esto es... ¿estamos en el Polo Norte?, ¿esto es el Ártico?

La voz metálica volvió a escucharse como si quisiera decirme algo, pero yo no podía comprender nada. A veces creía que todo era un extraordinario engaño para crear un programa de televisión y venderlo a todo el mundo; un programa donde un tonto creía haber encontrado una nave de otro planeta y haber hecho contacto con otro ser, con otra inteligencia. Entonces parte de las imágenes mostraron un costa que creí reconocer porque en un tiempo fui de mirar mucho diferentes mapas de todo el mundo y cuando me había cansado de ver las costas de Europa y algunos accidentes del Cercano Oriente, caí en la cuenta de que como americano, sabía muy poco o nada de mi continente y volví mi interés hacia América toda y busqué todo lo que pude; el istmo de Panamá, el increíble recorrido del Amazonas, desde un remoto lugar en las cordillera de los Andes, hasta su salida al Atlántico, la famosa isla de Costa Rica, donde se filmó la película Jurasic Park, busqué las Colinas Negras por las cuales habían combatido las tribus siux lideradas por los jefes Toro Sentado y Caballo Loco con el Séptimo de Caballería comandado por el Teniente Coronel Custer, tantas veces retratada en las películas sobre el Lejano y salvaje Oeste, el río Yukón, que mencionaba Jack London en sus historias de perros de trineo, cazadores de pieles y buscadores de oro, el río Bravo, el mismo de las películas de Jhon Wayne, y entre otros lugares, la costa de Canadá que reconocí finalmente. Estábamos en la gélida inhóspita y por que no, también enigmática Groenlandia quizás a escasos kilómetros del Ártico.

La pantalla mostraba el mapa con bastante detalle y al lado del punto geográfico habían esos signos de asteriscos, y líneas oblicuas.

—Es increíble que hallamos viajado tanto... —dije mirando casi sin poder creer lo que veía, pero que tenía que aceptar; afuera todo era blanco, un viento muy fuerte por momentos y un frio que helaba los huesos en segundos.

Entonces la pantalla se borró o mejor dicho, quedo en un blanco parpadeante. Tal vez, a ese ser que yo hubiera preferido que estuviera escondido detrás de los paneles de instrumentos, a ese ser inteligente, se le habían acabado las formas, las ideas para comunicarse o intentar comunicarse conmigo.

Entonces una idea, o varias, referidas a la nave, y a toda la colección de imágenes que me había mostrado, y de las cuales estaba seguro que era solo una parte, vinieron a mi mente; aquella nave, que no tenía butacas o sillones para que uno o varios tripulantes la pilotearan, aquella nave que se había tomado el trabajo de tomar

fotografías de casi todos o todos, los elementos que podían caracterizar a nuestro planeta y a la sociedad humana, aquella nave, no estaba tripulada, porque era un sonda de exploración espacial. A la semejanza de nuestros Voyager 1 y 2, Venera 1 y 2, o la olvidadas Pioner 1, y las más nuevas Cassini y New Horizons esta nave, buscaba signos de vida inteligente en los confines del universo o tal vez, en solo los arrabales de la «Gran ciudad», «su» Gran ciudad, «su» sistema planetario. Tal vez hace unos casi 100 años, habrían captado alguna de nuestras primeras transmisiones radiales y habían decidido tratar de explorar, de dónde provenía. Y como hicieron nuestros científicos, lo primero que habían decidido enviar a investigar, era una sonda no tripulada. Lo que diferenciaba mucho de nuestras naves era esa capacidad de la máquina que yo deducía que gobernaba todos los sistemas, era que su computadora, su ordenador central, podía hablar y tomar por sí sola, algunas decisiones, como abrirme la compuerta de entrada para que pudiera huir, o elegir un juego como el Laberinto de Ur, para tratar de establecer algún tipo de comunicación. Pero... *¿hasta que punto podía pensar que la nave me había salvado?, ¿estaba salvándome a mí, o salvándose también ella?, o algo mucho peor: ¿estaba salvándome o manipulándome para hacerme creer que me salvaba?, ¿hasta qué punto podía creer en las intenciones de un ser, que no conocía, nada menos que un ser de otro planeta?*

Me tomé la cara entre mis manos porque el peso de semejante clase de interrogantes me oprimía. Por segundos pensé que estaba empezando a volverme loco. *¿Quién me creería? ¿Qué les diría? ¿Que una nave de otro planeta me mostró pruebas de que la sociedad humana está siendo investigada por otras inteligencias?* Entonces la voz metálica volvió a hablar y al instante todo el interior de la nave se volvió de color rojo.

—¿Qué pasa? —dije poniéndome de pie.

La pantalla se volvió a encender y mostró imágenes del exterior. Dos vehículos con tracción oruga se acercaban. Se detuvieron y unos quince hombres vestidos con anoraks blancos y lentes de protección contra los reflejos de la nieve descendieron y comenzaron a moverse en paisaje blanco bajo las órdenes de otro hombre que señalaba en nuestra dirección. Un rápido acercamiento de la cámara, mostró que llevaban armas, ametralladoras automáticas.

—¿Quiénes...? —dije mientras miraba las imágenes e intentaba comprender.

Entonces recordé que el ejército de los E. E. U. U. tenía una importante base de radar en Groenlandia, de esas que llamaban Radares de Alerta temprana. Seguro habían detectado el descenso de la nave y habían destacado una pequeña expedición para investigar. Tal vez debían creer que éramos una avanzada de alguna potencia enemiga dispuesta a atacar la central y apoderarse de información de importancia estratégica.

—Debemos irnos... ¿entendiste? ¡Debemos irnos! ¡Despegar! ¡Haz que despegue esta cosa! ¡Ahora!

No se si la máquina ya había aprendido a traducir algunas de mis palabras y

comprendió lo que decía o el estado de mis nervios, la terminó por convencer de que algo malo estaba a punto de pasar.

Los movimientos de despegue me tiraron al suelo de repente y la nave comenzó a elevarse. Por la pantalla vi que los hombres señalaban hacia nosotros y se protegían de las ráfagas de viento y la nieve que se levantaba y los azotaba. Alguien, alguno de los soldados disparó su rifle y la nave ascendió más rápido, pero la señal de la cámara exterior se perdió. Quizás una bala perdida averió la cámara o solo la máquina cerró el canal.

Otra vez, viajábamos hacia otro lugar, también con rumbo desconocido...

A minutos de haber comenzado a ascender, unos sonidos extraños comenzaron a escucharse; como si la extraña máquina que gobernaba la nave estuviera conectando algunos sonidos que resultaron ser nada más y nada menos que un canal de radio militar.

—(¡Whisky 1! ¡Whisky 1! ¡Aquí Piel Roja!)

—Sonido extraño.

—(¡Adelante Piel Roja! Lo escuchamos fuerte y claro).

—(¡Esa cosa...!) —Silencio mezclado con estática muy fuerte—. (¡El cuervo levantó vuelo! ¡Repito el cuervo levantó vuelo!)

—Entonces era un cuervo. ¡Confirme!

—Confirmado. Era un cuervo. Era un cuervo. Un cuervo enorme.

—Haga Delta Tres y regrese a la base. ¿Me copió?

—Copiado Whisky 1. Cambio y fuera.

De pronto el interior de la nave quedó en silencio y la voz extraña metálica se escuchó. Tal vez me preguntaba algo, tal vez solo estaba comentando algo, en cualquiera de los casos yo no entendía una sola palabra, pero le prestaba atención por si lograba captar, al menos la intención de mi interlocutor.

—Creo... —traté de decir algo pero era realmente lo que pensaba—. Creo que es el líder del grupo de soldados que vinieron a ver que era lo que había aterrizado cerca de su base de radar. Estamos en un lugar... ¿cómo decirlo? Un lugar... delicado... desde el punto de vista miliar... tendríamos que alejarnos mucho... bastante... para que los militares no sientan miedo...

Entonces otros sonidos se escucharon en la nave.

—Líder Rojo a Whisky 1.

—Adelante Líder Rojo.

—Tenemos al «bandido» a la vista. Repito tenemos al «bandido» a la vista. Vuela muy alto con rumbo Oeste-Norte. Velocidad 350 kilómetros por hora.

—Intercéptelo Líder Rojo.

—A la orden. Cambio.

Yo había estado tratando de deducir con mi torpe inglés, que rayos habían dicho en esa comunicación radial, esos dos hombres y llegué a la conclusión de que uno le daba órdenes al otro para que hiciera algo y ese algo no me gustaba.

—Van a atacarnos. ¿Escuchaste? ¡Van —a— atacarnos! ¡Hay que huir!

Yo estaba sentado en el piso que era la mejor forma para mí para viajar y no caerme y golpearme contra los paneles de instrumentos, pero el viraje que dio la nave casi me hizo rodar hacia la izquierda.

—Nave no identificada: está en un espacio prohibido. Identifíquese o abandone el lugar inmediatamente.

Como la nave había tomado un rumbo que la apartaba y la absolvía de ser un

peligro para la base militar, en el canal se escuchó otra orden.

—Líder Rojo aquí Whisky 1.

—Adelante Whisky 1. La nave no identificada se ha retirado y...

—Líder Rojo proceda al derribo de la nave hostil.

—Señor la nave se ha retirado inmediatamente.

—Líder Rojo es una orden directa. No la desobedezca. Proceda como se le ordenó.

Se hizo un breve silencio de quizás, un minuto.

—¿Líder Rojo?

—¡Aquí señor! ¡Procedo a cumplir mi orden!

—¡Excelente! Informe todo lo que pase. Cambio y fuera.

Después de algunos segundos de silencio empezamos a escuchar sonidos extraños electrónicos; yo los reconocía de algunas películas que había visto sobre combates aéreos, incluso documentales de guerra.

—¡Nos están alineando! ¡Van a dispararnos! ¡Van...!

Entonces otro sonido muy extraño se acopló a los anteriores, parecía un aullido que crecía hasta volverse ensordecedor y se escuchó un grito en el canal.

—¡Ahh! ¡Qué es eso!

—¡Líder Rojo aquí Rojo 3! ¡No puedo controlar mi nave! ¡Pierdo altitud!

—¡Líder Rojo aquí Rojo 2! ¡Los instrumentos se volvieron locos!

—¡Líder Rojo! ¿Qué está pasando?

—¡Aquí Líder...! —y la estática interrumpía la comunicación.

—¡Líder Rojo! ¡Líder Rojo! ¡Cambie de canal!

—¡Whisky 1! ¡Tenemos...! —y los ruidos de la estática volvían a interrumpir las frases del piloto.

—¡Líder Rojo! ¡Líder Rojo! ¡Abandone persecución de nave no identificada! ¡Repito: abandone persecución y retorne a base!

—¡Whisky 1 comprendido! ¡Cambio y...! —y la estática volvía a interrumpir.

—¿No se estrellarán verdad? —le pregunté a la máquina como si creyera que podía entenderme.

La voz metálica se escuchó de nuevo, respondiéndome en un lenguaje del que no había podido comprender una sola palabra, pero que extrañamente, me tranquilizaba.

Las imágenes de hacia dónde nos dirigíamos volvieron a aparecer en la pantalla, en forma de un extraordinario mapa tipo satelital; nos dirigíamos hacia algún lugar en la costa de Canadá, lejos por supuesto de una base militar. Aterrizamos a contados minutos de aquella persecución; los sonidos de pequeñas descargas de aire y pequeños sacudones hasta la inmovilización me hizo pensar que ya estábamos en tierra.

—¡Huf! —dije tratando de ponerme en pie—. Estuvimos cerca... bueno... quiero pedirte que nos disculpes... los humanos no somos todos así... capaces de disparar primero y luego preguntar. Incluso los militares son personas... con buenos

sentimientos... pero...

Me quedé callado. *¿Cómo podía seguir hablando con un panel de instrumentos desconocidos como si hablara con una persona? ¿Podía? ¿O estaba casi al borde de la locura? ¿Realmente estaba hablando con una... máquina inteligente y de otro mundo?*

Me senté en el suelo que estaba helado de por sí o helado por las temperaturas externas de la Tundra canadiense, que terminaban afectando al interior de la nave. Estaba viviendo la experiencia más extraordinaria de mi vida y no sabía si debía continuar disfrutándola o esperar con resignación el momento en que toda la farsa se acabara. Que aparecieran los técnicos detrás de las cámaras, los ayudantes de la producción televisiva o cinematográfica y que dijeran las clásicas frases: «¡Corte! ¡Se imprime!» como solían decir los míticos directores de cine.

¿Cuántas veces había soñado cuando era un niño, con pilotear una nave espacial y recorrer los infinitos mundos como lo decía la semblanza de introducción de la serie «Viaje a las Estrellas»?

La idea de que todo era una terrible y muy bien orquestada farsa creada con precisión de relojeros suizos, volvía a mi mente una y otra vez. Pero, *¿por quién o quiénes? ¿Con qué propósito? ¿Y el tubo misterioso? ¿En qué parte de la farsa encajaba?* No... todo era real... terriblemente y hermosamente real...

La voz extraña volvió a escucharse y aparecieron imágenes en la pantalla, imágenes que ya conocía; el tablero del Laberinto Real de Ur.

—¿Quieres jugar otra vez? —pregunté en voz alta.

A un costado de la pantalla aparecieron las imágenes de los dados triangulares; la máquina me estaba cediendo el primer turno a mí.

—No tengo ganas de jugar... lo siento.

Un silencio molesto se apoderó de la pantalla. Solo se escuchaban los sonidos de los extraños instrumentos que seguían procesando vaya uno a saber qué clase de información y con qué propósito científico o no tanto. Después de unos largos minutos, la voz extraña se escuchó, aunque no pudiera comprender nada.

—Sí... no tengo ganas de jugar... tengo hambre... muchos «hambres» —dije poniéndome de pie y caminando en círculos haciendo gestos con las manos—. Hambre de saber cosas... qué es esta nave... de dónde viene... por qué... para qué... quién la construyó. Muchas cosas... y también tengo hambre... comida... Co-mi-da. ¿Entiendes? Tú tal vez, no sientes hambre porque eres una máquina pero... ¿puedes comprender algo de lo que digo? ¿Algo?

La máquina dijo algo en ese lenguaje extraño, lleno de sonidos profundos, metálicos, como si pronunciara las vocales con mayor... profundidad o dándole una diferente entonación. Por supuesto no entendí nada, ni una sola palabra y al frustración siguió siendo enorme, casi tanto como el asombro, la sorpresa y la emoción por esta extraña aventura.

Debía comer. No sé qué o como, pero debía comer. Me tranquilizaba que al

menos no era de esas personas que comían por miedo o por ansiedad, pero ya debían haber transcurrido al menos diez horas desde la última comida decente.

—¿Puedes... abrir la compuerta?

Hubo un largo silencio.

—Abrir... A-brir.

No hubo ningún comentario en esa lengua extraña, y ninguna acción tampoco.

—Necesito... ¿cómo puedo decirlo? —entonces comprendí que podía hacer una seña—. A —brir— dije imitando con la mano la posición que tendría la compuerta.

Hubo unos minutos de silencio y finalmente la compuerta se abrió. Afuera había un viento helado y muy fuerte. Tal vez, esa era la razón por la cual la máquina no quería abrir la compuerta, para evitar que pasara frío. Pero necesitaba salir y antes, necesitaba explicárselo a la máquina, si es que era una máquina la que gobernaba toda la nave.

—Debo salir a buscar comida, co-mi-da. ¿Entiendes? Debo comer... co-mer. Los humanos... debemos comer... No importa si no entiendes. Ya vuelvo... no te vayas... no me abandones aquí... por... favor...

Salí al exterior que estaba igual de helado que la vez anterior. La temperatura debía estar seguro cerca de cero grados o quizás bajo cero. Casi como si tuviera un presagio, guardé el misterioso tubo de metal en el interior de mi mochila. Al fin y al cabo había podido subir a la nave gracias a él. El viento parecía que quería tenerme un poco de piedad, porque había amainado aunque aullaba lejano en el horizonte, como un lobo que deambula llamando, reuniendo a su manada para salir de caza. Me paré unos minutos, para intentar decidir a dónde me iba a dirigir, sin perder de vista a la nave por alejarme mucho y mientras el frío empezaba a entumecer algunas partes de mi cuerpo como los pies, recordé un escrito que había leído sobre un hombre que se congelaba; «Encender una hoguera» de Jack London. *¿A cuánto estaba de parecerme a ese hombre?* Moví una y otra vez mis pies, golpeándolos contra el suelo y recordé que no tenía mucha idea del tiempo que había transcurrido, desde mi «intempestivo» viaje hasta mi primer contacto con la inteligencia que gobernaba la nave; estaba en el Norte, uno de los más absolutos «Norte» que hubiera podido imaginar, y en esas latitudes, la luz del sol se apagaba mucho más temprano que en las latitudes donde yo vivía.

Miré hacia atrás y traté de recordar los pasos que había dado en una dirección por ahora desconocida; si perdía de vista la nave, estaba condenado a congelarme en apenas unas horas. Busqué en mi vieja mochila, la brújula y hasta el GPS y tomé la posición en dónde debía estar la nave y a donde debía volver, antes de la noche.

Para mi fortuna estábamos cerca de un pequeño bosque que estaba en un llano, aunque si bajaba perdía de vista a la nave. Tomé valor y bajé con cuidado entre medio de las piedras y llegué hasta donde los pequeños árboles un poco ralos, muy diferentes de la idea que uno puede tener de un bosque, a través de documentales sobre la vida silvestre o salvaje o de películas. Tomé dos pequeñas ramas que para mi

fortuna estaban secas y busqué otras cáscaras y comencé a preparar mi proyecto de hoguera para intentar desafiar al frío. En mi mochila llevaba varias cosas, que para otros ojos, serían inútiles ante un simple análisis, pero que yo sabía mirar desde otra perspectiva la lista comenzaba con: un par de agujas de cirugía por si tenía heridas, dos bultos de gazas, una caja semidestruida de apósitos, un paquete de hilo dental, una lupa pequeña, y los restos de mi último sándwich y cómo olvidarlo un corriente encendedor, además de mis binoculares y cuadernos de notas. Con la lupa podía encender una pequeña hoguera, aunque a esta hora y en esta latitud... no disponía del sol... con las agujas de cirugía y el hilo dental podía improvisar una caña de pescar, usando las sobras de mi viejo sándwich, como carnada... pero estaba algo lejos de un curso de agua, con posibilidades de llevar peces. Intenté encender la hoguera y el viento apagó la pequeña llama que había conseguido. Recién después del quinto intento logré mantener el fuego, para el único propósito de calentarme un poco. Continué mirando en todas direcciones y noté las siluetas de algo que podía salvarme; hongos. Recordé lo peligrosos que pueden ser si uno no los sabe identificar, pero yo si podía y tenía suerte, después de un concienzudo examen descubrí que no eran venenosos. Igual no los quise comer, sentía una precaución natural, o casi paranoica, aunque si me equivocaba, *¿a dónde iba a dirigirme?, ¿dónde estaba el hospital más cercano? ¿A 400 kilómetros? ¿Tal vez a 1000?*

Continué con mi examen de aventurero de la zona donde me encontraba y descubrí un pequeño arroyo que corría a unos doscientos metros de donde había erigido mi modesta base de operaciones. Aún tenía la brújula y hasta el GPS, así que podía aventurarme un poco más allá. Llegué y mi primera intención fue llevarme un sorbo enorme de agua a la boca, aunque estuviera helada; había perdido la cuenta de la última vez que había tomado agua, pero noté algo moviéndose cerca de unas piedras. Armé mi rústico sedal, preparé la carnada y la dejé caer sobre la superficie para no espantar a los pequeños peces. Esperé y esperé. Me retiré un poco para evitar que mi sombra se dibujara sobre el agua y despertara sospechas. Al fin picó uno que saqué al instante y luego después de una espera algo mayor, picó otro más; en una larga media hora, tenía cuatro pequeños peces, que calmarían mi hambre y me ayudarían a pensar con más claridad. Mi hoguera se estaba casi apagando cuando volví. La alimenté con más pedazos de cáscaras y ramas muy pequeñas secas y volvió a resurgir. Decidí volver también hasta la pequeña colina desde donde me había lanzado a la aventura para ver, si la nave y mi extraña amiga continuaban allí; la nave no se había movido. Limpié los peces y los asé, sin sal, sin el más insignificante de los condimentos o aderezos, pero cuando estuvieron listos, me parecieron un manjar, propio de esos restaurantes caros, con menú de platos y carta de vinos. Estaba a punto de comerme los cuatro pero decidí guardar, en un bolsa, de tantas que tenía en mi mochila, los dos últimos para comer en el caso de que no pudiera cazar nada, o recolectar. Busqué en toda la mochila y al fondo había una pequeña botella de gaseosa vacía y la llené con agua.

—Yo sabía que debías estar... —dije hablando solo como el más solitario de los náufragos, que escoge hablar para no perder su condición de ser humano, porque recordaba que no había tirado la botella cuando la había terminado.

A lo lejos se escuchó un aullido. Era tan lejano que cualquiera me hubiera convencido de que se trataba de mi imaginación. Pero no fue así... el aullido se volvió a escuchar y luego otro, como si le respondiera. Había una manada aunque pequeña que esperaba hacerse de una presa para la cena y yo, andaba por allí, buscando seducir peces con las sobras de un antiguo sándwich y recolectando hongos de los que dudaba profundamente de su peligrosidad.

La temperatura estaba bajando a un ritmo insoportable. Mi humilde hoguera estuvo a punto de apagarse por una ráfaga de viento y entonces decidí que era el momento ideal, para poner fin a mi excursión para nada turística, más bien alimenticia y regresar a la nave, si la máquina o ser extraño que la gobernaba decidía abrirme la compuerta otra vez. Si no, iba a estar en gruesos problemas cuando al temperatura llegara a sus mínimos en la medianoche. Apagué el pequeño y triste fuego con los pies, y me retiré hacia la nave.

—¡Hola! ¡Soy yo! ¡Por favor ábreme!

Pero nada ocurrió. Entonces saqué el tubo y lo sostuve fuertemente hasta que las aletas semicirculares aparecieron de nuevo entonces se escuchó un chasquido, como si algunas trabas de algún tipo de seguridad cedieran y la compuerta se abrió.

—¡Huy! —dije frotándome las manos—. ¡Hace un frío...! ¡Gracias por no irte! Creo que voy a tener una pulmonía... terrible. Nunca pensé que iba a viajar al mismo Ártico...

Me senté en el piso de la nave. Estaba a empezando a cansarme; y no veía a la vista silla o butaca simple o compleja donde pudiera dormir o descansar.

La voz de la máquina o del ser extraño se volvió a escuchar.

—Voy a dormir ¿sabes? Tengo sueño... Sue-ño. Los seres humanos dormimos... necesitamos dormir... si eres una máquina sería... apagarse. A-pa-gar-se. Apagarse. Desconectar. Des...

Y entonces hubo un pequeño chasquido y varias luces de los paneles de instrumentos se apagaron. El interior de la nave quedó en una suave penumbra apenas iluminada por una luz tenue azul. La voz extraña pronunció algo y luego todo fue silencio.

Yo puse mi mochila como almohada y me tendí sobre el suelo, el único lugar en donde podía estar cómodo y a pesar del frío, traté de descansar y si era posible, de dormir. Al menos había comido, tomado agua y guardado un poco de víveres para el resto de todo... «esto», que me parecía iba a durar mucho, mucho tiempo... Afuera, casi lúgubre, se escuchaba la voz helada del viento. Me hubiera gustado que la máquina o el ser, que posiblemente se ocultaba de mí, en algún recóndito lugar de la nave, comprendiera mi idioma y poderle decir: «Buenas noches amigo... que descanses...». Igual, no perdía nada con intentarlo otra vez.

—Buenas noches amigo... que descanses.
E intenté cerrar los ojos... y para mi sorpresa, él, la máquina respondió.

En un momento en el tiempo, amaneció en la desolada tundra canadiense. No se si alguien lo sabe de manera cabal, pero no todos los amaneceres son iguales en todas las partes del mundo. En la tundra, es una extraña claridad que apenas se distingue de otros momentos del día que vendrá y que tendrá pocas horas de luz. Quise darme vuelta en mi cama caliente e ignorar al despertador de mi teléfono que estaba sonando cada vez más fuerte y continuar otro sueño, quizás el más dulce, el mejor, aunque esos minutos o hasta una hora, tengan efectos desastrosos en todas las obligaciones que uno tiene por delante. Pero no estaba en mi cama, mi humilde y vieja cama que se merece un mantenimiento parecido al que recibirían los autos de la Fórmula Uno, pero después de correr un Gran Prix, o como los autos que hubieran corrido aunque sea una etapa del Rally Dakar; estaba recostado sobre una superficie metálica muy fría que me había hecho doler las costillas y otros huesos, no tenía mi teléfono y no sé por qué mi mente casi había fabricado el sonido tan fastidioso, tan característico del timbre, pero tan necesario. Hacía frío y realmente ignoraba la hora en la que me estaba despertando. Estaba en la nave sin nombre, y sin tripulantes a la vista, la nave misteriosa que me había salvado de un fin, tal vez terrible y con la que nada más y nada menos había jugado a uno de los juegos más antiguos de la humanidad, el Laberinto Real de Ur, como una forma de encontrar algo en común, algo que nos uniera, imágenes o acciones como tirar un dado y mover una pieza. El por qué una máquina, supuestamente venida del espacio sabía de la existencia de ese juego que era parte de la más remota historia de la humanidad, era otro de los interrogantes que se sumaban a los que ya había intentado enumerar, no menos importantes. *¿Lo habría jugado con los antiguos sumerios en los principios de su civilización? ¿Se lo habrían enseñado ellos mismos al constructor de esta nave? ¿Lo habrían confundido con uno de sus «dioses» que venían del cielo dispuestos a «civilizarlos», es decir, enseñarles el manejo del fuego, la metalurgia, la escritura, y los rudimentos de la misma astronomía? ¿En el marco de qué situación habría conocido que existía el juego? ¿La misma situación por la que hoy, yo estaba viajando en la nave?*

Comencé a moverme en forma lenta, tratando de recomponer cada músculo dolorido y que no me atacaran los calambres en las piernas pero no resultó: al instante de estirarme, me sobrevino un terrible calambre en la pierna izquierda, un dolor que parecía que el tendón se iba a cortar. No tuve mejor idea que sacarme la zapatilla y poner o intentar apoyar la planta del pie sobre el piso helado, para que con ese simple «remedio casero» se disipara la tensión. Traté de no gritar pero algún que otro sonido seguro se me escapó. Las luces de la nave se encendieron y al parecer, algunos sistemas también porque comencé a escuchar sonidos de cosas, quizás mecanismos desconocidos que se ponían en marcha y las pantallas comenzaban a mostrar lecturas, signos que yo no podía comprender su significado. La voz metálica se escuchó otra

vez, tal vez, diciéndome: «¡Buenos días terrícola!».

—Hola... buenos... buenos días... —dije intentando sentarme para ponerme la zapatilla nuevamente—. Disculpa el... el alboroto... es que tuve un calambre por haber dormido en el piso... no quiero quejarme. Sé que pude haber dormido afuera... y haberme congelado si es que los lobos no me comían...

Me quedé callado mientras miraba la pantalla que estaba en silencio, sin imágenes ni sonidos; había olvidado otra vez, que la inteligencia que gobernaba la nave no entendía una palabra de lo que decía y yo no entendía nada de lo que ella decía tampoco.

Era una gran frustración no poderme comunicar; haber deseado este momento desde la primera lectura de una historieta de ciencia ficción, desde la primera película, cuando astronautas viajaban a la Luna o al planeta Marte en extrañas e ingenuas naves, cohetes plateados que aterrizaban de una manera que ni el más experimentado piloto lo hubiera podido lograr, hasta las más sofisticadas como «Nostromo» o las enormes naves de «Distrito 9».

Tenía que admitir una terrible verdad; no podíamos comunicarnos. La inteligencia que gobernaba la nave, fuera una máquina muy avanzada o un ser biológico que se ocultaba de alguna manera, hablaba en su idioma, y yo hablaba en otro y ninguno podía entender, cabalmente lo que el otro decía, al menos yo no entendía nada de todo lo que la máquina había dicho.

Tal vez, la máquina, en una forma de protegerse, si comprendía las cosas que yo decía, pero lo ocultaba, como si se guardara un as bajo la manga, para sacarlos en un momento decisivo. Y es que el espacio es un lugar... demasiado enorme donde uno... humano... ser de otra raza o una máquina avanzada o no tanto... cualquiera, está profundamente solo y cuando uno está solo y se mueve por terrenos desconocidos, debe hacerlo con mucha, extremada cautela.

La máquina, digo la máquina porque casi estaba seguro de que solo había una máquina detrás de los extraños paneles de instrumentos, la máquina había guardado silencio como si me estuviera escuchando o intentando comprender lo que decía. Al fin dijo algo.

—¿Sabes?, estaba empezando a ponerme un poco... nervioso —le dije—. Yo... yo no comprendo una palabra de lo que dices pero... si te escucho... es la prueba de que los dos... lo seguimos intentando.

La máquina al contrario de lo que pensaba, hizo un largo... casi incómodo silencio. Yo esperaba que dijera algo, algo que por supuesto no podía comprender, pero no dijo absolutamente nada. Después de un tiempo de esperar en vano algún sonido o tal vez, una sucesión de imágenes, le hablé yo.

—¿Puedes... abrir la compuerta para que pueda salir?

Pero no dijo nada en su lenguaje incomprensible.

—Quiero salir... debo salir.

Continuaba en silencio y sin imágenes en la pantalla.

—Debo salir... los humanos debemos... ¿cómo puedo decirlo? Debemos... expulsar... nuestros desechos... en realidad son los desechos de nuestro cuerpo... tú no lo entiendes porque eres una máquina... pero yo... yo debo...

La máquina continuaba en silencio. Una primera opción fue esperar hasta que procesara la información y comprendiera lo que yo le estaba diciendo aunque no lo admitiera. Pero mi necesidad era mucho más... urgente. Entonces tomé el tubo y lo sostuve con mis manos el tiempo necesario para que se abrieran las aletas. Y la compuerta se abrió.

Antes de salir me volví y le dije unas palabras, solo por si acaso.

—Yo volveré... no te vayas por favor. No-te-va-yas.

Entonces salí y la compuerta se cerró detrás mío.

Sí había amanecido, diría que casi no se notaba. Había una muy suave claridad en el cielo, eso era lo único que podíamos decir que era diferente a lo que yo había conocido por «noche». La temperatura era muy baja, solo que el viento que por momentos parecía proponerse arrancar toda la escasa hierba, ahora era una brisa helada, casi como si el Ártico en persona, nos tirara un suspiro desde el Norte. Bajé la pequeña colina, que más bien, era una aglomeración de piedras grandes y medianas, bajé la colina y busqué un lugar suficientemente apartado de un curso de agua para no contaminar con mis desechos humanos. Estuve allí como unos largos quince minutos en donde la terrible caricia del frío comenzó a hacerse notar. Caminé unos pasos como para llenar mis pulmones con un poco de aire aunque fuera aire frío y helado, tratando de llenar mis ojos y mi mente con esos paisajes que estaba seguro que jamás, los volvería a ver, por mis propios medios. El cielo estaba lleno de nubes muy espesas, que daban la impresión de que si uno saltaba lo suficientemente alto, podía tocar el cielo, en realidad las nubes, con las manos. Pero era solo una ilusión óptica. Esas nubes debían estar a miles de kilómetros en el cielo y solo por estar sobre el Círculo Polar Ártico. Miré unas piedras y descubrí unas formaciones verdes que pensé que debían ser algas. Había leído sobre ella, un poco en el colegio y más, mucho más cuando por diversas crisis de salud, me aconsejaban a buscar alimentos más naturales, semillas, plantas orientales y también algas. Tomé un poco en una bolsa, de las tantas que llevaba en mi mochila, con un poco de agua original y decidí volver a la nave. Los prolongados silencios de la máquina me empezaban a hacer dudar sobre nuestra convivencia pacífica, esta relación inimaginable hombre — humano— terrícola —máquina inteligente— de otro planeta, relación que un día debía tomar un rumbo determinado, es decir; *¿íbamos a estar siempre así, viajando de un lado para el otro en regiones inhóspitas del Norte o del Sur? ¿Siempre?*

Llegué a la nave y antes como si tuviera un presagio me di vuelta a mirar el paisaje que dejaba atrás, y noté la figura gris de un lobo, que a la distancia se había acercado a ver quiénes eran los «recién llegados» a su reino. Saqué el tubo, lo sostuve en mi mano un tiempo, las aletas aparecieron y la compuerta se abrió.

—¡Guau! ¡Qué frío hace afuera! —dije refregándome con fuerza los brazos—.

Pero tenía que salir. Ya te conté que los humanos debemos... bueno... hacer lo que llamamos «nuestras necesidades»... sino... tu nave... terminaría oliendo muy feo... te lo aseguro...

La máquina continuaba en silencio y yo, teniendo un poco de miedo de forzar y terminar cortando, esta difícil situación, me senté otra vez en el piso de la nave a esperar. Después de un tiempo, la máquina habló y luego apareció la imagen del Laberinto Real en la pantalla.

—¿Quieres jugar eh? ¡Pues juguemos! Tira tu primero.

La máquina tuvo un momento de indecisión y luego al parecer comprendió que le cedía el primer turno y tiró los dados y sacó un puntaje bajo.

—Me toca a mi... —dije acercándome a la pantalla y tirando los dados.

Mi suerte fue igual o peor que la de la máquina.

—Te toca.

Así estuvimos un par de minutos largos hasta que finalmente el juego se pudo iniciar y la máquina me terminó ganando la partida.

—Ganaste —le dije—. Pero estoy contento... juegas muy bien... ¿quieres... otra vez?

El tablero limpio y los dados aparecieron en la pantalla como si la máquina me invitara o aceptara volver a jugar. Y así lo hicimos; volvimos a jugar una y otra vez, hasta que la máquina, no volvió a mostrar el tablero.

—No quieres volver a jugar ¿eh? Bueno... estoy de acuerdo. Ya hemos jugado mucho por hoy... los humanos... en la mañana, tomamos algo que le llamamos desayuno... de-sa-yu-no. Desayuno. Es la primera comida del día... y yo hoy no he comido nada... primero porque sé que no debes tener en la nave... café... o té... y menos leche... pero voy a tomar un poco de agua. A-gua. Agua: necesaria para la vida. Los seres humanos somos 70 por ciento agua —le dije y saqué mi botella de agua con la poca que había recogido del arroyo—. Y está buena... muy buena.

Guardé silencio mientras miraba todo el interior de la nave y no encontraba rastros o señales de sillas, butacas, barandas para asirse. Es más, por momentos el aire se tornaba irrespirable, como si no hubiera algún tipo de generación de oxígeno, o de una atmósfera controlada. Ya no tenía dudas, era una nave sin tripulantes, totalmente automática.

—¿Puedes... decirme tu nombre? ¿Tienes un nombre? Si solo eres una máquina no hay problema... hasta las máquinas tienen un nombre... en este planeta al menos es así. La primera computadora eléctrica lo tuvo, se llamaba... Eniac fue construida para hacer los cálculos de la... bomba atómica... antes se cree que hubo otra... hecha por los alemanes, pero fue destruida en un bombardeo, aunque las ideas del hombre que las hizo se utilizaron después. Con respecto a la primera... dicen que cuando la encendían las luces de la ciudad, comenzaban a parpadear y dicen que a veces se apagaban. Y es que consumía muchos kilowatts... ocupaba todo un sótano de las universidad. Hoy las computadoras, pueden caber en la palma de la mano y son

mucho más potentes que ella.

Callé y como ya me había pasado antes, sentí una gran frustración al no poder comunicarme con aquella máquina y no saber tampoco si ella comprendía algo de lo que yo estaba diciendo. Tal vez todo iba a ser así de ahora en adelante... para siempre.

En un tiempo había sido entusiasta de todo lo que estuviera relacionado con el espacio. Había visto la serie *Cosmos* del gran divulgador científico Carl Sagan durante tres años seguidos. Había visto cada película de ciencia ficción que había llegado a mis manos y había tratado de entender el mensaje, el concepto que su director quería mostrarnos, en lugar de solo quedarme con las imágenes de máquinas novedosas, o las escenas de peleas entre los buenos y malos. Y en materia de literatura de ciencia ficción, había tratado de leer a los clásicos, aunque uno siempre tiene deudas, como el darme un tiempo para conseguir *Fiasco*, para algunos la mejor novela de Stanislaw Lem, o los tres volúmenes completos de *Las Crónicas Marcianas* de Bradbury. De mi humilde inclinación había aprendido a ser más humilde, comprendiendo o mejo dicho, intentando comprender el tamaño de nuestro planeta, «nuestra casa» en relación con nuestro Sistema solar, «nuestro barrio». Y ahora cuando estaba a bordo de una auténtica nave de otro planeta, cuando estaba frente a frente de una máquina inteligente, cuando tenía la oportunidad de establecer un contacto, todo se desvanecía debido a que, como era de esperarse, uno y otro, hablábamos, diferentes lenguas.

—Me cuesta respirar... —dije—. ¿Puedes abrir la compuerta... para que entre aire?

Pero no hubo ninguna acción y menos alguna frase. Recordé el tubo, lo saqué y lo acerqué a la compuerta y en segundos, todas los cerrojos o sistemas de seguridad cedieron y la compuerta se abrió. Afuera, el viento del Ártico intentaba arrancar la hierba, era otro lobo más, perdido entre el horizonte blanco que pretendía enceguecer. Pero al menos entraba un poco de aire al interior y yo podía respirar más tranquilo. El frío me terminó convenciendo de que debía hacer que cerrar la compuerta así que dejé de sostener el tubo y después de unos segundos la compuerta se cerró.

¿Qué pretendía esta máquina de mí? ¿Me había secuestrado? En un principio no; me había salvado de Dupré y de sus hombres, que a pesar de ser hombres, seres auténticos de verdad, se comportaban como máquinas, porque lo obedecían ciegamente como si no tuvieran corazón o moralidad. Pero ahora, podía considerarme como un secuestrado, porque no podía ir a donde yo quisiera. El lugar habitado por humanos podía estar a unos 500 kilómetros, con suerte y el pequeño problema era llegar vivo, soportando temperaturas bajo cero durante casi todo el día y toda la noche.

¿Qué pretendía entonces? Tal vez, la inteligencia que estaba detrás de la máquina o la máquina misma, no sabía que hacer. Al menos no éramos dos seres de diferentes culturas tratando uno, de sobrevivir y el otro de conquistarlo, sojuzgarlo o

esclavizarlo, como antaño habían sido, los indios sudamericanos y los conquistadores europeos, o los indios norteamericanos, mal llamados «Pielas Rojas» y los «civilizados» hombres blancos, entre de los cuales hubo uno que llegó a decir. «Un indio muerto, es el mejor indio» o algo así.

Éramos un ser humano, lleno de debilidades, y una que otra fortaleza, y un ser, quizás una máquina inteligente, provista de una tecnología increíble.

Un sonido parecido a una alarma sonó en el interior de la nave y una luz roja, se encendió comenzando a parpadear. Creí que el sonido iba a desaparecer en unos minutos pero no fue así, continuó y algunas de las pantallas de los paneles comenzaron a mostrar lecturas distintas a las que yo había visto. Había visto extraños símbolos que no podía comprender, pero había notado que esos símbolos se mantenían estáticos, no cambiaban y ahora, las secuencias de símbolos, se sucedían, completaban las pantallas, y volvían a aparecer otras secuencias.

La máquina dijo algo y la nave comenzó a moverse. Reconocí las descargas como si fueran de aire comprimido y sentí la sensación de estar elevándonos primero lento y luego a una cierta velocidad.

Miré la pantalla para ver si había alguna imagen que me pudiera dar un indicio de lo que estaba pasando y no había nada. Hasta que escuché un sonido, en lo que en nuestra tecnología sería un altavoz.

—¡Líder Rojo! ¡Líder Rojo! ¡Tengo a las 11 en punto al «bandido»!

—¡Comprendido Rojo 2! ¡Ya lo veo! ¡Todos a mi señal!

Por lo que había logrado descifrar con mi mal inglés, era el diálogo de dos pilotos militares que decían que habían divisado a un objetivo en la posición 11 en punto. Y ese objetivo, era nada más que nosotros; la nave.

La nave se inclinó hacia la derecha y yo intenté quedarme sentado en el piso con la intención de acostarme si era necesario. Entonces sentí un fuerte sacudón hacia atrás, un sacudón propio de mi inercia; la nave estaba acelerando.

—¡Se escapa Líder Rojo! ¡Se escapa!

—¡No dejen que pase! ¡Repito! ¡No dejen que pase!

—¡Guau! ¿Viste eso viejo? ¿Viste eso David?

—¡Disparen! ¡Repito! ¡Disparen! ¡Estamos autorizados!

Como si fuera un fuego de artificio, en el festejo del año nuevo chino, la nave pareció acelerar hacia la derecha pero a los segundos de vuelo viró hacia la izquierda y de nuevo giró hacia la derecha. La sensación que yo tenía era que debía aferrarme al piso convirtiendo mis manos en pequeñas garras o me caería contra uno de los paneles. Por momentos la sensación de movernos hacia uno y otro lado desaparecía para quedar la idea de que ascendíamos a alturas increíbles. Y no importaba, siempre y cuando como habían dicho los pilotos, sus disparos no nos alcanzarán...

Las comunicaciones que estábamos escuchando empezaron a cortarse en algunos puntos por efecto de la estática. Yo confiaba en que la nave y la inteligencia que la gobernaba pudieran salir con bien de esta nueva persecución, pero escuché algo que no me gustó.

—¡Lo tengo Líder Rojo! ¡Lo tengo en la mira!

El sonido de la alineación por radar comenzó a escucharse. En los viejos combates aéreos de la legendaria Batalla de Inglaterra, entre los Spitfires ingleses y los Messermisch alemanes, el tiempo en que tenían en la mira antes de disparar podía ser de algunos segundos, en los tiempos en los que el combate aéreo se modernizado gracias a la electrónica, eso se había reducido casi a la nada. Entonces se escuchó algo parecido a un sonido que fue creciendo hasta volverse insoportable. Duró unos segundos.

—¡Fox Three! ¡Fox Three!

Hubo una especie de explosión de estática.

—¡Ahh!

—¡Rojo 3! ¡Rojo 3! ¡Responda!

—¡Qué rayos fue eso! —gritó el piloto con una gran carga de angustia en su voz.

—¡Rojo 3! ¡Aquí Líder Rojo responda!

Entonces el sonido ensordecedor se volvió a escuchar, una y otra vez más.

—¡Aquí Rojo 2! ¡Pierdo altura! ¡Pierdo...! —la comunicación se cortaba con ruidos de estática—. ¡Altura...!

—¡Aquí Rojo 3!... ¡No...! —y la comunicación volvía a cortarse con descargas de ruidos.

Entonces apareció en el altavoz, un ruido semejante a un pitido y la imagen de algo que se movía en la pantalla. No era un piloto experto en *jets* militares, pero «esa cosa», era nada más y nada menos que un misil, disparado por uno de los aviones que nos perseguía.

El sonido ahora más parecido a un aullido de un oso hambriento retornó al altavoz, y la imagen de lo que yo creía que era un misil, comenzó a cambiar de tamaño como si se hiciera pequeña y luego desapareció.

—¡El misil cayó! ¡El misil cayó! —gritó una voz desesperada.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Disparen! ¡Estamos autorizados!

—¡Líder Rojo, no vamos a poder alcanzarlo! ¡Esa cosa es muy rápida!

—¡Disparen maldición! ¡No puede ser que se nos escape dos veces!

—¡Líder Rojo...! —y la estática volvió a interrumpir.

Yo escuchaba con mucha atención todos los sonidos tratando de interpretarlos y de traducir los diálogos a veces desesperados de los pilotos y trataba también de que mi cuerpo no rebotara contra los paneles de instrumentos. Entonces se escuchó en el altavoz, a otra persona, mucho más calmada, pero que sus palabras igual traían

intranquilidad.

—¡Líder Rojo le habla el comandante Montranc de la Fuerza Aérea de Canadá! Usted está haciendo una incursión en nuestro espacio aéreo sin ninguna autorización. Retírese inmediatamente. Repito: retírese inmediatamente, esto puede causar un incidente muy grave entre nuestros países.

Un largo silencio se escuchó, casi como si intentara ser una respuesta.

—¡Líder Rojo! ¡Sabemos que nos está escuchando! Abandone nuestro espacio aéreo o nuestros muchachos dispararán contra usted. ¿Me copió? Nuestros aviones dispararán contra usted y su gente.

Al fin, el jefe de la escuadrilla que nos perseguía se decidió a responder.

—¡Aquí Líder Rojo! ¡Comandante... perseguimos a un intruso de nuestro espacio aéreo y...!

Pero la otra persona no lo dejó terminar.

—Por el motivo que sea Líder Rojo. Abandone nuestro espacio aéreo o lo guiaremos hasta nuestra base.

—No tenemos órdenes de aterrizar en una de sus bases Comandante.

—Entonces retírese ahora. Retírese o tendremos que dispararle por violar nuestro espacio aéreo.

Se hizo otro largo silencio.

—¿Me escucha Líder Rojo?

—Lo escucho Comandante. Nos retiramos...

Y la comunicaciones se cortaron.

La voz de la máquina que había permanecido en silencio durante toda la persecución y mucho tiempo atrás también, se volvió a escuchar. Tuve la intención de decirle: «Gracias por preocuparte de mi. Estoy bien». Pero entendía que lo más importante era que habíamos salido con bien de semejante situación; estábamos enteros y no destrozados y en llamas como querían. No había entendido una palabra del diálogo pero entendía que nos había favorecido.

Me dio la impresión de que la nave giraba a alturas increíbles y casi pensé que estábamos volviendo; como no tenía una imagen satelital, o una lectura en un mapa, no podía afirmarlo. Tal vez, estábamos regresando a algunos kilómetros más alejados de nuestra última ubicación, o solo en un lugar totalmente distinto.

Después de unos largos minutos en los que la nave se movió hacia uno y otro lado, me atrevería a decir, peligrosamente, finalmente aterrizamos. La voz de la máquina se volvió a escuchar y la compuerta se abrió, tal vez para mostrarme a donde habíamos llegado o el estado de tiempo afuera o vaya a saber qué. El lugar no podía reconocerlo; después de un tiempo en esas latitudes, casi todos los paisajes me parecían iguales; blanco hasta donde alcanzaba la mirada, cielo cubierto por nubes gruesas y grises y viento, un viento terrible, casi empeñado en borrar todo rastro de vida de la superficie, y por supuesto, el frío como una garra poderosa que le hacía crujir los huesos a uno.

—Estamos... ¿cerca de donde estábamos? —dije en voz alta—. Cierra por favor... ¡Cierra por favor! ¡Hace mucho frío! ¡Debe estar a unos 10 bajo cero como mínimo!

Al fin, la máquina cerró la compuerta y según escuché, la aseguraba con varias trabas. Me estaba poniendo nervioso; por un momento pensé que la máquina me invitaba a bajar de la nave, en una especie de represalia por lo que los aviones habían estado a punto de hacerle.

—¡Guau! ¡Hace un frío tremendo! —le dije refregándome los brazos con fuerza—. Si pudieras... decirme por qué... estamos aquí...

Algunos paneles de instrumentos despedían un gran calor, así que me limité a acercar mis manos como si lo hiciera con una estufa, sentado en el suelo.

—Si pudieras... podríamos escuchar algo de música... pero no debes saber que es eso... —entonces dejé de hablar y traté de recordar algún pasaje musical y lo canté en voz baja.

La máquina me escuché en silencio y luego en el altavoz, puso nada más y nada menos que la sonata de Beethoven, «*Al Claro de luna*», que yo festejé ruidosamente primero y luego, disfruté en silencio.

Mientras escuchaba los suaves acordes del piano, me pregunté cómo una máquina, supuestamente de otro planeta había llegado a tener conocimiento de ese tipo de música, de ese tipo de manifestación cultural. También recordé la frase del mismo Beethoven: «*La música es el único idioma universal*». Cuanta razón tenía ese hombre de rostro adusto y frente en tensión...

—¿Puedo...? ¿Puedes mostrarme qué es lo que está sucediendo afuera?

Después de varios minutos de inactividad, la pantalla comenzó a mostrar imágenes de lo que sucedía afuera; una especie de tormenta, terrible en la que era casi imposible, ver más allá de los dedos extendidos de la mano. En el sur de mi país, «eso», los paisanos lo llamaban, «*Viento blanco*», que si lo sorprendía a uno en condiciones desfavorables en cuanto a abrigo, podía ser, casi mortal. Escuchar, los acordes característicos de «*Al Claro de luna*», mirando una tormenta de nieve y viento, era una experiencia irrepetible.

Al fin, con los acordes casi, pacificadores de la música, sentí sed y hambre. Había guardado pescado cocido y mi botella de agua.

—Voy a comer... Co-mer. Comer. Los seres humanos necesitamos comer, incorporar alimentos para nuestro organismo... Voy a tratar de ensuciar lo mínimo... no te preocupes.

La máquina no dijo nada. Tal vez, desde algún lugar estratégico me observaba tratando de comprender mi comportamiento. Si la nave y la máquina misma habían sido construidas por una civilización de elevados conocimientos tecnológicos, ellos también debían comer algún tipo de alimento y mis actitudes, no serían tan distintas de las de ellos.

Me limpié los labios con una servilleta de papel, usada y reciclada al menos unas

cuatro veces.

—Estaba bueno... —dije pensando que había comido dos pescados asados, sin sal o ningún otro condimento y tomado al menos cuatro pequeños sorbos de agua.

Recordé las algas que había recolectado y las busqué en el fondo de mi mochila. No sabía si habían muerto, o estaban a punto de morir por estar en un ambiente tan cerrado. Las saqué y las dejé en un rincón del piso ya que deducía que al menos por ahora, podíamos tener un poco de tranquilidad, sin persecuciones ni disparos de misiles. Me quedé mirando la bolsa y recordé que las algas habían colonizado el planeta o mejor dicho, permitido que los seres vivos, pudiéramos colonizar la tierra, porque habían «fabricado» el oxígeno necesario.

El tema musical había terminado.

—¿No...? ¿No hay más? —le dije a la pantalla rogando que pudiera entenderme.

Después de un largo silencio comencé a escuchar otra música en el altavoz, que al principio me costó identificar. Era uno de los conciertos de piano de Mozart, sino me equivocaba, el Número dos.

Seguramente la noche había caído ya en la latitud que nos encontrábamos, así que puse otra vez, mi mochila por almohada y me tendí sobre el frío piso de la nave, dispuesto a dormir, sintiéndome un privilegiado, escuchando como «canción de cuna», nada menos que un Concierto de Mozart...

Intenté dormir, digo, porque realmente me costó lograr un sueño tranquilo. El solo recuerdo de haber estado al borde de la destrucción me dejaba pensando y pensando en tantos interrogantes que no tenían respuesta aún y tal vez, no lo tendrían jamás. Después de un tiempo que no pude calcular, me dormí, lo último que recuerdo, era el aullido del viento helado de afuera, como una fiera salvaje que rondaba cerca, muy cerca de la cabaña. Pero aquel lugar no era una cabaña para despreocupados turistas que deciden darse un gusto en la vida y conocer, un fin de semana en las montañas. Aquello era una nave de extraña y sofisticada tecnología. Si estaba equipada con algún tipo de armas que yo pudiera reconocer o sospechar, no estaban visibles. Pero, *¿cómo serían las armas de una raza con tecnología superior a la nuestra, tecnología superior a la humana? ¿Harían su aparición los famosos rayos láser, vistos en tantas y tantas películas de ciencia ficción? ¿Usarían armas de algún tipo de radiación?* Si bien, los aviones modernos, usaban cosas, que a un piloto de un *Messerschmitt* o un *Lavochkin* le sonarían a que los escritores de las revistas Pulps, que sus padres les reprochaban que perdían su tiempo leyéndolas, esos escritores tenían razón. El armamento moderno constaba de radar y sistemas antiradar, misiles guiados por sensores infrarrojos, y por radar activo, ametralladoras con sistema Gatling, capaces de disparar rondas de 4000 disparos por minuto con las que estaban equipados algunos aviones como los famosos aviones artilleros *Douglas AC-47* «*Spooky*» o bombas como las de racimo, prohibidas por la O. N. U., bombas guiadas por láser y ni que hablar de las velocidades que podían desarrollar.

¿Cómo serían esas armas?

En momentos, en los que los aviones nos estaban alineando con sus radares, escuché en el altavoz, un sonido muy extraño similar al de un aullido de una fiera salvaje. Quizás, eso era lo más parecido a un arma, a la que se había visto obligada la nave a utilizar, para poder sobrevivir.

La última imagen que pasó por mi mente antes de dormir, fue la de una vieja película del Oeste, en la que los Pieleros Rojas, alzaban un rifle Winchester que habían comprado, a cambio de muchas pieles a un comerciante blanco. No podía recordar el nombre de la película. Luego escenas de «*La diligencia*», con un muy joven *Jhon Wayne*, en la que los indios en un intento loco y desesperado atacaban la diligencia de los hombres blancos para que se retiraran de sus tierras y caían uno y otro bajo las balas de sus ocupantes.

No me gustaba que los choques entre las civilizaciones siempre tuvieran que empezar y terminar con guerras... Pero así lo habían sido a lo largo de la historia de la humanidad. La comunicación frustrada entre la máquina y yo, la habíamos aminorado o quizás, hasta convertido. ¡Sí! ¡Convertido!, gracias a un juego milenario, de los albores de la civilización humana, y quizás, también de la civilización que había creado esa máquina. Me reconfortaba que nosotros habíamos intentado

solucionar en parte ese gran problema, y no como lo habían hecho los civilizados conquistadores españoles con el *Requerimiento*, procedimiento que consistía en leerles a los indios, una proclama en idioma español, por supuesto, que los indios desconocían, en leerles una proclama que si no era aceptada los habilitaba para hacerles la guerra, y someterlos a la esclavitud. Nosotros con la nave, no habíamos llegado a tanto... al menos por ahora. Pero no quería recordar que yo, no era un emisario de toda la civilización humana, y esta nave no lo era de la suya. Solo éramos dos individuos, tratando de resolver un problema, de comunicación, de la mejor manera posible...

Cerré los ojos... y en un momento en que las luces se atenuaron, me dormí. En voz baja primero y luego levantando un poco la voz, le di las gracias y un saludo.

—Gracias... y buenas noches amigo...

Tal vez me había comprendido. Tal vez, no...

En un momento desperté y desperté con un poco de mejor humor y de hambre también.

—Buenos días...

Las luces de la nave se encendieron muchos minutos después y las pantallas comenzaron a mostrar diferentes lecturas con sus símbolos aún incomprensibles para mí.

Me desperecé con fuerza estirando mis brazos hacia el techo.

—Buenos días... —dije otra vez—. ¿Sabes? He amanecido con hambre... Ham-bre. Hambre, es eso que los humanos... sentimos cuando... debemos... incorporar... alimentos... —decidí callar. La nave por más inteligente que fuera no podría comprender nada de lo que le estaba diciendo y si lo hacía no podría hacerme entender que lo había comprendido.

Tomé el tubo de metal de mi mochila y luego de que las aletas semicirculares aparecieran, se escucharon varios sonidos de trabas que cedían y la compuerta se abrió; afuera continuaba el viento helado y fuerte como si continuara en sus intentos de arrastrarnos hasta las mismas entrañas de lo desconocido.

—¡Rayos! —dije entre dientes. El frío me hizo sentir su abrazo helado en todo el cuerpo casi al instante.

Dejé de sostener el tubo para que la nave cerrara la compuerta; el frío era demasiado del que me atrevía a soportar. Además, como no sabía dónde realmente me encontraba, el poder cazar un animal pequeño, o pescar me llevaría mucho más tiempo que en el caso anterior.

—Gracias a Dios... —dije cuando la compuerta se cerró—. Hacía mucho frío...

Entonces, la máquina habló. Me pareció un poco extraño por todo el silencio que había mantenido tiempo atrás y porque ahora, pareció que no estaba tratando de establecer una especie de diálogo, sino más bien aquello era un discurso.

Aparecieron imágenes en la pantalla; algunas ya las había visto al principio cuando iniciamos este difícil y frustrado proceso de comunicación entre nuestras dos

culturas. Otras era imágenes muy extrañas, como si fueran de paisajes de otro planeta. *¿Serían de su hogar, de su planeta de origen?*

A los costados aparecían frases con esos símbolos. Luego aparecieron imágenes de nuestro viejo pero amado y único hogar, La Tierra, solo que vista desde el espacio. Y en el altavoz, unos sonidos extraños que al principio no reconocí sino hasta que vi una imagen de un satélite de comunicaciones; aquellos sonidos eran transmisiones de radio, que se escapaban a la velocidad de la luz, de nuestro planeta en dirección al cosmos. Aparecieron imágenes en vídeo de nuestra atmósfera, más concretamente de como al parecer la nave había hecho su ingreso a nuestra atmósfera y como una especie de fallo en sus sistemas por una causa desconocida lo había hecho estrellarse en las sierras de mi provincia. La nave me estaba contando nada más y nada menos que su historia... como había llegado hasta aquí, parte de las imágenes que había recolectado y algunos paisajes de su planeta de origen. Pero había algo más... la nave quería decirme algo que por las limitaciones de nuestros respectivos lenguajes, no podía...

Entonces levantó vuelo. Escuché las descargas que yo llamaba de aire comprimido y luego comprendí que no elevábamos. El vuelo duró unos largo minutos y finalmente aterrizó y la compuerta se abrió. El clima en este lugar parecía un poco más benigno; al menos no había un viento terrible, aunque el frío continuaba. Era una costa. A lo lejos, se divisaba la silueta de un viejo faro y más allá se veían diminutos barcos pesqueros. La compuerta se había abierto sola y eso significaba algo; nada más que tenía que descender. El tiempo del contacto, del intercambio de información entre nosotros había terminado. Tomé mi mochila, la bolsa con las algas que había recolectado y bajé. Estuve a punto de tomar el tubo y entregárselo, pero algo, un impulso desconocido me contuvo. La máquina dijo algo. Tal vez, era su forma de decir *adiós, hasta pronto, nos veremos*. De mi paso por el colegio secundario y mis modestos rudimentos del idioma francés recordaba que los franceses tenían dos formas de decir adiós y una era como más... duradera. La máquina había dicho algo y eso era adiós. Cerró la compuerta y lentamente comenzó a elevarse para luego ascender rápidamente y desaparecer entre las nubes blancas que estaban en nuestro cénit.

La máquina había intentado decirme que era una máquina automática, que no tenía reservas de oxígeno, por eso el ambiente se tornaba irrespirable por momentos y si se había vuelto un poco más tolerable era porque yo, le hacía abrir la compuerta y el aire penetraba a fuerza de resistir el frío y el viento helado y también por las algas, que había comenzado a renovar lentamente con pequeñas tal vez, con minúsculas dosis de oxígeno el ambiente. Por eso no había sillas o butacas para sentarse, o algún tipo de cama para dormir o simplemente descansar, por eso no había reservas de víveres, algún tipo de alimentos, o de agua potable. Si yo, tal vez, el único amigo que había hecho en su viaje interplanetario, si yo continuaba viajando, sufriría hambre, sed, multitud de incomodidades y quizás, la muerte. La función para la que había sido

diseñada, era recolectar información de nuestro planeta y de la civilización que lo habitaba, por eso tenía tantas imágenes de entornos naturales y de hechos significativos de nuestra historia. Todo lo demás... se lo había tragado, tal vez, para siempre, la boca insaciable del misterio...

Miré hacia lo que la brújula me marcaba como el oeste y comencé a caminar... algún día volvería a reencontrarme con mi gente, con la civilización... humana y podría, tendría otra oportunidad, de reconstruir, mi vida...

Aquel lugar, no era precisamente el mismísimo Ártico, pero tampoco era una de las playas del Caribe. La temperatura era según mi modesto y desesperado juicio, helada y casi insoportable. Mis modestas ropas no estaban preparadas para semejantes números que de seguro, rondaban los bajo cero. Pero estaba allí y debía aprender de una vez, porque no me quedaban muchas opciones, debía aprender a sobrevivir.

Lo primero que busca un ser humano es el calor; el calor de la chimenea de su casa, el calor de la estufa de la casa que visita, el calor del equipo de aire acondicionado de la oficina donde trabaja. No por nada, se hace mención con tanta importancia, al calor del hogar. Cuando escribo esta frase, tan común en nuestra cultura, me da la impresión de que *antes*, es decir, en el pasado, se hablaba mucho del calor del hogar, hoy, pocas personas lo buscan, lo reconocen, o lo buscan para sus seres queridos, pero, esa... es otra cuestión. Me adentré en la costa, y comencé a buscar un lugar con algo de reparo del fuerte viento y detrás de unas grandes piedras, creí encontrarlo. Luego busqué pequeñas ramas secas que apilé en forma cónica para encender o al menos intentar, prender fuego. El viento me llevaba ventaja y aniquiló literalmente cuatro intentos, hasta que al final no pudo con un quinto. Una pequeña llama roja comenzó a elevarse y danzar alocadamente por el cruce de las corrientes de aire y yo a arrimar, pequeños pedazos de corteza; al término de una larga media hora, tenía una fogata que podía despedir, un poco de calor para mi cuerpo. Por una lectura del GPS, supe en que latitud me encontraba y así, intenté calcular la hora en que ya no tendría más luz, y por supuesto la temperatura descendería aún más. Tenía solo unas cuatro horas. Tomé la aguja y con otro largo pedazo de hilo dental, volví a improvisar una línea de pesca y a probar suerte en el mar, que para mi sorpresa estaba calmo. Una hora después pude regresar con cinco pequeños peces, y uno grande que limpié todo lo más prolijamente posible. La primeras horas de oscuridad me encontraron asando mi *almuerzo-desayuno-cena*, en la fogata que tuve que alimentar con más ramas, para que siguiera iluminándome. Luego casi cuando estaba a punto de terminar, recordé algo que se me había pasado por alto; la marea. *¿Cuándo subiría? ¿Hasta que nivel?*

Dejé mi refugio y observé largos minutos al mar y mis alrededores. Yo era un extranjero en esas tierras y podía estar siendo observado por algún animal salvaje al que se le hacía agua la boca, por probar bocado de esa presa, que caminaba en dos patas.

A la distancia se veía la luz de un faro, pero esa no era una gran señal alentadora de presencia humana; los faros, hace muchos años que eran automáticos y prácticamente habían caído en desuso por los satélites y las cartas de navegación. Igual, aquella mirada esquiva del faro, por momentos intensa, y en otros apagada por la bruma del mar me daban la seguridad de que algún día, un barco, pasaría por allí y

llamaría al guardacostas, o la prefectura naval y vendrían a recogerme.

Había perdido la cuenta de cuantos días no me bañaba, la cuenta de cuanto tiempo no dormía en una cama, con colchón, almohada, sábanas y tal vez, una frazada liviana, pero no me sentía tan apresurado por volver a la civilización. Aquel contacto, frustrado para algunos, tremendamente útil, si se lo veía desde otro ángulo, porque había mostrado las imposibilidades que teníamos los humanos de comunicarnos con otras inteligencias, aquel contacto me había hecho replantearme muchos aspectos de mi vida. Y todo lo que estaba viviendo, terminaba dándome unas extrañas ganas de vivir, de ver todo lo que me estaba pasando como una gran aventura, una aventura, que no había vivido.

Súbitamente recordé algo que no había tenido en cuenta antes de que la oscuridad se adueñara de todo lo que rodeaba; el agua. Mis reservas de agua eran algo escasas, y no podía tomar el agua del mar y el agua que podría tomar estaría adentro, centenares de metros y tal vez, varios kilómetros lejos de la costa, en lo que sería un incipiente bosque.

Volví a mi refugio y avivé un poco el fuego; la temperatura de seguro ya era de algunos grados bajo cero. A veces agradecía que la brisa penetraba por las fisuras de las rocas y empujaba el calor de la fogata hacia mí. Sentado sobre las piedras heladas, abrazándome a mis piernas pasé la noche, acercando al fuego en lapsos que no podía determinar una rama o dos, para evitar que se agotara finalmente, mirando con desconfianza por si escuchaba algún ruido extraño. Pero lo único que se escuchaba era el rumor del mar y la a veces, ensordecedora voz del viento.

Desayuné un poco de pescado, apagué el fuego, a pesar de que era imposible que se escapara y prendiera en alguna parte de árboles, y me encaminé hacia el interior. Después de unas dos horas de camino llegué a un bosque propiamente dicho; no pequeños árboles aislados y secos como los que había encontrado en la costa, sino un bosque en donde comencé a agudizar mis oídos para encontrar agua. Una hora más y me topé con un pequeño arroyo que corría en dirección hacia la playa, hacia el mar. Tomé un buen poco y llené mi botella. La temperatura era un poco más agradable, pero aún seguía siendo fría. Di un par de pasos y al pisar unas ramas que se quebraron dos pájaros salieron volando desesperados, lo que me hizo recordar que estaba en un lugar en dónde debía tener cuidado con cada paso que daba porque podía ser la señal para un animal salvaje de que algo andaba en sus dominios.

El camino, mi improvisado camino se hacía cuesta abajo y comencé a caminar con más cuidado, finalmente pisé una parte del terreno que cedió y me caí y rodé pero conseguí parar mi caída en un árbol del que me aferré como si vida dependiera de ello. Y era sí, metros abajo, había una grieta en el terreno con una profundidad que daba vértigos. Me puse de pie lentamente y miré hacia abajo; corría otro pequeño arroyo, un delgado hilo de agua en medio de miles de grandes piedras. Tomé una pequeña, la lancé al vacío y traté de contar; la piedra tardó en tocar el agua unos treinta segundos, los suficientes para matarme si hubiera caído. Comencé a bordear el

abismo, hacia mi izquierda, subía el terreno, hacia mi derecha, descendía. Juzgué correcto que era muy posible que si tenía que avanzar más, lo más probable era que tuviera que ascender por el terreno. Seguí por mi izquierda. Llegué al término del abismo donde la grieta desaparecía y se hacía parte de la montaña, casi al final de las horas del día. Dejé el abismo detrás y busqué un lugar despejado para recomenzar mi refugio y mi pequeña fogata para resistir al frío de la noche. Con un árbol seco, en realidad, una parte del tronco, casi de mi altura, hice la pared derecha del refugio y la izquierda quedó truncada por una lluvia casi torrencial que se apoderó del bosque y que por supuesto imposibilitó encender una fogata para calentarme. Allí, de espaldas contra un árbol y con un tronco seco como pared pasé mi siguiente noche, aunque nadie lo crea, agradecido de no estar completamente empapado hasta los huesos, y con la temperatura reinante, destinado a congelarme. La lluvia debió detenerse a una hora imprecisa de la madrugada. Un viento helado comenzó a despejar las nubes y las estrellas lejanas comenzaron a asomar sus débiles caritas por entre los lunares de cielo negro. Yo había dormido un tiempo que no podía asegurar, pero que, a mi cuerpo, no le alcanzaba. Abrí mis ojos unos largos minutos, miré a mi alrededor para cerciorarme de que ningún animal salvaje andaba en los alrededores y decidí dormir otro poco. Al instante de cerrar mis ojos, se escuchó un largo aullido y luego otro más, que parecieron azotes, relámpagos de miedo.

«Lobos» pensé. Habían descubierto que la lluvia había pasado y habían salido a cazar para su gente, o tal vez, solo por que el hambre de sus estómagos era mucho más poderoso que cualquier otra fibra, en su interior.

«Los lobos le temen al fuego» pensé mientras movía un poco mis piernas que estaban entumidas por la rigidez de una posición mantenida unas cuatro horas. Los lobos, como todo animal salvaje le temen al fuego, pero también, se sienten atraídos hacia él. Saben gracias a miles de años de contacto con el hombre, que la presencia de fogatas, dice que hay hombres, pero también comida, que se puede robar en el mejor de los casos, hasta pelear por ella, atacando a los hombres, extranjeros en sus dominios. Si encendía una fogata, ellos vendrían a inspeccionar y tratar de atacarme.

Me quedé quieto, tan quieto como el dolor en mis piernas y el frío me lo permitían y luchando contra el cansancio que podía ser un arma terrible en mi propia contra y también con el miedo.

La luz del amanecer, me trajo un poco de alivio; sería muy extraño que los lobos atacaran a plena luz del día. Una vez, que me pude asegurar de que estaba amaneciendo, vencí mis ganas naturales de levantarme, desayunar y ponerme en movimiento como lo haría en un día común y traté de dormir aunque sea un par de horas enteras. Me desperté después, con la sensación extraña de haber perdido la noción del tiempo, no del lugar, pero sí, del tiempo. Ya no sabía que día de la semana era, que hora del día. Solo sabía que estaba en un bosque interminable del que debía intentar salir si no quería ser la cena de una manada de lobos.

Desayuné dos, de mis últimos pescados y tomé un poco de agua. Consulté mi

brújula y tomé la decisión de moverme hacia el sur; aunque parecía una drástica decisión, pero solo hacia el sur habría ciudades, y civilización a quién acudir.

Caminé el resto de las horas del día que me quedaban, vigilando siempre mi marcha con el auxilio de mi brújula, que no estaba caminando en círculos. Y es que en ese bosque que parecía interminable, era muy sencillo, creer que aquel árbol ya lo conocía, o que había pasado por aquel claro una media hora atrás.

Llegué hasta una elevación del terreno y pude divisar una carretera. Antes de bajarme vi algo más alentador: un vehículo, al parecer una camioneta que se movía rápidamente. De seguro, no iba a llegar a tiempo para pedirle ayuda, pero ya sabía que alguien utilizaba esa vía, y podía cruzarme con otras personas. Bajé con cuidado y cuando estaba pasando bajo la sombra de dos gigantescos árboles que yo creí identificar como abetos, un sonido extraño pareció venir de la costa que estaba dejando definitivamente atrás; era un sonido poderoso, semejante a un golpetear continuo; aquello era un helicóptero. Dio una vuelta casi encima de mi cabeza, solo que a una gran altura y luego regresó hacia la costa. El color, y el tipo de máquina me hicieron pensar. Mis viejas alarmas paranoicas hicieron su aparición otra vez, con una fuerza inusitada, como si el hecho de haber estado dormidas durante todo este tiempo las hubiera potenciado. Cuando era niño, quería ser militar, piloto concretamente. Los niños queremos ser tantas cosas... algunas vocaciones parecen contradictorias, otras desaparecen cuando crecemos y solo queda una tierna nostalgia, pero yo había mantenido por algunos años mis inclinaciones y había estudiado a mi manera, la manera de un niño, había estudiado aviones, camiones, vehículos pesados, helicópteros. Ese aparato era un helicóptero militar y por los círculos que describía sobre esa parte del terreno, estaban buscando algo o... a una persona... Recordé nuestros encuentros con los cazas que varias veces habían intentado derribarnos y algo me hizo desconfiar, en lugar de saltar de alegría y comenzar a agitar alguna prenda para que me divisaran entre tanto árbol y me rescataran. Tal vez, esa máquina me estaba buscando a mí. Y no eran por razones humanitarias precisamente.

¿Pero por qué me estarían buscando? ¿Cómo sabrían que en aquel «bandido», como llaman los pilotos a un objetivo, cómo sabrían que en esa nave extraña, viajaba una persona?

¿Me habrían visto descender?

Tal vez, solo estaban buscando a la máquina y no a mi, pero si se topaban conmigo, sería muy difícil, por no decir imposible que yo pudiera justificar mi presencia en semejantes lugares.

Continué bajando hacia el camino que había divisado desde la colina. En pocas horas la oscuridad sería la dueña definitiva del bosque y no me atraía la idea de pasar otra noche durmiendo contra un árbol.

Aquel camino, se parecía a un simple y llano, camino rural. Consulté mi brújula y decidí seguir caminando hacia un punto desde donde pudiera continuar mi derrotero hacia el sur, hacia una ciudad importante donde pudiera pedir y conseguir ayuda.

Sin estar sobre el camino, siempre siguiéndolo a la par, seguí caminando un poco más lento. Parecía como si me costara cada vez más dar cada paso. Tal vez, las horas adeudadas de sueño, de descanso, la mala alimentación estaban sumando fuerzas en mi contra o solo era el peso de una experiencia completamente nueva para mis actividades demasiado urbanas.

La noche me sorprendió sin ver ningún signo de civilización más que esa carretera que estaba completamente vacía. Nuevamente busqué otro árbol y allí, sentado, esta vez, con las piernas mejor ubicadas, me dormí, vigilando a intervalos, si algún tipo de peligro, rondaba los alrededores. Me dormí al menos una docena de ocasiones, luego de las cuales me desperté algo alarmado, por sonidos extraños propios del mismo bosque, o solo por el hecho de haber perdido de vista, lo que me rodeaba, que debía reconocer, era un entorno salvaje.

Finalmente llegó la mañana y lentamente, casi como estirando las piernas, me encaminé nuevamente en mi búsqueda de civilización. Pero si la encontraba, *¿qué podría decir? ¿Qué excusa les daría a los que notaran que no hablaba francés ni un inglés con acento canadiense?* Estaba en problemas y no tenía la más mínima idea de como salir de ellos con bien.

Consulté mi GPS y de acuerdo a sus mapas, estaba muy lejos de una gran ciudad como Ottawa, que era mi gran objetivo. Y ahora todo había cambiado; antes si bien no estaba en un lugar de ensueño, pero estaba en un lugar donde no debía dar explicaciones a nadie. Me había topado al menos dos veces con pequeños arroyos, de dónde sacar agua, y había podido pescar. Pero ahora el bosque se estaba terminando y comenzaba a entrar en los dominios de la civilización, donde para sobrevivir, hay que tener cosas como: *trabajo, o dinero, es decir vivir como un ser humano civilizado*, aunque parezca algo demasiado obvio. Y yo no tenía, ninguna de las dos. Inevitablemente me toparía con personas que harían preguntas, que desconfiarían de mis explicaciones y hasta que tal vez, me denunciarían a las autoridades. Vueltas y vueltas daban en mi cabeza las posibles soluciones y ninguna me convencía. Continuaba mi camino cuando vi algo que me dio una débil esperanza: la silueta lejana de una iglesia. *¿Sería parte de la obra de algún misionero?* Aceleré un poco mis pasos, de los que tenía que reconocer que me molestaba un poco el talón izquierdo y llegué hasta el lugar. La iglesia con una torre muy alta y delgada, era toda de madera. Las tablas en el techo, parecía que habían sido parcialmente restauradas, al menos eso era lo que podía deducir por el color de los cantos de los tablonés. Me recordaba a una iglesia que había visto solo por fotografías cuando era un adolescente, y repasaba cada rincón de un libro de geografía de Europa. La iglesia estaba ubicada en un lugar en la región de Escandinavia y tenía similitudes con partes de un barco.

Toqué varias veces la puerta principal y al notar que nadie me había escuchado di la vuelta y encontré a un hombre de rodillas haciendo tareas de jardinería en un largo cantero con plantines de flores.

—Hola... —dije tratando de hablar fuerte para que no se sorprendiera y le diera una primera y fea, impresión.

Tenía el cabello casi blanco, pero eso no era un indicador de su edad; yo había tenido un jefe que me superaba en solo cinco años y tenía el cabello completamente blanco. Los ojos eran azules casi del color del cielo de verano por esas latitudes. Tenía a los costados de la boca unas arrugas que se hacían más profundas cuando dejaba su boca sin palabras. Vestía una campera rompe viento, de color celeste clara con capucha y pantalones azules, que bien podían ser parte de un overall, de esos de los que usan los mecánicos o los operarios de algunas plantas automotrices. También estaba calzado con botines de trabajo negros; es decir, tenía todo el aspecto de todo un empleado, realizando tareas de mantenimiento. Usaba guantes de descarné y en una de las manos, la izquierda, todavía sostenía una pequeña pala de jardinería.

—*Bonjour*... —saludó achicando los ojos como para fijarse en mis detalles.

—Bueno... mi nombre es Enrique...

—*Nais comprend pas*... —respondió sacudiendo la cabeza.

—No me entiende ¿verdad? Espere... —le dije haciendo señas con las manos de que esperara. Busqué en mi mente, en aquellos sótanos donde dejamos muchos de los conocimientos que creemos que algún día nos servirán—. *Bonjour monsieur*... (*Buenos días señor*).

—*Bonjour (Buenos días)* —respondió el hombre asintiendo con la cabeza como si estuviera satisfecho.

—*Je m'apelle Enrique*. (Yo me llamo Enrique).

—¿Enrique? —preguntó el hombre con una sonrisa que dibujó unas simpáticas arrugas en los costados de sus labios—. *Je m'apelle Jean Phillippe* —dijo y se señaló el pecho en una actitud que lo hizo parecer como un cortesano de Versalles presentándose ante otro noble; solo le bastaba que estirara un poco una pierna hacia atrás e hiciera una reverencia.

—*Je viens du Argentina*. (*Yo vivo en Argentina*).

—¿Argentina? —preguntó con cara de no comprender.

—Argentina, Sud América. Argentina... Tango...

—*Oh Ouí! Ouí! Argentine!* (¡Oh Sí! ¡Sí! ¡Argentina!).

—*S'il vous plait... J'ai faim... J'ai faim...* (Por favor... Yo tengo hambre).

El hombre me miró con una expresión de tristeza en su rostro y dijo otras cosas en su idioma que no pude comprender. Me tomó del brazo y me invitó a entrar en la iglesia por una puerta lateral; me ofreció una silla, y sobre una mesa de madera puso pan, un tipo de fiambre, cortó una rebanada de queso y me invitó a comer con señas. Yo había olvidado la palabra para agradecer, para decir «¡Gracias!»; venían a mi mente otras como: «*Au revoir*» o «*D'accord*» hasta que finalmente recordé la correcta.

—*Merci beacoup*. (Muchas gracias).

—*Merci* —respondió él.

Aquel sándwich, era lo más parecido a un manjar escapado del Paraíso. Había mantenido mi cuerpo con esos pocos pescados cocinados con solo el fuego y nada más pero debía reconocer que necesitaba mucho más. El hombre me miró con una mezcla de compasión y extraña alegría y sin dejar de decir palabras amables, frases sueltas en su idioma, encendió la hornalla de una cocina y puso una cafetera. Luego tomo una silla, le dio vuelta el respaldo y se sentó, a la manera de los *cowboys* de algunas películas. El lugar parecía una cocina de leñadores; había numerosos utensilios, algunos colgando de pequeñas alacenas y otros distribuidos en latas de conserva, con leyendas antiguas de salsas o galletas del siglo pasado, o quizás mucho más atrás. De seguro era la cocina del padre, que no por ser un religioso, debía pasar el resto de su vida, en ayuno y oración, sin conocer, un desayuno caliente, o un jarro de café en una tarde interminable de invierno.

—¿Argentine? —preguntó.

—Argentina.

—¿Espagnol?

—Sí, hablo español —le respondí mientras me limpiaba los bordes de mis labios.

Bajó la cabeza y sonrió. Luego miró hacia la lejanía como si en realidad, se mirara a sí mismo.

—*Je parle très peu espagnol... une fille... una muchacha...*

—Ah... ahora entiendo... —le di a entender que prosiguiera con una seña ya que no recordaba cual podía ser la palabra o frase justa.

—La muchacha... era *très, Très beauté! Beauté...* —exclamó como si saboreara la palabra y también los posibles sentimientos que podía evocar—. Ella me enseñó espagnol... pero pasó... *il y a longtemps...* mucho tiempo —agregó después, como si quisiera traducir todas las frases que pudiera.

Se quedó mirando las paredes de la habitación un rato como si mirara en un horizonte, muy lejano, aquella historia de amor, que había vivido con esa muchacha, porque de algo estaba convencido, era de que él hablaba con ensueño, como si con esa muchacha, hubiera vivido una historia de amor. A estas alturas de la conversación empezaba a dudar de que se tratara de un sacerdote. Tal vez, había hecho mal la asociación: *iglesia —hombre trabajando— sacerdote que cuida su templo* y este hombre era un encargado del mantenimiento del lugar, un colaborador de la comunidad para el templo.

—Fue hace tiempo... —repitió en un extraño «espagnol» con acento, con una sonrisa como si se recuperara de una especie de éxtasis o estado extraño de su ser—. Todo antes de convertirme en... *pêtre...* ¿cómo se dice en espagnol? —preguntó como si se preguntara a sí mismo—. Ah, Ouí: sacerdote.

La aclaración me ayudó pero algo en mi interior me decía que aquella extraña confesión, terrible ironía del destino que se ríe de los hombres y de sus elecciones; un sacerdote confesándose con una persona común y corriente que toca a su puerta pidiendo ayuda. Decía que aquella confesión, extraña, espontánea y no libre de

múltiples lecturas, me había revelado un costado impensado del Padre Jean Phillipe. Después de todo, todos, hasta los sacerdotes, tienen un pasado que quieren olvidar, con más o menos suerte. Pero mis alarmas paranoicas que habían estado a punto de saltar, a punto de hacer sonar sus sirenas, cuando había escuchado el insólito comentario del sacerdote, volvieron a sonar en mi cabeza y a ponerme tenso, en pleno estado de alarma general cuando mis ojos se detuvieron en la muñeca izquierda del hombre que tenía sentado enfrente. En la piel de aquel hombre había un dibujo con tintes azules, es decir, un tatuaje.

El hombre me miró directamente a los ojos y entonces yo, dirigí mi mirada directo hacia la cafetera que comenzaba a hacer ruido en la cocina.

—¡La cafetera! —le dije y señalé con mi mano izquierda.

El hombre dio vuelta la cabeza lentamente, se levantó de un salto y corrió hacia la cocina.

—*Oh mon Dieu! Mon Dieu!* —exclamó mientras sacaba la cafetera con una especie de manopla de tela escocesa—. Espero que no te importe el café... algo quemado.

—Para nada... siempre es bueno una bebida caliente —agregué.

Y la preguntas se dispararon en mi mente.

¿*Qué clase de sacerdote recordaba una historia con una linda muchacha?*

¿*Qué clase de sacerdote tenía un tatuaje en su muñeca izquierda?*

¿*Todo aquello provenía de su más lejano pasado de... «civil»?*

Sacó dos jarros azules de una alacena y comenzó a servir el café que casi inmediatamente llenó ese reducto de un aroma intenso.

—¿*Sucre?*

Yo me quedé en silencio hasta que miré la azucarera que me mostraba y pude responder.

—*Merci, nom...* (Gracias, no). Lo tomo amargo... sin... —le respondí.

El hombre tomó su jarro y al levantarlo con la mano izquierda pareció recordar algo y me miró con una rara expresión en su rostro. Afuera el sol intentaba salir de entre los muros casi impenetrables que las nubes grises y por momentos violetas, habían levantado en todo el cielo. Un pájaro cantó poderosamente; casi podía imaginarme su garganta vibrando.

—*Chaud...* ¿cómo dicen en español? Ah... caliente. *Très chaud.*

Bebió un corto sorbo, y yo intenté hacer lo mismo. Por un intenso minuto pensé que si levantaba la mirada me encontraría con los ojos del *extraño* sacerdote, clavados en todo mi aspecto, mis zapatillas, mi mochila, como intentando descubrir algo. Luego volvió a sentarse de la misma manera que lo había hecho al principio, como si fuera un *cowboy*, en un *saloon*, y estuviera a punto de beber, su whisky y de comenzar una partida de póker, con otros pistoleros.

—*Vous avez dit que vous êtes de l'Argentine?* (¿Dijiste que eres de... Argentina?)

—Así es. Soy de Argentina.

—*Il est un peu loin...* (Está un poco lejos) —comentó y yo no pude comprender hasta que hizo un gesto con la mano como señalando algo que está muy lejos.

—Ah... ¡Sí! *Ouí! Loin...* (Lejos)

—*Ouí. Ouí* (Sí. Sí) —afirmó con una expresión algo seria en su rostro—. *Comment avez vous ici?* (¿Cómo llegaste hasta aquí?)

En realidad no comprendía lo que me había dicho. No sabía tanto francés como para seguirle toda la conversación. Entonces repitió la pregunta pero haciendo señas y más o menos tuve un poco más de claridad. No podía dejar de evocar lo sucedido con la máquina, con el ser inteligente con el que había tenido la extraña experiencia que me había dejado en semejante situación; solo que ahora yo tenía algunas ventajas como que podía ver las señas de mi interlocutor.

—Estoy perdido.

—¿*Perdido?* —repitió él, como si la palabra le resultara incomprensible.

Hizo un pequeño silencio y me extrañó la expresión en su rostro, como si sintiera incómodo.

—¿*Touriste? ¿Faire du tourisme?* (¿Turista? ¿Haces turismo?)

La frase sonaba muy parecida a «Turismo» así que respondí que sí; no sonaba parecido a «Terrorista o Revolucionario».

—Sí. Soy turista. *Touriste.*

—Ah... ¡*Ouí! ¡Touriste!* (¡Sí! ¡Turista!)

Yo asentí mientras sorbía las últimas gotas de un café quemado por accidente que me parecían algo así, como el más rico champagne, cosecha del siglo pasado.

El hombre sonreía como si estuviera muy contento de haber resuelto el extraño enigma de mi presencia. Tanto que volvió a repetir lo que había descubierto.

—¿*Touriste! ¿Perdu?* (¿Turista! ¿Perdido?)

La palabra sonaba parecido así que la repetí, pero recordando algunos rudimentos de lo que había aprendido en el colegio:

—*Perdu. Je suis perdu.* (Perdido. Yo estoy perdido).

—*Perdu* —dijo mirando hacia la ventana. Luego con la mano derecha dibujó un gran círculo imaginario y luego agregó—. *Cet endroit est le parc national Kuururjuaq.* (Este lugar es el parque Nacional Kuururjuaq)

«Parque Nacional...» pensé. La otra palabra era demasiado difícil para comprenderla tan rápido y era la primera vez que la escuchaba. Ahora comprendía el por qué de tanto bosque y tantos lugares inhabitados, aunque me quedaba una seria duda sobre el helicóptero del tipo militar que había visto sobrevolando como si rastrearán a algo o alguien.

—*Le village le plus proche est appelé Hebrón... Il est un village de pêcheurs...* (El pueblo más cercano se llama Hebrón... Es un pueblo de pescadores...)

Realmente la única palabra que había «casi» comprendido era «*village*», que según podía recordar podía significar *pueblo*, o *aldea*. Lo demás debía repasarlo una y otra vez, pero, en ese momento se escucharon pisadas y alguien, concretamente dos

hombres llegaron por dentro del edificio. Eran altos y vestían camperas oscuras de las que visten los alpinistas, con varias capas de material aislante y cosas así. Uno llevaba un gorro de lana negra. El extraño sacerdote que hablaba conmigo se levantó casi como impelido por un resorte al verlos.

—*Attend un moment...* (Espera un momento...) —me dijo y señaló la silla donde yo estaba sentado como una forma de asegurarse de que lo esperara allí. Luego se arrepintió mientras su mirada y las de los recién llegados se cruzaban y agregó algo antes de reunirse con ellos, como aparentemente era su intención—. *Ce sont des amis. Je ne prenais pas.* (Son unos amigos. No me tardo).

Tal vez, mis alarmas paranoicas estaban un poco fuera de sí, por toda la soledad de un bosque que parecía interminable, o por la no menos extraña situación que había vivido en la nave, pero algo me dijo que esos hombres no eran... de confiar, por decirlo de alguna manera.

El hombre más alto, que tenía una barba descuidada de algunos días se abrió un poco la campera y susurró:

—*Qui est ce? Comment apparaît?* (¿Quién es este? ¿Cómo apareció?).

—*Calme. Il est perdu. Il est inoffensif.* (Tranquilo. Está perdido. Es inofensivo).

—*Je n'aime pas. Laissez-le aller!* (¡No me gusta. Qué se vaya!).

—*Comment vais-je faire? Il est faim.* (¿Cómo voy a hacerlo? Está hambriento).

—*Avez-vous mangé? Laissez-le aller!* (¿Ya comió? ¡Que se vaya!).

Aquella inesperada conversación estaba tomando un rumbo que no me gustaba, sobretodo, porque tenía la fuerte impresión de que hablaban y no en buenos términos de mí.

—*Départ.* (Apártate) —ordenó el recién llegado al sacerdote.

El hombre se acercó a mí y me habló en un francés muy fluido que casi no pude entender. Lo único que saqué en claro, más por su actitud, que por entender sus palabras, era que aquel hombre quería que me fuera a toda costa de aquel lugar extraño, donde un sacerdote recordaba una historia de amor que había tenido con una muchacha como parte de su pasado y tenía por amigos a dos hombres que más bien parecían dos exconvictos que escapaban de la justicia.

Me puse de pie y con una reverencia agradecí al sacerdote, y a los dos hombres para poder retirarme.

—*Merci beaucoup. Au revoir.* (Muchas gracias. Adiós).

El sacerdote estuvo a punto de decir algo, pero creo que uno de los hombres lo detuvo. Salí al exterior. Eso que dicen que al aire fresco reconforta, tienen razón; me sentí bastante aliviado y con ganas de continuar ese camino que el destino, la diosa fortuna, solo yo o vaya uno a saber quién me había trazado. Al menos había intentado llenar mi estómago con algo caliente, y con otra cosa que no fueran pescados. Estaba ya en la galería cuando se escuchó un fuerte ruido que vino del interior; parecía como si algo se hubiera caído o lo hubieran tirado. Intenté ignorar lo que había escuchado y apresuré mis pasos en dirección al bosque cuando escuché otros, a mis espaldas de

alguien que corría muy rápidamente y que indefectiblemente iba a alcanzarme. Lo hizo y se paró enfrente; era uno de los hombres, los amigos del sacerdote. En su mano derecha, sostenía una pistola automática.

—*Arrête! Geler!* (¡Alto! ¡Quieto!)

Por señas con la misma pistola me indicó que tenía que regresar. Y para mi mala fortuna, otra vez, mis alarmas tenían razón...

Fui conducido a punta de pistola hasta la iglesia, donde aquel hombre dijo algo en su idioma mientras el sacerdote miraba el suelo y luego me indicaron que caminara hacia adentro. Había llegado a aquel lugar en un mal momento y las deducciones no podían esperar en mi mente; aquel primer hombre de cabello entre cano, no era sacerdote y estos otros, «Los recién llegados» como yo los llamaba en el silencio de mi mente debían ser sus cómplices en algo... ilegal, por decirlo de una manera suave algo que esperaba que fuera cierto, desesperadamente cierto. Aquel entorno casi paradisíaco, con un bosque casi interminable, montañas con cumbres blancas hacia el norte, animales salvajes y libres, naturaleza hacia el sur, el norte, el este y el oeste, no quería que fuera también marco para un terrible crimen, como los que ya nos habíamos acostumbrado, dolorosamente acostumbrado los habitantes de las grandes ciudades.

Bajamos hacia un sótano, débilmente iluminado por una vieja lamparita de filamentos donde fui atado de manos, obligado a sentarme y allí, en el frío suelo terminaron de atarme los pies. En frente mío había otro hombre al que le sacaron un trozo de tela que le cubría la boca para que pudiera hablar; ya no era necesario que guardara silencio. A su lado había una estantería de metal, con decenas de pequeñas cajas con herramientas de mano tiradas por el piso, que aquel hombre había luchado por empujar para llamar la atención, provocando que fuera apresado. Al sentir libre su boca, agradeció al hombre que meneó la cabeza, como si estuviera molesto.

—*Merci.*

Este siguió su camino, subió las escaleras y cerró la puerta.

El hombre con el cual compartía encierro, era una hombre mayor, había tenido cabello hace mucho tiempo. Ahora tenía una amplia calvicie y algunos mechones de cabello blanco sobre sus orejas. Tenía una nariz algo grande y una expresión benefactora en el rostro. Me recordaba a mi último dentista, el Doctor Corosan; casi podía decir que podían ser hermanos tranquilamente. La expresión benefactora en el rostro de un dentista se agradece, sobre todo en la presentación de una primera consulta, en una sacerdote, y en las circunstancias en las que nos estábamos conociendo, me tranquilizaban. Ya había cometido un error, al creer que aquel hombre que me había recibido, era el sacerdote del lugar.

—*Désolé. Il voulait attention. Mais vous parlez espagnol?* (Lo siento. Quería llamar la atención. Pero ¿usted habla español?)

Quizás lo único que entendí era la parte que decía: habla español.

—Sí. Soy de Argentina.

El sótano tenía unas pequeñas ventanas de ventilación a la altura del suelo y tal vez, hasta habrían dejado la puerta abierta del sótano.

—Disculpe —dijo en un español con acento francés—. Quería llamar la atención. Para que pudiera ayudarme.

—No se preocupe Padre. ¿Es Padre verdad?

—Ouí. Me llamo Jean Bautiste.

—Como el santo.

—Ouí... a él le cortaron la... (cabeza), por decir la verdad. Pero también estuvo en prisión.

—Esta no es una prisión Padre. En mi país esto se llama: *Privación ilegítima de la libertad*. ¿No sabe quiénes son? ¿Qué es lo que buscan?

—Se presentaron hace un día. Dijeron que eran montañistas... que habían decidido cruzar por este parque nacional para llegar a las montañas, al Parque Nacional Torngat. Los invité a pasar... tomaron café. Y entonces comenzaron a hacerme muchas preguntas... si había oído sobre el asalto a unos turistas ricos que pescaban en uno lago cercano... y en un momento, uno de ellos sacó una pistola y me apuntó. Y ya sabes todo lo demás... Creo que solo se pudieron nerviosos... Yo no podía hacerles ningún daño.

—Pero podía informar al guardabosques. ¿Hay un guardabosques verdad?

—Lo hay. Se llama Renard. Viene todos los lunes...

—Yo perdí la noción del tiempo... así que no sé ni siquiera que día es Padre... — miré hacia el techo y suspiré—. En eso... tampoco puedo ayudarlo.

—Mañana será lunes... —susurró el Padre.

—¡Qué bien! ¡Mañana! Bueno... ellos son tres... y su amigo Renard... es uno solo... mejor que no se encuentren.

—¿Qué es lo que dice hijo? ¡Nos dejarán aquí! ¡Atados! —exclamó revolviéndose con fuerza.

—Tranquilícese Padre... peor sería que no quisieran dejar testigos... relájese y descanse... Descanse.

Habíamos tenido suerte. Solo no habían apuntado con una pistola e inmovilizado en un viejo sótano. Después de varios minutos de silencio, en los que quizás reflexionó un poco, el Padre Bautiste me volvió a hablar.

—Disculpa hijo... fue un momento de debilidad. Tuve mucho miedo.

—No se disculpe Padre. Todos tenemos derecho a sentir miedo... alguna vez en la vida... Hábleme de usted... solo para pasar el tiempo. Si no... nos vamos a volver locos...

Y me habló. Más que un sacerdote era un misionero. Creía en que era un deber de la iglesia llevar la palabra de Dios a cualquier parte del mundo por apartada que fuere. Por un momento vinieron a mi mente el recuerdo de un misionero que le había salvado la vida a un muy joven *Jack London*, que se moría de hambre, frío y enfermedades, como el escorbuto que atacaban a los intrépidos que se lanzaban a una aventura sin tener mucha experiencia y entonces agradecí, a pesar de las circunstancias, el haberme topado con su misión en medio de esos bosques que parecían interminables. El después autor de novelas inolvidables como «*Colmillo Blanco*» o «*Relatos de los Mares del Sur*» tuvo la suerte en su momento de que la

Divina Providencia le pusiera en el camino del llamado «*Santo de Dawson*», que lo curó y le facilitó abrigo y comida por un tiempo. Su nombre no lo recordé en ese momento, y hasta me cuesta afirmar si se llamaba *Judge*, o *Jhonson*. Lo que sí puedo decir, que su apodo no se lo habían dado los buscadores de oro, tramperos o solo buscadores de suerte, en vano. El Padre Bautiste me habló de los primeros misioneros que llegaron al lugar y de cómo se fueron uno a uno, después de dos terribles inviernos.

—Te estarás preguntando... ¿por qué aquí verdad? —preguntó mirando hacia el techo como si mirara hacia el cielo.

—En realidad estaba imaginando cómo habían sido sus primeros años aquí, pero si quiere contarme...

—¿Aquí? Porque hasta un parque nacional requiere de un refugio para los perdidos... de caminos y de la vida... Ya lo vez... tú llegaste hasta aquí buscando ayuda.

—Es verdad... quería saber dónde estaba...

—¿Es que realmente no lo sabías muchacho?

—Por lecturas anteriores de mi G. P. S., sabía la latitud del lugar, pero no el nombre... además...

—Además ¿qué? Continúa por favor...

—El aparato dejó de funcionar correctamente hace un par de días... solo me queda un viejo ayudante de los exploradores... una brújula. Una vieja y simple brújula. Y no era menos... al menos sabía que no tenía que seguir caminando hacia el norte... habría necesitado patas de rana y un traje de buzo al menos...

—Y con eso no creo que lo hubieras logrado... la temperatura del mar debe ser varios grados bajo cero... un hombre normal puede durar unos minutos... vivo. Hablemos de... otra cosa por favor... ¿ves? No me has dicho tu nombre hijo —agregó y se movió con mucha dificultad en su lugar.

—Me llamo Enrique. Soy de Argentina. Y es muy difícil de explicar... el por qué... estoy aquí —cerré los ojos y a una velocidad increíble vinieron a mi mente el interior de la nave en la que había viajado y vivido situaciones que aún me costaba creer y que costaba mucho más explicar a los otros—. Se lo contaría Padre...

—Anda hijo... no te olvides que soy sacerdote... tengo una gran capacidad para escuchar las historias de las personas —comentó y exhaló un largo suspiro.

—Lo voy a hacer... si me escucha en secreto de confesión...

El Padre Bautiste, no me respondió. Había cerrado los ojos con fuerza y removido la cabeza casi con desesperación contra la pared. Luego abrió los ojos, me buscó en la oscuridad que empezaba a hacerse más profunda y me habló.

—¿Me decías hijo?

—Le decía Padre que... ¿le ocurre algo? Lo veo molesto...

—Es que... cuando intenté voltear la estantería... una herramienta... se cayó y me golpeó en el costado... nunca creí que... *le ferraille* (la chatarra)... ¿cómo se dice

en español? Ah Ouí... chatarra... tuviera tanto peso... y que hiciera tanto daño.

—¿Está herido? —le pregunté casi intentando ponerme de pie y al instante no lo dudé—. ¡Oigan! ¡Oigan!, ¡vengan aquí por favor!

—Calla por favor hijo... ellos no comprenderán. Su corazón está... demasiado endurecido.

—¡Oigan!

No alcancé a volver a gritar cuando la puerta del sótano se abrió de golpe y uno de los hombres dijo unas palabras «no muy amables», en ese francés que seguía y seguiría teniendo «lagunas» en su comprensión para mí.

—El Padre está herido... está herido ¿comprenden? —dije intentando ponerme de pie pero aquel hombre puso su bota sobre mi hombro y me apuntó en silencio con un arma. Luego, con una parsimonia que causaba aún más temor, se llevó el dedo índice a la boca y susurró algo que no pude comprender.

El hombre se quedó mirando hacia arriba y lentamente sacó su bota de mi hombro. Yo intenté agudizar mi oído y casi pude escuchar un débil murmullo semejante a un diálogo entre varias personas. Después de unos cuatro minutos que parecieron interminables, se escuchó un disparo y luego otro más. En el piso de arriba alguien caminaba con dificultad y después, arrastraba algo. La puerta del sótano se volvió a abrir.

—¡Pierre!

El hombre que había permanecido atento a todos los ruidos que venían de arriba guardó su arma en uno de los bolsillos de su campera y nos dedicó una larga mirada al Padre y a mí. Tal vez no era momento para hablar pero yo quería aclarar por qué había gritado llamándolos cuando hasta ese momento, me había portado como un «buen rehén», callado y obediente.

—El Padre está herido... en el costado. No creo que resista...

El hombre se dio vuelta hacia las escaleras y subió. Cuando cerró de nuevo la puerta el Padre me habló.

—Te lo dije hijo. Tienen el corazón demasiado endurecido... rezaré por sus almas.

Pero yo había escuchado con más detenimiento los ruidos de arriba y algo de experiencia me decía que aquello que arrastraban debía ser un cuerpo. Quizás, el guardabosques había hablado por radio avisando que vendría a hacer una visita, solo para matar el tiempo y «los recién llegados» y el falso sacerdote, lo habían emboscado. Si había una radio, el único medio para estar comunicado en aquellas latitudes, ellos, debían estar destruyéndola en este preciso momento.

—Padre... ¡Padre!

El hombre parecía dormir, pero en realidad según mi ignorancia en temas médicos, estaba entrando en estado de *shock*.

—Padre. Contésteme por favor.

—¿Ouí? Ah... eres tu hijo... creo que me venció el cansancio... me venció...

—No se duerma por favor... no se duerma.

—Ah... —volvió a decir con los ojos entrecerrados y bamboleando la cabeza hacia uno y otro lado.

En ese momento escuché como arrancaba un vehículo y cómo ese sonido se hacía cada vez más lejano. Finalmente todo el lugar quedó en silencio y casi en la más profunda oscuridad. Se habían ido. El ataque al guardabosques les había proporcionado tiempo, porque ya no habría nadie en toda la región que pudiera dar aviso a la ley y un vehículo con el cual poner más distancia entre ellos y los que los buscaban y hasta escapar.

Intenté ponerme de pie y casi consigo un calambre. Lo volví a intentar y pude llegar hasta el rústico pasamanos de la escalera. Iba a hablar al Padre, pero tuve miedo de que aquellos hombres no se hubieran ido y mis palabras los pusieran en sobreaviso. Subí los escalones tratando de no caerme y de no hacer el menor de los ruidos. Pero era casi inevitable, cada tablón crujía de una forma distinta, algunos en una forma peligrosa como si fueran a quebrarse. Al fin llegué hasta la puerta del sótano y realicé uno de los peores descubrimientos: habían cerrado la puerta con llave.

—¡No malditos! ¡No puede ser!

Empecé a golpear la puerta con mis hombros, y en uno de los incontables intentos, noté que la cerradura de la puerta era algo vieja al punto que se movió unos centímetros para volver a su posición inicial. Di unos pasos hacia atrás con el cuidado de que se me podía terminar el escalón y podía caer hacia abajo y le di una fuerte patada a la puerta. Con el tercer intento, la puerta se abrió y el empujón me hizo caer hacia adelante; perdí un poco el equilibrio y caí al suelo. Me costó bastante ponerme de pie y encontrar el camino hacia la cocina, pero lo logré. Busqué un cuchillo sobre la mesa y en la oscuridad solo conseguí tirar un par de jarros al suelo. Entonces recordé la cocina; el fuego destruiría las sogas, pero me pasó lo mismo que con el cuchillo, en la gran oscuridad no podía distinguir donde había algo, fósforos o un encendedor para encender las hornallas.

Estaba perdido; casi condenado a vagar por toda la misión con mis manos atadas a mi espalda. Parecía una maldición de esas que los antiguos dioses griegos le lanzaban a los héroes que se habían atrevido a desafiarlos. Y mientras tanto, el Padre Bautiste, se moriría desangrado sumido en un sueño piadoso y mortal. Entonces recordé la estufa. Si no recordaba mal estaba encendida cuando llegué y me senté esperando recibir ayuda del falso sacerdote. Estaba en la esquina izquierda de la habitación y aún tenía brazas en su interior. Tomé una especie de rejilla de cocina, muy desgastada y me acerqué hasta tocar la puerta que estaba realmente caliente. La abrí y metí mis manos al interior. El primer intento me obligó a retirar mis manos por el calor que recibí. El segundo casi me quemé con las orillas de la puerta. El tercero fue un poco mejor porque antes había logrado identificar una braza mediana que traté de atraer hacia la boca de la estufa con un atizador. Manipular objetos con las manos

atadas hacia atrás era todo un desafío, pero lo logré. En el cuarto intento logré que una punta de las cuerdas con la que me habían atado, se prendiera un poco de fuego. Tuve que hacerlo rodar o al menos intentarlo hasta que finalmente pude lograr que la soga comenzara a quemarse. El calor de la braza empezaba a acercarse peligrosamente a mis muñecas cuando decidí que debía forcejear para ablandar más la soga. Al final lo conseguí. Fui hasta los interruptores de las luces pero no funcionaron. Volví rápidamente al sótano a tratar de subir al Padre.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Despierte Padre! —le dije tratando de moverlo con suavidad, pero sin dejar de ser enérgico.

Después de varios intentos se despertó.

—¿Hijo?

—Sí... soy yo Padre. ¿Cómo se siente? ¿Dónde está la herida? Déjeme ver.

—Es una costilla... ¡qué casualidad! ¡Lo mismo que Adán!

—No se haga el bromista...

En la oscuridad no se veía nada, pero al pasar la mano con mucha cautela noté que había una gran superficie de su ropa que estaba mojada y el olor de ese líquido, era el olor de la sangre...

—¿Cree que podrá caminar? ¿Levantarse?

—Ouí... si tú me ayudas hijo...

—Claro que lo voy a ayudar... no tengo otra cosa que hacer. Pero vamos a hacerlo con mucho cuidado porque todo está oscuro. Muy oscuro. Probé con las lámparas arriba y no encendieron.

—Es porque hay... porque hay que conectar el generador... que está... en el cobertizo... con las herramientas grandes.

—Igual ya lo hice ponerse de pie... y no quiero dejarlo solo. Vamos a tener que intentarlo en la oscuridad —dije mirando hacia arriba las prácticamente invisibles escaleras.

—De todos modos... todos caminamos en la oscuridad de la vida de no ser... por nuestra fa... —agregó con una sonrisa quebrada por una mueca de dolor.

—Supuse que diría eso... vamos... dos pasos más... la escalera está lejos todavía.

A un ritmo increíblemente lento llegamos hasta la escalera. Era un hombre pesado, pero sabía sobreponerse al dolor y me ayudaba mucho. El gran desafío comenzaba.

—Un paso más... eso ¡así! Ahora levante el pie derecho... ¿siente el escalón?

—Ouí... lo... lo siento.

—¡A la cuenta de tres subimos el primero!, ¿eh?

—*D'accord.* (De acuerdo).

—Uno... dos... ¡tres! ¡Vamos!

Hizo un gran esfuerzo y logramos subir el primer escalón. Yo traté de dejar que el peso de su cuerpo se apoyara en mi y yo en el rústico pasamanos, sin confiar tanto, porque crujía lo mismo que cada tablón.

—¡Vamos por el segundo! ¡Vamos canejo!

—¿Qué es *canejo*? —me preguntó abriendo grandes los ojos.

—Es una expresión... de mi país... de los gauchos... los jinetes de un tiempo en que... nacía mi país como tal. Significa... significa... en realidad es difícil explicarlo... lo usaban para dar aliento...

—Creo entender... canejo... —comentó resoplando—. Me gusta...

Subimos el segundo escalón y el tercero seguidos, pero luego debió descansar un poco.

—¿Y si me arrastras?

—Le terminaría sacando los brazos... yo lo voy a esperar... vamos por uno más...

Subió la otra pierna y quiso hacer el envión casi solo, pero no lo logró. Igual lo ayudé y fue casi más fácil. Lo recosté otro poco contra mi cuerpo porque la altura de la escalera se volvía peligrosa con cada escalón que conquistábamos. Si por esas, desgracias del destino, el cuerpo se me escapaba y terminaba cayendo, sería fatal para él y un rotundo fracaso para mi.

A fuerza de palabras de aliento llegamos hasta arriba. Él se aferró al marco de la puerta y tuvimos otro punto de apoyo más. Estábamos arriba. Habíamos triunfado en parte. Él se recostó contra la pared y yo lo fui dejando lentamente hasta que quedó sentado para que pudiera recuperarse.

—Ve hijo... ve hasta el cobertizo y enciende el generador... yo te esperaré aquí.

—Trate de resistir Padre. Casi lo logramos. No me abandone ahora.

—Resistiré... —me dijo con una sonrisa un poco más relajada.

Salí al exterior. Me sentía como un ciego sin su bastón blanco y en un lugar completamente desconocido para él. Afuera también había oscuridad solo que se transformaba en una suave penumbra por obra de la tenue luz de las estrellas. Una silueta negra, completamente negra, donde no se podía reconocer si había una puerta o una ventana, eso era el cobertizo. Abrí la puerta y la dejé abierta de par en par para que la tenue luz del cielo me ayudara a encontrar el generador. Finalmente lo encontré, agradecía que el Padre hubiera tenido el suficiente criterio para colocar la máquina en el centro de la habitación. Tanteando en la oscuridad encontré el cordón del encendido y tiré de él. Nada sucedió. Al segundo intento, el motor comenzó con su tableteo y el olor a combustible llenó el lugar. La pequeña lámpara del techo del cobertizo se encendió. Cerré la habitación y volví lo más rápido que pude con el Padre. Encendí las luces de la cocina y busqué al Padre Bautiste.

—¿Ves? Lo lograste hijo... lo lograste —me dijo abriendo los ojos como si se despertara de una larga siesta.

Con la luz del pasillo pude ver mucho mejor la herida. Al parecer no era muy profunda, y ya no sangraba más, pero podía haber una o dos, costillas rotas. Busqué vendas y lo cubrí después de observar detenidamente la herida. Al parecer solo un corte en la piel que nos había dado un susto tremendo.

—¿Le duele mucho?

—Bastante... —respondió moviendo su cabeza apoyada en la pared—. Pero... no sé porqué... me siento mejor... —sonrió y algunas arrugas se le dibujaron en los costados de su boca—. Mejor que cuando estábamos en el sótano.

Me senté un minuto a su lado.

—Es un remedio natural... es el sabor de la libertad...

El bosque interminable era una mole enorme, oscura e impenetrable como el más oscuro de los secretos. Parecía esperar y esperarnos allí afuera, con la paciencia del infinito. Una brisa helada hizo crujir la puerta y me obligó a dejar mi minuto de descanso para cerrarla...

Descansamos un largo par de minutos, sentados uno a la par del otro, como dos estudiantes que quieren disfrutar de un cigarrillo después de clases, disfrutando más del sabor de la camaradería y del deber cumplido que el de una torpe y trasgresora porción de tabaco, como dos corredores que han llegado a la meta y prefieren el silencio a los aplausos del público, porque solo en el silencio, pueden revivir en sus mentes todos los momentos en que todo les gritaba que alcanzar aquello era imposible y sin embargo pudieron lograrlo. Pero había urgencias; como el hecho de aprovechar el tiempo porque no estábamos tan seguros de que aquellos hombres se hubieran retirado muy lejos con ánimos de no regresar. Además estaba la herida del Padre, que debía ser puesta bajo control médico cuanto antes.

—¿Tiene una radio Padre?

—Sí... está adentro... en mi habitación... por el pasillo, a tu izquierda.

Rápido me puse de pie y llegué hasta la espartana habitación del Padre; era un equipo de banda ciudadana, pero el cable del micrófono había sido cortado tanto como la salida a la antena y el micrófono había desaparecido.

—¡Malditos!

La Misión tenía una radio sí, pero inservible, inútil.

Afuera, la noche total, se había apoderado de todo, de los sonidos, del paisaje. El frío hacía sentir su gélida presencia con ráfagas de viento que azotaban una ventana en algún lugar de la iglesia, y que estrechaba las copas de los árboles que crujían como palos mayores de un velero. Si había una solución, mi mente golpeada por todo lo que había vivido y por los desencantos, no podía saber cual podía ser. Decidí volver con el Padre para llevarlo a su habitación para que pudiera recostarse y al menos descansar.

—Vamos Padre... nos falta otro trecho... llegar a su cama.

—Estaba empezando a gustarme el pasillo...

—Claro que sí, pero las piernas se le van a entumir... y no sé cuando podré lograr que lo vea un médico.

—No me gustan los médicos... —sentenció dejando caer su brazo izquierdo sobre mi hombro.

—¿Un sacerdote al que no le gustan los médicos? ¡Creí que a los sacerdotes todo el mundo le caía bien!

—¡No me gustan! ¡Meten herramientas en tu boca! Y parece que algunos todavía están estudiando.

—¡Esos son los dentistas!

—¡Dentistas! ¡Médicos! ¡Todos son iguales!

—Mi dentista tiene una mano... ¡increíble! ¡Nunca me hizo doler! ¡Se lo juro!

—*Chance.*

—¿Qué es eso?

—*Chance* quiere decir... suerte... y *bonne chance*... muy buena suerte.

—Puede ser... ya estamos llegando.

Logré dejarlo sentado en un borde de la cama y reclinarlo lentamente.

—¿Y la radio? No me dijiste si...

—Le cortaron los cables de la antena... y del micrófono. Y se lo llevaron —le dije meneando la cabeza.

—Te lo dije... tienen un corazón... muy endurecido.

—Una forma elegante de decir que saben hacer su oficio... de maldad. Trate de descansar... voy a alimentar a la estufa y prepararle algo para que pueda cenar...

—No tengo hambre... tengo mucho cansancio... —comentó entrecerrando un poco los ojos—. Y mucho sueño... dormir... dormir...

Lo contemplé unos largos minutos viéndolo dormir como un niño que estaba desesperado por llegar a su cama. Reavivé el fuego de la estufa y me puse a buscar en la alacena algunos alimentos con los que pudiera cocinar algo rápido para darle al Padre antes de que alcanzara un sueño más profundo. Encontré un poco de jamón y huevos y una sopa deshidratada de las que usan a veces los pescadores porque no tienen tiempo de cortar sus verduras para preparar algo caliente en medio de la espera del pique.

—Padre... Padre, despierte por favor.

—¿Qué pasó? —preguntó con los ojos profundamente somnolientos—. ¿Pasó algo?

—Hice huevos con jamón... y un jarro de sopa caliente con tostadas.

Se refregó un poco los ojos y se incorporó en la cama para contemplar el plato.

—¿Hiciste todo eso?

—No es mucho... un médico me recriminaría que no hay vegetales... y sí, demasiadas grasas.

—Otra vez, los médicos.

—Me olvidé que a usted no le caen muy simpáticos los médicos... un momento: ¿no es celíaco verdad?

—No, no lo soy... tengo alto el colesterol y debo tomar más agua...

—Caramba... entonces los huevos y el jamón son algo así como una bomba atómica para su colesterol.

—Tranquilo hijo... —comentó mientras tomaba el plato—. Esto lo vamos a dejar en secreto... y ya sabes como somos los sacerdotes para los secretos...

—Claro Padre... lo usted diga.

—Bendigamos la comida entonces.

Afuera el viento se había enardecido un poco y sonaba en los pequeños agujeros como el aullido de los lobos que debían estar ocultos en las sombras. Las palabras del Padre me hicieron emocionar. Me incliné sobre mi plato y en silencio volví a agradecer estar vivo...

Comimos y el Padre me volvió a felicitar por mi «buena mano» con la comida.

Pienso que la sopa le cayó bien porque al minuto de terminar su jarro, ya se le estaban cerrando los ojos y acomodando su cabeza en la rústica almohada.

Yo llevé los platos y jarros a la cocina y casi, como cediendo a un impulso, aseguré la cerradura de la puerta y apagué la luz. No se por qué, tenía el fuerte presentimiento de que aquellos hombres regresarían y tendrían menos palabras amables para con nosotros. Pensé en armarme, con varios cuchillos de cocina, o hasta con un fierro atizador de la estufa y al mismo tiempo recordé lo torpe que podía ser, en intentar lastimar a otro ser humano. Haciendo un gran esfuerzo, salí otra vez, y apagué el generador para que no se gastara inútilmente el combustible, produciendo una electricidad que nadie necesitaba. Al salir y al volver, parecía que las garras del viento parecían atraparme, al fin pude entrar otra vez. Con la cocina en la oscuridad, contemplé el paisaje completamente negro de afuera y comencé a trazar un plan preparándome para lo peor. Arrimé un pequeño armario contra la puerta y así, con la tranquilidad de haber sumado una seguridad más, me retiré a buscar un lugar donde pudiera dormir. Improvisé con unas sillas una incómoda cama y con unos almohadones lo que debía ser un colchón. Encontré una vieja campera, que tenía varios remiendos y agujeros y me la tiré encima como una frazada y así, intenté dormir, quizás la primera vez que podía dormir bajo un techo en muchos días, desde el incidente con la nave.

Creí que no podía dormir, pero mis ojos se pusieron bastante pesados en la oscuridad y me dormí. En un momento indefinido abrí mis ojos y estaba en la misma habitación, estaba de pie una suave claridad iluminaba todo el lugar y enfrente mío había una gran pantalla que era de donde provenía la luz. Entonces escuché aquella voz, misteriosa, profunda, llena de una extraña sonoridad, la misma voz que había escuchado en mi aventura dentro de la nave. Pero no estaba la nave, ni los extraños paneles con instrumentos y signos desconocidos. Aquella era la misma cocina donde el falso sacerdote, me había ofrecido un sándwich y una taza de café caliente. Dijo un par de frases de las que no podía ni siquiera adivinar el mínimo sentido y luego se quedó esperando mi respuesta.

—¿Dónde estuviste tanto tiempo? —le dije como si estuviera hablando con un amigo que no veía.

La voz me respondió con tres frases cortas en su lenguaje.

—¿Sabes? No es buena idea de que estés paseando por aquí... como si estuvieras haciendo turismo... he descubierto que el mundo está cada vez, más lleno de violencia... puedes... ¿cómo decirlo? Pasarlo mal... muy mal. Ahora... en este mismo momento... hay tres hombres armados afuera...

La pantalla se iluminó mostrando a un hombre vestido con un traje negro, muy elegante, que cenaba o almorzaba en un restaurante. Usaba lentes permanentes con un marco dorado. Lo veía tomando café y al levantar la taza, mostraba un reloj de oro, posiblemente un Rolex, en su muñeca. En la silla que tenía a su lado, lo acompañaba un maletín negro.

—¿Qué... qué es esto?

La máquina mantuvo silencio.

—¿Quién es él? ¿Lo conoces? —le dije.

Entonces toda la habitación se volvió roja y un estridente sonido de alarma que aumentaba cada vez su volumen se escuchó.

—¡Pájaro rojo! ¡Pájaro rojo! ¡Lo tengo en la mira!

—¿Quién anda ahí? ¿Qué quiere?

—¡Dispare Pájaro azul! ¡Dispare ahora!

Y entonces me desperté. Solo después de varios segundos de estar, completamente despierto, pude tomar conciencia de que se había tratado de un sueño, una vieja pesadilla, que cómo un pariente lejano, había decidido volver a las tinieblas de mi mente. Yo estaba allí, en la misión del Padre Bautiste, durmiendo en una improvisada cama de sillas y unos viejos almohadones. Afuera el viento movía las copas de los pinos por momentos con muy poca clemencia y el negro del bosque parecía agigantarse como si quisiera comerse de un cósmico mordisco los rastros de presencia humana, la misión del Padre Bautiste y los caminos que torcían un poco su rumbo, para luego continuar hacia el bosque interminable.

Pensé en calentar un poco de agua, prepararme un café, o tomar un vaso de leche tibia, pero el recuerdo de dónde estaba me hizo sentir vergüenza por pensar solo en mí y en mi estómago. Me levanté y fui a ver si el Padre Bautiste, se encontraba bien. Al menos dormía sin los sobresaltos que yo había experimentado. Volví a mi cama y traté de cerrar otra vez los ojos, esperando que mi mente no me jugara malas pasadas.

Un sonido extraño me sobresaltó; era una alarma de una radio reloj. No creía que un sacerdote tuviera una radio reloj pero era así. La alarma sonaba en su habitación y como nadie la detenía subía de volumen a cada segundo que pasaba.

Pensé lo peor. Me acerqué a la habitación del Padre para ver si había amanecido bien. En ese mismo instante estiraba el brazo para detener la máquina, pero yo me adelanté para que no hiciera un mal esfuerzo.

—Gracias hijo.

—Buenos días Padre ¿cómo amaneció? ¿Pudo descansar?

—Buenos días... sí... dormí como si estuviera muerto...

—Por favor Padre no hable así.

—Yo tenía un pariente que decía que dormir... era como morir un poco... por unas horas...

—Por ahora no lo diga ni de broma. Voy a hacer el desayuno y alimentar a la estufa...

—Hijo... creo que no es buena idea.

—¿Qué cosa Padre?

—Alimentar la estufa. Esos hombres pueden no haber ido muy lejos...

Me senté en el borde su cama. Lo que el Padre decía, tenía bastante sentido; alimentar la estufa podía parecer como «hacerles señales de humo» para que

regresaran si estaban cerca.

—Es una posibilidad...

—Lo es...

—Pero hace frío.

—No tanto como en el invierno. Hacen temperaturas bajo cero casi todos los días...

—¿Cuál es su sugerencia entonces?

—Que soportemos el frío todo lo que más se pueda... y salgamos a buscar el cuerpo de Renard, el guardabosques, que de seguro estos malditos... lo...

—Si es así... ya se lo llevaron los lobos anoche.

—Es nuestro deber como cristianos. Darle una sepultura decente.

—Lo es. Lo es. Estoy completamente de acuerdo con usted, pero... afuera... vamos a ser vulnerables a estos hombres si regresan.

—Solo vamos a dar un vistazo... y después podemos irnos por un camino que conozco.

—¿Irnos? ¿Es una broma verdad?

—Si esos hombres regresan no tendremos tanta suerte otra vez... piénsalo. Esto es una misión... no tengo armas de ningún tipo. ¿Cómo nos defenderemos?

—Usted no puede caminar.

—Ni lo voy a intentar. Tengo una motocicleta.

—¿Una moto? ¡Por qué no lo dijo antes!

—No es una motocicleta para hacer *motocross*, pero puede servirnos para llegar a un pueblo donde poder comunicarnos con el Hospital o el puesto de los guardabosques. Por si no lo sabes... mi amigo Renard, no era el único...

—Lo pensé en un momento y luego lo olvidé sí... es imposible que haya un solo guardabosques para todo un parque nacional... que debe ser... enorme.

—Lo es... los otros muchachos pueden ayudarnos. Solo que están muy lejos de aquí... por eso tenía la radio.

—No hay que perder más tiempo. Amanecerá en una horas.

La motocicleta estaba en el mismo galpón que el generador, tapada con una lona enorme llena de polvo, como si allí hubiera estado por siglos y siglos y por supuesto, como ya lo había anticipado la vieja ley de Murfy, no funcionaba. No sé mucho de mecánica, pero la clásica patada de arranque no surtía efecto y me pareció, por ciertos indicadores del tablero y mis modestos conocimientos de electricidad, que la batería estaba muerta. Estábamos como al principio. Miré el galpón a mi alrededor y vi muchas cosas; raquetas para la nieve y un trineo pequeño que en el invierno cerrado le debe haber servido para trasladar algunos objetos de cierto peso. Tenía una soga atada para tirar de él. Miles de pensamientos y cálculos pasaron por mi mente. El trineo, dejaría huellas muy fáciles de seguir. Además estaba el peso del Padre y la forma de tracción que no era muy cómoda por decirlo de alguna manera. Seguía repasando mis escasas posibilidades cuando noté un carrito para llevar bidones de

agua o garrafas. Si lograba acostar al hombre sobre el cuerpo, podría llevarlo un poco mejor, gracias a las ruedas que eran bastante firmes y compactas. Solo tenía que convencer al Padre y apurar la partida.

—¿No funciona? —preguntó abriendo sus ojos de par en par.

—No. Le di arranque varias veces, pero creo que la batería está muerta.

—Si pudiéramos cargarla con el generador... pero no.

—No. Nos llevaría horas para una carga que sirva.

Me miró fijamente.

—¿Podrás con el carro?

—Es mejor que el trineo. Al menos tiene dos ruedas.

—Será un gran esfuerzo... son muchos kilómetros hasta el primer pueblo.

—Antes podemos encontrarnos con alguien... o no. Hay que salir ahora.

—Vamos entonces. Que Dios nos ilumine.

Lo llevé apoyado en mi hombro. Debo reconocer que podía caminar mucho mejor que cuando lo saqué del sótano donde estábamos prisioneros. Llegamos afuera y saqué una silla, para dejarlo ahí y traer el carro, en lugar de llevarlo hasta él y gastar sus primeras fuerzas.

Cuando llegué con el carro, el Padre no estaba.

—Padre... ¿a dónde se fue? Padre...

Caminé unos pasos en dirección hacia la entrada principal del templo. La puerta estaba entreabierta. El Padre estaba sentado en uno de los bancos, rezando. Detrás, muy cerca de la puerta, había dejado el cuerpo del amigo del Padre, el guardabosques Renard.

—Lo dejaron aquí... al menos lo dejaron aquí... en la Casa de Dios... su alma ha tenido un mejor descanso... a pesar de no tener sepultura.

—Padre... debemos irnos.

—Lo sé... —agregó asintiendo levemente y tendiéndome una mano para que yo lo ayudara a levantarse—. Y también sé dos cosas más... que no tendremos tiempo de darle una cristiana sepultura... y que no podrás con el carro y con mi peso...

Tenía razón. El armazón de hierro del carro pesaba unos 10 kilos y tal vez, un poco más y el peso del Padre debía rondar los 90 kilos. Una cosa era ayudarlo a movilizarse por los pasillos de la misión y otra soportar su peso por un camino irregular de varios kilómetros.

—¿Caminará?

—Caminaré y tú me ayudarás... hasta donde se pueda. Si no me...

—Por una extraña razón, no quiero escucharlo... vamos.

—Eres un hombre bueno Enrique... me tienes que contar cómo llegaste aquí...

—Usted lo pidió... cuando podamos hacer un descanso... un alto en el camino... voy a intentar contarle mi historia.

Cerramos la puerta del lugar, que en silencio y en la penumbra, parecía aún más solemne que si estuviera lleno de feligreses, como lo están las capillas de pueblo, en

las fiestas patronales y nos encaminamos hacia el bosque.

—Por ahí... hay un sendero... —me dijo el Padre—. Un... sendero que lleva... casi directo hacia el cuartel de los guardabosques... o en el peor de los casos... hacia un camino regional.

—Esperemos llegar al primero y tener suerte.

—¿Qué trajiste en tu mochila? Veo que son inseparables...

—Una botella grande de agua... el resto del jamón, queso, pan y vendas.

—*¡Pour Dieu!* (¡Por Dios!) tenemos... provisiones para un regimiento...

—Ojalá y nos alcancen...

Después de interminables 20 minutos en los que estábamos expuestos pudimos internarnos en el bosque. Yo corté una rama pequeña y cada tanto, barría nuestras pisadas de la tierra.

—¿Qué haces hijo?

—Borro nuestras huellas.

—No había pensado en eso...

—Si regresan y deciden buscarnos al no encontrarnos en el sótano... al menos que les cueste encontrar nuestras huellas.

El bosque como un monstruo increíblemente enorme y dotado de un hambre atroz, poco a poco fue tragándonos hasta casi desaparecer. Si no fuera porque el sendero estaba prácticamente marcado por una superficie donde no crecía hierba, como un casi imperceptible hilo color tierra, nos hubiera dado lo mismo ir hacia el norte o hacia el sur, hasta terminar caminando en círculos.

—¿Puedes verlo? —preguntó el Padre.

—Lo veo... pero no hable. Si se agita... perderá fuerzas...

Él asintió y continuamos la marcha.

El sendero parecía haber sido trazado de claro en claro del bosque y en uno de ellos, decidí que teníamos que descansar. Lo recosté contra un árbol y tomé mi rama y me aseguré de que nuestros pasos quedaban debidamente borrados para nuestros perseguidores.

Un sonido de una rama que se quebró me hizo levantar la vista y mirar en todas direcciones; era un cervatillo que se quedó mirándome, expectante de que yo, alzara un arma hacia él para salir a toda carrera. Me quedé inmóvil y solo cerré mis ojos unos segundos; si teníamos perseguidores el hecho de ver un animal que cruzaba el bosque, como escapando de alguien, les indicaría dónde encontrarnos. Cuando abrí los ojos, el animal se alejaba bajando de cuando en cuando la cabeza para buscar algo de alimento.

El ejemplo que había vivido con el cervatillo me hizo pensar en que el sendero no debía quedar del todo libre. Tomé unas pequeñas ramas secas y las dejé en el medio del sendero, de modo de que si alguien nos siguiera, el ruido me sirviera de alarma.

—Ya está Padre... hay que seguir...

—Fueron los tres minutos más cortos de mi vida...

—No fueron tres... fueron diez...

—Igual me parecieron poco.

—Ya habrá tiempo de descansar más...

Seguimos otro largo trecho. Esta vez, llegar al claro nos llevó mucho más tiempo, un gigantesco árbol caído hace mucho tiempo derrotado por una tormenta, atravesaba el sendero y tuvimos que rodearlo. El sol no había hecho su aparición en todo lo que había transcurrido del día y de improviso, el bosque se llenó de rayos amarillos que bajaban desde lo alto y en el que bailaban pequeños insectos y restos de polvo. El Padre estuvo a punto de decir algo y yo le indiqué con un dedo en mi boca que hiciera silencio; se escuchaba un murmullo lejano o cercano. Tal vez, venía a nuestro encuentro, tal vez se alejaba.

—¿Qué pasa? —murmuró el Padre Bautiste.

—Escucho algo... no sé... puede ser... mi imaginación...

Jamás había estado en un bosque tan profundo, tan enorme, tan hermosamente salvaje. Mi imaginación y mi paranoia podían estar haciendo una verdadera fiesta en mi mente, con invitados sorpresa incluidos y música en vivo. Pero el murmullo continuaba.

—No es tu imaginación... yo también lo escucho.

—El sendero se pierde... es muy difícil encontrarlo... ¿hacia dónde vamos? ¿Hacia el sur o el este?

—Creo que es hacia el este... disculpa hijo no estoy muy seguro.

—No importa... todavía tenemos la ventaja...

Lentamente levanté la cabeza y observé a mi alrededor; no se veía nada sospechoso. Aproveché el tiempo para hacer descansar al Padre y para tener una visión cabal de dónde estábamos. El sol debió ocultarse detrás de nubes muy oscuras porque todo el bosque se llenó de un manto de penumbra.

—¿Cansado? —le pregunté.

—Aún no. Vamos muy bien. ¿No es verdad?

—Yo creo que sí... al menos le llevamos la delantera y...

Entonces algo extraño sucedió. De la misma manera que en las pesadillas que tanto temía y que me asaltaban de tanto en tanto, la realidad que me rodeaba no cambió pero otras imágenes muy extrañas se sumaron a ella. Era como si un proyector invisible, de los que se usaban en las viejas salas de cine, estuviera pasando esas imágenes en el aire, en el aire mismo del bosque. Todo era rojo y una de las imágenes que reconocí fue el rostro del falso sacerdote, el hombre que me había engañado al principio. Después de unos instantes, todo desapareció.

—¿Que viste? —me preguntó el Padre.

—Vi algo extraño... vi todo rojo... y la cara de uno de esos hombres... el que me engañó primero haciéndose pasar por sacerdote...

—Pudo haber sido una visión...

—Sí... pudo ser... también puede ser... que mi mente está cansada... y fabrica

cosas extrañas...

—También pudo ser...

—Vamos... sigamos... no perdamos el ritmo.

Lo ayudé a levantarse y continuamos. Con la brújula en mis manos ubiqué el este y hacia allá seguimos. El sendero había desaparecido y el suelo volvía a tomar rasgos vírgenes. De pie pude ver lo que yo creía que era un murmullo de personas; un pequeño arroyo que estaba en la dirección opuesta hacia dónde marchábamos. Me consolé al pensar que al menos tendríamos el agua asegurada en semejante lugar.

Así continuamos por horas hasta que tuvimos la hermosa visión de un claro lejano donde se destacaba una cabaña de dos pisos con un galpón anexo. Alguien había encendido la estufa.

—¡Allí está! ¡Estamos salvados! —exclamó el Padre.

Pero algo extraño en mi interior disparó mis alarmas. Tal vez era el silencio... en aquel bosque, que todo lo rodeaba, el silencio era lo más abundante como los árboles, pero aquel silencio me inspiraba recelo.

Tal vez, era la quietud. La quietud era un rasgo inconfundible de un lugar donde la paz debía tener su trono seguramente, pero aquella quietud me inspiraba algo de recelo.

Las ventanas de la cabaña estaban abiertas, la puerta cerrada. No se veía movimiento a su alrededor, como si los otros guardabosques estuvieran adentro o patrullando las enormes extensiones del parque. Tal vez debía hacerle caso a mis alarmas... cuando no las había escuchado, había tenido problemas...

—Un momento... no se mueva y venga aquí... detrás de este árbol.

—¿Qué pasa?

—No lo sé... pero me parece un lugar raro.

—¿Raro? ¿*Pourquoi*? (¿Por qué?)

—No veo movimiento...

—Tal vez están adentro... o han salido.

—También podría ser... que nos estuvieran esperando... —dije y me quedé pensativo y entonces recordé una cosa que había olvidado en medio de la vorágine de tantos acontecimientos—. ¡Recordé una cosa! ¡Mis binoculares!

Los busqué y allí estaban en el fondo de la mochila. Busqué un ángulo en el que ningún rayo del sol pudiera dar en las lentes y delatar nuestra posición y traté de observar el lugar todo lo más detenidamente que pudiera.

—Parece... parece que todo está en calma...

—Si salieron... —comentó el Padre recostándose contra el árbol—. Puede que tarden bastante... tal vez el resto del día... y yo tengo... *faim*... (Hambre).

—¡Excelente! «*Enfermo que come... no muere*» decía mi abuela.

—¿Dónde está... ese pedazo de jamón que trajiste?

—Aquí... —dije entregándole la mochila—. Corte lo que quiera... yo voy a seguir observando... no quiero caer en una trampa... otra vez...

—Te dejaré un buen trozo para después...

—Gracias... —dije mientras movía las lentes de los binoculares para tener un acercamiento.

El lugar parecía estar en paz, una paz que invitaba a sentarse sobre un tronco y disfrutarla, pero nosotros veníamos de un lugar muy similar a ese, donde un hombre de aspecto bonachón había resultado ser otra cosa totalmente distinta.

Agudicé el oído para intentar distinguir algún ruido sospechoso o que estuviera donde no debía estar. Un águila soltó un suave y lejano chillido desde lo alto y continuó con sus círculos sobre un sector del bosque detrás de la cabaña. Una ráfaga de viento movió las copas de los pinos y luego se apagó o continuó su camino hacia el norte.

El Padre se limpió la comisura de los labios, donde las migas del trozo de pan comenzaban a depositarse.

—¿Te... preocupan las imágenes que viste verdad?

—La verdad... sí... me preocupan y mucho. Parecían muy reales...

—¿Quieres contármelas otra vez? Tal vez hay... hay un detalle que te olvidaste o... o que no tuviste en cuenta. Piensa.

—Antes de eso, ¿cómo está su herida?

Se tiró un poco hacia atrás y apoyó sus hombros aún más contra la corteza dura y por momentos resquebrajada del árbol.

—¿Mi herida? Creo que estoy empezando a convivir con ella...

—Ayer había sangrado... y mucho.

—Sí... pero tengo buena sangre, gracias a Dios... además las vendas que pusimos anoche ayudaron mucho.

—Las debe ver un médico... no quiero arriesgarme.

—Otra vez con eso de los médicos... lo único que saben hacer es prohibirte cosas... *Prohibido comer con tanta sal... prohibido comer con tantas grasas... ¡Prohibido! ¡Prohibido!*

Me tapé la boca con un mano para sonreír. Hacía mucho que no podía sonreír y aquella reacción del Padre Bautiste me dio hizo mucha gracia.

—¿Y ahora? ¿Por qué la risa?

—Disculpe... es que... realmente le tiene fobia a los médicos ¿eh?

—No sé si es fobia o qué... pero...

En ese momento se escuchó nítido en el silencio del bosque, el sonido de un motor que rezongaba como si al conductor le costara hacer los cambios de marcha; un vehículo pequeño.

—Eso parece... —agregó el Padre levantando la cabeza.

—¡Silencio! —le dije—. Parece que un motor... deber ser un vehículo.

Ambos buscamos mejor refugio detrás de aquel árbol y yo, particularmente que podía moverme mejor, traté de tirarme casi cuerpo a tierra.

Y ambos tuvimos razón; era un jeep color marrón claro con un techo de lona.

Nos quedamos en el más absoluto de los silencios, expectantes de lo que pasara cuando el vehículo se detuviera frente a la cabaña. Un hombre rubio y alto se bajó y caminó hacia el interior. Vestía un uniforme de color caqui con botines y una campera verde oscuro con capucha. Al parecer tenía prisa o estaba molesto por algo. Llegó hasta la galería de entrada cuando alguien, lo llamó por su nombre; era otro guardabosque que llegaba caminando de una aparente recorrida por el bosque acompañado por un perro, un Dálmata.

—¡Pierre! ¡Pierre!

El hombre se detuvo y esperó al otro; estábamos salvados, eran auténticos guardabosques.

—*Stefane Qu'est-ce?* (¿Qué sucede Stefane?)

—*Avez-vous trouvé Renard?* (¿Encontraste a Renard?)

—*Nom. Je regardais partout. Peur que vous avez eu accident. Je lui ai dit de réviser la voiture avant de quitter.* (No. Lo busqué en todos lados. Temo que ha tenido un accidente. Le dije que revisara el automóvil antes de salir.)

—¿Qué dicen? —le susurré al Padre Bautiste.

—Uno el pregunta al otro que pasa... le pregunta si encontró a Renard.

—¿Y?

—Le dijo que tiene miedo de que haya tenido un accidente. Dice que le dijo que revisara el automóvil antes de salir.

—¿Usted los ha visto? ¿Los conoce?

—Sí. Tranquilo... son ellos. Los compañeros de Renard.

Pero me quedé mirando la escena en silencio.

—¿Y bien? ¡Son ellos! ¿No era lo que buscábamos acaso?

—No lo sé... —dije moviendo la cabeza—. Tengo un lejano... lejano... presentimiento —dije poniéndome de pie. Tal vez le estaba dando demasiada importancia a mi intuición.

Entonces la puerta de la cabaña se abrió de repente sin que el guardabosques la abriera. Se quedó quieto y terminó levantando lentamente las manos; había alguien oculto en la cabaña y estaba armado.

Rápidamente volví a tirarme al suelo.

—¡Silencio!

—¿Qué pasó?

—¡Silencio! ¡Hay alguien en la casa!

—¡*Sacrebleu!*

Para la persona que estaba oculta en la casa como yo lo había sentido, nuestros movimientos permanecieron ocultos pero no para alguien más. El perro comenzó a ladrar en la dirección donde estábamos.

—¡El perro nos ha olfateado! —exclamó el Padre Bautiste achicando su cabeza contra sus hombros.

—¡Silencio! —le dije—. Todavía tenemos una esperanza si no nos ven...

—*Quel est le problème le chien?* (¿Qué le pasa al perro?) —preguntó alguien.

—*Je ne sais pas. Aboie toujours comme ça. Doit être un lapin.* (No sé. Siempre ladra así. Debe ser un conejo.)

—*A'l intérieur! Allez!* (¡Adentro! ¡Vamos!) —ordenó el hombre que había apuntado al guardabosques.

Se tardaron varios minutos que parecieron eternos. El excelente olfato del perro guiado por los trozos de jamón y nuestro olor característico le habían marcado hasta el sitio exacto. El perro no se había equivocado, pero los hombres no le habían creído.

Largo tiempo después me atreví a asomar un poco la cabeza y espiar la cabaña; todos habían entrado.

—Nos salvamos... están adentro —dije dejando escapar un largo suspiro de alivio.

—¿Cómo pudo pasar?

—No lo sé... pero al menos uno de ellos está adentro y ya redujo a los guardabosques.

—Tenemos que actuar... no podemos dejar que les pase lo mismo... lo mismo que a Renard —comentó el Padre. Bajó la cabeza y los ojos se le humedecieron—. Renard era mi amigo... no pude ayudarlo... pero a estos hombres...

—Tranquilo. Tranquilo... no nos vamos a quedar con los brazos cruzados... solo

que hay que pensar con la cabeza fría... y tiene que ser... algo bueno... no podemos acercarnos a la cabaña. El perro nos delataría...

—¿Entonces?

Miré la cabaña y todos los alrededores. La luz del bosque parecía haber cambiado.

—¿Qué pasa? —preguntó el Padre.

—Nos tardamos mucho en llegar ¿verdad?

—Sí... sí. Porque yo no puedo caminar muy bien... no entiendo.

—En poco tiempo se hará de noche. ¿Estoy en lo correcto?

—Es correcto.

—Nosotros somos dos... si es uno solo el que está en la cabaña... podemos distraerlo... pero solo cuando haya más oscuridad.

—¿Qué tienes pensado hijo?

—El perro puede delatarnos... pero en la oscuridad... no verán a que le ladra... mientras usted atrae al perro... yo los voy a dejar sin neumáticos... si han vuelto es porque no pudieron llegar muy lejos... vinieron por el vehículo. Lo siento —dije sacudiendo la cabeza—. No se me ocurre otra cosa...

—El plan es bueno... tranquilo hijo —me dijo palmeándome con fuerza—. Oscurecerá en una hora... a lo sumo...

—¿Podrá con el perro?

—Lo intentaré... aunque quisiera que no esperáramos tanto... puede estar pasando algo muy malo mientras hablamos.

Miré la cabaña y el humo que comenzaba a salir de la chimenea como una débil bandera gris que se desvanecía al alcanzar la altura de las copas de los pinos. El Padre Bautiste tenía razón. A veces había que actuar, lo antes posible.

—Tiene razón Padre... tiene razón.

Me levanté de improviso y decidí llegar corriendo con el cuerpo lo más agachado que pudiera. El Padre dijo algo pero no me quise detener a escucharlo. Adentro de la cabaña el perro ladró otra vez. Yo ya estaba detrás del jeep.

—*Devrait faire taire le chien!* (¡Hagan callar a ese perro!) —gritó alguien en la cabaña, una frase que no entendí pero que supuse tenía que ver con el perro.

Yo esperé tratando de escuchar cada ruido de mi alrededor. No podía ver si había alguien espiando por las ventanas pero lo descontaba. Después de unos minutos interminables decidí levantar la cabeza para espiar. No había nadie a la vista. El perro ya no ladraba, pero se notaba enojado. Entonces intenté subir al jeep y para mi sorpresa lo logré. Estaba adentro, todo encorvado y como lo imaginaba, el guardabosques había dejado las llaves puestas. Le di vueltas a las llaves y el motor encendió. Todo lo más rápido que pude me senté en el asiento y tomé el volante y aceleré.

Mi actitud debió tomar por sorpresa a los de la cabaña que tardaron en salir, pero lo hicieron y alguien disparó primero al aire y después directo al vehículo. La bala

atravesó la lona de detrás y le dio al parabrisas delantero haciéndome dar un giro violento con el volante llevando el vehículo contra un abeto que parecía destinado a detenerme. El paragolpes del jeep crujió y sentí un gran golpe. El choque fue tal que el vehículo quedo algo inclinado contra el árbol, incluso tapando la puerta. Mi atacante caminó unos pasos hacia mi, y finalmente casi al trote llegó hasta la puerta del acompañante y metió rápidamente la pistola tratando de apuntar al que le había tratado de robar el vehículo, o encontrar su cuerpo. Pero se sorprendió que no había nadie. Y al segundo que le siguió después prefirió olvidarlo, pero ya era tarde. Miró extrañado pensando en dónde se había ocultado el conductor y no advirtió que yo había tomado el extintor de fuego y le apuntaba directamente a la cara, mejor dicho, a los ojos.

—¡Ahh!

El grito pareció desgarrador, pero solo fue porque la espuma química entró en contacto con sus ojos y algo le debió arder, además del asombro. Acto seguido tomé el extintor y lo golpeé en la cabeza tan fuertemente que creí escuchar un crujido leve, como el de los cráneos que se rompen. Luego como una bolsa de mercaderías cayó al suelo.

Desde los árboles el Padre Bautiste me gritó.

—¡Dale otro golpe! ¡Puede estar consciente aún!

Me sorprendió escuchar eso de un sacerdote, pero tenía razón. No sabía cuanto podía haberle hecho daño, y además, eso de golpear no era mi oficio. Así que le retiré el arma y con una cuerda que encontré en la parte de atrás del jeep, junto con otras herramientas, lo até de pies y de manos. Sin dudas, estaba inconsciente.

El perro ladró fuertemente en el interior de la cabaña y se escucharon algunos gritos de los guardabosques pidiendo ayuda.

Yo me senté unos segundos en el borde del paragolpes trasero, a dejar que mi sangre y mi corazón, volvieran a un ritmo normal.

El Padre Bautiste se puso de pie apoyado en el árbol y desde allí levantó su pulgar derecho y me sonrió. Yo le respondí con el mismo gesto y me apoyé otra vez en mis rodillas. Las manos me temblaban al recordar lo que había hecho ante un hombre armado y peligroso. La noche caía ya sobre el bosque, la hora en la que los lobos salen a cazar por los senderos y los conejos se esconden en sus cuevas. Para nosotros, tal vez había terminado, dejábamos de ser conejos, de temer a los lobos, para volver a ser hombres... al menos por un tiempo misericordioso...

Ayudé al Padre Bautiste a llegar a la cabaña y allí desatamos a los guardabosques y al perro dálmata que había sido atado a una parte de la estufa, un sitio fuerte y pesado, para evitar que se soltara.

—*Père! Que faites-vous ici?* (¡Padre!, ¿qué hace aquí?) —preguntó uno de los guardabosques mientras lo desatábamos.

—*Ces hommes que vous amenacent, ces hommes ont fait la même chose avec moi dans la Mission. Ils ont aussi tué notre ami.* (Estos hombres los que los amenazaron a ustedes, estos hombres hicieron lo mismo conmigo en la Misión. También mataron a nuestro amigo.)

—*Je le savais! Je le savais!* (¡Lo sabía! ¡Lo sabía!) —exclamó uno de ellos golpeando la mesa.

—El Padre está herido —les dije y les señalé el costado de su cuerpo, al ver que hacían silencio y que no comprendían lo que decía.

—*Êtes-vous blessé Père?* (¿Está herido Padre?) —preguntó uno de ellos.

Intentó decir algo y solo se limitó a negar con la cabeza e intentar sonreír.

—*Attendez... qui êtes-vous?* (Un momento... ¿quién es usted?) —preguntó dirigiéndose a mi.

—Mi nombre es Enrique. Soy turista y estoy perdido. Así llegué a la misión del Padre.

El Padre Bautiste ofició de traductor. Uno de los guardabosques se acercó y me tendió su mano.

—*Mon nom est Pierre. Merci de nous aider.* (Mi nombre es Pierre. Gracias por ayudarnos).

El Padre tradujo pero yo había comprendido que el tono era más amable y de agradecimiento. El otro hombre lo imitó.

—*Merci. Mon nom est Stefane. Désolé doutes.* (Gracias. Mi nombre es Stefane. Disculpa... las dudas.)

—Te dicen que disculpes las dudas —tradujo el Padre mientras acariciaba la cabeza del perro.

—Díales que no hay problema... que los comprendo.

Uno de los guardabosques se animó a revisar la herida y las vendas. Por primera vez en muchas horas, pude sentarme tranquilo a una mesa y sentir que no corría ningún riesgo. Y de improviso, recordé un detalle que parecía haber olvidado, no solo yo, sino todos.

—¡El hombre de afuera! ¡Hay que traerlo o se congelará!

Uno de los guardabosques dijo algo y el Padre me miró; casi no se necesitaba la traducción. Pero había que entrarlo y amarrarlo aunque sea a los pilares de la estufa si era necesario. Otro de los hombres dijo algo y se acercó a mi con la mano extendida.

—Stefane quiere la pistola... del secuestrador... —tradujo el Padre.

—Ah... sí. Disculpe... aquí la tiene —dije sacando la pistola de uno de mis bolsillos.

El hombre miró el arma que yo le había dado, examinó el cargador y me agradeció con un gesto leve. Después de unos largos minutos, regresó con nuestro atacante e hizo que se sentara en el suelo. Allí pude reconocer a quien había engañado y reducido con un fuerte golpe en la cabeza. El hombre tenía un delgado hilo rojo cayendo de su cuero cabelludo; era el falso sacerdote que me había engañado. Al instante de entrar con él, el perro comenzó a ladrar muy enojado. Tuvieron que retarlo y tratar de calmarlo con caricias en su cabeza y el cuerpo.

—Usted habla español —le dije.

—(Muérase) —me respondió. No necesitaba traducción de nadie para saber que no estaba a su gusto.

—¿Dónde están los otros? Ustedes eran tres.

El hombre miró hacia un costado, bajó unos instantes la cabeza y luego, como si comprendiera que había perdido de todos modos y que de nada le serviría ocultar los datos que le pedíamos, habló y en español.

—Sí... éramos tres... creímos que... quitarle la camioneta al guardabosques iba a ser fácil... al menos... Michel creyó eso... yo le dije que podíamos hacerlo de otra manera... pero él quiso hacerlo así... a su manera y por eso tuvo que dispararle...

—Michel era el hombre con barba... ¿verdad?

—Sí... —afirmó intentado sonreír y apoyando lo que decía con un fuerte cabeceo —. Tenía barba... usted es un buen observador...

—Lo soy...

—El otro era Pierre... los dos están muertos... —comentó como si estuviera mirando aquella escena.

—¿Qué les pasó?

—Cuando le quitamos la camioneta... buscamos llegar a un pueblo de la costa... allí no nos buscarían... pero la camioneta estaba en condiciones... —hizo una pausa y luego me miró—. Se nos cortó la dirección y cayeron por un barranco... la camioneta dio varias vueltas... y nadie salió con vida después... yo alcancé a saltar cuando me di cuenta de que Michel no podía con el volante y busqué el bosque otra vez... y encontré la cabaña... —señaló con la cabeza— la cabaña de los guardabosques. Eso es todo.

Dejé de interrogarlo. En el relato del falso sacerdote pude comprender las imágenes extrañas que había visto en el bosque, unas imágenes completamente rojas; aquello era el accidente que habían sufrido con la camioneta del guardabosques.

La noche había caído ya sobre el bosque y todo lo que nos rodeaba era oscuridad y frío. Por momentos una brisa helada llegaba del norte y movía las copas de los pinos como si una mano helada acariciara el bosque.

Un intenso olor a café me llegó desde la cocina. Cenaríamos e intentaríamos dormir, si podíamos apartar algunas imágenes de nuestras mentes. Me puse de pie y

acerqué al perro que gimió unos instantes y se dejó acariciar la cabeza. Tal vez, con la paz y el silencio de la noche, pudiera volver la paz, a nuestras vidas...

Los guardabosques nos hicieron un lugar, a mí, en la sala y al Padre por su herida en la cama que había dejado su amigo Renard. Cerca mío se apostó, en un viejo sillón varias veces retapizado con tela escocesa, se sentó allí uno de los guardabosques, para hacer guardia, ya que también contábamos con un prisionero que debíamos entregar a la justicia para que decidiera su suerte. Se acercó con un par de revistas y diarios y me los ofreció.

—*Merci* —le dije y los acepté. Al fin y al cabo, necesitaba despejar un poco mi mente de todo lo que había vivido.

Todo estaba en francés, pero al menos podía ver las fotografías y algunas ilustraciones, como las infografías que tenían algunas notas. Había columnas muy extensas con gráficos de barras o de porcentajes que de seguro hablaban de economía, fotografías de estrellas de cine y noticias internacionales, sobre la siempre tensa situación en Medio Oriente. Pero algo me llamó la atención. Había una noticia con la foto de un barco pequeño que al parecer era buscado en el mar, el barco se llamaba «Baffin», como el isla del mismo nombre. Despertó mi interés porque en mis años de adolescente solía recorrer minuciosamente los mapas, buscando nombres interesantes o que podían llamar la atención de accidentes costeros, o geográficos. Así encontré una montaña llamada Odin en aquella isla, la isla de Baffin, que me hizo pensar porque era el nombre de la máxima deidad nórdica y porque siempre había habido una historia circulando incluso en ámbitos académicos, una historia mitad leyenda y mitad verdad, de que los vikingos habían llegado a América, antes que los españoles. El texto decía lo siguiente:

«Il vise à la pêche de Baffin a disparu pendant une terrible tempête. On pense qu'il n'y a pas de survivants. Son capitaine Jean Claude Durand pouvait du aviso.»

Apenas y con un francés muy parecido al que hablaría Tarzán, encontré o mejor dicho descubrí palabras como «pêche» y «terrible tempête» que significaban «pesquero» y «terrible tormenta». Algo le había pasado a un pesquero llamado Baffin con una tormenta. Debajo la palabra «survivants» me sugería el significado de «supervivientes» o «sobrevivientes», lo que quería decir que el pesquero había sufrido un hecho del que no quedaban sobrevivientes.

¿Tal vez era a ellos a quién buscaba ese helicóptero militar que había visto en el bosque?

Sonaba a respuesta muy simple, pero podía ser verdad.

Aquella búsqueda, de palabras y frases, quizás motivada por mi natural deseo de descubrir el sentido, el significado de las cosas, me ayudaba en la comprensión de ese idioma, que en cuanto a mis conocimientos se reducía a decir «*Buenos días*» o «*Gracias*».

No puedo recordar cuando me dormí. De repente me vi en una calle extraña, desierta, dónde un viento muy fuerte arrastraba hojas de periódicos y bolsas pequeñas

de plástico hechas jirones.

¿Por qué estoy aquí?, pensé.

¿Cómo voy a hacer para volver a la cabaña con el Padre Bautiste y los guardabosques?

Yo caminaba en el medio de la calle, como si no hubiera tráfico de vehículos, ni siquiera el muy escaso que hay a altas horas de las noches. Una lámpara se movía hacia uno y otro lado, como un péndulo enloquecido y su luz iluminaba mis próximos pasos en la calle. Un semáforo parecía haber descompuesto porque sus luces se habían vuelto parpadeantes y pasaban, en contados segundos, del verde, al rojo y luego al amarillo y volvía el ciclo a reiniciarse.

«Alguien tendrá que arreglar ese semáforo» pensé. «Aunque no creo que ningún automovilista lo extrañe...».

Pero había un comercio abierto a semejantes horas; un restaurante. No tenía más que un solo cliente en una única mesa. Estaban las luces encendidas del salón, la barra donde debían atender los mozos.

El hombre leía tranquilamente su periódico como si aquel paisaje, sumamente extraño no lo afectara en lo más mínimo. Al abrir de par en par las hojas de su periódico lo reconocí: aquel hombre lo había visto anteriormente y quizás ahora podía verlo de más cerca y con más detalle.

Vestía un traje elegante negro, con un delicado detalle de un pañuelo blanco en el bolsillo. Usaba lentes permanentes con un marco dorado, no podía creer que fueran de oro pero era posible. El cabello era corto, entrecano mientras que a la altura de las patillas era casi blanco. Era un hombre de tez blanca, nariz recta, y bien afeitado, a pesar de tener una cicatriz bien profunda en la parte baja de su mejilla. En sus muñecas lucía un Rolex que despedía pequeños brillos con las luces del salón cuando cambiaba de página de su periódico.

¿Quién era ese hombre?

¿Por qué lo conocía?

En ese momento miró hacia la calle como si esta estuviera atestada de gente en sus veredas pungando por un taxi o por un lugar en la esquina antes del cambio de semáforo y no desierta como ahora. Miró y pareció no notar que yo estuviera allí, con papeles revoloteando a mi alrededor. Miró y yo me concentré en su mirada y una especie de miedo me invadió y entonces... desperté.

Estaba en la sala de la cabaña de los guardabosques, completamente en penumbras. Uno de ellos que oficiaba de guardia, regresaba de la cocina dónde se había servido la cuarta o quinta taza de café. El secuestrador convertido en nuestro prisionero, dormía tendido en el piso arropado con una gruesa frazada a cuadros que le había traído el guardabosques antes de apagar las luces y por momentos parecía despertar para refregarse la nariz y luego seguir durmiendo.

Solo había sido una pesadilla, pero no una nueva, porque aquel hombre ya lo había visto en otra que había tenido en la sala de la Misión. *¿Quién era ese hombre?*

¿Por qué era recurrente?

Volví a dormir. La mañana nos despertó con fuertes ráfagas de viento que movían y sacudían las copas de los pinos.

—*Bonjour* (Buenos días) —saludó el guardabosques—. (Dormir. ¿Bien?) —dijo haciendo señas con las manos.

—Sí... lo hice —dije y dejé para otra oportunidad, lo de mis extrañas pesadillas.

Miró al hombre que roncaba en el suelo y le dijo algo en voz alta, como para que se despertara.

—¡Eh! —protestó el hombre despertándose en forma violenta.

Todo lo que siguió fue casi burocrático. Los guardabosques llamaron por radio a la policía, pidiendo un helicóptero para trasladar al Padre. Yo les mostré mi pasaporte para que no creyeran que era otro prófugo de la justicia. Uno de los guardabosques se sorprendió al verme un grueso raspón en uno de mis antebrazos que se había hinchado como si estuviera contrayendo una infección, así que me convertí en el segundo posible, pasajero de aquel helicóptero ambulancia.

A pesar del viento que por momentos se ponía muy molesto, me senté a esperar en la pequeña escalera de entrada de la cabaña, la llegada de la policía. Al minuto se acercó el perro y se echó casi a mis pies. Aquel paisaje verde hasta el infinito, estaba destinado a convertirse en un recuerdo intenso en poco tiempo, cuando regresara a la civilización, así que... traté de llevarme conmigo, todas las imágenes que podían captar mis ojos.

Uno de los guardabosques, el que había recibido primero el gran impacto visual de que un completo extraño lo amenazara con un arma de fuego al llegar a su cuartel, se acercó. Yo, en medio de tantos acontecimientos que nos habían marcado tan de cerca no había tenido tiempo de observarlos con mayor detalle. Pierre era alto, rubio y con una contextura que recordaba a los jugadores de rugby. Dado que hablaban francés, debí decir, como los jugadores franceses, aunque el primer recuerdo o evocación era para con Los Pumas, el seleccionado de rugby argentino. Si bien no tenía muy anchas las espaldas, si tenía fuertes y poderosos los brazos y las piernas, al menos por lo que podía deducirse por el uniforme. Tenía el cabello corto aunque la distancia con el pueblo más cercano hacía que varios mechones crecieran un poco más, cerca de las sienes por ejemplo porque no podía ir al peluquero tan a menudo. Tenía una nariz recta que había tenido un accidente en una lejana adolescencia y que le había dejado la cicatriz de una fractura a la altura del tabique nasal. Los ojos eran marrones muy claros y por momentos se tornaban bastante alegres, cuando decían cosas, travesuras que había hecho el perro, las mascota del cuartel. Sus labios eran finos y tal vez, una vieja costumbre de acentuar algunas de las frases con un gesto había dibujado arrugas en ambos costados de la boca, arrugas que de seguro se acrecentarían cuando fuera más mayor. Se acercó y dijo algo que sonó bien y que para mi sorpresa pude entender.

—*Ils semblent... amis* (Parecen... amigos) —comentó con las manos en los

bolsillos.

Lo miré y el perro gimió un poco; tal vez los animales, con ese extraño sentido con el que comprenden las conductas de los humanos, presentía que debía irme, partir.

—¿Cómo se llama el perro? —pregunté.

—*Lafayette*.

Me atreví a acariciarlo y agradecerle por la sentida despedida.

—*Merci... Lafayette. Merci.*

El helicóptero llegó como a las dos de la tarde. Era un viejo, pero fiel CH-146 Griffon, modificado para servir como apoyo y evacuación de heridos en el campo de batalla. El piloto comentó que habían tenido una serie de ligeros contratiempos de mecánica a la hora de despegar y que ahora debíamos darnos prisa debido que en esas regiones oscurecía temprano y no era tan bueno volar con viento fuerte y cruzado, que siempre es muy traicionero.

Volar en un helicóptero del ejército, fue otra gran experiencia para mí; solo lo había visto en películas de guerra. El aire por momentos helado nos golpeaba en la cara y lo único que podíamos escuchar era el sonido del motor, salvo que alguno de la tripulación compartiera con uno de nosotros por unos minutos los auriculares.

El paisaje verde de un bosque interminable con decenas y hasta cientos, diría yo, espejos de agua de diversos tamaños era increíble y nos acompañó por largas horas.

En dos horas más de vuelo llegamos a un hospital que disponía de aeropuerto muy cercano. Después de revisarme la herida del antebrazo, me llevaron a una habitación donde como lo esperaba, las autoridades comenzaron a interrogarme en forma discreta, quizás no tenían nada en mi contra, pero al menos mi nacionalidad o mi débil manejo de su idioma los hizo sospechar. La habitación tenía paredes de color crema y una gran mesa de madera y tres sillas de metal. Bien podría haber sido la habitación de un monje, aunque creo que un monje al menos tendría unos libros de los doctores de la iglesia, para guiarlo en sus meditaciones y algo religioso, como un crucifijo, colgando de una de las paredes. Tendría una pequeña ventana, pequeñísima, diminuta, casi en lo alto, por donde entraría un delgado hilo de luz contra el crucifijo, al amanecer. Aquí no había nada de eso. Las paredes estaban desnudas y por momentos había una sensación de falta de aire que ellos intentaban mitigar encendiendo el aire acondicionado, pero claro, no era lo mismo. Al entrar y sentir el peso del aislamiento en esa habitación, me era imposible no añorar el bosque aún, con los lobos aullando en la noche cerrada, con la lluvia cayendo sobre mi cabeza y mis hombros empapándome hasta los huesos o los pequeños arroyos cuyos cauces parecían personas que conversaban y hasta discutían sobre algún tema. «Al menos la iluminación no es tan mala» pensé mientras el oficial que tenía enfrente mí revisaba las hojas de un expediente. Y sí, debía estar agradecido que aquella habitación no estaba iluminada por un pequeña lámpara que colgara desde el techo proyectando un cono de luz y dejando el resto en una penumbra tétrica. El hombre que tenía enfrente

debía tener como unos cincuenta años, y muchos de profesión de policía. Los años de experiencia, cadáveres encontrados en los lugares más impensados o en los más comunes, historias oscuras de personas que estaban destinadas a perderse en el crimen tarde o temprano y de otras que no se esperaba eso de ellas, le había dibujado decenas de arrugas en su frente y en el final de sus ojos. Tenía los ojos grises. Levantó la vista para mirarme un segundo y luego continuó su larga inspección a ese expediente. Allí pude saber el color de sus ojos y no pude evitar recordar lo que un notable escritor norteamericano decía de los hombres de ojos grises y su puntería. Las órbitas de sus ojos y su mandíbula cuadrada le daban un aspecto de marinero duro, de capitán de un barco de mala muerte que revisaba la nómina de sus empleados para pagarles. Llevaba la marca de una barba de algunos días tal vez tres, lo que me decía que había tenido algunos asuntos importantes que tratar y que lo habían mantenido ocupado. Vestía traje negro y camisa blanca con una corbata con un nudo flojo. El otro policía era mucho más joven, tal vez de unos treinta o menos. Llevaba el cabello muy corto casi como un soldado y tenía un aspecto mucho más atlético que su compañero y casi la misma indumentaria, solo que este llevaba mejor la corbata, como si le gustara parecer un poco más elegante. Junto a los dos oficiales de la policía, mejor dicho, junto a uno de ellos, el que revisaba el expediente que yo presumía que era mi caso, había una mujer, de unos 25 años, con el cabello rubio corto que oficiaba de traductora. No era una mujer propiamente dicha bella o atractiva, una mujer común y corriente de las que uno se cruza o tiene a su lado en cualquier semáforo de una gran ciudad. Usaba grandes lentes y miraba las paredes y al policía que tenía a su lado, con cierta insistencia como si se sintiera algo insegura. Me ofrecieron un taza de café y yo decliné el ofrecimiento por una de té.

—Señor... Enrique ¿verdad? —preguntó ella, al fin mirándome a los ojos.

—Así es.

—¿Cómo se siente ahora?

—¿Lo dice por lo de mi brazo?

—Exactamente... y por... alguna otra molestia que pueda tener.

—La herida del brazo nunca... me molesto mucho en verdad. Lo sentía como una molestia... para mi, no era nada grave.

—Nada grave... —la traductora miró al oficial y tradujo lo que yo había dicho. El hombre asintió con suavidad sin dejarme de mirar y entrecruzar los dedos de sus manos.

—El oficial Dubois... quiere que nos cuente... cómo llegó hasta Canadá.

—Bueno... es largo de explicar... —dije y me quedé mirando la pared. Si les decía la verdad, me terminarían confiando en un loquero, quizás de por vida. Solo me quedaba un camino—. Un barco... el Baffin, hizo escala en un puerto del sur de Argentina. Yo trabé amistad con el capitán...

El oficial de policía hizo un gesto para que se me interrumpiera. Hizo una pregunta en francés y la mujer tradujo.

—El oficial Dubois pregunta si recuerda el nombre del capitán del barco.

—Lo recuerdo claro. Se llama Jean Claud.

—Continúe —pidió la mujer.

—El capitán me dijo que iban a hacer varias escalas por... distintos puertos y me invitó a navegar con ellos... Concretamente me ofreció trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Necesitaban un cocinero. Nada *gourmet*... sino alguien que les hiciera el desayuno... el almuerzo. El último cocinero se había largado... sin dar muchas explicaciones.

El oficial dijo algo mirando a la mujer y ella tradujo.

—El oficial dice si no le dijeron porque había renunciado.

—Dijeron que era por razones personales. Estaba viejo... y cansado.

—Continúe.

—Bueno... me gustó la idea de navegar y trabajar, es decir, en lugar de pagar para viajar... iban a pagarme... era un barco pequeño... e íbamos a regresar en unos meses.

El oficial hizo otra pregunta.

—Dubois quiere saber a que se dedica en Argentina.

—Soy detective. Detective privado.

La mujer tradujo y el hombre asintió y sacó sus cigarrillos y me ofreció uno. Yo le agradecí pero por señas le indiqué que no fumaba. Con el cigarrillo en la punta de los labios, Dubois hizo otra pregunta.

—Dubois pregunta si estaba investigando algún caso en su país.

—No tenía ningún caso. Era una de esas... épocas malas.

—Dice que continúe.

—Nos hicimos a la mar... y recalamos en varios puertos... en Río en Brasil... y en otros en El Caribe. Cuando llegamos a la zona de las Bahamas... dimos una larga vuelta para evitar la zona del Triángulo de las Bermudas. Cuando le pregunté me dijo que lo hacían todos los barcos... creer o reventar. Hicimos escala en Labrador... y llegamos a Hebrón y nos hicimos de vuelta a la mar para pescar más... y entonces una tormenta nos hundió... Fue de improviso, no le dio mucho tiempo al capitán... yo llegué nadando hasta la costa. Logré hacer un poco de fuego, calentarme y finalmente me decidí a caminar hacia adentro, tierra adentro. Así llegué hasta la Misión del Padre Bautiste.

El oficial había terminado a un tiempo récord su cigarrillo y estaba a punto de encender otro más. Me miró y tomó mi pasaporte y lo hojeó lentamente. Luego le dijo algo a la traductora.

—Dubois me dice que ha pedido sus antecedentes a la Interpol, y a todos los organismos internacionales. El terrorismo al hacerse global obliga a hacer esas averiguaciones. También me dice que por acuerdos internacionales debe comunicar de su presencia y mejor dicho, de su situación legal al consulado de su país. Todos los

informes pueden tardar varios días. Igual no tiene que preocuparse por la comida y el alojamiento. Estará a cargo de la Policía de Canadá.

—Gracias.

—También le dice que tiene derecho a una llamada nacional... o internacional.

—Le agradezco. No tengo a quién llamar. Una pregunta si me permite, ¿voy a quedarme todo este tiempo... en un hotel o en... la estación de policía?

La mujer tradujo al oficial y él respondió espiando mi reacción.

—Dubois dice que no tiene cargos en su contra... pero deberá quedarse en la estación hasta que lleguen sus antecedentes...

—Claro... —dije tratando de no parecer resignado, ni molesto.

—Dubois quiere que le explique un detalle. En su mochila... encontramos un artefacto extraño... ¿puede explicar que es y para que lo usaba?

—¿Se refiere al tubo metálico? No lo usaba para hacerles el desayuno a los pescadores. Conocí a una persona en el sur... en Argentina... encontré a su mascota y él no tenía dinero para pagar mis honorarios... así que... ofreció pagarme con ese... ¿cómo decirlo? Con esa artesanía... Sirve como *pisapapeles* o simplemente de adorno... Yo accedí... el hombre no tenía dinero y no quería... ofenderlo. Así que acepté. Era geólogo o algo parecido... en ese momento no tenía trabajo como geólogo y por eso se encontraba en una situación tan... desesperada. Había sido artesano en metal durante muchos años y conservaba algunos objetos... me dijo que había llegado a hacer espadas de acero auténtico para unos fanáticos de las historias medievales... ¡Menos mal que no me ofreció unas de esas!

El policía asintió casi como si intentara sonreír y volvió a encender otro cigarrillo. La mujer lo miró casi sorprendida y volvió a traducir. A veces la actitud de mirar hacia abajo del oficial Dubois, me decía que meditaba cada palabra, cada frase, cada dato que podía encajar o no en mi historia y que luego, volvía a lanzar otra pregunta.

—Dubois dice que también encontraron un GPS.

—Así es. Se lo compré a un hombre en mi país, pero resultó estar fallado porque las baterías no duraron todo lo que tenían que durar o simplemente dejó de funcionar. También tenía en mi mochila, una brújula... es que me gusta saber dónde estoy... aunque el timón... lo lleve otro.

El policía le dio una última bocanada a su cigarrillo y dijo algo señalando al otro hombre que había permanecido de pie durante todo el interrogatorio.

—El oficial Laurent lo llevará a la estación. Lo alojaremos en una celda privada... dice que no tendrá contacto con los otros detenidos... pero deberá esperar el resultado de los antecedentes que se han pedido. Igual... hay otra causa... la de los asaltantes que le robaron a los turistas y que lo secuestraron junto con el Padre Bautiste y mataron al guardabosques. El juez de seguro lo citará para que declare, en los oficios del caso... y después en el juicio. Eso es todo —tradujo la mujer y el hombro le dio una leve palmada a la mesa y tomó el expediente y lo cerró. Luego se puso de pie y yo le tendí la mano. Había algo de sorpresa en su semblante. Tal vez no

estaba acostumbrado que un detenido le extendiera la mano, en señal de agradecimiento, o solo de una buena actitud. Igual hice con la mujer.

—¿Su nombre señora?

—Valerie.

—Fue un gusto Valerie.

—Lo mismo digo —agregó ella sonriendo—. Que tenga suerte en el juicio.

—Gracias.

El otro policía me acompañó por el pasillo hasta donde había una patrulla con otro policía, que fumaba un cigarrillo apoyado contra el auto. De allí partimos rumbo a la estación. Las calles parecían casi desiertas e iluminadas por pequeños conos de luces amarillas desde lo alto. A veces un viento fuerte movía las copas de los árboles y el cono de luz se interrumpía por unos segundos. En cierta manera me recordaba a los lunares de luz que había visto en el bosque, solo que estos, los de la ciudad nocturna, parecían algo siniestros. Los dos hombres, chofer y oficial dijeron algunas cosas en su idioma, sobre el clima, la noche, mientras la radio policial transmitía órdenes, direcciones. En un momento uno de ellos pareció hablar de mí, porque dijo algo e intentó mirarme a través del espejo retrovisor, espiando mi reacción. El oficial dijo algo que no pude entender ni siquiera a media lengua. Al fin, después de dar un par de giros en las calles a veces desiertas, a veces demasiado transitadas por autos deportivos con jóvenes que salían a divertirse y a bailar, después de dar varias vueltas, llegamos a nuestro nuevo destino.

La estación era un hervidero de gente; había personas esperando en algunas bancas, de diversas clases sociales, una mujer joven embarazada con un pañuelo arrugado entre sus manos, un hombre y una mujer que exponían su situación ante el oficial que le atendía, el hombre dijo cuando yo pasé por ahí: «hermano», buscaban a su hermano deduje, y decenas de policías frente a computadoras que consultaban datos. Me llevaron hasta una celda grande con un camastro en la pared y una pequeña pileta lavamanos. El hombre dijo algo y señaló las luces, algo así como: «Las luces se apagan a las diez» o «Pronto apagaremos las luces». Me lavé las manos y me refresqué la cara. Me acosté en el camastro y para evitar concentrarme en el lúgubre paisaje de los barrotes miré el techo, esperando el momento en que se apagaran las luces y todo quedara en penumbras. Después de unos instantes, otro policía llegó con una bandeja; me ofrecían cenar. Había puré de papas, una hamburguesa grande y un vaso plástico con agua.

—*Merci* —le dije al recibir la bandeja.

—*Merci* —se limitó a responder casi sorprendido bajando la mirada y cerró la puerta otra vez.

Para el puré que estaba algo tibio, había un pequeña, casi diminuta cuchara de plástico, como las que se usan para tomar helado, de seguro para evitar que un utensilio aunque de plástico como un tenedor, pudiera ser utilizado como arma contra los guardias. Me senté en el borde del camastro y después de dar la gracias o pedir la

bendición para mis alimentos, comí en silencio.

Treinta largos minutos después, vinieron por la bandeja y el hombre señaló las luces; se acercaba la hora de dormir. Minutos después, las luces se apagaron y la penumbra quedó habitada por algunas carcajadas y voces de otros presos, y el sonido suave y melancólico de una armónica.

Mi vista se concentró en el techo. Hacía frío en aquella celda, mucho más que cuando bajamos de la patrulla. La noche, con sonidos melancólicos y ruidos de barrotes de hierro, de cadenas, como los sueños habitados por fantasmas y espectros, parecía larga e insondable, dueña absoluta de sus misterios.

El miedo me dominaba, estaba en una cárcel de un país extranjero, que parecía respetar al pie de la letra las leyes pero no era una situación normal para mí, aunque ya había pasado por varios interrogatorios de la policía que me encontraba en situaciones... difíciles de explicar por decirlo de alguna manera. Estando atento al peligro, como cuando estaba en el bosque oscuro y salvaje, luchando contra el cansancio natural me dormí. Recuerdo que me desperté un par de veces en medio de la noche y observé todo el panorama a mi alrededor y luego me volví a dormir, siempre en una misma posición es decir, con la espalda contra la pared, mirando hacia la puerta de la celda. El frío se hizo muy notable en un momento de la noche, tanto que apretujé mi cuerpo contra mi mismo para poder conseguir un poco de calor. Al menos estaba vivo, no se me acusaba en concreto de ningún delito, solo que mi situación, mi ingreso al país era sumamente irregular y por eso todos los controles y averiguaciones del caso. A veces, mientras me acurrucaba más para entrar en calor, recordaba que me sentía extraño porque, habituado a buscar la verdad de un caso, había mentido para poder darle a mi situación un cariz normal o casi, normal. Los barcos pesqueros solían tomar personal en los puertos en dónde atracaban y no debían dar explicaciones de ninguna índole a las autoridades, salvo que se lo exigiera un guardacostas o una autoridad del puerto. Entonces debían dar todas y las más exhaustivas explicaciones sobre por qué, tal o cual individuo viajaba en su nave. El pesquero Baffin, se había perdido durante una tormenta y la nómina de trabajadores estaba ahora en el helado, fondo del mar.

La mañana llegó con un poco de alivio en cuanto al frío, pero el cielo estaba muy plomizo, al menos eso era lo que podía adivinar, espiando por la diminuta ventana con rejas que estaba sobre mi camastro.

¿Cuánto tiempo estaría allí? ¿Días? ¿Meses?

¿Vería pasar las estaciones del año y sus diferentes cambios climáticos?

Desayuné casi a las ocho de la mañana, dos croissants, una gran taza de café bien caliente. Cuando el policía vino a buscar la bandeja me indicó con señas que saliera. Me llevaron al patio y él se quedó detrás mío cruzándose de brazos; era mi hora de salir a tomar aire fresco, que por lo cierto estaba casi helado. Todo el perímetro estaba cercado por un tejido doble de alambre que se elevaba hasta más de los dos metros y el final estaba coronado con un alambre de púas enrollado en espiral. Solo faltaba la torre con una guardia con reflector, y ametralladora o el guardia de infante con dos perros enormes. Parecía que estaba viendo una escena de una vieja película de la Segunda Guerra, donde los prisioneros norteamericanos e ingleses mientras caminaban para «estirar las piernas» miraban de reojo las torres de vigilancia planeando «*El Gran Escape*». Pero no. Por fortuna, todas esas cosas no estaban. Solo el tejido infranqueable y los alambres de púas que había visto en muchos lados en mi país, en barrios privados y hasta en escuelas y comedores comunitarios, por una mera

medida de seguridad. Estuve por un espacio de 30 largos minutos. Me recordaba al recreo largo de mi época de escuela primaria. Luego de que él, terminara su cigarrillo, me indicó con señas que debíamos volver. Luego deduje que me habían sacado a la mañana al patio, porque a los presos comunes, se los sacaba a la hora de la tarde, y dado de que eran muchos más, se los dejaba jugar al basquet, fumar cigarrillos, y hasta hacer ejercicios. Por un buen criterio de alguien que por ahora desconocía, no me mezclaban con los presos comunes como me lo había traducido la mujer durante mi interrogatorio. Miré el cielo plomizo y entré con el policía y volví a mi celda.

Así transcurrió un día. Y cuando a la mañana siguiente se dio la misma situación, de salir al patio después del desayuno, comprendí que debía comenzar a contar los días con el clásico dibujo de siete rayas cruzadas luego por una línea en diagonal, para no perder la noción del tiempo.

Al tercer día, cuando salí al patio después del desayuno me encontré con alguien más esperándome, fumando su infaltable cigarrillo; el oficial Dubois.

Allí lo pude ver de cuerpo entero y con más detalle; era corto de cuerpo, tenía una barriga un poco grande lo que lo hacía parecer más pequeño. Conservaba los brazos fuertes, tal vez, con trabajo duro de gimnasio. La imagen del jugador de rugby se hacía más fuerte.

—*Bonjour* —saludó dándole una fuerte pitada a su cigarrillo.

—*Bonjour* —le respondí tratando de dar mi mejor sonrisa. No era una persona necesariamente querida pero al menos alguien conocido.

—¿Cómo lo estamos tratando? —preguntó.

—¿Habla español?

—Así es. No tan bien como un mejicano... o un colombiano... pero sí. Lo hablo.

—Me están tratando bien —comprendí que había algo extraño en su proceder. Si hablaba español, ¿por qué necesitaba de traductora?

—¿No se pregunta por qué necesité de los... oficios de una traductora hace unos días?

—Creo que usted va a decírmelo sin necesidad de que se lo pregunte...

—Así es Enrique. Cuando me dijeron que había una persona que no hablaba francés... ni inglés... ni el italiano o el alemán que hablan los turistas europeos supuse que tenía entre manos un caso extraño y no me equivoqué.

—Se refiere a mi nacionalidad...

—No solo a su nacionalidad. Pedimos informes a la Interpol y nada: usted está limpio. Pero... pero... —agregó levantando la mano—. Uno de mis compañeros me aconsejó pedir informes a gente de los servicios secretos... el francés... no tiene ningún dato de usted... pero la gente de la C. I. A., los americanos, dijeron que estuvo involucrado en varios casos hace tiempo... ¿el nombre de Bob Mc Kinley le dice algo?

Bob Mc Kinley, el agregado cultural de la Embajada Americana que era agente de

la agencia. Mi viejo conocido que me había dicho más de una vez, que eso de andar metiendo mis «sucias» narices en los asuntos de los demás, me iba a traer muchos problemas.

—Claro que me suena... es el agregado cultural de la Embajada Americana. Colaboramos... o mejor dicho coincidimos en algunos casos... varias veces... tuvimos coincidencias... y diferencias...

El hombre me miró, tiró su cigarrillo, encendió otro y al final me habló.

—Él dijo algo parecido de usted... y eso me hizo pensar... —comentó caminado mirando hacia la distancia—. ¿Qué está buscando aquí en mi país? Dígamelo.

—Oficial Dubois...

—Jean Pierre... Jean Pierre Dubois. Ese es mi nombre.

—Jean Pierre entonces... no estoy buscando a nadie en particular.

—¿Quiere hablar con gente del servicio secreto?

—Para nada. No necesito hablar con nadie en particular. Ya se lo dije: vine aquí porque vine navegando en un barco pesquero.

—El Baffin se fue a pique hace una semana... días más... días menos. La gente de... los militares... encontraron uno de los cuerpos... dicen que es... uno de los pescadores... van a hacerle la autopsia para saber... a ciencia cierta, la causa de la muerte...

—No comprendo ¿para qué quieren... saber?

—Rutina... El Baffin llevaba...

—Seis... seis tripulantes... contando al capitán.

Me miró fijamente a los ojos; aquel hombre sabía que yo mentía, pero no sabía por qué, ni para qué.

—Eso iba a decir... seis tripulantes. Algo arriesgado para un barco pequeño si consideramos que el barco tenía capacidad para cinco y había decidido llevar a seis hombres... pero eso no importa. Al fin y al cabo fue una decisión del capitán. No creo que llevar el peso de un hombre más... haya hecho que el barco se fuera a pique... pero... —sacó otro cigarrillo y me miró otra vez—. ¿Le importa si fumo otro?

—No. No me importa. Aunque debí decir que sí —le dije mientras lo encendía y él se quedó mirándome—. Me importa por sus pulmones.

—Muy gracioso... —comentó él y lo terminó de encender.

—No es una broma... es verdad... me importan sus pulmones aunque a usted no le importen.

—Le diré una cosa Enrique... he sido casi 24 años policía... he visto cosas oscuras y terribles que en un tiempo me quitaron el sueño hasta que lo superé... un día llegué a la conclusión de que tenía mucha suerte. Estuve en cuatro tiroteos... y una toma de rehenes... era un hombre que se había vuelto loco, porque su mujer no le dejaba ver a sus hijos... entonces el pobre tonto... fue a un supermercado pequeño... compró un cuchillo y antes de pagarlo lo sacó de la envoltura de plástico y amenazó a

todos lo que estaban ahí... el pobre tonto se calmó cuando le dijimos que iba a poder ver a sus hijos, pero que él iba a estar... en la cárcel... dejó salir a las dos ancianas... al anciano con respirador... luego a la chica de la caja y finalmente a los dos chicos que reponían... las góndolas... el encargado se había desmayado del miedo así que ese no era cuenta... luego salió él y se dejó atrapar... el pobre tonto no representaba una amenaza para nosotros que rodeamos el supermercado con tres coche patrulla. Después de ese día... llegué a la conclusión de que... nada podía hacerme daño así que me dediqué a fumar... de paso... me calma los nervios...

—¿Es verdad? ¿Eso... de los nervios?

—No. Ya es un vicio y nada más. ¿Qué me decía?

—Me estaba diciendo usted... eso de llevar seis tripulantes... cuando el barco en realidad podía llevar cinco que era una decisión del capitán...

—Ah sí. Que era una decisión pequeña... pero por algo se comenzaba... y se terminaba tomando decisiones que afectaban el destino del barco y de todos los tripulantes.

Caminamos otro trecho en sentido contrario. Ya habíamos caminado hacia la izquierda y luego hacia la derecha y ahora volvíamos hacia el otro lado. Era yo, el que estaba encerrado sin saber por cuanto tiempo, era yo el que debía comportarse como un tigre enjaulado y el que caminaba hacia uno y otro lado, era él. Yo solo me limitaba a seguirlo.

—¿Está seguro de que no desea hablar con nadie?

—Seguro. Nadie se ha llevado por delante mis derechos aquí. Solo tengo que esperar las formalidades... de la ley.

—Pero hay alguien que comenzó a hacer preguntas... desde el primer día que llegó. Seguramente tuvo que ver con el aviso que por ley internacional estamos obligados a hacer.

—¿Ah sí? ¿Quién?

—¿Realmente no lo sabe?

Se quedó mirándome fijamente.

—No. No lo sé.

—Bueno... —dijo terminando el cigarrillo que había fumado en otro tiempo récord—. Parece bastante sincero así que voy a decírselo: es el Señor Cónsul Honorario, Juan Francisco Bernard, Doctor Bernard.

—No lo conozco. No... sé... será su obligación hacer esa clase de consultas...

—Más que obligación... ha llegado a decir que la Policía ha vulnerado sus derechos de una legítima defensa. Quiere hablar con usted cuánto antes y forzar a que un fiscal y un juez se hagan cargo de la causa...

—¿Eso es malo? No entiendo de leyes... y menos de las leyes canadienses.

—Bueno... si un fiscal se hace cargo de la causa... pueden acusarlo de entrar ilegalmente al país... deberá ir a una penitenciaría y esperar que se dicte sentencia.

—O sea que sería perjudicial.

—Yo creo así... no sé usted.

—No quiero hablar con ese cónsul. Solo empeorará mi situación. Si le avisaron porque la ley lo obliga, ya está —le dije.

—Yo creo lo mismo. Pero él insiste... ¿de verdad no lo conoce?

—No conozco a nadie en este país. Las personas que conocí fueron los tres hombres que asaltaron a los turistas y secuestraron al Padre Bautiste, el Padre mismo y los guardabosques... nadie más... —entonces las imágenes de mis sueños extraños volvieron como un relámpago a mi mente—. Un momento...

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—¿Tiene una foto de ese hombre por ahí?

—No... claro que no... pero... pero puedo buscar... supongo que en algún lado la puedo conseguir. Pero antes deberá decirme porqué.

—Antes de venir a este país... un hombre, un empresario me estafó. Dijo llamarse Dupré... pero puede tener otro nombre...

—¿Y por qué iba a encontrarlo justo aquí? Hay algo que no encaja.

—Si yo no lo llamé... si no lo busqué...

—Él lo está buscando a usted... —comentó mirándome fijamente—. Aunque... no entiendo mucho cuando los sospechosos comienzan con esos juegos de cambiarse los nombres...

—Podemos averiguarlo juntos —le dije—. Consígame una foto de ese hombre...

Sacó la etiqueta de cigarrillos, puso uno en sus labios y me miró y sacudió la cabeza hacia uno y otro lado.

—Esto es muy extraño... muy extraño. Pero le voy a conseguir una foto de ese hombre... —se adelantó unos pasos y le dijo algo al policía que había permanecido todo ese tiempo de guardia en el patio.

Me llevaron a mi celda otra vez. Era tiempo del almuerzo: puré, con hamburguesas y un vaso con agua. Cuando estaba terminando junto con el policía que retiraba la bandeja llegó Dubois.

—Lo tengo.

Hizo abrir la celda y se sentó en el suelo con un aire de adolescente rebelde que quiere fumar un cigarrillo.

La fotografía mostraba a un hombre que había posado para el momento; vestía su mejor traje, su mejor corte de cabello. Lo reconocí al instante; era el hombre de mis pesadillas recurrentes. El cabello entrecano, con partes casi blancas cerca de las orejas, los lentes permanentes de marco dorado. La nariz recta y la cicatriz, que por un estrecho ángulo de la fotografía se notaba apenas. Era él. Ahora sabía su nombre y a qué se dedicaba.

—¿Y bien? ¿Es él?

—No. No lo es.

—Entonces... —agregó poniéndose de pie—. No tenemos nada. Estamos como al principio.

—No tan rápido... ahora conocemos el rostro de nuestro enemigo.

—Enrique... —se revisó la ropa y llamó al guardia—. No entiendo a que se refiere y tengo al menos un par de casos que resolver... usted se irá a una penitenciaría y...

—Le pido que haga algo más por mi... por favor...

Se detuvo un momento antes de que el guardia abriera la celda. Miró al guardia y le dijo que se fuera.

—Dígame... pero no le garantizo nada.

—Este hombre me quiere fuera de la estación... en un lugar donde él pueda controlarme...

—¿Por qué habría de hacer eso? ¿Sabe?, estoy empezando a creer que usted está loco... ese hombre solo está cumpliendo con la ley.

—Pero no lo estoy. No estoy loco, se lo aseguro. Le propongo algo.

—¿Algo en contra de un cónsul de una país extranjero? ¡No! ¡No estoy tan cansado de mi trabajo para cometer un suicidio así!

—Es un cónsul honorario. No un funcionario del gobierno.

Se quedó pensando y se rascó la cabeza buscando respuestas en su mente; sabía que yo estaba en lo cierto.

—¿Qué propone entonces?

—Debe ser un empresario. Y deben tener negocios comunes con el tal Dupré.

—El empresario que... según usted... buscó estafarlo.

—Me estafó... y me robó... el tubo de metal que ustedes encontraron en mi mochila.

—¿Esa cosa?

—Esa cosa...

Se quedó mirándome otra vez. Entonces uno de los policías entró en la habitación y lo llamó.

—(¡Sr. Dubois! ¡Venga rápido!)

—Un momento por favor...

Se detuvo antes de que otro de los policías abriera la reja de nuevo.

—Dígalo rápido. Tengo que irme.

—Por favor... dígales que no me saquen más al patio...

—¿Y eso por qué?

—Usted dijo que el hombre empezó a hacer preguntas por mi situación el primer día que yo llegué... me pueden haber visto en el patio.

—Enrique... empieza a parecerme paranoico al menos...

Esta vez, era yo quién lo miraba fijamente.

—Está bien. No lo sacarán al patio hasta que tengamos otra conversación. ¿Está bien?

—Correcto.

Me miró casi con un poco de lástima.

—Tengo que irme.

El oficial cerró la reja y volví a mi camastro a mirar el paisaje monótono del techo. Tal vez, el único que vería, en mucho tiempo...

Pasaron tres días más; tres rayas en la pared. Ya no había salidas al patio a tomar aire limpio y solo quedaba mirar el techo hasta que la vista se cansara. Recuerdo de la novela *«El Conde de Montecristo»* de Alexandre Dumas que el pobre Edmond Dantès había ideado como pasatiempo contar cada uno de los ladrillos de la pared... bueno también debo decir que se creía perdido cuando descubrió escrita en la pared la frase *«Dios me hará justicia»*. En el cuento de Kafka, *«Ante la ley»*, el campesino había terminado contando hasta las alimañas del guardián que le impedía la entrada a la Ley. Y yo era cada uno de esos desdichados y los dos al mismo tiempo y aún tenía espacio para ser yo.

Al comienzo del cuarto día, la persona que trajo mi bandeja de desayuno, era nada menos que el oficial Dubois.

—¿Puedo desayunar con usted? —preguntó con una sonrisa.

—Claro que puede —le dije poniéndome de pie y recibéndole la bandeja.

Nos sentamos ambos en mi camastro.

—¿Cómo le ha ido estos días?

—No puedo quejarme... al menos me alimentan bien y me protegen... para mi, eso es todo.

—Bueno... tengo novedades. No sé si las quiere antes... o después de que comamos.

—Antes... si es posible.

—Yo diría durante... el café se enfría rápido... hoy hace bajo cero... yo soy de aquí y me parece que me sorprendió un poco el frío... en fin... debe ser la edad. Y parece que continuará los tres días que siguen. Bueno... eso que dijo que el cónsul debía ser... un empresario... me llamó la atención y comencé una pequeña investigación... Descubrí que es un poco... difícil, por no decir casi imposible, descubrir a lo que se dedica una persona... sin una orden judicial... eso me lo dijo uno de los policías de homicidios... una persona, un empresario puede ser parte del directorio de una empresa y ese dato no tiene que ser necesariamente público.

—Es verdad. Por ese lado es muy difícil.

—Así que pensé... Dubois... si este hombre es casi invisible... ¿cómo vas a relacionarlo con el otro? Entonces recordé que una vez había estado casi de novio... saliendo con una chica de Migraciones... y la llamé. La chica se llama Isabelle... y... después de los reproches de por qué no me llamaste y cosas así... accedió a investigar si un pasajero de apellido Dupré estuvo en este país... en los últimos... seis meses... ¿Y a que no adivina que descubrió?

—No tengo la menor... idea.

—Dupré estuvo en este país tres veces; es decir... hace seis meses... después regresó al mes y otra vez, hace menos de una semana.

—Menos de una semana o sea...

—O sea que coincide con el día que usted llegó a la estación de policía esperando los informes de Interpol.

—¿Cómo lo supo? Porque alguien se lo dijo no puede creer que es una casualidad... —le dije.

—Todavía puede ser una casualidad... no es prueba de nada... salvo que la llegada de este hombre coincide con la presentación del cónsul honorario en favor de un... sospechoso... detenido de esa nacionalidad. Bueno... al cónsul lo ayudo la ley, o sea: nosotros. Por ley internacional estamos obligados a notificar a los consulados del país que corresponde si tenemos a un detenido de esa nacionalidad y ahí, con solo... mirar un fax... lo supo. Si hay una conexión entre el cónsul y el empresario Dupré eso... es otra cosa. Hay algo más... —agregó limpiándose la boca con una servilleta de papel—. Llegaron los informes de la Interpol...

—¿Y bien?

—Usted está *limpio*. Confieso que no lo creí posible cuando los americanos dijeron que estuvo involucrado en ciertos casos... investigando y cosas por el estilo.

—En palabras de mi amigo... mi buen amigo Bob McKinley, «metiendo mis sucias narices donde no me importa».

—Ah... ¿así es? Bueno... según la Interpol... no tiene antecedentes así que solo falta... probar su versión de la historia con lo que puedan rescatar del Baffin. Encontraron a su capitán... al cuerpo... y dos de los tripulantes.

A veces odiaba por dentro a ese hombre que me tiraba las novedades que tanto había esperado con una especie de *cuentagotas*. Bien podía ser una auténtico *mago* del suspenso.

—Se le practicó la autopsia de rigor a los tres. Asfixia por inmersión en dos de ellos. En el tercero... murió por un infarto antes de ahogarse, pero los forenses no están seguros... los cuerpos estaban muy descompuestos... Lo importante que no había signos de violencia en sus cuerpos... ni veneno en sus vísceras.

—¿Tampoco me creyó mi versión de que me había salvado de la tormenta?

—A decir verdad... sí, pero uno de los policías de homicidios deslizó la duda de que podías haber matado a todos y luego haber hundido el barco... luego llega la tormenta... te sorprende y bueno... casi te ahogas. Pero los indicios dicen que murieron... debido a la tormenta.

Mi parte de la historia estaba resuelta... o casi.

—El capitán llevaba registros de todo; trabajadores, víveres. Parece que era un hombre... metódico... al momento que lo encontraron tenía una libreta con él... los expertos intentaron rescatar algunos datos y está totalmente destruida por el agua salada... Solo falta la causa del secuestro del Padre Bautiste y la muerte del guardabosques... la causa ya tiene juez y fiscal —agregó poniéndose de pie—. El juez... es el juez... Maillet... Samuel Maillet, famoso por su severidad en los fallos...

—Que interesante... —comenté.

—Es un buen juez... solo que algunos casos... difíciles que tuvo que decidir... le hicieron fama de juez severo. Lo importante que no es un juez injusto... ni tiene sospechas de corrupción.

—¿Y el fiscal?

—Es «la» fiscal. Se llama Sarah Ferron. También es famosa por los mismos motivos que el juez.

—Bueno... supongo que con eso se acabaron las «buenas» noticias...

—Supones mal... tengo un caso entre manos... mejor dicho, llegó a mi, porque nadie lo quiere tener. ¿Estarías dispuesto a ayudarme a resolverlo?

—¿Un caso? ¡Por supuesto! ¡Ni lo pregunte!

—Perfecto... perfecto... Eso le gustará tanto al juez, como al fiscal. Hablaremos en un par de semanas... con suerte.

—¿Un par de semanas?

—Así es. Están tratando de fijar la fecha del juicio cuanto antes... el caso de los pescadores a los cuales les robó... les robaron estos hombres que tu ayudaste a detener... es un caso resonante y la opinión pública quiere respuestas rápidas... Primero, deben resolver tu situación en cuanto a tu ingreso al país y luego harán el otro juicio. Mientras tanto... seguiré averiguando... algo podré descubrir de este señor cónsul... Hasta pronto.

Me puse de pie y le volví a ofrecer mi mano. Él dudó, porque quizás estaba muy poco acostumbrado a que le agradecieran de alguna forma.

—Gracias. No lo olvidaré.

—No es nada. No te pongas tan sentimental. ¡Guardia!

Me estaba acostumbrando al sonidos de las bisagras, de golpe del hierro contra el hierro, al sonar de las llaves en las manos de mis carceleros. La reja se cerró y el hombre se llevó mi bandeja y quedamos frente a frente, cara a cara, el silencio y yo. Era mucho más afortunado que el campesino del cuento de Kafka, porque el guardián, todavía no había cerrado la puerta que conducía a la Ley; y también, era mucho más afortunado que Edmond Dantès, porque yo tendría un juicio justo en dónde podría decir mi verdad. Mi verdad... mi verdad, la única no podría decir la nunca, de lo contrario... me terminarían confinando en un loquero de por vida, en un habitación acolchada y con él «único uniforme» de un chaleco de fuerza. Y todo lo que la ciencia podría investigar algún día, terminaría desapareciendo de los ojos de la justicia, para aparecer en las manos de Dupré y de todos los otros «Dupré» que muy posiblemente haya en el mundo, escondidos detrás de un escritorio de varios miles de dólares, enfundados en un traje confeccionado a mano en una de las mejores y exclusivas sastrerías del mundo, con Rolex de oro, o platino en sus muñecas.

No... mi verdad, la verdad que solo yo conocía, debía quedar entre mi y mi conciencia, entre mi mente y mis recuerdos...

Dubois me visitó una vez más y me trajo dos insólitos libros que yo no creía que me pudiera topar con ellos en semejantes circunstancias de mi vida; «*El Gaucho*

Martín Fierro» del genial José Hernández y «*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*» de Cervantes. Dubois dijo que estaba apurado y que tenía un par de citas a las que acudir, que otra vez, volvería para desayunar conmigo, o cenar tal vez.

¡Qué casualidad! ¡Qué terrible broma del destino! En el *Martín Fierro*, José Hernández nos relataba la historia de un hombre que había terminado siendo perseguido por múltiples injusticias y Cervantes... Cervantes había sido también un hombre que había sufrido la falta de su libertad, porque había permanecido muchos años cautivo de piratas y los sucesivos intentos de fuga, todos frustrados, lo habían precipitado a un abismo de castigos y más privaciones y finalmente, ya en el final de sus días, cuando empezaba a gozar de un poco de reconocimiento y tranquilidad, había sido encarcelado acusado injustamente.

Las primeras estrofas del *Martín Fierro* parecían estar escritas para mí; para las múltiples cosas que habían pasado por mi vida. Lo había leído en la escuela secundaria y sin embargo, mi realidad, mi nueva realidad, hacía que esas palabras sonaran nuevas en mis oídos.

*Aquí me pongo a cantar,
al compás de la vihuela,
que al hombre que lo desvela,
una pena extraordinaria,
como el ave solitaria,
con su cantar, se consuela.*

Me tomé una semana para leer, tranquilamente el *Martín Fierro*. Por momentos, creí que podía aprendérmelo de memoria y quizás, en parte lo hice.

Ya no quería salir al patio todos los días, si esa actividad, me había reportado que un hombre mitad oscuro, mitad enigmático como el misterioso cónsul, supiera de mí, de mi existencia y se lo hiciera saber a Dupré; solo tenía que ser fuerte, soportar y esperar algún día todo esto terminaría y podría volver a sentir la caricia de la brisa helada, la luz del sol del mediodía, el olor que tienen las hierbas silvestres.

Me preguntaba cómo Dubois había conseguido tales libros en mi idioma; ¿los habría pedido prestados en alguna biblioteca? ¿Era Dubois, la clase de hombre que concurría a una biblioteca? Si no lo era, ¿yo lo había cambiado?

Día de por medio a veces, y en el mejor de los casos, todos los días, uno de los guardias, quizás por pedido expreso de Dubois, me acercaba junto con la bandeja de mi cena, algunos diarios viejos, del día anterior o incluso de la semana pasada. No importaba si las noticias eran muy viejas o si solo tenían 24 horas de antigüedad, veía las noticias del mundo; si aún existía el viejo y triste conflicto entre israelíes y palestinos, si las grandes empresas y fábricas del mundo continuaban poniendo trabas a la reducción de gases de efecto invernadero, si los precios del dólar, el petróleo o las cosechas de soja, podían decidir el destino de un país.

A medida que las líneas en mi pared se incrementaban sin saber el nombre de los días que vivía, la fecha en el comienzo de los diarios, me devolvía el sentido del tiempo, de saber, que día había pasado al menos.

Uno de tantos pasajes del Martín Fierro, sonaban en mis oídos:

*Al gaucho que llaman vago,
no puede tener querencia,
y así, de estrago en estrago,
vive, llorando su ausencia.*

¿Estaba destinado a no tener... un lugar al que llamar, «mi lugar en el mundo»?

Dejé al gaucho Fierro, reflexionando y acometí contra el Ingenioso Hidalgo.

Busqué un episodio en el que Don Quijote y Sancho, en su andar, se topan contra unos viejos molinos de viento y al hidalgo le parecen monstruos y decide atacarlos, para librar a la humanidad, de semejante maldad.

«¡No fuyades, terribles y crueles criaturas, que es un solo caballero el que os acomete!» decía al mismo tiempo que se calzaba la lanza y salía a todo galope.

No pude dejar de reflexionar, si era yo, otro hombre loco como Don Quijote, que pretendía atacar a algo tan grande, tan monstruoso, que no podía ni podría vencer.

El agua helada de las duchas me alejaba de todas las meditaciones y de todos mis problemas por unos largos minutos en los que mi cuerpo parecía congelarse y luego, volver a la vida.

Un día, Dubois volvió a visitarme, pero fue por poco tiempo.

—No puedo quedarme mucho tiempo... pero te traigo una noticia que estabas esperando. Mañana, es la audiencia para decidir tu situación en este país. Te voy a prestar un traje y corbata. No son míos... no te quedarían... voy a conseguir que uno de los oficiales me lo presten.

—Espere un momento... Quería decirle...

—Ahora no. Mañana tendremos todo el tiempo que queramos... ya sea que te vaya mal o bien.

—Entonces hasta mañana...

—Hasta mañana...

Ni siquiera hizo que abrieran la reja; la conversación duró escasos dos minutos.

Aquella noche me costó dormir; cualquier ruido me sobresaltaba, pero además hubo una pequeña pelea entre dos detenidos que habían sido traídos esa tarde y el alboroto terminó por despabilarme casi completamente.

Pero al fin amaneció y luego de calzarme un traje negro, con corbata azul marino me trasladaron en un coche patrulla a la Corte del Honorable Juez Maillet.

Parecía estar vestido para dar mis condolencias en un funeral, pero al menos estaría presentable ante el estrado del Juez.

Cuando entré me quedé mirando todo los muebles y bancos de madera de color

caoba y después de mirarlo todo, me quedé de pie. Por un momento miré mis manos y me imaginé ver gruesas cuerdas, sujetando mis muñecas, pero en realidad, no había nada. La imagen que tenía de un reo, esperando el veredicto de una corte, se parecía más a una película del Oeste. Falta el viento aullando afuera, agitando una ventana solitaria y el nudo de la horca meciéndose lentamente. Pero no había nada de eso. Había sido traído por un oficial de la policía y al menos mis manos estaban libres de cadenas, grilletos o gruesas cuerdas. Volví a dedicar una larga observación de donde me encontraba. El lugar que ocuparía el juez no me lo había imaginado tan alto, obligaba a levantar la vista hacia él. Me imaginaba a las decenas y quizás hasta cientos de personas que debieron levantar su vista para escuchar las frases de: «¡Culpable!, o ¡Inocente!». Finalmente llegó una mujer de unos cuarenta y tantos, vestida con un saco negro, y una delicada blusa, oscura también y pollera negra. Los escasos tacos de sus zapatos, aunque pequeños hicieron retumbar a su paso la sala. Llevaba su cabello rubio claro recogido, lo que realzaba aún más su seriedad. Era delgada, y bien proporcionada; si no hubiera sabido algo de ella, como su edad, podría haberla confundido con una de las chicas del supermercado que tienen su primer trabajo. Dejó un abrigo pesado sobre el escritorio y abrió varias carpetas. Después de unos instantes levantó la vista y me miró. Tenía los ojos de un marrón claro, casi color de la miel.

—Bonjour —le dije.

—Bonjour —repitió y continuó con su trabajo después de deslizarme una mirada seria.

El oficial que se encontraba a mi lado, me tocó con gran discreción el brazo y estuvo a punto de decirme algo, pero se arrepintió o tuvo miedo de que la mujer lo escuchara. De seguro iba a decirme de que aquella mujer, era nada más que la Fiscal Sarah Ferron, la que debía encabezar y sostener la acusación. En cualquier circunstancia, nada me privaba de un saludo cordial.

Luego llegó otra mujer que se sentó junto a ella. Era mucho más joven pero vestía de la misma manera, sobria que la otra mujer; se saludaron entre ellas y la última me observó por el hecho de que yo estaba de pie.

En esos minutos llegó Dubois que me saludó con un leve movimiento de cabeza y una sonrisa, y otros oficiales de policía de la estación; reconocí al que me llevaba la bandeja con comida y al que me llevó en el coche patrulla, y finalmente, el hombre misterio, el Cónsul, con un largo abrigo negro y una bufanda blanca al cuello. Este se sentó casi en la última banca y al momento, abrió su periódico y se puso a leer.

Un oficial de policía entró en la sala, con el pecho hinchado, dijo algo que yo comprendí que era una especie de orden de protocolo para todos.

—(¡Todos de pie!)

Allí fue mi primera sorpresa; si no había escuchado mal, aquel policía había hablado en inglés. Yo creía que todos hablaban francés, pero recordé que en Canadá, había dos idiomas oficiales, el inglés y el francés.

El Juez Maillet, llegó arropado con su túnica negra, por momentos más propia de un catedrático que de un hombre que estaba a punto de administrar justicia.

Llevaba el cabello corto casi como un militar. Profundas arrugas habían marcado sus mejillas y parte de su frente. Usaba lentes de marcos gruesos que se sostenían en una nariz más bien parecida a un trozo de granito.

Me invitaron a subir al estrado a la izquierda de donde se encontraba el Juez. El corazón latía con fuerza y parecía que quería subir lentamente, pero sin detenerse y querer salirse por la boca.

—El señor deberá decir su nombre para los registros y decir el juramento en voz alta —ordenó el Juez.

La mujer joven se puso de pie y comenzó a traducir.

—Mi nombre es Enrique... N... soy ciudadano argentino.

El Juez indicó que me detuviera con la mano.

—Sr. Enrique... usted dirá solo que se la preguntado. Nada más.

—Si señor Juez, disculpe.

Me pidieron que relatara las circunstancias en las que había entrado al país. Casi no había terminado cuando la Fiscal pidió la palabra.

—Un momento Fiscal Ferron. Necesito aclararle algo al Sr. Enrique, además... ya habrá tiempo para las acusaciones y las defensas...

—Sí Señoría. Disculpe.

—Sr. Enrique... quiero que comprenda que esta corte va a determinar si las circunstancias por la que usted entró a nuestro país, son legales o no. En el caso de que fueran ilegales... se le aplicará todo el rigor de la ley.

—Lo comprendo su Señoría. Y quiero colaborar para ahorrarle tiempo a usted y a los contribuyentes de este país.

—Bien. Tomaré nota de lo que dijo Sr. Enrique. Fiscal Ferrón...

—¿Señoría?

—Puede preguntar...

La Fiscal se puso de pie y se acercó con las manos en su espalda.

—Sr. Enrique... ¿qué lo trajo a este país?

—Ya se lo he dicho a su Señoría.

—Y ha mentado —acotó mirándome fijamente a los ojos.

—He dicho la verdad.

—Yo no lo creo —replicó dando un leve respingo hacia atrás.

—¿Y que cree entonces?

—¿Realmente lo quiere escuchar?

—Supongo que si estamos en un juicio... me voy a enterar de todos modos. Lo mejor es hacerlo cuanto antes.

—Tiene razón... en realidad creo que usted asesinó por alguna razón al capitán del pesquero Baffin y a todos los tripulantes y luego hundió la nave. Luego lo sorprendió la tormenta y estuvo a punto de ahogarse.

—Fiscal Ferron con todo respeto...

—Usted hablará cuando se le pregunte.

Entonces me volví a mirar al Juez.

—Su Señoría ¿puedo hablar?

El Juez me miró, escuchó lo que decía la traductora y con un ademán me indicó que continuara.

—Quiero decir Su Señoría que viajé cientos de kilómetros, por no decir... miles y es ridículo que decidiera matar a todos los tripulantes a... escasos kilómetros de tocar puerto. Eso es todo su Señoría.

La Fiscal se sentó. Quizás descubrió que semejante desplante la hizo quedar un poco mal parada y decidió esperar un segundo *round* para tomar revancha.

A continuación se le pidió al oficial de policía con el que había tenido el primer contacto, Dubois que relatara nuestra primera entrevista e incluso que diera una opinión sobre mi persona.

—Oficial Dubois, ¿es cierto que en un momento usted pensó que el acusado podría haber asesinado a todos los tripulantes del pesquero Baffin?

Dubois me miró y ese detalle fue captado al instante por la Fiscal.

—Oficial Dubois... le recuerdo que está usted bajo juramento y que su deber es con la ley...

—Fiscal Ferron. He sido policía por más de veinte años... he arriesgado mi vida en muchas circunstancias... no tiene que recordarme para quien debe ser mi lealtad. Mi respuesta es sí; en un momento pensé que el Sr. Enrique... podía haber matado a todos los tripulantes... por eso esperamos tanto tiempo hasta que los militares recuperaron el primer cadáver... y le pudimos hacer la autopsia y descubrimos que había muerto por ahogamiento... y así fue el segundo y todos los demás. El gran asesino había sido el mar.

Mientras cada uno de nosotros hablábamos, el Juez Maillet le dedicaba una ojeada a un expediente que tenía abierto antes sus ojos. Entonces se dirigió a mi, con el intermedio de la traductora; lo que me tranquilizaba era que aquel hombre al hablar se dirigía hacia mi, si lo hubiera hecho a la traductora sin siquiera mirarme, me hubiera parecido un sutil gesto de desprecio hacia mi persona y un peligro latente para un fallo injusto. Pero me hablaba, y me miraba directamente a los ojos.

—Creo que eso despeja sus dudas sobre la culpabilidad del acusado ¿verdad Fiscal? Para mi, al menos está bien. Queda determinado que las causas del hundimiento del pesquero Baffin fue la terrible tormenta y que fue la causa de la muerte de todos los tripulantes, excepto... del acusado. Ahora quiero preguntar yo si no le importa Fiscal Ferron.

—No me importa su Señoría. La Fiscalía ha terminado por ahora.

—Bien... Sr. Enrique... ¿qué pretendía al embarcarse en un barco que llegaría tan lejos? Quiero que lo deje muy claro para esta corte.

—Su señoría... buscaba conocer otros lugares... y bueno, ganar dinero

honestamente, con un trabajo legal. En mi país... el trabajo, el trabajo de mi oficio, no abundaba por ese tiempo.

El Juez, se me quedó mirando por unos segundos ante la expectativa general. Luego volvió a preguntar.

—¿Cuál es su opinión de cómo fue tratado por los oficiales de policía de este país? Dígalo sin miedo. Esta es la Justicia, nada debe temer.

—Su Señoría... el oficial Dubois me informó que debían pedir informes a Interpol y otros organismos de seguridad internacionales por el tema del terrorismo y que eso... podía tardar un tiempo... días... semanas y que en ese tiempo iba a estar en custodia en una celda de la estación. Que iban a cuidar de no mezclarme con la población de detenidos comunes.

—¿Y que le pareció?

—Su Señoría... yo nunca he estado preso por ninguna causa... por mi trabajo... soy detective privado en mi país... he debido responder muchos interrogatorios en los diferentes casos que me ha tocado participar... pero nunca estuve detenido. Pero... todo lo que el oficial Dubois dijo lo cumplió. Me trataron bien todo el tiempo... incluso me permitían salir al patio en horarios distintos que el resto de los detenidos... la comida era buena y repito el trato también.

—Bien... —dijo con cara muy seria volviendo la vista sobre el expediente que tenía abierto—. Tengo... en mis manos... la petición... del Cónsul de su país... de un abogado para usted... me habla de que sus derechos fueron... vulnerados... ¿qué opinión me da sobre esto?

—Su Señoría... nunca mis derechos estuvieron vulnerados... se me ofreció desde el primer momento y después... al menos en otra ocasión... realizar una llamada a alguien... pero yo no tengo a quién llamar. Además se me informó que por acuerdos internacionales debían informar a los consulados si tenían detenidos de esa nacionalidad y se cumplió. El tiempo que pasé en la estación... fueron los tiempos que tardaron los informes...

—Bien... entonces... ¿nada que decir del proceder de la policía?

—Nada que decir su Señoría.

—Yo, como autoridad de la Justicia de este país... le informo que puede continuar todo este proceso... con el debido asesoramiento de un abogado... y si no está en condiciones de pagarlo... el Estado se hará cargo de proporcionarle uno. Aunque le recuerdo que tiene el apoyo del Cónsul de su país.

—Su Señoría... no necesito el asesoramiento de ningún abogado y declaro que voy a colaborar en todo lo que se me requiera... para que este juicio sea breve y hacerle perder tiempo a usted y los contribuyentes de este país.

—Se tomará nota de su declaración Sr. Enrique... pero... por todo lo expuesto y por sus mismas declaraciones... no tengo otro remedio que declararlo culpable por ingresar en forma muy irregular a nuestro país... nuestro sistema de leyes es muy estricto y atento a sus declaraciones... debo declararlo culpable... lo que no

comprendo es por qué, no quiere aceptar la ayuda de su Cónsul... pero eso será... quedará como un misterio para mi...

—Señor Juez... —dijo Dubois poniéndose de pie lo que hizo que la Fiscal que hasta ese momento se había mantenido callada, la traductora y yo volviéramos la cabeza hacia las bancas de atrás. Luego dijo otra cosa que no pude entender porque la traductora no decía nada.

Entonces la Fiscal que hasta ese momento se había comportado como una espectadora privilegiada, se puso también de pie y habló con bastante énfasis. El Juez pronunció unas palabras y finalmente le dijo algo a la mujer traductora, algo así como una orden, porque volvió a traducir.

—Señores —ordenó el Juez—. Les recuerdo que están en una corte. Si no mantienen la calma tendré que hacerlos salir afuera... o detenerlos.

—Señor Juez, como Fiscal del Ministerio debo protestar.

—Señor Juez, ¿me permite? —interrumpió Dubois.

—Adelante Oficial Dubois.

—El Señor Enrique ha manifestado su deseo de colaborar con la policía en una investigación... —comentó Dubois—. Lo necesito libre... por favor... no lo condene. Perderíamos mucho tiempo... si tuviéramos que esperar que saliera de la cárcel.

—Su Señoría... creo que la intervención o colaboración del Sr. Enrique es innecesaria y declaro que se la deniegue —agregó la Fiscal.

—Fiscal... Ferron... le recuerdo que este ciudadano extranjero ayudó a dos guardabosques que estaban secuestrados por una persona armada y peligrosa, y antes había ayudado a otro de nuestros ciudadanos, el Padre Bautiste de la Misión del Parque Nacional. Según las declaraciones de estas personas... que tengo en el expediente... deduzco que el Sr. Enrique ya ha prestado servicios a nuestro país y su colaboración ha sido importante.

—Su Señoría debo protestar —insistió la Fiscal.

—Se consignará en la memoria de este juicio su protesta.

—La ley de Migraciones de nuestro país dice en su primer artículo...

—Fiscal Ferron... no trate de recordarme la ley... la estudié hace años y la he vuelto a estudiar para juzgar... debidamente este caso... tomen asiento los dos... Fiscal Ferron y usted... oficial Dubois... Sr. Enrique... atento a sus declaraciones no me queda otro remedio que declararlo culpable de ingreso irregular a nuestro país y condenarlo a cumplir una pena de... de... ciento veinte horas de trabajo comunitario que deberá cumplir en la estación de policía que se le designe. De no hacerlo... esta corte lo declarará en rebeldía y será sometido a un nuevo juicio en dónde la pena de seguro será mayor. ¿Algún problema con eso?

—Una pregunta su Señoría...

—Adelante...

—Cuando cumpla con todas las horas de trabajo comunitario que usted

dictamine... ¿quedaré libre de culpa ante la Justicia de este país? Le pregunto porque quiero volver a visitar este país... algún día... he hecho amigos y quisiera visitarlos algún día...

—Noto... Sr. Enrique... que es una persona de bien... y debo decirle que sí... si cumple con las horas de trabajo comunitario... efectivamente... podrá regresar a nuestro país... ingresando... con todos los requisitos de ley, esa vez. ¿Está claro?

—Está claro su Señoría.

—Entonces... no hay nada más que decir. Esta corte... da por terminado este juicio.

El oficial de policía que había entrado al principio, volvió a decir algo que ya la mujer no tradujo.

—(¡Todos de pie! ¡El Juez se retira!)

La mujer me miró e hizo un leve gesto con la cabeza y yo le dije quizás la única palabra en francés que podía recordar en ese momento en que había sido condenado por un juez extranjero.

—Merci.

—Merci —repitió ella y sonrió.

Una bella mujer cuando sonreía; quizás si hubiera tenido tiempo y otras circunstancias la hubiera invitado a tomar un café y charlar. Dubois se acercó y me palmeó con fuerza.

—Al menos estás libre... ¿lo viste? ¡Te dije que el Juez era severo, pero justo!

—Ciento veinte horas de trabajo comunitario...

—Tranquilo... son... a ver... si trabajamos ocho horas por día... todos los días... dejando sábados y domingos... tenemos cuarenta horas en una semana. Entonces ciento veinte horas son... ¡tres semanas!

Bajé la vista y luego miré a mi alrededor; el lugar en donde había estado el cónsul, estaba vacío.

—El Cónsul...

—¿Quién?

—El Cónsul. El Cónsul no está.

—Seguramente se fue en un momento en que estábamos atentos a otra cosa. Pero no importa...

—¡Dubois!

Ambos nos dimos vuelta; era la Fiscal Ferron que se nos acercaba con una mirada casi acechante, abrazando los distintos expedientes que tenía a su cargo.

—¿Quién? —preguntó Dubois y finalmente calló al ver la expresión en el rostro de la mujer.

La Fiscal dijo algo y Dubois le respondió; en ninguno de los casos, no pude entender una palabra comprendía que el tono de la conversación no era necesariamente amable. Deducía que estaban discutiendo y casi de seguro, era por mi. A la Fiscal le hubiera gustado que el Juez Maillet me condenara quizás con años

de prisión lo que le hubiera reportado una especie de galardón en su carrera. Seguramente estaba sorprendida de que un policía pareciera, más bien mi amigo y no lo contrario.

La mujer finalmente se fue.

—¿Y bien? —le pregunté.

—¿Y bien qué? Está un poco enojada... no comprende la situación... bueno. Es su problema.

—Su problema y el mío.

—No lo creas. Solo tienes que cumplir tu palabra de trabajar todas esas horas de trabajo comunitario y nada pasará —comentó Dubois encogiéndose de hombros con las manos en los bolsillos.

—Tengo que admitirlo pero parece sencillo... —le dije casi con resignación.

—Y lo es. ¡Lo es *mon ami*! (¡Lo es mi amigo!) Vamos... te invito una copa para que charlemos de tu... «Trabajo comunitario».

—No bebo. No puedo tomar alcohol. No lo tolera mi intestino... pero una taza de té... es otra cosa.

—Té entonces...

Me dejé conducir por la ciudad porque de verdad, no tenía la más mínima idea de dónde me encontraba. Cruzamos la avenida y caminamos un par de cuadras hasta que nos detuvimos en un pequeño bar cuyos ventanales estaban decorados con pequeños fileteados que me recordaban al arte que se había hecho tan popular en mi país de la mano del tango. «*Le Coin de Jean Pierre*», «El Rincón de Jean Pierre» creí entender en el letrero que colgaba de un soporte y que se batía con la brisa helada que venía del norte. Había una mezcla de estilos, el letrero era casi irlandés, unos ventanales propios del *Art Déco* y el mobiliario bastante clásico.

—Hace frío... —le comenté.

—Sí... y va a empezar a hacer más. Hoy hay poco viento, pero ya llegamos. ¿Dónde están todos? —gritó batiendo palmas a pesar de que había un muchacho atendiendo una mesa y una chica muy joven detrás de la caja. Los muchachos lo saludaron como si fuera un viejo conocido.

Él me indicó una mesa que estaba junto a la ventana. El muchacho llegó y le pidió algo para él y mi taza de té.

—Ah... James... *croissants* —le pidió al muchacho y luego agregó viéndome a mí—. Tengo mucha hambre. Esta resolución del juicio me ha abierto el apetito.

Me lo quedé mirando y no pude dejar pasar el momento.

—Dubois... yo fui condenado...

—Es trabajo comunitario —comentó con un cigarrillo en los labios y buscando su encendedor—. En un abrir y cerrar de ojos... lo habrás terminado y podrás solicitar la vis si quieres quedarte... o podrás marcharte —exhaló una bocanada de humo hacia el techo—. Marcharte... en paz con la ley.

—Cuando cruzamos la avenida noté que había un bar... casi enfrente del edificio

de la Corte...

—No es un buen lugar... concurren... abogados y... y personas que esperan encontrar un abogado que los defienda y cosas así. De seguro nos hubiéramos encontrado a nuestra amiga en común... —comentó señalándome a mi y a él mismo—. La Fiscal Ferron... tomando una copa para olvidar...

—¿Por eso vinimos a este?

—Entre otras cosas... sí. ¿Te gusta el lugar?

—Me gusta que es amplio... —él asentía y miraba todo a su alrededor—. Me gusta el estilo del letrero colgante...

—¿Te gusta?, lo vi una vez, en la televisión. Era un documental sobre Irlanda y sus *pubs*.

—También... el detalle de los ventanales.

—Lo vi en otro documental sobre arte... sobre... movimientos artísticos, *Art Nouveau, Art Déco, Cubismo, Fauvismo* y París... *oh París...*

—Ve mucha televisión...

—Mi profesión no me deja mucho tiempo para viajar y conocer gente, lugares, costumbres... solo me queda la televisión. Un par de horas después de cenar. Solo eso.

—¿Usted me dijo que se llamaba Jean Pierre verdad?

—Así es... —dijo descargando la colilla de su cigarrillo en el cenicero y luego agregó con una sonrisa de chico travieso—. Este lugar es mío. No se me ocurrió otro nombre... quedaba en un rincón de la última calle y es mío; El Rincón de Jean Pierre. Hay que tener algo... para cuando uno se jubile...

—Estoy de acuerdo.

En ese momento llegó el muchacho con la copa de Dubois, un whisky, mi taza de té, y una plato enorme de *croissants*.

—*Bon appetit*.

—*Merci* —respondió él y lo palmeó suavemente.

—*Merci* —dije yo, la única palabra que manejaba casi bien del idioma, que ahora, después del juicio sabía que no era el único—. Una pregunta...

—¿Sí cual?

—¿Todos hablan francés o...?

—Solo unos pocos hablan francés... la mayoría inglés. Nuestro país tiene dos idiomas oficiales... además de los dialectos de los pueblos...

—Originarios... —dije yo completando la frase.

—Así es. Los originarios. Los pueblos que habitaban aquí... antes de la llegada del hombre blanco.

Comimos los *croissants* que esta vez, me parecían los más sabrosos del mundo. Los había comido a diario en mi celda de la estación pero estos... estos tenían el sabor de la libertad.

—¿No va a hablarme nada del caso?

—Creí que debía darte un poco más de tiempo... darte como quién dice... ¡tu día libre! —exclamó y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Gracias pero... siento la comezón de la intriga en la piel...

—Oh *Ouí*. (Oh Sí) Yo también sentía lo mismo cuando era más joven... —agregó con cara de ensoñación—. Bueno, la situación es esta... Gabrielle Poulin... es una mujer común y corriente... tiene alrededor de unos 36 años y vive en un barrio en las afueras de la ciudad. Trabaja en una empresa de informática hace un... bueno, hace unos años, está en el expediente ya lo podrás consultar. Hace 2 años que vive con un muchacho Matthew Asselin, también de 36 años. El otro día... concretamente hace unos tres meses... desapareció. No están sus cosas, su bicicleta... sus libros, su discos compactos de jazz, su ropa. Nada. Ni un solo rastro. Como si se lo hubiera tragado... la tierra... no hay vestigios... uno solo... de que el bueno de Matthew existió realmente...

—Muy extraño... ¿hizo la denuncia correspondiente?

—No. Es que tiene miedo de que la tomen por una loca de atar... Ella... ella vino a mi, porque estuvimos hace tiempo a punto de empezar una relación...

—¿Y qué pasó? Si se puede preguntar.

—Se puede. Ella se enteró de que yo era policía y tuvo miedo... así que... terminamos muy civilizadamente. No la culpé entonces y menos la voy a culpar ahora. Todo el mundo piensa de que los policías estamos en peligro y tienen razón. Yo he tenido suerte todos estos años... pero ese es otro cantar.

—Así que ella... por su... antigua relación... lo buscó para pedirle ayuda.

—Sí... un día llamó a la estación y pidió hablar conmigo y entre otras cosas me dijo que estaba desesperada. También me contó otras cosas que me dejaron intrigado.

—¿Cómo ser... qué cosas?

—Es muy difícil de explicar... bueno... parece que sucedió un día... ella tuvo un fuerte dolor de cabeza... en el trabajo, y entonces pidió retirarse antes para ir al médico. A medio camino, decidió ir en realidad a la farmacia y pidió un analgésico... se lo tomó ahí mismo y volvió a su casa. Se acostó y durmió... unas 15 horas... con intervalos... pero fue mucho tiempo.

—¡Quince horas! ¡Caramba! Debió tener mucho cansancio acumulado.

—Eso pensó ella. Que tenía mucho cansancio debido al trabajo de muchas horas en las computadoras, que tenía muchas horas de sueño menos y que por eso... le día mucho la cabeza. Se acostó... y perdió la noción del tiempo. Cuando se despertó... buscó a su pareja y no había el menor rastro de él en todo el departamento...

—Muy extraño...

—¿Qué línea de investigación seguirías?

—Para empezar... ya que esta vez tengo a la policía de mi lado... —dije y él asintió en forma muy enfática—. Comenzaría por investigar al tal Matthew... antecedentes penales y contravencionales, trabajos anteriores... parejas anteriores si se pudiera. Deben tener un ministerio o una oficina de Registro Nacional de los

ciudadanos o algo así.

—Lo tenemos. Ya investigué al joven Matthew... —agregó bajando un poco la vista y luego clavando sus ojos en los míos—. No tienen registros de una persona que se llame de esa manera.

—¿Y ella no recuerda un número de identificación o algo así?

—No. Vivieron juntos un tiempo pero ella no llegó a saber tanto de él... como su número de seguro social o su número de identificación.

—Entonces... deberemos seguir la vieja costumbre de «tocar timbre y preguntar». Con discreción... pero preguntar.

—Ella tiene miedo de los vecinos empiecen a murmurar... cosas...

—No tienen que saber que investigamos a su favor... o por encargo de ella.

—Eso es cierto.

—¿Está seguro de lo que le dijeron en el Ministerio Público?

—Completamente seguro. Hicieron el rastreo dos... veces —agregó poniendo los dedos índice y medio.

—¡Espere! Aún tenemos una forma. ¿Ella nos abriría su departamento?

—Supongo que sí. Es la principal interesada.

—Huellas —le dije mostrándole las palmas de mis manos—. El misterioso señor Matthew, debió haber dejado huellas por todo el lugar.

—Pero también habrá las de otras personas...

—Iremos descartando a medida que aparezcan... mientras tanto... comuníquese con la señora...

—Gabrielle...

—Con Gabrielle. Necesito que nos dé muchos más datos para investigar al tal Matthew.

—esto te gusta ¿verdad? Pareces un sabueso al que le dieron a oler a pedazo de tela de la ropa del sospechoso.

—¿Eso parezco? —le pregunté.

No respondió solo asintió con una sonrisa en los labios. Acto seguido sacó su teléfono móvil y buscó algo.

—¿Gabrielle? ¿*Commant ça va*?

Lo demás era casi ininteligible para mi. Además de ser francés o franco canadiense con algún tipo de acento hablaban muy rápido y con expresiones de asombro o de alguna broma. Después de unos cinco largos minutos cortó la comunicación.

—Logré hablar con ella... me dice que mañana temprano puede llegarse a la estación para que la entrevistes.

—¡Perfecto! ¿Le dijo si nos podía dar permiso para que fuera la brigada de Criminalística para tomar huellas?

—Le gusto mucho la idea. Quiere demostrar a todo el mundo que no está loca...

—¿Quién es todo el mundo? No entiendo.

—Su familia. También hay detalles que... que no concuerdan...

Mi expresión se puso algo seria.

—¿Qué pasa?

—También hay que investigar a la mujer...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que existe una posibilidad...

—¿De que ella esté loca?

—Loca es una palabra demasiado fuerte... con muchas connotaciones terribles...

—No te hagas el experto en dementes. Habla claro. Dilo ya.

—Puede estar viviendo una situación de extremo stress, casi de estar alucinando.

¿No lo consideró?

Ahora el turno de estar serio le tocó a él. Apoyó sus codos en el borde de la mesa y se quedó por un momento con la mirada perdida.

—Lo pensé...

—Habrá que consultar con un especialista... los de la brigada de Criminalística pueden ayudar... buscando pastillas... medicamentos que pueden estar trastocando su mente.

—¿Y si no fuera así? Además ellos no tienen autorización legal para hacer algo así...

—No estamos buscando pruebas para incriminarla... solo estamos buscando indicios de qué es, lo que está pasando o qué... pasó. Es muy posible que ni siquiera ella sepa... que ese determinado medicamento le está haciendo daño.

—Ahora que lo pienso mejor... podríamos meternos en un gran problema por hacer eso...

—Si ella realmente quiere colaborar...

—Lo quiere. Está desesperada.

—Entonces que firme una autorización... un... ¡un papel!, en dónde diga que ella... *«autoriza a la policía a buscar huellas en el marco de la investigación por la desaparición de su novio»*.

—Eso está mejor... ¿estás seguro que no trabajabas de abogado en tu país verdad?

Sonreí. Segundos después me asombré de mi mismo. No recordaba la última vez que había sonreído.

—Soy detective privado. Pero conozco algo de cosas... legales.

—¿Pedimos otro té para ti y para mi otra copa?

—No tengo dinero —dije tocándome los bolsillos.

—Tranquilo. La casa invita... *Garzón!* —gritó levantando el brazo.

Tal vez era el mediodía. Tal vez, en algún momento indeterminado, había comenzado la tarde. En la calle, la gente caminaba protegiéndose del frío y a veces del viento que se adueñaba de callejones cortos que terminaban en bares donde detectives y policías hablaban de cómo encarar otro caso, otra historia oscura sobre la

cual sentían que debían proyectar un poco de luz, para encontrar la verdad. Otra vez, había perdido la noción del tiempo, pero al menos, era haciendo lo que me apasionaba, dilucidar, un misterio...

Aquel aparente «recreo» no duró mucho; de la estación lo llamaron y yo, sin tener a dónde ir, ni mucha voluntad por hacer un poco de turismo «forzado», lo acompañé hasta que su horario terminó. Al fin y al cabo ya conocía la estación y el desfile de distintos personajes no iba a espantarme tanto. Faltaba determinar dónde dormiría, donde me cambiaría de ropa, detalles, aparentemente banales, pero no del todo, sobre todo si el Estado, a través del Ministerio Público y este por intermedio de la policía tomaban la responsabilidad de preservar correctamente mi dignidad durante el tiempo que durara mi condena a trabajo comunitario. Dubois se ofreció a ofrecerme alojamiento durante las tres semanas y me llevó a su casa que quedaba en un barrio al oeste de la ciudad.

El departamento era amplio con buenas vistas hacia aquel extraño mosaico, a veces parecido a un tablero de ajedrez gigante, que había sido estrujado por las manos misteriosas de un personaje fantástico, donde por mágicas órdenes, comenzaban a encenderse las luces de sus calles. La comida no era problema; se la proveía la gente de «El Rincón de Jean Pierre», que tenía una atención con el «jefe» ya que el horario de trabajo del cocinero terminaba a las 16 horas; Gastón, un hombre de unos 50 años y cabello completamente blanco apartaba un plato de pastas o lo más común, una gran ensalada de mariscos todos los días. A partir de ese momento, serían dos platos.

En la sala del departamento había un moderno televisor, y muy pocos cuadros puestos en las paredes color crema, más bien para evitar la terrible soledad que podía inspirar las paredes completamente desnudas.

Mi dormitorio improvisado fue la sala, con la cama armada en el sillón más amplio.

De allí partimos a las eso de 7 de la mañana, rumbo a la estación. Allí, en el viejo edificio de ladrillo visto, el primer aroma que nos recibió fue el café recién hecho y los sonidos estridentes de los teléfonos. Al entrar, una mujer joven vestida con un gran abrigo gris se puso inmediatamente de pie y se acercó a Dubois; tenía el aspecto de estar profundamente triste, incluso de haber llorado minutos antes.

Él dijo su nombre y la intriga se terminó: Gabrielle.

Fuimos hasta la sala de interrogatorios y yo, por señas la invité a sentarse y una taza de café. A la mujer, le costaba dejar de mirar el suelo y cuando tuvo la taza en sus manos, concentró su mirada en un punto perdido de la pared. Minutos después llegó la mujer que había oficiado de traductora en mi primer interrogatorio. Me sentía bastante extraño, el hecho de estar del otro lado de la mesa.

—Señora... mi nombre es Enrique y soy detective privado. El oficial Dubois me ha pedido que me haga cargo de su caso... pero antes de hacerme una idea equivocada de toda la historia... quisiera escucharla de usted... por favor.

La mujer abrió grandes sus ojos, diría que trató de sonreír y comenzó a hablar.

—Me llamo Gabrielle Poulin... vivo aquí... en esta ciudad desde... bueno, desde

que nació. Tengo 36 años. Hace unos días... tuve un fuerte dolor de cabeza... me retiré de mi trabajo y decidí ir al médico... a medio camino de mi casa hay una farmacia... pedí un analgésico y me lo tomé. En ese momento tuve un gran cansancio... me sentía... terrible. Llegué a mi casa y me acosté y dormí... hasta el otro día a las 9 de la mañana.

—¿Recuerda a que hora se acostó?

—El reloj de mi teléfono marcaba las 17 horas. Lo recuerdo porque lo miré antes de acostarme. Creí que iba a despertarme para cenar... pero, pasé de largo.

—Durmió mucho... ¿y qué pasó después?

—Me desperté... era un día normal... aparentemente.

—¿Y usted? ¿Cómo se sentía?

—Normal...

—¿La cabeza ya no le dolía?

—No. Ya no tenía el dolor.

—¿Consume algún tipo de medicamento? ¿Para la presión arterial, para el insomnio?

—No consumo ningún medicamento.

—¿A estado con... algún tratamiento odontológico?

—No.

La expresión en el rostro de la mujer viraba de triste al odio, a medida de que le hacía preguntas cortas; quizás para ella todo lo que estaba sucediendo era una forma sutil de ataque.

—Bueno... continúe.

—Yo vivo con mi novio Matthew. Al despertar... me sorprendió mucho no ver signos de que él hubiera dormido conmigo. Yo me acosté temprano... pero él parecía no haber vuelto de su trabajo.

—Como si hubiera pasado la noche afuera... y desde algún lugar... se fue a su trabajo.

—Así es. Me preparé mi desayuno y mientras esperaba que el café se enfriara un poco para tomarlo... me llamó la atención de que no estaban algunas de sus cosas...

—¿Por ejemplo?

—Su bicicleta... su abrigo colgado en el perchero de la entrada... sus zapatillas viejas en el armario. Al notar que faltaban esas cosas fui al dormitorio y busqué y no estaba su ropa, sus zapatos. No había nada de él. Como si no hubiera vivido conmigo nunca.

—Pudo haberse ido en la noche... mientras usted dormía.

—Es verdad... pero no habíamos discutido antes. Por nada. Pregunté al encargado del edificio el señor James y se sorprendió tanto cuando le pregunté por Matthew que no quise volver a intentarlo con nadie.

—¿Se sorprendió? Dígame exactamente, si la recuerda, cómo fue, la conversación con el encargado.

—Le pregunté: ¿ha visto al chico que vive conmigo esta mañana? Y él me respondió: «¿Qué chico? No he visto salir a nadie de su departamento». El señor James es muy atento, pero la pregunta pareció molestarlo así que solo... agradecí y me fui. Después pasó otra cosa.

—¿Relacionada con Matthew, el chico que vive con usted?

—No. Solo conmigo.

—Eso me lo contará después. Señora...

—Señorita por favor.

—Señorita, disculpe no quise ofenderla. Gabrielle: tenemos un problema un poco difícil de explicar, solo que para la ciencia no hay nada que no se pueda explicar, a menos que se trate de un milagro. Al parecer su novio ha desaparecido y no hay el más mínimo indicio... o rastro de que él, vivía con usted. Pero en realidad hay algo... que solo los expertos pueden notar... un cabello en la alfombra, una huella en el armario. Pero para eso, necesitamos que usted nos autorice a que esos expertos... compañeros de su amigo, el oficial Dubois, puedan entrar en su departamento y buscar indicios de la presencia de Matthew. ¿Sería usted tan amable de firmar un permiso para que ellos entren y revisen cada rincón del lugar?

La mujer me miró unos segundos y luego miró a Dubois como buscando su ayuda. Este asintió en silencio y le tomó por un corto instante la mano a la mujer.

—Les firmaré una autorización. Pero por favor...

—Continúe.

—Que sean discretos. No quiero tener que mudarme de ese edificio. He vivido mucho tiempo ahí.

—No tendrá que hacerlo. Los muchachos irán vestidos de empleados de... de una empresa... cualquiera. ¿Con qué servicio ha tenido problemas últimamente? ¿La televisión por cable... el teléfono?

—Con la televisión por cable. El canal 57 no capta bien.

—¡Perfecto! —le dije y miré a Dubois que salió inmediatamente a buscar a los de la brigada de Criminalística.

Se hizo un silencio que molestaba, porque parecía enturbiar el ambiente. Esa mujer que parecía inmensamente triste, había hablado, nos había proporcionado una buena cantidad de datos para que yo pudiera trazarme un panorama completo de toda la situación.

—¿Otra taza de café?

—Estoy bien —respondió intentando sonreír.

—Bien... dígame que otra cosa quería contarme.

—Ese día... volví a mi trabajo en mi horario... fui al piso donde trabajo y no encontré mi escritorio. Miré en todas direcciones tratando de no llamar mucho la atención... entonces, un compañero me salvó: pasó por casualidad por el pasillo y me saludó. Me dijo: «¡Hola Gabrielle! ¿Qué hacés aquí si nuestras oficinas están abajo?». Yo le contesté: «¿Abajo?». Y él me dijo: «¡Claro en el primer piso! ¿Dónde

más?».

—¿Y usted que le respondió?

—Le dije que le estaba haciendo una broma... fui al primer piso y allí estaba mi escritorio... mis cosas. Pero había dos compañeros que no conocía y que me saludaron como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Tal vez son así; gente amable. Es muy raro encontrar gente amable hoy en día.

—Ellos no eran solo amables. Le pregunté a otra compañera, Michelle y me dijo que habíamos entrado todos juntos a la empresa. Yo empecé a trabajar ahí, hace 7 años y no los recuerdo.

—Gabrielle... todo es muy extraño... además...

Pero no me dejó terminar.

—No estoy loca ¡por favor! ¡Alguien tiene que creerme! —gritó y las lágrimas cayeron de sus mejillas. La mujer que oficiaba de traductora se levantó a acercarle un vaso de agua.

—Yo le creo Gabrielle. Solo que a veces... debemos buscar pruebas para que nos crean... de eso... nos vamos a ocupar nosotros. No se preocupe.

—¿Y si no llegaran a encontrar ninguna prueba?, ¿nada de nada?

—La encontraremos... algo debe quedar... de «lo que sea» que esté pasando.

—Todo parece una pesadilla... es como si todo fuera igual... pero diferente al mismo tiempo... no creo que usted pueda comprenderme. Fue un error venir aquí —dijo poniéndose de pie y limpiándose las lágrimas con el revés de la mano.

—Gabrielle, escúcheme. Si usted se rinde... no sabrá nunca lo que le pasó a su novio.

Pero ella no se detuvo y caminó hasta la puerta.

—Gabrielle...

Ella había logrado abrir la puerta, pero se detuvo. En su deseo irrefrenable por huir de la pesadilla que estaba viviendo, había olvidado su cartera sobre el respaldo de la silla. Afuera la estación estaba poblada de ruidos de teléfonos sonando, hasta de una vieja máquina de escribir que un policía maduro, por no decir viejo, la usaba para confeccionar una ficha.

—Olvida su cartera... —le dije y se la ofrecí.

Ella dócilmente dio unos pasos para aceptarla. En ese pequeño instante en que nuestras miradas se cruzaron le pregunté:

—¿Lo amaba?

La mujer escuchó a la traductora y luego me miró fijamente.

—Sí... lo amaba. Y aún lo amo.

—Por más difícil que esto parezca... no baje los brazos...

Entonces lentamente primero y después con un poco más de energía, volvió a su lugar.

—Los muchachos de la brigada deben estar terminando en una media hora más... y tardaremos en tener resultados... pero todo servirá. Aún si no encontramos una sola

huella de él.

—¿Pero qué puede haber pasado?

—Pueden haber pasado muchas cosas... fáciles de explicar y otras... no tanto.

—Me está mintiendo para dejarme tranquila...

—No... Gabrielle, escuche. Yo llegué a estas tierras por un asunto que tiene que ver con el mar ¿sabe? ¿Alguna vez escuchó algo sobre la historia del *Mary Celeste*?

—No. ¿Qué es?

—Fue... fue un barco. Un barco cuya tripulación desapareció en medio del mar. Dicen que cuando encontraron el barco, había víveres, agua potable... y hasta la cafetera... estaba caliente... pero ni un solo rastro de la tripulación. Entre las personas que intervinieron en la resolución del caso estuvieron *Sir Arthur Conan Doyle*, el «Padre» del detective *Sherlok Holmes*.

—¿Y qué descubrieron?

—Nada. Hasta el día de hoy no se sabe qué... fue lo que les pasó. Le cuento esa historia para que vea que hay cosas... que son muy difíciles de explicar.

—¿Debo consolarme tal vez?

—Debe tratar de comprender. Tal vez algún día el misterio se resuelva... tal vez no, con este... con este sistema de ideas que tenemos. Me viene a la mente el caso de uno de los escaladores del Monte Everest, que bajaba de la cumbre y nunca más se supo de él... o tal vez, nunca llegó a ella... el caso de Mallory e Irvine, que intentaron hacer cumbre en el año 1924... tardaron muchos años en encontrar su cuerpo que prácticamente había sido casi conservado por el frío de la montaña... bueno, estaba fosilizado... 75 años... fueron encontrados por una expedición en el año 1999, estaba en un lugar inaccesible y que nadie pensaba que podía estar... se tardaron mucho tiempo pero se resolvió al fin.

Intentó reír, como si algo en lo que yo decía le pudiera hacer gracia.

—No me está ayudando mucho con eso... no voy a esperar a mi novio 75 años... seré fiel... pero me parece demasiado.

—Es bueno que recupere su humor... eso le ayudará a llevar toda esta historia que es difícil.

En ese momento entró Dubois en la habitación, saludó a la mujer y me hizo una seña para que lo acompañara afuera.

—Los muchachos de la brigada se comunicaron —me susurró al oído—. Tienen huellas de todos los lugares que les parecieron que podían ser... sospechosos o que nos podían ayudar en algo...

—Bien... bien... ¿cuánto tiempo tendremos que esperar para saber algo? Es decir el nombre de los que dejaron las huellas. Esperemos que solo aparezca el tal Matthew.

—Con la tecnología de hoy... tal vez unas 48 horas y tal vez menos... antes quiero saber; ¿le dijiste que el tal Matthew no aparece en los registros de identidad?

—No para nada. Eso la hubiera puesto muy mal. Ya está muy mal... creyéndose

loca o creyendo que los demás la consideran loca.

Caminamos unos pasos para dejar de estar en la zona de tránsito del pasillo.

—¿Qué opinas de la chica? ¿Te convenció con lo que dijo?

—La chica parece que no miente... un momento... los muchachos encontraron...

Dubois negó con la cabeza; no habían encontrado ningún medicamento sospechoso.

—No había nada. Ni drogas, ni medicamentos.

—Entonces debemos concluir que no toma nada... que esté alterando su salud mental... estamos en problemas... —dije mientras miraba hacia afuera por una ventana.

—Te sugiero... que la dejes ir... algo tenemos para comenzar la investigación...

—Tienes razón... —dije con la cabeza baja.

—¿Qué le dirás si pregunta por nuestra... conversación?

—Le diré que es otro caso en el que les ayudo. Nada más... nada que temer...

Volví a la habitación y les sonreí a las dos mujeres. El ambiente estaba un poco más distendido también allí.

—Bueno señora... perdón, señorita... ya se puede ir. Si quiere... el oficial Dubois le puede dar una especie de certificado para que le muestre a su jefe... de que ha estado en la estación de policía... haciendo... algunos trámites de rutina.

—No hace falta... volveré a mi departamento y voy a llamar diciendo que no me siento bien.

—Como quiera... estaremos en...

—Una cosa por favor... —rogó poniéndose de pie y dirigiéndose directamente a mi como si yo pudiera entender lo que decía.

—Lo que quiera... si puedo ayudarla...

—No me mienta por favor. En nada.

—No lo haremos. Ni yo... ni el oficial Dubois... además creo que él... no me lo permitiría.

La mujer se retiró y luego lo hizo la traductora que se despidió amablemente. Yo salí afuera esperando unos respetables minutos para que ella tomara un taxi y se retirara. Necesitaba aire y además... un poco de soledad para pensar. El viento frío del norte me recibió y me obligó a subirme el cuello del abrigo, que me había prestado mi anfitrión, el oficial Dubois.

—¿Tomando el fresco? —preguntó a mis espaldas.

—Sí... pero además quería un poco de aire... limpio... adentro creo que el aire... allá adentro, se envicia muy rápido.

—Es la cantidad de gente —comentó encendiendo su acostumbrado cigarrillo—. Si quieres... podemos caminar un poco...

—¿No lo necesitan en la estación?

—Por ahora no... un par de accidentes de tránsito... que no son nada graves... una discusión entre una mujer y su marido... un trámite de rutina... nada que los

sargentos no puedan resolver. Vamos...

—Vamos —le respondí.

Cruzamos la calle y caminamos solo unos cincuenta metros hasta una banca de hierro. Una pareja joven caminaba con su hijo pequeño comentando algo gracioso. Dos ancianos estaban más allá conversando y al parecer, intercambiando consejos porque uno se apoyaba en el brazo del otro y hacía señas en el aire, luego el otro hacía, casi lo mismo.

—¿Realmente no fumas?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No sé... —comentó estirando su espalda un poco hacia atrás—. Tal vez sea la imagen que uno tiene de los detectives de las películas... *Humplay Bogart* fumaba en *el Halcón Maltés*...

—Y Sherlock Holmes fumaba en pipa... pero yo no —le dije—. Aunque he fumado... unos cuatro cigarrillos en mi vida...

—¿Cuántos? —preguntó volviéndose a incorporar como si así, pudiera escucharme mejor.

—Cuatro —le dije mostrándole también mis dedos—. Y cuando supe las sustancias que tenía un cigarrillo común... lo dejé sin más.

—Bueno... eres un hombre de voluntad... yo empecé a los 20 años... y desde entonces... ¿qué opinas de la muchacha? ¿Mentirá?

—Ya te lo dije. Parece sincera... pero eso no quita que puede estar diciendo una mentira.

—¿Algo así, como mentir... sin saber que miente?

—Algo así.

—¿Y cómo sería en el caso de ella, eso de mentir, sin saber que está mintiendo?

—Un paranoico diría que puede estar siendo víctima de una conspiración... los paranoicos dirían que la razón puede ser desconocida... y así... tal vez su novio, que de verdad existió... le mintió su nombre por una razón... muy oscura.

—Como intentar matar al presidente... o apoderarse de los códigos de los misiles e iniciar la Tercera Guerra Mundial.

—O solo ocultarse de la policía... por haber matado a toda su familia... que aunque suene... tremendo es una posibilidad... bastante real.

—Hum... —comentó él asintiendo como sopesando la razón que acababa de darle—. En fin... mejor que no digamos más cosas...

—Sí... habrá que esperar los resultados de las huellas... —le dije—. ¿Y usted? ¿Qué opina de la muchacha?

—Yo... yo no puedo opinar... imparcialmente. Para mí es una bella persona... inteligente... honesta.

—¿Llegaría a considerar que puede estar...?

—¿Loca? —preguntó y meneó la cabeza hacia uno y otro lado—. Me niego a tener que considerar semejante posibilidad... pero quizás sea la explicación más...

acertada. Gabrielle trabaja con mucha tecnología... tal vez eso la esté... trastornando.

—Necesitamos la opinión de un médico... ¿podremos consultar a alguno de los especialistas de la estación?

—No es necesario —agregó dándole una última bocanada a su cigarrillo—. Ella ya lo hizo por nosotros...

—¿Cómo es eso?

—Cuando regresó a su trabajo... y descubrió que trabajaba en otro piso, con otro escritorio y compañeros etcétera, etcétera... decidió hacerse un examen con los médicos de la empresa... no hay drogas, ni alcohol, ni ninguna sustancia extraña...

—Aún queda algo que puede estar afectándola...

—¿De verdad? ¿Qué cosa?

—En España está haciendo estragos... lo que no quita que pueda estar en cualquier parte del mundo... es un gas. Se cuela por las grietas de que puede tener la estructura de la casa... se llama *radón*. Desconozco si es peligroso o si puede producir alucinaciones pero puede ser una posibilidad.

—Interesante. Nunca había oído hablar de él... Podemos investigar mientras tanto... y comer. Tengo hambre... —comentó levantando la vista hacia el cielo que comenzaba a tornarse más plomizo por momentos—. Hambre de huevos con jamón... y un buen café. Vamos... yo invito.

El día transcurrió a un paso lento, el mismo que tenían las nubes que cubrían el cielo hasta volverlo gris completamente y que luego lo despejaban otra vez.

Después de comer, volvimos a la estación y yo aproveché una de las computadoras para dedicarme a investigar el cabo suelto que teníamos por ahora: el radón.

Descubrí que es, altamente tóxico, no se lo puede oler, es completamente invisible y afecta a las víctimas... a largo plazo. Es tan tóxico, que se lo considera la *segunda causa de muerte* por cáncer de pulmón. En las investigaciones realizadas, no se habla de alucinaciones o trastornos de la personalidad. Habíamos resuelto un punto, pero continuábamos como antes.

Al día siguiente decidí hacer un par de preguntas en el barrio de Gabrielle; nadie había visto a un hombre con la descripción de Matthew. Y es que tratando de encontrarle una vuelta a la situación, no pregunté por un nombre, si no, por *una descripción*.

Decidí que mi pequeña búsqueda fuera, acompañado por un policía de la estación para que la gente no desconfiara. Además, me serviría un poco de intérprete.

El día no acompañaba mucho; hacía frío y por momentos el cielo se oscurecía hasta dar la impresión de que se abatiría sobre la ciudad, una tormenta.

El edificio donde vivía Gabrielle era un moderno complejo de departamentos, que tenía la forma de una «L» escrita al revés. Constaba de varios cuerpos como si hubieran hecho cuatro edificios y en lugar de dejar un espacio entre ellos los hubieran

pegado. Comencé por el cuarto cuerpo, el más alejado del donde ella vivía. Nos recibió el encargado, un hombre joven, obeso, con una cuidada y pequeña barba. Se llamaba Owen y al momento en que llegamos repasaba la entrada del edificio con una barredora.

—Buenos días...

—Buenos días... —respondió él, dejando de repasar.

—Somos de la Policía... buscamos al encargado, de esta... sección. ¿Es usted?
—le dije.

—Así es. Mi nombre es Owen. ¿Qué ha pasado?

—En cuanto a su edificio, su sector, nada. Es... relativo al barrio... ¿hace cuanto que y trabaja aquí?

—Bueno... hace unos... 25 años... Yo tengo 32, y vine a vivir con mis padres cuando mi madre encontró trabajo en la escuela elemental de la ciudad. En el complejo trabajo hace unos cinco años... meses más... meses menos.

—Creo que servirá... buscamos a un hombre... de unos 36 años de edad. Alto, bien parecido, rubio, usaba el cabello muy corto y pantalones de esos que tienen muchos bolsillos... trabajaba en una empresa de computación de aquí, pero siempre usaba zapatillas, e iba y venía en una bicicleta negra, deportiva. Puede haberse llamado o hacerse llamar Matthew. ¿Lo ubica?

—No... los chicos jóvenes siempre usan zapatillas y pantalones informales... muchos van y vienen con ropa informal...

—Matthew debió pasar por aquí rumbo a su trabajo... como a eso de las 8 de la mañana y después, de regreso... como a eso de las cuatro y media... cinco.

El hombre miró hacia el piso y luego lo hizo directamente a mis ojos.

—No... no...

—Aquí tiene un retrato... que hicieron los dibujantes de la estación. Vealo por favor...

El hombre sacó unos lentes del bolsillo de su overall azul y miró la fotografía largo tiempo.

—No... no le he visto nunca. ¿Por casualidad... de qué se lo acusa?

—De nada. No es sospechoso de ningún delito... solo lo estamos buscando porque... desapareció... desapareció, sin dejar rastros. Su familia lo está buscando.

—Realmente no puedo ayudarlos. ¿Está seguro de que pasaba por aquí rumbo a su trabajo?

—Sí... estamos seguros. No se preocupe —le dije tomando otra vez el identikit—. Igual le doy gracias por su tiempo.

—No es nada. Siempre me gusta colaborar con la justicia.

—¡Qué bueno saber eso! Que tenga un buen día...

Subimos al automóvil y el muchacho pronunció frases que no entendí, luego me miró y dijo, en un español, con marcado acento franco canadiense:

—Está buscando agujas... en un pajar...

—Lo sé... pero si esto se ve mal... te digo que recién comienza.

A una cuadra del domicilio de Gabrielle, comenzaban los locales de venta de ropa femenina, de comida para mascotas. Pero fue uno que me llamó la atención. Un modesto taller de bicicletas.

—Detente aquí. Quiero hacer un par de preguntas.

El dueño era un hombre joven, delgado que, a pesar de ser mecánico, había decidido sustituir, el overall por una vieja camisa leñadora en tonos verdes y un pantalón que, antaño, había sido azul, tal vez, un legendario *blue jean*. La casa era la típica del lugar, de madera, con techo de dos aguas y pequeñas cercas de madera, que recordaban a una época cuando no había que protegerse detrás de rejas de hierro, alarmas, perros que inspiraran temor en los delincuentes. Tal vez, Labrador City, todavía era uno de esos paraísos terrenales, donde la gente podía vivir y planificar su futuro sin temor. La historia del hombre pareció pasar por mis ojos; de seguro había quedado desempleado de una de las gasolineras, o de la *Iron Ore Company*, tal vez por la edad y había montado en su garage, un simple taller de bicicletas.

La conversación duró poco ya que el hombre tenía mucho trabajo; los nuevos vecinos del barrio preferían los medios de movilidad, más ecológicos así que se había juntado bastante trabajo para hacer; reparar rayos defectuosos, armar cadenas, frenos, y hasta había alguno que quería hacer cambiar de color al cuadro de su bicicleta.

—No conozco a ningún hombre que se llame así. No tengo ningún cliente que se llame Matthew —me respondió sin dejar de mirar las transmisiones que debía reparar.

—¿Si le muestro un retrato... podría reconocerlo?

—Tal vez... mis clientes no vienen y se van... soy el único taller de bicicletas del barrio. Por fortuna —agregó después.

Miró el dibujo y meneó la cabeza.

—No... nunca lo he visto.

—Gracias... disculpe si le robamos su tiempo.

—No hay cuidado. ¡Que tengan suerte!

—Gracias... —dije casi como un murmullo.

El tal Matthew iba y venía según la declaración de Gabrielle en su bicicleta, del trabajo y en el único taller de bicicletas en el barrio y quizás, en toda la ciudad, no lo conocían... aunque podía ser cliente de otro taller que hubiera en otra parte de la ciudad... o solo saber tanto de bicicletas, que no necesitara la ayuda de nadie...

Uno de los encargados del complejo donde vivía, donde tenía su presunto domicilio, no lo había visto nunca; un hombre que pasaba gran parte de su tiempo limpiando la entrada del edificio donde trabajaba, lo debía haber visto un par de veces, por lo menos en todo el tiempo que dijo la mujer que convivió con ella hasta que desapareció. Aunque... a lo mejor... el horario de Matthew no coincidía con del señor y era poco probable que se vieran, uno al otro.

Toda la historia comenzaba a estrecharse tanto que solo quedaba una opción...

que el tal Matthew, solo existiera en la mente de la pobre Gabrielle.

Subimos al automóvil y en ese momento, la radio transmitió algo y el policía tuvo que contestar.

—¿Pasa algo?

—Están identificadas las huellas... debemos volver a la estación.

Las huellas; si había algo en lo que pudiéramos confiar, algo concreto, y hasta científico, eso eran las huellas dactilares que el tal Matthew debía haber diseminado por toda la casa.

Había una sola persona en la recepción haciendo un trámite de rutina. En el resto de los escritorios había una cierta tranquilidad; algunos compartían una taza de café, otros una porción de pizza matizadas con anécdotas graciosas del oficio.

Dubois estaba en la sala de interrogatorios con todas las fichas desplegadas en la mesa, apoyado en los bordes mirando, como tratando de hipnotizar a las fichas, para que le devolvieran una respuesta.

—¿Lograste algo? —me preguntó ni bien entré.

—Nada. Nadie lo ha visto o conoce, pero pueden ser... coincidencias... También puede ser que solo hablé con dos personas... muy pocas. Hasta son pocas... desde el punto de vista estadístico...

—Ven... quiero que veas esto... Además de las huellas de Gabrielle, encontramos el equivalente a las huellas de... cuatro personas... todos hombres.

—¿Cuatro?

—Cuatro. Yo también me sorprendí pero... no estamos frente a una mujer promiscua... ni a una asesina serial... Mira... —comentó señalando una ficha—. Estas son las huellas de Zachary Thomson... 43 años, las encontramos en el baño; el hombre es fontanero de hace muchos años... falta preguntarle a ella, pero seguro nos dirá que lo contrató para que haga alguna refacción en su baño.

—¿Dónde estaban las huellas? Es decir, ¿en qué rincón del departamento?

—En el baño.

—Casi está resuelto...

—Este es James Founier; 33 años, casado con tres niños. Trabajaba como técnico en aires acondicionados. Sin antecedentes. Sus huellas se encontraron... en la cocina... las ventanas y en la puerta de vidrio que da al balcón.

—Donde está... el aire acondicionado —dije yo, continuando el relato de Dubois.

—Así es. Y luego están Franck Turner, 34 años, empleado en un local de venta de electrodomésticos, creo que lo viste... *Labrador Mall*. Es enorme... Sin antecedentes, casado 2 hijos.

—Tal vez fue el vendedor del aparato de aire acondicionado. El vendedor o el hombre que lleva los pedidos a los domicilios.

—Posiblemente... u otro aparato. Sus huellas fueron halladas en un lavavajilla y en un extractor de cocina.

—Dijiste cuatro.

—Así es. El cuarto es su hermano, William Poulin, 40 años, empleado, casado con dos hijos. Sin antecedentes.

—Espero que sus huellas no las hayan encontrado en el... dormitorio.

—No. Las huellas fueron encontradas en la mesa pequeña del *living* y en el borde del refrigerador. También en la mesada de la cocina.

—Vino de visita... y tomó una cerveza... o un café —dije tomándome la cabeza—. No hay huellas de una persona... que coincida con la descripción del tal Matthew.

—Yo estoy más destrozado que tú —comentó Dubois tirándose hacia atrás en la silla—. No te olvides que tal vez, podría haber sido mi novia... o mi esposa...

Sacó sus infaltables cigarrillos y encendió uno, que estaba destinado a durar muy poco.

—Nos falta su trabajo —le dije mirando con los ojos fijos en las fichas.

—¿Su trabajo? ¿Para qué necesitamos investigar su trabajo? Los médicos de su Seguro Social, ya la examinaron.

—No me refería a eso.

—Entonces ¿a qué?

—Puede estar haciendo alguna tarea... algo que la esté trastornando... o tal vez, algo que vio... o vivió.

—Ojalá y encontráramos alguna respuesta...

—Vamos a caminar...

—¿A caminar? No. Vamos al bar a comer. Si tenemos suerte podemos alcanzar un menú recién hecho... y que no tengan que volver a calentar.

El menú: sopa de cangrejo y salmón a la napolitana, postre de chocolate y café; suficiente para dejarnos muy calmados por un largo rato.

Dejamos de hablar del extraño caso que teníamos en las manos y en el que parecía que estábamos en un callejón sin salida. O mejor dicho, la salida era la ruta de escape más sencilla: tomar a Gabrielle por una mujer loca que en sus delirios había inventado que tenía un novio, y que convivía con él.

Salimos a caminar sintiendo en la cara la brisa helada que venía del norte, del lago Beverly y que hacía que casi todos las personas subieran los cuellos de sus abrigos. A una determinada hora, la actividad de la ciudad, prácticamente desaparecía y solo quedaban algunas personas que por diversas razones debían llegar hasta el Hospital o regresar a sus hogares, siempre en automóvil, debido a las distancias y el frío.

Ni bien salimos a la calle, Dubois encendió un cigarrillo. Caminamos mucho, yo disfrutando del paisaje de pinos y abetos que agradecía, no me había abandonado.

—Nunca lo vas a dejar ¿verdad?

—Déjame tranquilo un momento...

—Si hablo es porque me importa tu salud... una vez me dijiste que has tenido suerte en tu oficio, ¿verdad?

—Así es. Muchos años de trabajo y ningún rasguño.

—Es bueno jubilarse y todavía tener pulmones... para respirar... piénsalo.

Me miró casi con odio y miró su cigarrillo. Diría que, sorprendentemente, lo hice dudar y tal vez, eso, no le había gustado mucho.

—Tienes un gran talento para arruinar cosas ¿sabes?

—No voy a decir nada. No es correcto que me importen más tus pulmones que a ti... —le dije poniendo mis manos en los bolsillos.

Hicimos unos minutos de silencio ambos, él para que yo callara y no lo hiciera dudar más y yo, porque no quería ponerlo de mal humor en un momento delicado como el que estaba viviendo.

—¿Sabes? —preguntó él intentando romper el silencio—. Yo pensaba que vivía en una de las ciudades... más aburridas de todo Canadá... y de repente... aparece este caso... que empieza a no gustarme... cuando no encuentro las respuestas... los casos me disgustan.

—Yo soy igual... —le dije—. Creo que no fue una buena idea salir del bar... está haciendo... —en ese momento mi vista se concentró en un automóvil que creía haber visto en otra oportunidad.

Tal vez, eran mis viejas alarmas paranoicas que se habían encendido de improviso, o solo era algo evidente de que ese automóvil, azul oscuro con vidrios polarizados, yo lo había visto en otra ocasión, aunque no podía recordar el momento exacto.

Como era natural, Dubois, continuó la conversación como si nada.

—Es cierto... aunque estas temperaturas son... «suaves», en comparación con las del invierno pasado. Mejor continuemos hasta la estación.

Seguimos caminando hasta la estación, soportando los embates del viento helado que venía del norte, pero cuando giraba hacia una de las colinas o hacia el Lago Tanya, parecía traer incluso, el aroma de la nieve.

—Te lo dije... pasé toda mi adolescencia aquí... pensando que este... era una de las ciudades más aburridas de todo el país... y ahora... acabo de descubrir, que un automóvil... nos está siguiendo.

—Entonces ¿lo viste? —le pregunté casi con alegría; me sentí por un momento identificado con Gabrielle que se sentía terrible porque pensaba que todos las creían loca.

—Lo vi y quiero que recuerdes esto: F G L 9332. Es su matrícula. Solo que tenemos que esperar a llegar a la estación para saber algo... bueno, hablaremos... después...

—Claro —le dije—. Yo te entiendo...

Faltaban alrededor de cuatro largas cuadras, enormes diría yo. La ciudad tenía un dibujo de calles, que por momentos me desconcertaba; había largos trechos en donde no había viviendas así que solo se veía una larga cinta asfáltica cuyos bordes se los había tragado la nieve. Era muy probable que la distancia que yo calculaba como de cuatro cuadras fuera mucho mayor.

—Y que te parece... —le dije adelantándome y caminando unos pasos de espaldas—. Que te parece... ¿una carrera hasta la estación?, ¿eh?

—¿Qué? ¿Estás loco o la comida te cayó mal a tu pobre estómago?

—Vamos... —dije haciendo una seña con la cabeza para que me siguiera—. Corremos un trecho y la espera se nos habrá pasado en... ¡unos segundos! De paso entramos en calor.

—De paso... —respondió él—. Puede darnos un ataque al corazón...

—Vamos... —le dije y me lancé a correr—. ¡El último es una gallina! —grité.

No le costó mucho correr detrás mío; en un momento hasta pudo ganarme aquella pequeña carrera. Parecíamos dos adolescentes que salían de su última clase rumbo a sus tan anheladas vacaciones.

Finalmente llegamos. Él tuvo que apoyarse en sus piernas agachado para poder recuperar el aliento y yo, me quedé apoyado contra la pared de la entrada. Uno de los sargentos salió casi de inmediato con su mano derecha en la culata de la pistola. Le dijo algo a Dubois que comenzaba a respirar con menos sacrificio y luego se volvió adentro.

—¿Qué quería? —le pregunté.

—Saber... si... nos pasaba algo. Dice que... que le dijeron que veníamos corriendo... y pensó que algo malo nos... nos había pasado.

—Vamos... —le dije—. Casi y me ganas... oficial Dubois...

—No te voy a responder... tú y tus geniales ideas...

Después de dos, enormes vasos de agua y apropiarnos de las más mullidas sillas de la estación, buscamos la matrícula el automóvil.

—¿A que no recuerdas la matrícula?

—La recuerdo: F G L 933 y se me perdió en la memoria el último dígito...

—Era un dos: 9332.

Segundos después aparecía en la pantalla de la computadora la información del automóvil y algunos datos de su propietario legal.

—Te tengo algunas novedades —me anunció casi con un aire triunfal—. El automóvil no es de la región...

—¿A no? ¿Entonces de dónde es?

—Es de Quebec.

—Quebec ¿eh? ¿Y los registros dicen algo de su propietario?

—Dicen... un tal Michael Rumper... 40 años... empleado por cuenta propia. Casado. Sin antecedentes.

—¿Y que podría querer el buen señor Rumper con nosotros? —dije mirando la pantalla.

—Tal vez... solo está de paso... visitando a unos parientes... o haciendo turismo... tenemos un país muy hermoso. Por ahora —comentó con un suspiro—. No podemos saber más...

—¿Podemos saber su domicilio?

—Es en Quebec.

—El señor Cónsul... ¿también vive en Quebec?

—Creo que también. Pero por ahora no podemos relacionarlos... miles de personas viven en esa ciudad.

—Y dos están aquí... ahora. Pero tienes razón... no podemos relacionarlos. En cuanto al caso... nos queda visitar el trabajo de Gabrielle... para ver si podemos encontrar... algunas respuestas.

—Yo llamaré... —tomó su teléfono—. Espero que estén de buen ánimo para recibir una visita no oficial...

En un momento indefinido había caído la noche sobre la ciudad y yo había cumplido otra jornada de trabajo comunitario, aunque tenía más dudas que certezas... Salimos a la calle y yo esperé con mis manos en los bolsillos, buscando un poco de calor, a Dubois que había ido por su automóvil particular; el inesperado encuentro con el automóvil misterioso al que no podíamos acusar de nada había disparado en él, algunas alarmas paranoicas semejantes a las mías.

—Hablé con el jefe de Gabrielle... dice que nos recibirá mañana... si somos puntuales... tiene mucho trabajo que hacer... —agregó con un aire de tristeza contenida.

—Es otra pista que debemos investigar...

Abrió la puerta del automóvil y se quedó pensando.

—¿Y si no descubrimos nada? —preguntó y me miró fijamente.

—Sabremos que su trabajo... no es la causa de nada... pero lo sabremos mañana. Tranquilo.

—Claro —comentó casi con resignación—. Sube o te congelarás.

Un viento helado mecía las copas de los abetos y decenas de luces blancas iluminaban la ciudad... que guardaba muchos misterios en profundas oscuridades...

La mañana comenzó para nosotros, muy temprano. El jefe de Gabrielle le había dicho a Dubois que quería vernos a eso de las 9, 9 y 30 porque tenía mucho trabajo que atender y no nos quedaba otra que seguirle el paso. Sobre todo, porque no teníamos una forma legal de presionarlo.

Llegamos en el automóvil de Dubois a la playa de estacionamiento y a los contados minutos llegó él; un hombre gordo, casi enfundado en una campera color crema, de la que usan los escaladores, es decir con tres capas de aislante para el frío y cuello de piel.

—Es él. Se llama Dampor... yo hablaré con él. Solo habla inglés.

«Genial» pensé. Si esta aventura había comenzado por una irrefrenable curiosidad sobre si el querido profesor Guillermo tenía razón o no sobre aquella nave que había visto, en realidad, todo esto se había convertido en una pesadilla relacionada con las asignaturas de mi lejano colegio secundario. Como si todo hubiese sido una trampa para molestarme. Había aprobado las asignaturas de idiomas, pero lo que nos enseñaban eran solo estructuras, algo así como: «*I can see a window...* (Yo puedo ver una ventana), *I can see an umbrella...* (Yo puedo ver una sombrilla), *I can see an ice-cream,* (Yo puedo ver un helado)» y muchas frases así. De diálogos... poco y nada. Y ahora, en un país que jamás había soñado con visitar, tenía ante mi, el reto de hablar dos idiomas, que además, eran idiomas oficiales.

Dubois y aquel hombre hablaban y hablaban y Dubois, fingía anotar en una planilla todos los datos que me le estaban dando. Digo fingía porque, era un enemigo del papeleo y tomar notas, significaba literalmente eso para él. En un momento Dubois sacó sus infaltables cigarrillos y le ofreció uno al hombre que aceptó. «Bien» pensé, cuando dos hombres desconocidos, comparten un cigarrillo, hay una esperanza de que se entiendan y confíen, el uno en el otro. Yo me limité a mirar al hombre y sonreírle, como para que se sintiera en confianza. Después lo único que me quedaba era mirar el paisaje del lugar, rodeado de casas de techos a dos aguas. Casi, a la distancia de una calle, había nada menos que un local de Mc Donald's con un patriótico mástil enfrente y la bandera ondeando. Al menos los empleados, tenían un lugar donde comer y tomar un café caliente. Lo demás eran casas de madera hasta donde alcanzaba la vista.

Dubois dijo algo así como: «Thank you» y comprendí que la entrevista había llegado a su fin. Y en efecto, el hombre me saludó con su mano y yo le correspondí.

—Vamos... terminamos.

Subimos al automóvil y al instante él encendió la calefacción.

—¿Qué pasó?

—El hombre me dijo algunas cosas... pero creo que no nos servirá de nada... ella, trabaja en la parte administrativa de la empresa... no desarrolla ningún producto... ni siquiera hace entrevistas con los clientes.

—O sea que no hay ningún... stress derivado de una tarea... complicada para ella...

—Exacto —sentenció poniendo sus manos en el volante y dejando la vista fija por unos minutos. Luego dijo al fin—. ¿Vamos a desayunar a ese Mc Donald's que está cerca o prefieres el café de la estación?

—El café de la estación no está mal... pero en el local de Mc Donald's, ¿podemos hacerle preguntas al señor? ¿Cómo se llama el que está vestido de payaso?

—No lo sé... ¿Hacer preguntas? No te cansas nunca ¿verdad?

—Quiero llegar al fondo de todo esto y porque no... llevarme una «Cajita Feliz»...

—Muy gracioso...

Llegamos en contados minutos; solo tuvimos que atravesar la calle perpendicular y buscar un lugar en la playa. Mi mirada se quedó en la silueta de un largo camión de combustible que iba de camino seguramente al aeropuerto de Wabush. Su tanque brillante y enorme siempre me habían llamado la atención. Al terminar de pasar, noté la silueta ya casi familiar del automóvil de vidrios polarizados que habíamos visto ayer.

Al entrar, se lo advertí a Dubois.

—El automóvil de Quebec está a una calle...

—¿De verdad?

—Si no es él... es su hermano gemelo... y tiene las misma costumbre... de estar cerca de los lugares donde estamos nosotros... o tú... o yo... o nosotros. Será cosa de familia.

Buscamos una mesa libre y nos sentamos. El lugar, era la típica cafetería; mesas con bancas todas en las ventanas, una barra, el olor al café recién hecho, pero también el de la hamburguesa y las papas fritas.

—No comprendo qué... puede estar pasando.

—Por el momento hay que estar alertas.

—Sí... alertas. Elige algo... —tomó una hoja plastificada, el menú en sus manos y me invitó a que hiciera lo mismo—. La estación paga...

Al minuto, llegó una chica muy joven y delgada con una visera color roja y nos preguntó que queríamos comer. Dubois hizo las veces de cliente y traductor, al mismo tiempo.

—Tengo que admitirlo... pero este caso de Gabrielle... se parece a un callejón sin salida —dijo mirando hacia afuera—. No creo que podamos descubrir... algo que nos sirva... realmente no lo creo.

—Míralo por el lado amable... —le dije—. Podría ser peor...

—¿Qué tan peor? Explícate porque no entiendo.

—Imagínate que el tipo hubiera desaparecido... dejando unas huellas de sangre... digamos en la puerta del baño... un estudio hubiera dado por resultado que la sangre, no era de ella... y tendríamos un caso de presunto... homicidio, sin cuerpo... y sin

nada.

—De verdad... al menos tuvo la decencia de desaparecer sin dejar el más mínimo rastro... como si no hubiera existido nunca. A propósito de homicidios... tengo que contarte algo...

Me quedé mirándolo en silencio y él habló al fin.

—El único de los delincuentes que quedaban... de los que te secuestraron a ti y al Padre Bautiste, de la Misión... escapó... o al menos... intentó escaparse. Al llegar a la Corte... fingió que tenía un ataque de asma o algo así... dijo que no podía respirar que le abrieran la puerta. El chofer... no estacionó el camión como debía y cuando abrieron la puerta, atacó al guardia y salió corriendo... pero un camión... que pasaba, lo atropelló. Murió camino al hospital... el juicio se va a realizar pero solo para determinar bajo qué circunstancias fue muerto el guardabosques... y eso. Tenía que decírtelo.

—Ese hombre era uno de los más... «buenos»... por decirlo de alguna manera. Pero parece que estaba marcado su destino... en fin. Que descanse en paz.

La chica llegó con una bandeja y la dejó en la mesa: café, *croissants* tibios y unos panecillos.

—*Thank you...* —le dije.

Ella solo sonrió y agradeció con un gesto de la cabeza.

—Me decías algo del caso... de Gabrielle.

—Disfruta tu café caliente. Despejemos la mente unos minutos.

No era mala idea; despejar unos minutos la mente. El caso, como ya lo había intuido unos días atrás, era un callejón sin salida. Aunque las salidas, no eran necesariamente fáciles. Un par de hombres jóvenes entraron y se sentaron en la barra. El aroma a hamburguesas y a papas fritas, comenzó a inundar el lugar. Un camión pasó por la calle y saludó ruidosamente a otro que llegaba a la playa de estacionamiento. Era un día común y tranquilo en la ciudad.

—Lo que pensaba decirte del caso... es que... hace unos años... tuvimos una situación... semejante... semejante en el sentido de que había desaparecido unas personas, pero era totalmente diferente porque las circunstancias eran diferentes. Un matrimonio joven había ido a acampar en el bosque... durante los primeros días de calor... de la primavera y habían perdido a su niña. Cuando tomamos el caso descubrimos que teníamos un área de muchos kilómetros cuadrados para buscar y cuando la encontráramos... podía estar muerta. Alguien dijo algo de un tal Ben Smith, el viejo Ben, un psíquico. Sí... aunque no lo creas... estábamos desesperados porque los padres perdieron mucho tiempo, buscando ellos a su hija y la noche se nos venía encima... las temperaturas son más suaves que en invierno, pero algo podía pasarle a la niña. Fuimos a verlo... le llevamos un... osito de peluche de la niña y él nos dijo dónde encontrarla... fuimos... y la encontramos. Estaba a unos... a un kilómetro de donde ellos habían acampado. La niña al desorientarse había caminado y caminado... estaba en el lugar donde este hombre nos dijo; en la base de un abeto

seco. Ahora... al no tener respuestas... ni pistas... vamos a tener que recurrir a él... otra vez.

Terminamos nuestro desayuno y salimos al exterior. Dubois fingió que estiraba su espalda para poder mirar en todas direcciones y descubrió al automóvil.

—Están allá... es el mismo auto —afirmó algo serio y cuando subió al automóvil—. Bueno... creo que se van a cansar... un poco. Vamos... tengo una idea.

—¿Una idea? ¿Cuál?

—Tranquilo. Esta vez... déjame ser el de las grandes ideas... —agregó encendiendo el motor.

En realidad hacía muy poco que transitaba como modesto peatón las calles de la ciudad, o como acompañante en el automóvil de Dubois, así que no sabía para nada orientarme. Me daba lo mismo que Dubois o el policía que me habían asignado tomara hacia el norte, o hacia el sur. Giramos en una calle, donde con una disciplina intachable, él se detuvo completamente en una señal de alto y luego cuando el camino estuvo despejado continuamos. Después de un par de calles llegamos al enorme local de Walmart, que parecía de lejos, un contenedor abandonado en medio de un claro del bosque, pero de cerca, no tenía que envidiarle nada a los grandes centros de compras. Antes de llegar a la playa se aseguró de que el automóvil de vidrios oscuros nos siguiera.

—Allí están... —comentó mirándolos en el espejo retrovisor—. Tengo que reconocer que saben seguir... a alguien.

Me llamó la atención la velocidad lenta que tenía nuestro automóvil. Tomó su teléfono celular y marcó un número automático. Habló en inglés con alguien y luego cortó. Finalmente llegamos a la playa de estacionamiento.

—Te voy a pedir algo... —me dijo mientras aseguraba el automóvil.

—Adelante.

—Vamos a hacer un rápido movimiento... no quiero que me pierdas de vista nunca. Ni que te detengas en nada cuando entremos.

—Lo que tú... digas.

Bajamos del automóvil y con un vistazo muy simple noté que nuestros perseguidores se habían quedado al menos una calle atrás estacionados.

—Me pregunto una cosa: ¿por qué no descienden? —le dije.

—Tal vez esta vez lo harán... o no. Vamos.

El cielo se había despejado en un espacio pequeño, en el cenit, y una pequeña ventana, semejante de una claraboya en las nubes dejaba pasar los rayos del sol. Algunas familias y otras personas se acercaban al local. Una camioneta de reparto cargaba varios bultos con la colaboración de tres empleados.

Entramos y pareció que toda la tranquilidad pueblerina de Dubois, desapareció como por arte de magia. Aceleró sus pasos hacia el otro extremo del local esquivando a la gente que se movía mirando algunos estantes de exposición como si estuviera en una carrera de automóviles. Cuando llegó a lo que parecía a mi entender el extremo

del local, se encontró con un guardia de seguridad al cual le mostró su credencial y se dio vuelta para señalarme. Acto seguido el guardia sacó un manajo de llaves de su cinto y abrió la puerta que estaba a sus espaldas. Yo le agradecí con un gesto. Usando su autoridad había conseguido que el guardia nos dejara salir por la puerta trasera del local, reservada para uso exclusivo de los empleados y guardias. En ese momento apareció un coche patrulla de la estación. Nos abrieron la puerta trasera y nos metimos escondimos en el asiento. Le dio una orden al oficial que apenas se había detenido para que subiéramos y que siguió transitando como si hiciera una ronda habitual por el lugar.

Por el movimiento que tenía el coche patrulla, estábamos dando vueltas y vueltas por la ciudad, hasta que finalmente el oficial le dijo algo y pudimos sentarnos derecho, aunque en realidad; habíamos llegado a un lugar en las afueras.

Descendimos y Dubois le dijo algo al oficial por lo que nos dejó allí y siguió, tal vez, de camino a la estación o un puesto de vigilancia para seguir los movimientos de aquel misterioso automóvil de vidrios polarizados.

La casa era una típica construcción de madera, con techo de dos aguas, muy similar a todas de la ciudad. Tenía una pequeña cerca de madera y un portón donde había un pequeño letrero: «*Tocar antes de entrar*» al lado de un timbre. Un delgado y común camino de cemento comunicaba el portón con la casa, sin ningún ornamento. El jardín si alguna vez había habido alguno, había caído sepultado por la nieve. Unos delgados y tímidos sonidos me hicieron mirar el costado de la casa; del techo de la galería colgaba un llamador de ángeles de metal. Volví a mirar el jardín y noté el cuerpo de una casita para un perro, muy similar a la estructura de la casa, pero estaba vacía. Dubois tocó el timbre. Minutos después una cortina se corrió y se escucharon los cerrojos de la puerta.

Apareció un anciano de cabello corto y completamente blanco que se saludaron con Dubois.

—Dice que podemos pasar... Ah... no habla una palabra de español, así que si quieres preguntar...

—Ya entendí. Lo tendré que hacer por tu intermedio —le dije.

El interior estaba ordenado y prolijo con un suave aroma a carne cocida.

—Parece estofado... —comentó Dubois.

—Eso pensé...

Nos sentamos en una mesa redonda y el hombre apareció con una bandeja con tres tazas y una cafetera que despedía un apetitoso aroma.

Yo le agradecí con un gesto y me quedé mirando el lugar con interés pero con discreción al mismo tiempo. Me pregunté: ¿Cómo debía ser la cabaña, la casa de un *psíquico*? ¿Las paredes debían estar adornadas con cuadros de brujas o hechiceros famosos o con objetos mágicos como bolas de cristal, y sombreros cónicos con dibujos de estrellas y planetas, como el que usaba el Mago Merlín en la película de dibujos animados «*La espada en la piedra*» de la que vi solo un fragmento cuando

era niño?

Aquella casa, era la casa de un hombre común y corriente. Un cuadro con paisajes chinos, que seguramente se lo había comprado a un vendedor ambulante, otro con una vieja fotografía de lo que posiblemente había sido el pueblo hace unos 100 años, un aparador con vasos y una botella de un licor; la casa de un hombre común.

Tomé mi café para no parecer grosero y observé a los dos hablar y luego volví a observar el exterior que me dejaba ver la ventana.

El hombre era pequeño de cuerpo, con un andar pausado que cuando nos había recibido, había notado que se apoyaba en un bastón del tipo canadiense, pero para un solo brazo, el izquierdo. Su cabello y una cuidada barba eran completamente blancos. Usaba lentes permanentes. Aquel día vestía una camisa leñadora verde, con cuadros marrones y un suéter grueso color marrón oscuro, escote en v. El pantalón también era de lana. Aunque no podía entender lo que respondía, me daba cuenta de que era un hombre de hablar pausado y casi ceremonioso, para dar su opinión. Finalmente Dubois se puso de pie y yo lo imité y le tendí mi mano al hombre, para despedirme. Él me aceptó el saludo, pero antes me miró fijamente a los ojos, como si en realidad, estuviera tratando de mirarme al interior de mi alma. Sentí algo extraño, algo como un estremecimiento. Entonces dijo algo y miró a Dubois; yo comprendí que había dicho algo relacionado conmigo.

—El señor Smith dice, pregunta, que por qué no has dicho nada.

Yo miré a Dubois.

—¿Y por qué no se lo dices? No hablo su idioma.

—Parece que él quiere que seas tú, el que responda.

—Bueno dile eso... —le dije.

Dubois tradujo y el hombre respondió.

—¿Y bien?

Dubois se me quedó mirando y luego habló.

—Dice que el tal Matthew desapareció casi de la misma forma que tú... apareciste en esta parte del mundo.

Aquella frase completamente sincera de ese hombre al parecer común y corriente pero de ninguna manera común, me dejó perplejo y a la vez, en una situación complicada; yo había logrado convencer a la justicia de que era el sobreviviente de un naufragio. Tal vez este hombre con sus supuestas capacidades psíquicas, había logrado ver algo sobre la nave y la historia que tenía con el misterioso señor Dupré.

—Dile... por favor... que no sé a qué se refiere... soy el sobreviviente de un naufragio.

Dubois tradujo mi respuesta, mientras el hombre tenía los ojos cerrados, finalmente los abrió y le contestó. Creo que sonreía.

—Dice que las fuerzas cósmicas... te escogieron... todos estaban destinados a morir en ese barco y tú... te salvaste... porque eras de otro país.

Una suave sensación de alivio corrió por mi espalda.

—Ah... claro. ¿Y el tal Matthew?

El hombre estaba con los ojos cerrados, de pie no apoyado su brazo izquierdo en su bastón si no que lo sostenía con ambas manos. Abrió los ojos y miró a Dubois con una mirada serena. Dubois continuó mirándolo y no tradujo la respuesta.

—¿Qué dijo? —le pregunté.

—Dijo que... el tal Matthew... existe... pero no en nuestro mundo.

—¿Qué?

—Que Matthew y Gabrielle viven juntos... en un universo paralelo a este... que Gabrielle pasó a este mundo... y Matthew no.

Di un paso para atrás. Era la respuesta más extraordinaria, que había escuchado en mi vida; *un universo paralelo*. Gabrielle venía de otro *universo*, había «cruzado» y su novio no, por eso no aparecía por ninguna parte, y nadie lo había visto, solo ella. Dubois continuó.

—Dice que fenómenos extraños así... suceden todo el tiempo en todo el mundo... solo que nadie los denuncia, porque tienen miedo de parecer locos ante las autoridades.

—Un momento, quiero que le pregunte: ¿cómo hizo Gabrielle para pasar a... «este universo»? ¿usó... algunos poderes? ¿Una tecnología... avanzada?

El hombre habló, pero esta vez se dirigió directamente a mí, como si yo, pudiera entender lo que hablaba.

—Dice que no usó tecnología... ni ningún poder... especial. Solo estuvo en un momento y lugar donde unas energías... se cruzaron y abrieron una puerta a este universo.

Ambos nos quedamos callados sin saber muy bien qué decirle a ese hombre común que nos había sorprendido de manera extraordinaria con lo que había dicho. Entonces él habló. Después de unos segundos Dubois tradujo la respuesta.

—Dice que... no debemos tener miedo... que es muy posible de que todo se solucionará... sin que nos demos cuenta...

—Pregúntale si ella... si ella pasara por ese lugar... donde están esas fuerzas... podría volver... a su... «universo».

Dubois tradujo la pregunta y luego la respuesta.

—Dice que es muy posible de que sí; que podría regresar.

—Thank you —le dije al hombre y volví a tenderle mi mano y salí afuera.

Dubois se tardó un poco en salir. Cuando finalmente se despidió, se quedó a mi lado y encendió su acostumbrado cigarrillo que empezaba a creer que había decidido dejarlo.

—¿Y bien?

—Tengo que reconocer que no me esperaba una respuesta semejante... pero... concuerda con todo lo que le está pasando a Gabrielle; que nadie haya visto a su novio, solo ella, que haya cosas que no coinciden en su trabajo...

—Un momento —interrumpió Dubois—. ¿Quieres decir que crees que... es

verdad?

—Es verdad. Es duro decirlo pero...

—¿O sea que la Gabrielle que yo conocí...? ¿Dónde está?

—La Gabrielle que tú conociste está... en el «otro universo».

—No entiendo. No entiendo nada. Me dijo que está enfermo y bueno... tal vez, por eso contesta de esa forma.

—Un momento... un momento. ¿Estás diciendo que este hombre nos dio una respuesta tan...?

Me tardé un poco en decir la respuesta correcta y Dubois terminó la frase por mí. Estaba molesto, en estos escasos días que estábamos trabajando junto había aprendido a conocerlo y una de las cosas que se aprendía rápido era saber cuándo estaba molesto.

—Alocada es la respuesta. No dudes tanto en decirlo.

—Bueno, ¿crees que nos dio una respuesta «alocada» para librarse de nosotros? ¿Estás diciendo eso?

—Sí. Eso creo.

—Me tienes que explicar muchas cosas...

—Ahora no. No estoy de humor. Este caso se está complicando demasiado... para mi gusto —agregó intentando caminar a mi alrededor.

—Tranquilo. ¿A quién esperamos?

Un lejano sonido de unos neumáticos mordiendo una piedra pequeña, me hicieron levantar la vista; era el coche patrulla de la estación.

—A él. Le dije que nos viniera a buscar en una hora más o menos —comentó y le dio una última pitada a su cigarrillo y lo estrelló en el suelo con cierta prolijidad.

Subimos, él adelante y yo atrás. Creo que el oficial que conducía sintió casi inmediatamente después de que subimos que algo andaba mal, porque le hizo una pregunta que Dubois contestó parcamente; si hubiera sabido más del idioma seguro hubiera escuchado un «Ni preguntes». Antes de llegar al lugar dónde habíamos visto al misterioso automóvil que parecía que nos espiaba, nos tiramos lo más abajo que pudimos y el coche patrulla nos llevó de nuevo al local comercial donde había dejado su automóvil particular y por supuesto entramos por la puerta trasera.

—¿Los alcanzaste a ver?

—Sí. Allí estaban. Alguien les debe estar pagando muy bien... por tantas molestias.

—Empiezo a creer lo mismo.

El local, me recordaba a unos de esos *shopping center* que había visto en mi ciudad y en grandes ciudades del mundo, y que me daban la impresión de que eran unos lugares en los que nunca se apagaban las luces, o «nunca se duerme».

Subimos al automóvil y fuimos directo al «Rincón de Jean Pierre». Por el espejo retrovisor, notamos que el automóvil misterioso, no nos seguía. Tal vez, hasta ya conocían nuestros movimientos diarios; del departamento a la estación, de la

estación, al bar, y del bar al departamento. El mozo que nos había servido aquella primera vez, estaba levantando una mesa cuando llegamos.

—*Bonne nuit* (Buenas noches).

—*Bonne nuit. Apportez café s'il vous plaît.* (Buenas noches. Trae café por favor)

Buscamos nuestra mesa «habitual» y allí, Dubois se tiró contra la silla y estiró los brazos mientras terminaba su cigarrillo que, inexplicablemente había logrado sobrevivir varios minutos en su boca. Allí se quedó con la mirada perdida como si estuviera viendo una película vieja, hecha, con las escenas de su vida. Después de unos minutos me habló.

—Disculpa... es que...

—La respuesta te desconcertó y esperabas otra cosa.

Sonrió con la cabeza inclinada hacia atrás. Tiró una última gran pitada de humo al aire y lo estrelló contra el cenicero.

—Así es... no sé qué creer. Eso que dijo de... mundos...

—Universos... —le corregí—. Universos paralelos.

—Eso... me dejó... boquiabierto. Parecía que estaba viendo una película de ciencia ficción.

—Pero... es la única posibilidad que explica todo... lo que no podemos explicar, piénsalo: la mujer no está loca, no hay indicios de una desaparición violenta... de un crimen...

—Aún cuando fuera así, yo pienso... ¿cómo vamos...? Mejor dicho, ¿cómo voy a hacer para decirle... semejante cosa? —preguntó y se quedó pensativo otra vez, pero con la mirada baja—. Gabrielle me gustaba... me gustó desde la primera vez que la vi... en un local de comidas... Yo pedía una hamburguesa gigante y ella había pedido... una pequeña, de pollo, con cebolla. La chica se confundió y me dio a mi la orden de ella, y a ella, mi hamburguesa gigante. La chica del local, me pidió disculpas y estuvo a punto de sacarme la orden equivocada... devolvérsela a la dueña... y traer mi orden correcta, pero yo me ofrecí a hacer el cambio. Me acerqué a la banca donde estaba ella y traté de iniciar una conversación... Se sorprendió un poco... pero al fin aceptó conversar. Comenzamos a salir... hasta que un día me dijo que no quería esperar a que le avisaran que un delincuente me había matado, en un callejón solitario. El tiempo que salimos... descubrí que era una persona muy inteligente... cariñosa... Cuando terminamos... quise poner distancia entre los dos... para dejar que... que hiciera su vida... Dejé de ir a los mismos lugares en los cuales... podíamos cruzarnos. Abrir este local... —comentó mirando un poco el techo—. Me ayudó bastante... —me miró y creo que sintió un poco de vergüenza—. Lo siento... no quería...

—Está bien. No fue malo que me contaras eso... que te molestaba. Ahora si estás más tranquilo...

—Mucho más...

—Bueno. Quiero que me cuentes todo lo que te dijo el hombre... el viejo Ben.

Desde el principio.

En ese momento llegó el café con varios platos de cosas saladas como maní y otro con *croissants*. El muchacho preguntó algo y Dubois me señaló a mi y luego a él.

—Dice que hay pescado fresco con una rica salsa. Le pedí dos platos... para llevar.

—Comienza de una vez... por el principio.

—Bueno... me presenté por si no recordaba mi cara... le recordé el caso en el que nos ayudó... y él me dijo que estaba en una situación de salud... un poco delicada. Estaba enfermo... deprimido... su perro había muerto por un accidente de tránsito... y no estaba en una óptima condición para ayudarnos. Le rogué por favor y me pidió que no insistiera. Como último intento... le dejé mi tarjeta con mi número de teléfono personal y de la estación. Me levanté para irme... y fue cuando te dio la mano... que empezó a hablar... y dijo todo lo que escuchaste.

—Así que eso es todo.

—Todo.

—Bueno... ahora voy a contarte lo poco que sé de todo esto...

—¿De los «universos paralelos»?

—Así es. Me gusta mucho leer y cuando uno lee... descubre cosas... que después el tiempo le pone en su camino. Leí por ahí... que algunos... estudiosos en estos temas... dicen que hay... unos 22 universos paralelos...

—¿Cómo? Repítame por favor.

—Que hay... 22 universos paralelos.

—¿Veintidós?

—Veintidós. En los cuales...

—Un momento... si son tantos ¿por qué es que no los vemos? Oh... lo siento. Pregunté una tontería.

—Estás en una confusión. Son universos... no planetas.

—Tienes razón. Disculpa.

—No es nada. Pero te tiene que quedar claro que no son planetas... no se ven con los telescopios.

—Me quedó claro. Continua.

—En esos 22 universos paralelos... la vida es muy similar a lo que vemos aquí... o puede que sea totalmente distinta. En los que la vida... es muy semejante a lo que conocemos... solo hay un cambio en algún detalle... por ejemplo, en otro universo... tú... estarías casado con cuatro hijos... Serías la misma persona... tendrías el mismo empleo, solo que tendrías una familia numerosa.

—No lo entiendo... entonces quieres decir que ¿la vida que yo conozco, toda la gente... los negocios... los paisajes están duplicados en otro universo?

—Así es... eso es lo que dicen... por eso se llaman «Universos paralelos»: existen en forma paralela... al lado de todo que conocemos...

—Increíble... o mejor dicho... difícil de creer...

—A veces hay cosas... que son complicadas de asimilar... —dije tomando mi último sorbo de café.

Se quedó mirando el interior del bar. El chico comentaba algo gracioso con la cajera. Unos clientes, unos tres muchachos jóvenes llegaban y ocupaban muchas sillas para dejar sus abrigos. Por la ventana se veía a varios vehículos circulando por la calle. Una pareja de chicos muy jóvenes se detenían a besarse en la vereda y luego seguir su camino.

—Es difícil creer que todo lo que conoces... esté duplicado en otra parte... del universo... Hace días... escuché la distancia a la que había viajado una nave de la Nasa, para observar de cerca, al último planeta del sistema solar, Plutón..... de millones de kilómetros... en ese momento pensé: «Caramba. ¡Que enorme es el universo!» y ahora... descubro que hay... varios universos...

—Sí... es complicado de creer... —dije casi como para consolarlo y a su vez, para tranquilizarme también; y es que había estado a punto de volver a estar en una situación comprometida.

—Un momento... ¿qué dijo sobre la forma que llegó... que habría llegado hasta este universo? —me preguntó de repente.

—Dijo que no usó una tecnología avanzada... ni poderes especiales o cosas así. Estuvo en un lugar... donde unas energías abrieron una... puerta, de hecho se llaman portales... una puerta hacia este universo. Lo hizo sin darse cuenta.

—Me vas a matar... pero no lo entiendo.

—No te voy a matar. Yo te comprendo, que es difícil de entender. Y te lo voy a explicar... como yo lo entiendo... Ella...

—Gabrielle...

—Sí, Gabrielle. La «Gabrielle» que fue a la estación... a pedir tu ayuda y yo la entrevisté.

—Pero... «esa» Gabrielle... no es la misma que yo conocí... con la que salía a cenar... con la que tuve un día de pícnic en el bosque.

—No. Me temo que es así... esa Gabrielle... no es esta.

—¿Entonces hay dos? ¿Dos mujeres?

—Hay más... pero a los efectos de entender... este problema... hay dos... Una... que vivía aquí en la Tierra... y otra que vivía en otra Tierra que existe... en un universo paralelo. ¿Lo... entiendes?

—Sí... digamos que lo entiendo.

—Entonces... la del universo paralelo pasó a este lado... y la que vivía aquí... pasó al universo paralelo... ese fenómeno de «doble pasaje» se da para cualquier persona al cruzar sin quererlo a otro universo paralelo, no se encuentre con su «doble», con otra persona, igual a él, con la misma personalidad, misma historia... etcétera, etcétera... eso lo volvería loco.

—Claro... —dijo mirando hacia la calle casi con tristeza.

—Si lo pensamos... puede haber una oportunidad para Gabrielle... —le dije.

—¿Y cuál es? —preguntó sosteniendo su cara con una mano—. Porque yo no veo, ninguna salida.

—Podríamos preguntarle que hizo... antes de que todo esto pasara... antes de que tuviera su terrible dolor de cabeza.

—¿Y eso?

—Tal vez podríamos reconstruir los últimos momentos... y descubrir los lugares donde estuvo... el último lugar puede ser...

—El portal... —sacó otro cigarrillo—. Creo que me estoy volviendo loco por haber dicho eso. Tengo años en la policía y he visto muchas cosas raras... incluso conocí a un hombre que había visto al *sasquatch*... ¿sabes de quién hablo verdad?

—También se lo conoce como *Pie Grande*. O *el Abominable Hombre de las Nieves*, *El Yeti*.

—El mismo. Ese sujeto... contaba que iba en su coche patrulla... que era de noche... y que... de repente ve... una gran silueta... a un costado de un camino... un camino rural. Entonces, desvía su itinerario y lentamente y con las luces apagadas intenta acercarse, pero la silueta, parece darse cuenta y se mete en el bosque... que estaba negro... como la boca de un lobo... entonces enciende las luces y lo ve. Fue un segundo y luego la criatura... desapareció. Dijo que nunca se lo contó a sus compañeros porque lo iban a creer que estaba loco o que había bebido. Yo pensé mientras lo escuchaba... «Ojalá y no me pase a mi...». Y ahora... estoy metido en algo me parece que mucho peor.

Entonces su expresión cambió. Su cara se puso de un color pálido y se puso de pie como impelido por un resorte. Yo decidí mirar hacia donde él miraba y lo comprendí todo; Gabrielle había entrado al bar.

Llevaba el mismo abrigo con la que la había conocido en la estación y un saco color crema y una pollera del mismo color. Vestía botas altas de cuero negro. Llevaba el cabello recogido, con una cola de caballo, que la hacía parecer una colegiala adolescente o una dulce muchacha escapada de un película de los años sesentas.

—*Bonne nuit*.

Yo comprendí que había dicho «Buenas noches», pero me limité a saludarla con un gesto de la cabeza y a ponerme de pie.

Hablaron entre los dos; Dubois parecía temeroso, la única vez que lo había visto en semejante situación. Por momentos se rascaba la cabeza, se tomaba el brazo, y trataba de infundirle tranquilidad. Entonces me puse otra vez de pie y le hablé, a pesar de que sabía de que ella, no podía entender lo que decía.

—Si tiene unos minutos quisiera hacerle unas preguntas.

Dubois sonrió y la apartó un poco.

—¡Qué rayos estás haciendo!

—Traduce. Solo le voy a hacer unas preguntas muy inocentes. Confía en mi.

Dubois miró a la muchacha y al notar la mirada insistente de ella, tradujo lo que yo le había dicho. Ella asintió y apartamos un silla para ella. El mozo hizo el intento

de acercarse para ofrecer algo, pero Dubois lo detuvo con un gesto.

—Señorita... todo lo que pudimos averiguar... está siendo estudiado en los laboratorios... pero mientras tanto... no nos dimos cuenta... de preguntarle... a usted, ¿qué había hecho los días anteriores, al día en que tuvo ese dolor de cabeza? ¿Lo recuerda?

Ella miró un poco sus manos, luego hacia la ventana y finalmente dijo algo.

—Dice que fue a caminar cerca del lago... había tenido una pequeña pelea con Matthew y pensaba si él, no tenía razón... entonces para calmar su mente... se fue primero por la plaza... y después... a caminar cerca del lago. Nada más.

—Pregúntale si recuerda... cuando empezó su dolor de cabeza...

Dubois hizo la pregunta y ella dio toda la pauta de que le costaba recordar, pero al fin habló.

—Dice que no lo recuerda muy bien... pero fue después de eso.

—Dile... que le doy las gracias... si hay otras cosas... la volveremos a molestar.

Ella me miró y sonrió otra vez.

—¿Quieres que me vaya?

—No hace falta. Tranquilo —me dijo Dubois.

Ellos se quedaron hablando un poco más y luego él la acompañó hasta la puerta. Se despidieron con un tímido beso en la mejilla. Ella le tomó fuerte la mano y luego se lanzó hacia la calle. Aquella despedida, lo dejó un poco melancólico por unos segundos, segundos en que el Dubois que tenía corazón y que alguna vez había soñado con tener otra cosa que su trabajo, volvía a aparecer en la superficie, aparecía el hombre que podía haberse enamorado. Al regresar tenía un expresión de más calmado.

—¿Y bien? —me preguntó.

—Tal vez hay algo en el lago... no lo sé. Presiento que hay algo que falta... tal vez ella no lo recuerde... no sé muy bien qué... puede ser.

—Quiero agradecerte que no le dijiste los verdaderos resultados... se hubiera puesto mal. Estuviste muy bien.

—De nada. Sé que esta mujer es importante para ti... no te preocupes. Además... por ahora, ella es nuestra única fuente de información natural... y hay que conservar el vínculo.

Se llevó las manos a los bolsillos y sacó las llaves de su casa y sus infaltables cigarrillos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por el tono que tiene... «tu» pregunta... no.

—¿Tienes guardado un *stock* de cigarrillos en los bolsillos o...?

—No. Solo me quedan dos... tendré que...

Entonces sonó su teléfono. La conversación duró solo unos minutos.

—La cosa se complicó.

—¿Qué fue?

—El viejo Ben. Está en el hospital... los de la ambulancia encontraron mi tarjeta en sus manos y me llamaron.

Subimos al automóvil y partimos rumbo al hospital que por fortuna estaba cerca, a solo unas diez cuadras en lo que antaño había sido un pequeña colina. La noche ya era dueña absoluta de la ciudad que había encendido sus luces amarillas y solitarias que mecía el viento helado del norte.

—¿Dónde está?

—Tercer piso. Terapia intensiva.

Llegamos y subimos por el ascensor, pero para llegar a la Terapia, tuvimos que pasar muchos pasillos blancos. En un mostrador, una enfermera, nos dijo que esperaríamos al doctor Brown que había bajado unos minutos. Nos sentamos en unos asientos helados e incómodos, unos largos diez minutos y finalmente el doctor llegó. Era un muchacho de unos treinta años, delgado, más parecido a un joven basquetbolista que a un doctor. Por un momento pensé, cómo se llamaría en este país a la mejor liga de Básquet, y es que solo conocía la fama de la NBA. Era rubio con el cabello corto, pero con rulos en la parte alta de su cabeza. Traía una carpeta donde de seguro estaban las historias clínicas de los pacientes, pero la sostenía como si fuera una pelota y estuviera dispuesto para un tiro al aro.

—Doc.

—Dubois.

Fue lo único que entendí. Después de saludarlo con un gesto de mi cabeza, que el «Doc», correspondió, hablaron largo y tendido. Finalmente se despidió y yo lo saludé otra vez, con la mano en alto. Dubois se sentó a mi lado.

—Dice que está respondiendo bien... tal vez mañana lo saquen de Terapia y lo lleven a una sala común. Lo que tiene es serio... una forma de cáncer... El nuevo parte lo tendremos en unas ocho horas. Por la mañana.

—¿Esperaremos el nuevo parte?

—Sí... es que, cuando llegó la ambulancia... le dijo que quería hablar con los policías Dubois... y con su compañero.

—O sea conmigo también.

—Correcto. ¿Recuerdas como te habló cuando le diste la mano?

—Sí. ¡Cómo olvidarlo!

—Tal vez, quiera decirte algo... por el estilo. Vamos a la cafetería... presiento que será... una noche larga.

Y aquella frase de mi compañero de aventuras, no sonó como algo difícil de asimilar. Desde hacía un tiempo... todas mis noches... eran largas y llenas de misterios...

—Es hora... arriba —me dijo Dubois sacudiéndome el brazo derecho con el que me había abrazado a mi mismo para dormir.

Dormir en el asiento de un automóvil, no era una de las mejores opciones pero era mejor que intentar dormir en los duros asientos de las salas del hospital. Dubois había tenido que apagar la calefacción para evitar que la batería del automóvil se quedara sin carga y luego tuviéramos que empujarlo.

«Odio empujar un automóvil» me había dicho y yo le había respondido: «Yo también».

Por eso la energía la habíamos usado al mínimo y después de una hora de la noche nos habíamos quedado completamente a oscuras.

Llegamos a la Terapia y el doctor Brown, estaba dando los distintos partes a familiares de pacientes. Se despidió de un hombre y una mujer y levantó la cabeza y nos vio. Con mi compañero, se saludaron de la misma forma, «efusiva».

—Doc.

—Dubois.

Y comenzaron a hablar luego de dirigirme un saludo que yo respondí con mi mano, para sortear el problema del idioma. Hablaron cerca de cinco largos minutos.

—Dice que podremos hablar con él en una hora más o menos... lo van a pasar a sala común. Parece que necesitan la cama para otro paciente.

—Es un buen principio.

—Sí y eso nos da tiempo para desayunar.

Una hora después el «Doc», como Dubois lo llamaba, nos visitó en la cafetería donde estábamos haciendo una pequeña sobremesa. Se saludaron de la misma lacónica manera en que ellos se hablaban y luego se retiró a una mesa junto a otros doctores a desayunar.

—Dice que ya podemos hablar con él. Está en la sala 4 del segundo piso.

Subimos, porque la cafetería estaba en la planta baja y nos anunciamos en la recepción de la sala para evitar problemas con las enfermeras encargadas. La mujer de la recepción nos señaló la última cama de la izquierda. De lejos, pude ver que el hombre estaba tendido de espaldas, con la mirada fija en el techo.

—(Buenos días) —le dijo Dubois y eso hizo que cambiara la mirada y hasta puedo decir, que sonrió.

Yo me acerqué y le estreché la mano y luego hice unos pasos hacia atrás para que Dubois y él, hablaran sin sentirse incómodos. Hablaron unos minutos, entonces mi compañero se levantó y se dirigió a mi.

—Dice que quiere entregarte algo... y me pidió que quiere hacerlo a solas. Estaré afuera.

—Pero...

El hombre posó sus manos en el costado de la cama y volvió a sonreír. Yo me

senté en el borde, sin saber mucho que decir o hacer.

—Espero no molestar... los viejos nos convertimos en una molestia con los años...

—¿Sabe hablar español?

—Así es.

—¿Por qué lo ocultó cuando fuimos a visitarlo?

—En realidad no lo oculté. Tú le dijiste a Dubois que no hablabas mi idioma... ¿verdad?

—Verdad.

—Pero nunca preguntaste si yo hablaba el tuyo...

Me sonreí un poco y tengo que confesar que mis nervios y tensiones se aflojaron un poco.

—Me atrapó.

—Lo hice ¿verdad? Los viejos sabemos más... solo porque somos viejos... dice el refrán.

—¿De qué quiere hablar conmigo Señor Smith?

—Sabes que puedes llamarme Ben... ¿por qué no lo haces?

—Creí que... Ben entonces... De qué quiere hablar conmigo.

—El otro día... cuando fuiste con Dubois a mi casa... sentí tu temor de ser descubierto... tu secreto... está a salvo conmigo. No le diré a nadie de la nave en la que llegaste a estas tierras... y todas las preguntas que tienes en tu interior...

—Se lo agradezco... sería... sería muy difícil para mi explicarle a las autoridades que vine en una nave que nos es de este planeta... me tomarían por loco... y...

—Yo comprendo como te sientes. Me he sentido así... desde que descubrí que puedo ver cosas... que las personas no ven... cosas del pasado... del interior de sus corazones. Por eso he estado solo la mayor parte de mi vida... no puedo quejarme... estar solo me sirvió para aprender muchos oficios... idiomas... conocimientos... y de eso quiero hablar contigo... muchacho... ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Enrique.

—Enrique... me estoy muriendo... he luchado contra una vieja enfermedad desde hace muchos años... pero creo que estoy llegando al final de mi camino... durante todo este tiempo, he acumulado cosas... a nosotros los mortales nos cuesta dejar las cosas que nos atan a este mundo material... no hablo de la casa... de las herramientas... hablo de dos pergaminos... uno es muy antiguo, pero no tanto como debió ser el original. Solo es una copia. El otro es una parte de un viejo libro que me dio mi maestro... uno de los maestros que me enseñó cómo usar el don psíquico... para el bien de las personas... aunque no fuera comprendido por ellos. Esos dos pergaminos contienen un conocimiento que debe ser protegido... uno de ellos habla... del problema que tienen ustedes con esa mujer...

—¿Habla de... de los Universos paralelos?

—No habla de eso... es una mapa de los lugares donde las energías se concentran

y es posible pasar de un universo a otro. Quiero que los cuides... tú sabes de conocimientos así... que no todas las personas podrían entender...

—Sí... es cierto... —dije y callé; imposible que no vinieran a mi mente los sucesos que había padecido con Dupré y su deseo de apoderarse de la nave—. Pero sus herederos...

—No tengo a nadie. Nunca tuve hijos... dos buenas mujeres pasaron por mi vida... —sus ojos se volvieron húmedos—. Emma... mi novia de la adolescencia, que murió hace unos quince años... del corazón... y Julia, mi segunda esposa... que murió hace 5 años... por no dejar el maldito cigarrillo. Por alguna razón que desconozco... no tuve hijos con ninguna. Pero fui afortunado... pocos hombres pueden decir que fueron amados por dos grandes mujeres... No quiero que esos papeles caigan en manos equivocadas... Por favor... —me dijo y me tomó la mano con fuerza—. Te diré como entrar... dónde están... por favor...

—Tranquilo. Yo los conservaré y cuidaré. No caerá en manos... equivocadas. Se lo prometo.

—Gracias... gracias... ahora puedo morir tranquilo.

—No diga esas cosas. El doctor nos dijo que está mucho mejor... mañana mejorará más y así hasta que podrá regresar a su casa. Ya lo verá.

—Mi momento de partir se aproxima... y ahora lo haré en paz... sabiendo que esos papeles... quedarán... en buenas manos.

Una enfermera se acercó y me habló por atrás.

—Señor... tenemos que dejar libre la sala de todas las visitas. Lo siento.

—Ya me iba enfermera. No se disculpe.

La enfermera dio un rodeo y el viejo hizo una seña para que me acercara y poder hablarme al oído.

—Para entrar a mi casa... deberás buscar mi llave... «de emergencia»... está... debajo de la casa de Tom... mi perro que murió. Luego... dentro de la casa... debajo de mi cama... en una caja vieja de zapatos, están los pergaminos... puedes verlos... pero no los toques... son muy antiguos... debes protegerte las manos con un guante de goma, como lo hacen los bibliotecarios de documentos antiguos.

—Lo haré... quédese tranquilo ahora... descanse. Hasta pronto Ben.

—Hasta siempre... Enrique...

Le palmé el hombro suavemente y me retiré. En el pasillo, Dubois hablaba por teléfono y cortó de improviso.

—¿Algún problema en la estación? —le pregunté.

—Nada que los sargentos no puedan con ello. ¿Qué te dijo el viejo Ben?

—Salgamos... me vas a tener que llevar a su casa.

—¿A su casa? No. Haré que te lleve un coche patrulla. No olvides que nos sigue el maldito del automóvil azul.

—¿No me digas que...?

—No te lo digo. Míralo por ti mismo. Está a una calle de aquí —me dijo y señaló

el paisaje blanco que se veía a través de la ventana.

—¿Y no podemos hacer nada?

—Nada. No ha infringido la ley... ni siquiera tiene infracciones de tránsito en el otro Estado. Está limpio.

—Entonces...

—Me lo dices camino a la estación... y yo te diré mi plan.

Subimos al automóvil y nos llegamos a la estación. Un par de personas esperando para hacer un trámite de rutina, otro que esperaba por su familiar que había sido detenido en estado de ebriedad. Nada que preocuparse; o casi nada, entre las personas que esperaban atención estaba la Fiscal Ferron.

—Oficial Dubois... Bonjour.

Dubois se acercó a hablar con ella y con un ademán la invitó a entrar en sus oficinas. La mujer me miró con un aire distante y yo la saludé con un gesto.

Fuimos directamente a la sala de interrogatorios.

—La Fiscal Ferron... quiere tener una conversación contigo Enrique... pero a falta de traductora... yo me he ofrecido a cumplir... ese papel. Adelante por favor.

La mujer habló y Dubois la escuchó mientras encendía su primer cigarrillo del día.

—La señora Fiscal pregunta como han sido tus primeros cuatro días de trabajo comunitario en la estación.

—Contéstale que muy interesantes... he aprendido mucho.

La mujer escuchó la traducción de mi respuesta y preguntó otra vez.

—La fiscal pregunta sobre qué estás haciendo «tu» trabajo.

Rápidamente comprendí de que se trataba; aquella mujer estaba decidida a sondear cuál era el caso que llevaba Dubois y por el cual necesitaba de mis servicios y de lo contrario concluiría de que solo nos estábamos burlando de ella y de la Justicia.

—Ayuda en la identificación de huellas de sospechosos... en la identificación de matrículas de automóviles... además...

La mujer interrumpió a Dubois y dijo algo que hizo que mi compañero perdiera su acostumbrada compostura. Hablaron varios minutos y luego se dirigió a mi para despedirse, tomó sus cosas de la mesa y se retiró.

—¿Qué pasó? —le pregunté a Dubois.

—Dijo que no cree que estés haciendo ese trabajo que dijiste y que va a protestar ante el Juez Maillet.

—O sea que vino a molestar... —comenté.

—Más o menos. Se debe aburrir en su oficina y recordó el caso y vino a pescarnos... en algo. Pero no tuvo suerte. Menos mal que no dijiste nada de Gabrielle... si no, estaríamos en problemas... y Gabrielle también.

—Dubois... tengo que ir a la casa del viejo Ben.

—Sí... casi lo había olvidado. William te llevará. ¡William!

Seguí la misma rutina; meterme en el automóvil en el asiento de atrás, tirado casi en el piso y que el coche patrulla redujera la velocidad solo un poco para bajar y que regresara luego a buscarme.

Busqué la llave de emergencia, donde el viejo Ben me había dicho y entré. La casa tenía un cierto olor a hogar cálido, a hogar, propiamente dicho. El aroma a café era particularmente intenso y al llegar a la cocina descubrí por qué; en medio de la emergencia, el viejo Ben había olvidado volver a taponar el frasco. Me llegué hasta el dormitorio y debajo de la cama encontré una vieja caja de zapatos cuya tapa estaba asegurada por una cuerda. La abrí, adentro, envueltos a su vez, en sendas bolsas de nylon, estaban los pergaminos que el viejo Ben me había hablado. Uno de ellos era un mapa que podía desplegarse como lo eran los viejos mapas de carreteras antes de la llegada de los GPS. Tuve la tentación de tocarlos pero recordé lo que me había dicho sobre su antigüedad. De la misma manera, traté de memorizar todos los datos que pudiera entender en el mapa, para no tener que volver a sacarlos de la bolsa. Los puse en mi mochila, cerré la casa, dejé la llave de «emergencia» en su lugar y me quedé esperando el regreso del coche patrulla.

El regreso a la estación fue relativamente rápido, casi como un paseo por aquellos paisajes nevados a los que comenzaba a acostumbrarme. El coche patrulla entró en la estación, concretamente en el taller para que descendiera mucho más tranquilo.

Dubois me esperaba en su oficina revisando un expediente.

—¿Y? ¿Encontraste algo que nos sirva?

—Tranquilo... tranquilo. Encontré algo muy interesante... pero también es difícil de asimilar...

—¡Oh no! ¿Cómo lo otro de los «Universos paralelos»? ¡No otra vez! —protesté casi como un colegial al que le recargan la tarea.

—Así es oficial Dubois... y creo que para que pueda comprenderlo... vamos a tener que salir a caminar... o tomar unas buenas tazas de café juntos...

—Ahora no. La Fiscal Ferron habló con el Juez Maillet y él... me llamó... quiere un informe con todos los casos... que han pasado por la estación en estas... últimas 48 horas.

—Pero no hay tantos casos.

—No. No los hay, pero quiere un informe que incluya... tus actividades.

—¿Vas a decirle la verdad al Juez?

—¿Estás loco? Imposible... ¿me escuchaste? ¡Imposible! Si algo se supiera... Gabrielle quedaría expuesta.

—Pero es la verdad...

—A veces hay mentir... piadosamente.

—El Juez no va a opinar lo mismo. Para un juez, lo primero es la verdad... ante todo.

Cerró el expediente casi con odio y me miró con fiereza. Si hubiera tenido una espada, la hubiera desnudado y me hubiera invitado a trochar aceros.

—Me importa un reverendo... lo que le importe al correcto... honorable, Juez. Gabrielle ha sufrido demasiado... no quiero que sufra más... que quede como una loca ante los ojos de los demás.

—Si quieres... puedo hablar con el Juez.

—No. Ni lo pienses —me dijo señalándome con el dedo índice.

—Como tú quieras...

Se hizo un largo silencio.

—Escucha... no quise hablarte así...

—Tranquilo... te entiendo. No te disculpes... ¿Te falta mucho?

—Tengo hasta la hora del almuerzo, con suerte.

—Bueno... —dijo poniéndome de pie—. Iré a preguntarle al Sargento si necesita algo que pueda ayudar en la oficina.

Dejó los papeles y me miró.

—¿De verdad?

—Claro... alguna vez, puedo sacar fotocopias... cargar papel en las impresoras... cambiar el rollo de la máquina de fax. En fin... luego hablamos compañero...

—Claro... —dijo con una sonrisa leve.

Por señas en parte, pude hacerme entender con el Sargento Benson y comencé a sacar fotocopias de diferentes trámites y luego incluso a ordenar notas en los archiveros. Finalmente, Dubois terminó con el informe.

—Vamos oficinista —me dijo acompañando la frase con un movimiento de su cabeza.

Fuimos a almorzar a su bar. Esta vez, había estofado de carne con papas y por supuesto, el clásico café que tanto le gustaba a Dubois. Ni bien terminó su plato, se limpió los labios con la servilleta y se me quedó mirando.

—¿Y bien? ¿Vas a contármelo o no?

—Estás muy nervioso... o ansioso.

—Las dos cosas y más... esa mujer...

—La Fiscal Ferron...

—La misma. Siempre tiene la capacidad de ponerme nervioso... No quiero que logre, con rumores, con pedidos de investigación que va... y pedidos de investigación que viene... revocar tu sentencia de trabajos comunitarios...

—¿Puede hacer algo así?

—Puede intentarlo al menos. Te pueden sacar de la estación y llevarte... al Hospital... o la Biblioteca Pública... trabajo comunitario es trabajo comunitario... y en ese caso... no sabríamos jamás... mejor dicho, Gabrielle, no sabría jamás que rayos pasó con su novio.

—¿Por qué dices «Jamás»? Tú puedes seguir investigando.

—Yo no haría llegado tan lejos sin tu... sin tu ayuda. Tengo que reconocer... que hay cosas en este caso que... me superan bastante.

Se hizo un corto silencio.

—¿Y bien?

—Bueno... el viejo Ben... sabe que se está muriendo... y quiere dejarle a alguien... los conocimientos que pudo adquirir...

—Algo así como traspasar su legado.

—Más o menos. Me habló de dos documentos... muy importantes para él. Uno es un mapa y el otro habla o trata de explicar... datos... del mapa. El mapa muestra lugares en donde ciertas energías... posibilitan pasar a otros universos... universos paralelos.

—Genial... —dijo y calló como si meditara lo que había dicho él mismo—. ¡Genial! —repitió—. Eso quiere decir que... que podemos llevar a Gabrielle a uno de esos lugares y...

—Un momento... un momento... no es tan sencillo.

—¡Oh no! Otra vez... —protestó cubriéndose la cara con la mano—. No, otra vez.

—Es que no es tan sencillo...

—¿Y por qué no lo es? ¡Rayos!

—Porque... debemos encontrar el lugar correcto... por donde ella... pasó... sin darse cuenta... y pasó a otro universo. ¿Entiendes? De lo contrario podemos complicar aún más la situación.

—A esta altura de los acontecimientos... ya no sé que creer... —comentó con bastante fastidio.

—La parte buena de todo esto es... que yo tengo una idea de cuál... puede ser ese lugar...

—¿De verdad no estás jugando conmigo?

—Para nada. Solo tenemos que hablar con ella otra vez... una inocente charla... una... inofensiva entrevista y hacerle recordar... tal vez como este es un acontecimiento doloroso para ella, su mente lo bloquea para que no sufra...

—¿Puede pasar algo así?

—Claro que sí. Son mecanismos de defensa que tiene la mente para protegernos... Solo tenemos que hablar con ella una vez más... y todas las veces que sean necesarias.

—Entonces... ¡esto se merece una celebración!

—No tan rápido... mejor celebremos cuando todo termine. Además tenemos que volver a la estación y no es bueno que tomes alcohol.

—Te lo dije una vez: tienes talento para arruinar las cosas... —me dijo casi con fastidio y acto seguido levantó la mano—. ¡Café! —y luego agregó como para sí—. Tomaremos café entonces...

El café de «El Rincón de Jean Pierre» era bastante bueno; el grano recién molido, el agua a 96 grados y varias atmósferas. Me traía buenos recuerdos escuchar, el sonido del molinillo moliendo el grano o el de la surtidora de vapor. Tomamos una taza grande y luego volvimos al trabajo. La brisa helada que llegaba de los lagos que

rodeaban a la ciudad nos llegó inmediatamente cuando traspusimos la puerta del bar y nos quedamos unos minutos en la vereda. La vista de Dubois se concentró en la silueta del automóvil de vidrios oscuros que estaba estacionado a una cuadra de distancia.

—Estoy de buen humor... si no fuera por eso... ¡iría y convertiría a ese maldito automóvil en un colador con mi pistola!

—Tranquilo —le dije tratando de no mirar en esa dirección—. Te apuesta una cosa...

—No creo que me interese.

—Tranquilo... te apuesto que cuando yo me vaya... ese automóvil desaparecerá de esta ciudad.

—¿Dices que te está espiando solo a ti? Bueno... tiene algo de sentido.

—Ya lo ves. Ni siquiera necesité decírtelo. Ese hombre... o quien sea... trabajan para el Cónsul... y para ese hombre que te conté.

—Sí, el empresario que te estafó.

—El mismo. Solo que por ahora no podemos, ni puedo probarlo. Pero todo llegará a su tiempo.

Subimos finalmente al automóvil y llegamos a la estación para cumplir con más rutina y papeleo. Dos horas después Dubois me llamó a su oficina.

—A esta hora... Gabrielle ya salió de su trabajo. ¿A qué hora quieres que hablemos con ella?

—A cualquier hora... la que ella le quede cómodo.

Sacó su teléfono celular y marcó su número.

—No me dijiste el lugar donde ella pudo... —dijo mientras esperaba la comunicación.

—Es un lugar en este país... hasta tú... —dije y callé porque él me hizo señas de que bajara mi voz.

Entonces escuché de lejos como la voz de una máquina le contestaba.

—No puede ser... me dice que su teléfono está apagado o fuera del área de servicio...

—No te preocupes... puede haber apagado su teléfono para darse un baño y... y descansar.

—Ojalá sea eso... ¿descansar dijiste? Una vez se acostó a descansar y durmió unas 15 horas... más de medio día. No me deja muy tranquilo eso.

—Hagamos una cosa... cuando salgamos de trabajar...

—Eso es dentro de 6 horas más.

—Bueno... a esa hora... pasamos por su departamento y hablamos con ella. Si la despertamos... tampoco es bueno que duerma tanto... aunque su mente y su cuerpo... lo pueden necesitar. Vamos a hacer eso ¿de acuerdo?

Estaba empezando a dar vueltas y vueltas como un tigre enjaulado que siente ganas de atravesar los barrotes y escaparse con rumbo a ninguna parte, pero escapar

al fin. Me miró y levantó los brazos.

—¡Está bien! ¡Está bien!

En ese momento el Sargento Benson tocó la puerta de la oficina y dijo algo cuya única palabra descifrable para mi fue: Ferron y recordé a alguien; la Fiscal Ferron. Dubois hizo un gesto de profundo fastidio y levantó su teléfono interno mientras me decía por señas que saliera afuera. Salí al pasillo y mi primer impulso fue buscar la máquina de agua para tomar un saludable vaso de agua, mientras esperaba el desenlace de la comunicación. Dubois me llamó desde su oficina.

—Enrique... Ven...

—¿Qué pasó?

—Era la Fiscal Ferron.

—Me lo imaginaba.

—Ya tienen la fecha del juicio por el ataque al guardabosques y el secuestro del Padre Bautiste.

—¡Qué bien!

—Será en unas... tres semanas... dos días después de que termines tu condena de Trabajos comunitarios.

—¡Excelente!

—Pero hay algo más... ¡la muy...! Creo que me llamó para darme bronca...

—Le ha pedido al Juez que reconsidere la condena... tu... condena. Quiere que hagas trabajos comunitarios en la Biblioteca Pública. Parece que Jhonson el bibliotecario... está enfermo.

—Oh no...

—Oh sí —replicó—. Si lo logra... nos retrasará el caso de Gabrielle...

—Aún el Juez no ha dado la última palabra. Tenemos al menos... el día de hoy... lo que resta... del día de hoy. Ánimo.

—Ánimo... ánimo... —protestó Dubois dando vueltas como un tigre enjaulado—. Yo necesito paciencia...

El paso de las horas se tornó lento como si algo, una mano misteriosa e invisible, retuviera el minuterio del reloj de la estación para que no avanzara. Le ayudé a Dubois a ordenar su oficina, a limpiar el cesto de papeles, a volver a ordenar su oficina. Finalmente, llegaron las 20 horas; su turno y el mío, habían terminado.

—Vamos... quiero hablar con Gabrielle y terminar esto de una buena vez.

—Recuerda que a lo mejor... nos falte hacer algo.

—Lo sé... lo sé... pero estar esperando... me mata los nervios... —comentó encendiendo otro cigarrillo en la vereda de la estación.

La bandera de la entrada se movía lentamente con la brisa helada que parecía provenir esa vez, de la colina. Llegamos al complejo de departamentos cerca de las 20 horas y cuarto.

Tocamos el número de su departamento varias veces, pero nadie respondió. El encargado, un hombre delgado con el cabello muy corto, abrigado con un chaleco

marrón oscuro sobre su overall de trabajo, salía en ese momento con dos bolsas pequeñas.

Hablaron él y Dubois y este le dijo algo que lo dejó pálido. Cuando el hombre se fue, de camino hacia el contenedor de basura le pregunté:

—¿Qué dijo?

—Dice que desde ayer... no la ha visto. Algunos dicen que la vieron caminando rumbo hacia Labrador Mall.

—¿Qué es eso?

—Es un complejo de locales comerciales. Hay de todo... herramientas... electrodomésticos. De todo.

—Puede haber necesitado algo.

—Pero eso fue ayer. No la vieron desde entonces... —agregó como paralizado.

—Tranquilo... vamos a preguntar y salgamos de dudas...

El lugar parecía de lejos, otro contenedor enorme o varios unidos, abandonados en medio del bosque. Estaba iluminado por varias luces que dejaban el lugar casi de día. Y adentro se asemejaba a un casino de las Vegas, o un *shopping* de un lugar turístico, donde la gente podía comprar hasta altas horas de la noche o madrugada.

—¿Y bien? ¿Alguna sugerencia?

El enorme pasillo se prolongaba por varios cientos de metros, iluminado como si estuviera de día. Había de todo: locales de comida rápida, a pesar de que en la ciudad había un *Subway* y un local de *McDonald's*, electrodomésticos, herramientas, materiales para la construcción, materiales eléctricos y una agencia de alquiler de automóviles.

—Tengo un presentimiento... vamos a la agencia que alquila automóviles —le dije.

—Espero que algo bueno salga de ese... presentimiento.

—Ten a mano tu credencial de oficial de policía... porque lo vamos a necesitar.

El local de la compañía de alquiler, se dividía en dos, una oficina amplia y una pequeña casilla, semejante a las casillas de peaje que yo había visto en las rutas. Una muchacha pelirroja vestida con una camisa crema y un saco violeta, nos dio la bienvenida, sonriendo. Dubois inició la conversación y la chica dejó su casilla y fue al interior del local y habló por teléfono.

—Dijo que tiene que preguntar a su jefe. Será cosa de unos minutos...

La muchacha lo llamó desde la casilla y le entregó una página impresa por computadora. Dubois agradeció y yo hice lo mismo solo que con una seña.

—Me imprimió... la hoja del contrato de alquiler del vehículo.

Y mi presentimiento no había sido en vano; una mujer que había firmado el contrato como Gabrielle Poulin había alquilado un sedán, un Toyota blanco por una semana.

—Confirmado: alquiló un automóvil —dije casi resignado.

—Sí... —afirmó Dubois con un poco de fastidio—. Pero ¿para qué?, ¿para qué

necesitaría Gabrielle un automóvil?

—Vamos a sentarnos en tu automóvil y meditar un poco la situación. No es bueno hablar aquí... ¿qué te parece?

—Sí... Creo que necesito fumar un cigarrillo y tomar aire fresco.

Llegamos a la playa de estacionamiento y entramos en el automóvil casi de inmediato. Hacía bastante frío, como si la temperatura hubiera descendido varios grados en cuestión de minutos. Por momentos las luces del lugar dibujaban lunares amarillos que se movían sobre los automóviles y la nieve.

—Al menos sabemos qué... está haciendo...

—Igual no me deja muy tranquilo. Ella no está bien... ¡Ella no está bien maldición! ¡*Sacrebleu!* —dijo golpeando el volante del automóvil.

—Pensemos bien... pensemos que está bien... el único problema es que apagó el teléfono.

—Espero no esté haciendo una locura.

—No lo creo. Tal vez necesitaba pensar todo esto... y quiso estar sola...

—¿Muy lejos? —me dijo con fastidio.

—Pensemos juntos. Ayúdame a pensar. Tú eres de esta ciudad y debes conocerla bien. ¿Si yo quisiera ir a algún lugar al sur de esta ciudad? ¿Qué pueblos o ciudades tenemos al sur?

Miró hacia un lugar indefinido y pareció concentrarse.

—Si quisieras ir al sur... tienes a Fermont... y después solo está la carretera 389. ¡No!, perdón, Fermont está hacia el oeste... hacia el sur está... Wabush... Un momento... hay una cámara al ingreso... podemos ver... ¡la matrícula! ¡Rayos! ¡Con esa cámara podemos ver las matrículas de los automóviles! Solo tengo que llamar a estación de Wabush y que me confirmen... —tomó su teléfono y llamó a alguien, mi desconocimiento del idioma me impedía saber con quién estaba hablando—. Ya está... —agregó con un suspiro de alivio—. Me comuniqué con la estación... me informarán... mañana a primera hora... si un automóvil con matrícula de Labrador, pasó por ese ingreso.

—Si es mañana... creo que nos merecemos cenar en paz... y luego a descansar. Roguemos porque haya decidido ir a Wabush... —le dije.

—Lo mismo digo amigo... lo mismo digo.

—Pasemos por «El Rincón de Jean Pierre» para ver, que nos dejaron de cena...

La ciudad se veía iluminada por cientos de pequeñas luciérnagas amarillas y blancas. A veces, la brisa dejaba de ser tal y se convertía en un viento helado que hacía balancear las luces del estacionamiento. Un gran camión dobló en una calle y se encaminó rumbo a la mina de las afueras de la ciudad. Una camioneta color naranja pasó en sentido contrario, pero mucho más cerca nuestro. Se podían escuchar los gritos y cantos de varios niños en su interior. Pensé en Gabrielle y quise imaginarla feliz... a pesar del misterio que parecía rodearla siempre...

En un momento indefinido de la noche, sentí mucho frío y me desperté. Y luego de haberlo hecho, me arrepentí. Aquello que sentía era una mezcla de frío y de miedo de no saber dónde me encontraba. Estaba tirado en el suelo, como si hubiera dormido allí, podía sentir el frío de la nieve y al intentar levantarme, la sentí con mis manos. Enfrente estaba una mole enorme oscura y silenciosa, con claros por donde se colaba una débil luz que parecía provenir del cielo. Había sombras más oscuras que se distribuían a lo largo de todo lo podía ver. Refregué mis ojos y descubrí que aquellas sombras oscuras, no eran sino otras que los troncos de los pinos y aquella enorme mole era el bosque; estaba en el bosque.

—Hola... —saludó alguien a mis espaldas.

La voz había surgido de repente, pero por una extraña razón no me había infundido temor. Todo lo contrario, había una especie de calma, en esa voz, que me sonaba extrañamente familiar.

Me puse de pie y descubrí por qué, parecía recordar esa voz; era el viejo Ben, de pie, apoyado en su bastón canadiense.

—No quise alarmarte muchacho... pero algo tenía que decir para comenzar...

—No me alarmó... se lo aseguro —le dije sacándome restos de nieve de mi ropa.

—¿Sabes por qué? Porque hay algo en ti... que está naciendo... —dijo señalándome con su dedo índice con una mirada pícara.

—¿Algo? ¿A que se refiere?

—¿Sabes dónde estamos?

—No... pero creo que es el bosque...

—Así es... yo le llamo el gran abeto. Lo tienes allí si fijas la vista. Solía ser un árbol enorme... cuando yo era niño, venía a jugar aquí... escuchaba voces de otros niños que querían jugar conmigo porque ellos estaban solos... y yo jugaba con ellos a pesar de lo que decía la gente del pueblo. Decían que estaba loco... que había nacido loco, o que me creía demasiado para jugar con los demás niños. Pero no era así... yo escuchaba voces... al principio creí que era mi imaginación. Después casi les di la razón... a la gente que murmuraba. Pero un día descubrí que yo podía ver cosas... escuchar cosas que las personas... que yo conocía... no escuchaban. ¿Te estoy aburriendo?

—No... solo que aún no me ha dicho por qué, estamos aquí.

—Aquí llegó aquella niña cuando se apartó de sus padres... llegó sola a este árbol. En realidad, no llegó sola...

—¿Entonces cómo llegó?

—Llegó jugando con otro niño... que solo ella podía ver y escuchar. Los policías vinieron a mí... querían que les dijera si podía ver a la niña... si estaba en peligro... y les dije que buscaran aquí, porque aquí la había... visto. ¿Busciste mis papeles Enrique?

—Lo hice.

—Bien... es que tengo muy poco tiempo...

En ese momento pareció levantarse un gran viento helado y un remolino de nieve que me hizo protegerme la cara con el revés de mi mano. Y entonces desperté.

Desperté... estaba en la sala del departamento de Dubois, cubierto con la frazada a cuadros que él me prestaba. Me puse de pie, afuera el viento azotaba las luces de la calle. En el silencio de la casa, si agudizaba el oído podía escuchar los crujidos de los árboles ante los embates del viento. Pensé en tomar un vaso de agua, pero decidí volverme a acostar y tratar de reconciliar el sueño... aunque no era tan fácil.

¿Por qué había tenido semejante sueño?

¿Qué había querido decir el viejo Ben con «algo está despertando en ti»?

¿Había sido un sueño o había sido realidad? Yo había tocado la nieve, había sentido el frío y la dureza del suelo. Tal vez, solo era mi mente en respuesta a todo lo que me había dicho el anciano en su lecho de enfermo. Sí... solo era un mecanismo de la mente...

La mañana empezó bastante temprano; tenía la ligera impresión de que una hora antes de lo habitual.

—Arriba Enrique... que quiero llegar temprano a la estación —saludó Dubois.

—Buen día... ¿alguna prisa en particular?

—Buen día, disculpa. Sí... quiero saber si pudieron identificar al automóvil que rentó Gabrielle. Ya van a ser dos días que no está... ni en su departamento... ni que va a su trabajo.

—Tienes razón... solo déjame que me vista y...

—Toma... te voy a prestar un abrigo mío viejo, de cuando era delgado... —sonrió—. Sí... fui delgado como tu hace tiempo... espero que no te ofendas.

—Para nada. Me voy a ofender si me dejas pasar frío.

—Anoche... como a eso de las 4 de la mañana... vino un viento... muy fuerte... creo que puede ser la orilla de una tormenta que se desató más al norte. Me levanté y pasé a la cocina a tomar... un vaso de leche... tú no estabas.

—Debo haber ido al baño... no recuerdo. Tenía mucho sueño... pero no quería mojar el diván.

—Muy gracioso. Si se te ocurre salir a caminar por las noches... recuerda que lo más seguro es que tomes una pulmonía. Controla esos impulsos... y vuélvete a dormir.

—¿Por qué me dices eso?

—Pasé por el baño... y la luz estaba apagada. Tranquilo... esto no es la prisión estatal... pero no quiero que tomes una pulmonía.

Aquella pequeña charla con Dubois me dejo pensando, pero no tenía mucho tiempo para eso.

—Ya estoy listo.

La calle estaba bastante complicada. Había nieve por todas partes y algo de hielo

en la banquina lo que había provocado no menos de tres sustos en muchos de los vecinos que creían que podían tomar las esquinas a toda velocidad con sus camionetas. La barredora de nieve de la cooperativa estaba adelante nuestro y si bien, nos despejaba el camino, lo hacía mucho más lento.

—¡Me tuvo que tocar a mi! —protestó Dubois mientras regulaba la calefacción del automóvil.

—Tranquilo... tendrá que doblar en la próxima esquina y ahí, podrás aprovechar para adelantarte.

—¿Por qué en la próxima esquina?

—Porque es una calle que rodea a todas las manzanas... debe haber empezado mucho atrás y ya ha hecho toda la calle, ahora es el turno de las calles interiores.

—Con mi suerte querrá repasar lo que ya hizo y tendré que soportarlo otro kilómetro más.

—¿Con tu suerte? Tienes que ser un poco más positivo... —le dije mientras miraba a un automóvil que estaba en una calle a nuestra izquierda, que desembocaba en la nuestra, detenido con una inclinación que me llamó la atención—. ¿Y esa calle?

—¿Esa? Es una calle corta con mucha pendiente... siempre suceden...

Y el automóvil no lo dejó terminar. Casi cuando estábamos a punto de pasar, se tiró a mucha velocidad casi para arrollarnos. Adelante estaba la barredora de nieve que se ocupaba casi toda la calle y hacia la derecha estaban las casas; estábamos perdidos.

Pero Dubois al notar que el otro automóvil se ponía en marcha, aceleró, pasó entre un espacio muy estrecho que quedaba y se puso al lado de la barredora, a pesar de que casi no había lugar y debía transitar sobre una pequeña colina de arbustos. El conductor de la barredora escuchó de milagro los ruidos y detuvo su marcha por lo que el del automóvil, no solo no pudo atropellarnos sino que se topó con la mole de la barredora. Dubois detuvo el automóvil más allá y decidió descender.

—¡Quédate aquí! ¡No te bajes del auto! —me dijo.

Pero Dubois era mi compañero y no pensaba dejarlo solo en una situación extraña que podía ser, muy peligrosa.

El hombre de la barredora había bajado también y estaba a punto de acercarse a ver qué, había sucedido cuando el automóvil, volvió a encender su motor.

El muchacho estaba asustado, sorprendido y hasta un poco enojado por la maniobra del otro automóvil. ¿Quién por más mal conductor que fuere atropellaría a una barredora de nieve? Era como intentar sacar de una calle, a un camión blindado. Su objetivo era acercarse al otro automóvil y ver de cerca los daños, pero Dubois le ordenó que volviera a subirse, quizás intuyendo que aquella mala maniobra no era fruto de la casualidad, ni de un malestar del otro conductor.

—*Police! Ecoutez vous! Arrête le moteur et abaisser la voiture!* (¡Policía! ¡Oiga usted! ¡Detenga el motor y baje del automóvil!) —le gritó al conductor del automóvil.

Entonces el misterioso automóvil aceleró en dirección a Dubois. Yo que estaba detrás no lo pensé dos veces, lo tomé del brazo y lo empujé de nuevo hacia la banquina que quedaba a mi izquierda. El peso de un hombre como Dubois terminó vencíendome y él cayó encima mío. El automóvil pasó a escasa distancia de donde él se encontraba de pie, aceleró y escapó.

—¡Rayos! —exclamó Dubois y otras palabras en francés que no pude entender pero que supuse no eran precisamente elogios.

Se puso de pie con dificultad mientras el conductor de la barredora que había bajado de nuevo intentaba ayudarlo a ponerse de pie.

—¿Estás bien? ¡Enrique!

—Tranquilo... tranquilo... estoy bien... —dije tocándome una pierna sobre la cual él había caído con todo su peso—. Solo es un dolor pasajero.

—El muy... casi me atropella.

Me ayudaron a ponerme de pie y yo busqué apoyo en la carrocería de la barredora.

—Al menos lo viste... ¿verdad? —le pregunté.

—Creo que sí... era un sedán... azul... con los vidrios polarizados.

—¿Y la matrícula?

—Nada. Creo que se la habían sacado.

—Al menos tenemos un delito... —le dije tratando de mover la pierna.

—¿A qué te refieres con eso?

—Sedán... azul con vidrios oscuros...

Miró en dirección hacia donde el misterioso automóvil había huido.

—¿Nuestro... «amigo» misterioso?

—El mismo...

El conductor de la barredora era un muchacho joven, de unos 25 años, pelirrojo, algo excedido de peso, que usaba lentes permanentes. La experiencia cercana a un accidente muy grave de tránsito, lo había hecho sudar, a pesar del frío. Ya se había sacado varias veces la gorra roja con el logo de una conocida marca de lubricantes, al notar las marcas que aquel suceso extraño le había dejado a la carrocería de la barredora, de «su» barredora.

Hablaron con Dubois y este hizo varias señas como si le indicara que tenía que ir a la estación a radicar la correspondiente denuncia. El muchacho sacó un teléfono celular y comenzó a hablar, de seguro con algún superior.

—¿Puedes caminar?

—Puedo... pero me duele un poco la pierna...

—Vamos a tener que ir al hospital a que te revisen... aunque tengo que hacer algo antes... —tomó su teléfono y habló algunos minutos, mientras yo me acercaba de nuevo al automóvil—. Listo —cortó la comunicación—. Di la alerta a la estación... para que lo atrapen... El maldito debe quererse escapar... salir de la ciudad. Vamos te llevo al hospital.

—Un par de aspirinas y reposo... y...

—Nada de aspirinas... tiene que verte un médico. Sube... tómate tu tiempo. Voy a llevarte al hospital. Por la ventanilla le hizo señas al conductor de la barredora para que lo siguiera.

Llegamos primero a la estación. Dubois bajó y dio indicaciones a los sargentos para que le tomaran la denuncia al muchacho de la barredora, luego volvió y fuimos al hospital.

—¿Cómo estás?

—Tengo hambre.

—Es una buena señal... ¿cómo dice el dicho?

—Mi abuela decía: «Enfermo que come... no muere».

—¡Eso! Algo parecido decía mi abuelo. Cuando te revise el doctor... nos tomaremos una taza enorme de café... con los más ricos *croissants* que hayas comido.

—Eso me gusta más que la visita al médico.

Me atendieron en la zona de Emergencias. Compartieron lugar conmigo, un niño que se había caído por jugar en la escalera, una mujer que se quejaba de fuertes dolores en su estómago y que la derivaron rápidamente a cirugía cuando estuvieron sus análisis y un anciano al que su propio perro lo había mordido, aunque él no estaba completamente seguro de que hubiera sido su perro, ya que no tenía sus lentes. Después de una hora de espera, ya con las radiografías, el doctor confirmó que solo había un golpe pero no fractura, ni otro tipo de daño grave. Medicamentos y reposo por varios días y volver para una segunda evaluación.

—¿Qué dijo el doc? —preguntó Dubois.

—Que fue un golpe fuerte, pero no hay fractura, ni daño en el hueso de la cadera o la pierna.

—Bueno... ¡que suerte!, ¿te dio algo?

—Antiinflamatorios y reposo. Por tres días. Luego tengo que volver para ver si quedé bien. ¿Y del automóvil? ¿Alguna noticia?

—Nada. Parece que se lo tragó la tierra. O el bosque.

—¿Crees que lo van a ocultar ahí, en el bosque?

—La ciudad está rodeada de bosque. Tiene mil lugares en donde dejarlo... pero por ahora... tu premio... ¡a desayunar!

—Eso me parece... la mejor cosa que he escuchado... en todo el día... la mejor.

El lugar más cercano, era la cafetería del Hospital. No tenía los *croissants* más ricos del mundo, pero se le acercaban. Aunque quería parecer íntegro, Dubois estaba preocupado. Este corto tiempo en que trabajábamos juntos me había permitido conocerlo algo, solo un poco, pero ese poco me servía para saber si estaba preocupado o no. Había terminado muy rápido su café y comido un solo *croissant*. Yo tomé los que me correspondían y me los guardé en el bolsillo de mi abrigo.

—Listo —le dije—. Vamos a la estación.

—Desayuna tranquilo.

—En la estación hay buen café... tú estás preocupado. Vamos.

—Ya me conoces ¿eh? —comentó con una sonrisa.

—Vamos oficial. Yo también quiero seguir investigando el caso Matthew.

—¿No te dieron tres días de reposo?

—Puedo reposar en la estación ¿no?

Solo se limitó a mover la cabeza hacia uno y otro lado y sonreír. Llegamos a la estación y Dubois, tomó su teléfono. Después de varios minutos de comunicación su expresión de preocupación había cambiado.

—Está confirmado. Vieron un sedán con la matrícula del automóvil que alquiló Gabrielle llegar a Wabush. Pero... ¿por qué? ¿Qué podría querer encontrar en Wabush? Salvo el...

—Aeropuerto... —le dije terminando la frase.

—¿Para qué querría ir al aeropuerto?

—¿Recuerdas... cuando le pregunté que había hecho los días anteriores al día que tuvo su terrible dolor de cabeza?

—Sí... no recuerdo que dijo.

—Dijo que había ido a caminar cerca del lago... para pensar...

—Sí... ahora lo recuerdo.

—Pero tal vez, hizo algo otro día... dijo que no lo recordaba bien. Tal vez mi pregunta hizo que recordara.

—Y entonces tomó una avioneta...

—O un helicóptero... uno pequeño...

—Tengo que salir de dudas... —comentó tomando el teléfono otra vez.

La comunicación duró varios minutos.

—Debes tener... un don psíquico como el del viejo Ben... alquiló un helicóptero, de una empresa que hace eso con los turistas... fue a Eastmain... un pequeño poblado... de la comunidad Cree. Había olvidado una cosa sobre ellos...

—Cree... es decir... ¿Los indios Cree?

—Los mismos... tranquilo —agregó con una sonrisa—. Ahora son pacíficos... ya no escaldan a los colonos blancos... ni usan winchester... Eastmain queda cerca de la Bahía Hudson... a propósito ¿tú dijiste que el viejo Ben te había dado un mapa...? ¿Me equivoco?

—No. No te equivocas. Uno de los lugares donde están esas energías... supuestamente... pueden hacer que las personas pasen... a otros universos... uno de esos lugares está muy cerca de allí.

—O sea que fue ahí a... —comentó mirándome como si de repente comprendiera toda la situación.

—A buscar respuestas...

Se puso de pie de un salto.

—¡Debemos ir inmediatamente!

—Tranquilo... siéntate.

—Pero y si... ella...

—Ella va a estar bien... tranquilo... a lo sumo podemos ir al aeropuerto... pero cuidado con lo que le vayas a decir... a ella si te la cruzas. ¿Qué cosa olvidaste sobre los Cree?

—¿Qué cosa? —preguntó como si tuviera la mente en otra parte.

—Dijiste que habías olvidado algo sobre los indios Cree.

—Ah... que la comunidad Cree recibió una suma de dinero en compensación... por la confiscación de una parte de la isla que quedó bajo las aguas cuando el gobierno hizo un gran proyecto hidroeléctrico... Con el dinero compraron una aerolínea... Deben ser la única tribu de indios del mundo que poseen su propia aerolínea... —agregó y se quedó muy pensativo, quizás mucho más que en otras oportunidades.

Volvió a sentarse algo más confundido.

—Todavía no puedo entender todo... Todavía no.

—No te preocupes. No eres el único... a mi también me cuesta... —dije subiendo mi pierna a otra silla.

—¿Solo vamos a tener que quedarnos sentados a ver que pasa y ya? ¡Eso no es para mi!

—Aún tenemos a los muchachos que quisieron atropellarte esta mañana...

—Ni me lo recuerdes... y el maldito no tenía matrícula... no se lo puede identificar tan fácilmente.

—¿Lo hiciste buscar?

—Por supuesto. Dos coches patrullas. Los muchachos estaban tan sorprendidos que uno casi se olvida su radio en la estación al salir. Igual... como te dije... —se puso de pie y señaló un mapa de la ciudad—. Hay cientos de hectáreas de bosque donde esconder un automóvil... podemos llegar a encontrarlo... el próximo verano.

—Habrá que recorrer el barrio y pedirle a la gente si vio algo... alguna cosa... eso siempre ayuda.

—¿Tienes espíritu de sabueso eh? Eso me gusta —agregó golpeando levemente la mesa con la palma de la mano.

En ese momento tocó la puerta de su oficina el Sargento Benson. Hablaron y Dubois tomó su abrigo del perchero.

—Vamos.

—¿Qué pasó?

—Te lo diré cuando lleguemos.

Afuera, una brisa helada obligaba a todos los transeúntes a subirse el cuello de sus abrigos. El cielo se había vuelto más plomizo, como anunciando una tormenta desde el norte.

Labrador City es una ciudad repartida ampliamente por un pequeño valle. Si uno pudiera verla desde muy alto, desde la altura que las águilas sobrevuelan los bosques

vería que tiene lagos cercanos hacia los cuatro puntos cardinales; el Tanya al Norte, el Beverly más al Norte, el Shabogamo al Oeste, al Sur y al Sur Este, y el Quartzite en el centro. Sería una equivocación intentar elegir el más hermoso; todos tienen su encanto, su magia oculta, resabios de la magia de los bosques que hace años eran los completos dueños de la región.

Llegamos al Beverly y me sorprendió ver a dos coches patrulla en las inmediaciones y una gran cantidad de curiosos, detrás de una cinta roja y blanca. También había una grúa de la gente de la alcaldía.

—Disculpa que no te hable... es que hay un tráfico enorme. La compañía minera está sacando mucha de su producción y hay un gran desfile de camiones a toda hora. Además hay que sumar la nieve en las banquinas...

—No te preocupes... yo aprecio llegar entero a dónde vayamos.

Bajamos del automóvil y nos acercamos a uno de los policías. Dubois habló con él y levantó la cinta para que yo pasara. Por momentos me sentía un privilegiado, ya que en otros tiempos me hubiera tocado estar obligadamente del otro lado, con el público al que no se le puede contar absolutamente, porque está el famoso «*Secreto de sumario*».

La grúa estaba trabajando lentamente, sacando algo del interior helado del lago. A los dos minutos comenzó a aparecer; era un automóvil, tipo sedán, color azul, con los vidrios oscuros y sin sus matrículas.

—Los muchachos de uno de los coches patrulla dijeron que se les ocurrió dar un vuelta... preventiva por esta parte que llega a orillas del lago, entonces vieron como un automóvil del que no pudieron ver muy bien su color... se sumergía en el lago y un hombre estaba parado, viendo lo que pasaba. Cuando hacen sonar las sirenas... el hombre se dio a la fuga corriendo hacia el bosque. Cuando uno de los oficiales se bajó del coche patrulla, vio que el hombre tenía una pistola y que le apuntaba, mientras corría. Pidieron apoyo, pero la otra patrulla estaba en el otro extremo de la ciudad... tardó en llegar unos 25 minutos...

—¿Lo vieron bien?

—Sí... era alto... con un abrigo negro y estaba armado, con una pistola o un revólver...

—O sea que puede ser cualquiera y estar a, varios kilómetros de aquí.

—Así es.

—Igual... si abandonaron el automóvil...

—¿Qué? Si abandonaron el automóvil ¿qué crees?

—Tuvieron mucho miedo de que lleguemos a saber... quienes eran... tal vez, hasta nos acercamos sin saberlo.

—¿Crees que alguno de nuestros movimientos los puso nerviosos?

—Algo así. Recuerda que fuimos a muchas partes y en todas ellas, este automóvil... supuestamente nos seguía.

—Pero no lograron hacer nada... tú estas bien, yo estoy bien...

En ese momento la grúa había logrado sacarlo completamente del lago. Las puertas estaban abiertas y se veía el interior, los asientos oscuros. Nos alejamos varios metros para que pudieran maniobrar y dejarlo intacto en el suelo firme.

—Pero ahora no hay huellas... —comentó Dubois encendiendo su eterno cigarrillo—. El dueño puede decir... hasta que se lo robaron...

—No tanto... eso se puede discutir. El automóvil estuvo dando vueltas por la ciudad varios días.

—Tienes razón... igual... he escuchado mil excusas... algunas tan increíbles... esta clase de gente puede terminar diciendo que fueron los extraterrestres los que le secuestraron su automóvil...

—Todavía los técnicos de criminalística deben examinar el automóvil... me pregunto... ¿por qué no lo habrán quemado? Eso es más común que... tirarlo en un lago...

—Sí... es una buena... pregunta para hacerse. Vamos... por mi parte ya está bien de automóviles misteriosos... y aquí hace mucho frío —agregó dándose vuelta.

Entonces se escuchó la voz de un policía llamándolo.

—¡Dubois! ¡Dubois!

Llegamos casi corriendo. El policía había abierto el baúl de atrás, y señalaba el contenido; un hombre cuyas manos estaban atadas.

—Ahora se complicó la cosa... —sentenció Dubois mirando fijamente el cuerpo.

—Apuesto que el dueño del automóvil... no podrá hacer la denuncia... —le dije.

Dubois dio instrucciones a los otros policías y me hizo señas de que nos fuéramos del lugar.

—No lo digas... —me dijo mientras llegábamos a su automóvil.

—¿No decir qué?

—No digas... «un frío de muerte»...

—Ya lo dijiste tú.

Había ya una buena cantidad de gente, curiosos en el lugar. Aquella mañana parecía que todo iba a transitar en medio de la rutina y nada más...

Llegamos a la estación y yo pude notar el mal humor demasiado visible en el rostro de Dubois. Prácticamente tiró su abrigo sobre el perchero y comenzó a revisar los papeles que tenía sobre su escritorio, casi mirándolos con fastidio. Quizás intuía la cantidad de papeleo que tendría que llenar porque aquel incidente de la barredora ahora se había complicado de tal manera, que se necesitaría la intervención de un Juez y un Fiscal, viejos conocidos suyos. Quizás no le importaba tanto darle explicaciones al Juez Maillet, pero soportar a la Fiscal Ferron, eso era otra cosa. También existía la posibilidad de que la Fiscal argumentara que él, no podría investigar y ser investigado y terminaría sacándolo del caso.

Yo dejé de llenarme la cabeza con deducciones y busqué su taza, y le serví un buen café y luego otro para mí.

—Gracias... lo necesitaba. Esos minutos en el lago... me congelaron los pies...

—Ya sé que es tu escritorio y tu oficina... pero... ¿se puede saber que buscas?

Removió otros papeles y finalmente apareció algo que de seguro estaba enganchado con algún clip.

—Acá está... —afirmó tomándolo en sus manos como si fuera el mapa de un tesoro—. Sí...

—Ejem... —le dije haciendo un gesto de componer mi garganta.

—Perdona... lo que buscaba era la ficha del automóvil misterioso.

—¿La ficha?

—Sí... ¿recuerdas la primera vez cuando descubrimos que ese automóvil nos estaba siguiendo?

—Sí... que me pediste que recordara la matrícula.

—Exacto. Yo imprimí la foto del dueño registrado del vehículo. Acá lo tengo. Pensé que me iba a servir algún día y no me equivoqué —agregó pegándole un suave golpe con el dedo índice al papel—. Matrícula F G L 9332 de la ciudad de Quebec a nombre de Michael Rumper... 40 años... —se levantó y me mostró la hoja impresa donde estaba la fotografía del hombre—. Este es el hombre del baúl...

—¿Lo viste bien? ¿Estás seguro?

—Seguro... como que necesito fumar un cigarrillo o mi cabeza va a estallar.

—Tranquilízate... mejor sería que aprendieras a tomar una taza de té...

—Lo que no comprendo... —comentó buscando en sus bolsillos sus cigarrillos—. Es... ¿por qué lo eliminaron?

—El crimen parece un signo de la mafia... le dieron un trabajo que hacer y falló. Por eso lo mataron.

—Pudieron darle otra oportunidad...

—Tal vez no lo creyeron... necesario. Tal vez pensaron que sabía demasiado... y no era conveniente.

—El punto es que el caso... se termina aquí. Tal vez por eso lo hicieron.

—No comprendo —le dije.

—Piénsalo. Al usar su propio auto para intentar atropellarme... el único responsable era él. Tal vez, no importaba si fallaba o tenía éxito.

—Suenas interesante...

—Tendremos que cerrar el caso —comentó tirando la ficha sobre todos los otros papeles y mirándola resignado.

—Aún falta la autopsia... puede tener un teléfono del que podamos sacar algún dato. Hay que esperar. Siempre queda un cabo suelto que se puede investigar... no te preocupes... además...

Entonces el Sargento Benson tocó la puerta, la entreabrió un poco y le dijo algo. Una mujer terminó de abrirla; la Fiscal Ferron.

Dubois despidió al Sargento y recibió a la Fiscal. Yo le dejé mi silla y cuando estuve a punto de cerrar la puerta para que hablaran tranquilos, Dubois me llamó.

—Enrique... no te vayas.

Volví a entrar. La mujer dijo algo mientras dejaba su maletín oscuro sobre sus piernas. Llevaba una bufanda de tela escocesa en su cuello que se aflojó lentamente. Discretamente revisó su teléfono celular y lo dejó sobre el escritorio.

—Dice la Fiscal que quiere que le relates el episodio de esta mañana con la barredora de nieve.

—Por qué no lees tu informe.

La mujer habló y señaló a Dubois.

—Dice que ya lo leyó. Ahora quiere saber como tú, lo viviste.

Así lo hice, mientras Dubois traducía. En un momento la mujer decidió interrumpirme.

—La Fiscal pregunta si conocías al conductor.

—No. No lo conocía.

La mujer volvió a decir algo.

—Dice que ya que no lo conocías... si sabes o crees para quién podía estar trabajando...

—No creo que pueda decirlo. No tengo pruebas.

La mujer pronunció unas palabras y se quedó mirando a Dubois para siguiera traduciendo.

—Dice que lo digas... que mantendrá el secreto si es necesario.

Me sorprendió la actitud de la mujer, antes tan desconfiada de nuestras actividades y ahora, diciendo que era capaz de guardar un secreto. Tal vez se había percatado al fin, de que estábamos en el mismo equipo; el de la ley y buscando la verdad.

—Creo... que era empleado del Cónsul... de mi país. El hombre que me ofreció su apoyo en el juicio por mi entrada irregular al país.

Lo que dije la puso a pensar. Dubois me miraba casi enojado por haber dicho algo, sobre lo que no teníamos la mínima prueba. Finalmente dijo algo.

—Dice si tienes alguna prueba...

—Son... asociaciones... deducciones.

Volvió a decir algo y tomó su maletín. Sacó un cuaderno para tomar notas y una estilográfica.

—Dice que te va a escuchar.

—Bueno... tal vez debería empezar diciendo que todo empezó en mi país... ahí, un empresario me estafó... me ofreció una buena suma de dinero para que le ayudara a encontrar un extraño objeto que según lo que él decía se lo había robado. El caso fue que... el objeto no existía y su único fin era quitarme otro objeto... de gran valor arqueológico.

Anotó algo en su cuaderno y le dijo algo a Dubois.

—Dice que cómo llegaste a tener en tu poder... ese objeto.

—Me lo dio en custodia... su dueño; un amigo que estaba muy enfermo. Después murió.

—Dice que continúes.

—El empresario me estafó y me quitó ese objeto. Yo lo recuperé y... ya que no tenía trabajo, pude encontrar trabajo en el barco pesquero con el que llegué a este país. Aquí... por las circunstancias que se supieron... terminé en el juicio... Me hicieron entender, que para juzgarme... deben notificar a los consulados correspondientes. Así conocí al Cónsul y resultó que... el cónsul y el empresario Cristof Dupré... coincidieron en sus actividades. Dupré estuvo de visita en este país y al poco tiempo el señor Cónsul hizo su presentación ofreciendo su ayuda para mi juicio. Lo demás usted lo sabe.

La mujer hizo un gesto con su mano derecha como instando a que me detuviera.

—Pregunta si sabes o tienes una prueba de que se conocen.

—Dile que no. No tengo nada.

La mujer dijo algo mientras tomaba notas.

—¿Qué dijo? —le pregunté a Dubois y este solo se limitó a mover la cabeza hacia uno y otro lado.

La mujer me miró y sonrió. Por la fama que tenía no sabía si eso era un buen gesto o no. Luego dijo algo.

—Dice que quiere que salgas un momento para hablar conmigo.

—Señora... —le dije con una reverencia que como gesto de respeto y caballerosidad, no necesitaba traducción y salí. Ella sonrió apenas.

Dubois no se mostraba muy feliz con la intervención de la Fiscal. Ahora ya no podría investigar en forma libre, es decir, escuchar todo tipo de hipótesis, consultar a psíquicos, escuchar explicaciones sobre universos paralelos, energías extrañas y cosas, por el estilo. Y es que con el caso de Gabrielle, solo habían faltado a la cita, fantasmas, brujas y hechiceros, vampiros y hombres lobo. Y me olvidaba; los duendes que San Patricio había expulsado de Irlanda.

Hablaron largo rato y finalmente salió.

—¿Qué te dijo? —le pregunté.

Dubois no estaba de mucho humor y el peor signo era que le costaba mirarme a la cara.

—Dijo que... —colocó ambas manos sobre el borde de su escritorio como si se apoyara en él, para encontrar las fuerzas necesarias para hablarme—. Dijo que te quiere fuera de la investigación.

—¿Qué? No... no puede ser.

—Dijo que si realmente hubo un intento criminal de eliminar a uno de los dos... quiere que nada te pase antes del juicio por la muerte del guardabosques y el secuestro del Padre Bautiste... y para eso... te quiere... en una celda... por tu seguridad.

—Yo voy a ir a una celda, según ella...

—Tranquilo...

—Déjame terminar. Yo voy a ir a una celda ¿y tú? El automóvil pudo atropellarte a ti. De hecho iba a atropellarte a ti cuando...

—Eso fue lo que yo le dije. Pero ella insiste en decir... que el conductor... iba tras de ti. Lo siento.

Me quedé paralizado un momento. Dubois me miraba con una expresión de infinita tristeza; yo había movilizado el caso tan importante que tenía, el de Gabrielle y ahora, él se quedaba solo otra vez, tal vez, para concluir que nunca llegaría al fondo de la cuestión. Quizás la tristeza en el rostro de Dubois, fue lo que me tranquilizó un poco.

—¿Me darán la misma celda que la otra vez?

—La misma.

—Al menos tendré tres comidas ¿verdad?

Sonrió. Era bueno traer un poco de alivio a mi compañero. Sonrió, pero no dijo nada.

—¿Me visitarás?

Hizo otro silencio y bajó la vista.

—La Fiscal me dijo que quiere que no hablemos tú y yo... hasta que esto se aclare un poco. No quiere que podamos... llegar a compartir... datos sobre los sospechosos y cosas así.

—¿Y eso por qué?

—Tú lo dijiste... el automóvil pudo atropellar tanto a uno... como al otro. De seguro va a ponerme bajo vigilancia... si es que no le da el caso a otros oficiales...

Me di vuelta. Aquello era demasiado para mi.

—Creo que necesito descansar... entonces... —me volví a verlo y le extendí mi mano—. Hasta la próxima... vez, que nos veamos.

—Será... hasta la próxima Enrique...

Había hecho unos pasos cuando me volvió a llamar.

—Tus cosas... debes...

—Ah sí... perdona —tomé mi mochila y se la entregué al Sargento Benson.

Caminé hasta los pasillos que conducían hasta las celdas. Me esperaba un viejo conocido, el oficial que me llevaba la bandeja de comida cuando era un recién llegado. El ruido de los cerrojos abriéndose y de las bisagras me estremeció un poco. Me tiré en el camastro y me incorporé para ver las líneas que había marcado en la pared, con las que había intentado, no perder la noción del tiempo ni la cuenta de mis días de encierro. La reja se cerró y la puerta del pasillo se cerró dejándome en silencio... Recordé al campesino del cuento «Ante la ley» de Kafka y su espera de años, ante la puerta de la ley.

—Otra vez estamos... aquí —dije en voz baja.

Mi comida llegó casi una hora después y el menú no había cambiado para nada; hamburguesa, papas fritas y un generoso vaso de café. Y llegó con un segundo plato inesperado; la Fiscal Ferron.

Me quedé quieto como si estuviera ante una fiera salvaje y sin saber que decir; las pocas veces que había hablado con la Fiscal Ferron lo habíamos hecho a través de un traductor, y ahora no veía a nadie que cumpliera ese rol. Ella dio unos pasos lentamente y sacó un papel del bolsillo de su saco oscuro. Yo me puse de pie y me acerqué a la reja.

—*Bon appetit.* (Buen apetito).

—Gracias... digo... *merci beacoup* (*Muchas gracias*).

A través de la reja introdujo el papel y yo lo tomé.

—*Monsieur Enrique... s'il vous plaît... merci.* (Señor Enrique... Por favor... Gracias) —agradeció otra vez y se despidió con un gesto leve de su cabeza.

Yo tomé el papel y pude leer: «*Señor Enrique: aquí están mis razones para retenerlo en una celda... Es muy posible que los criminales que asaltaron a los turistas y luego mataron al guardabosques pueden tener cómplices que quieran evitar el juicio. El último de ellos murió en un accidente tratando de escapar cuando fue llevado a declarar. No quiero que la opinión pública piense que la Justicia es incompetente en cuidar a sus testigos. Espero sepa comprender. Es mi trabajo. No será por mucho tiempo*».

La carta había sido escrita por computadora y llevaba todavía, el título de un conocido traductor de Internet. La mujer quería dar sus razones y lo quería hacer en el momento justo antes de que pasara demasiado tiempo y yo pudiera guardar rencores en su contra.

Me volví a sentar, dejé la carta debajo de pierna y me limité a comer, aprovechando que la comida y el café aún estaba caliente. Y la rutina comenzó otra vez, la rutina del encierro en dónde el tiempo parecía no pasar jamás. Después de el oficial vino a buscar la bandeja, me senté en el borde de mi camastro a repasar las posibles o verdaderas razones de la Fiscal Ferrón. En su carta decía que creía que los criminales con los que me había tomado por accidente en la Misión del Padre Bautiste, podían tener cómplices no sonaba tan descabellado, si veíamos con otros ojos el accidente que había tenido el único de los criminales cuando había intentado escapar. *¿Podía ser verdad? Y en ese caso ¿qué tenían en mi contra?* Tal vez, solo por el hecho de que había atrapado a uno de ellos, me veían como un policía, como un enemigo. Pero... *¿quién les había dicho quién era yo?* Eso era pensar que podía haber alguien, dentro de la estación, un soplón, y con la capacidad de acceder a información sensible, lo cual me parecía improbable. La paranoia empieza cuando uno le otorga cualidades especiales a hechos puramente accidentales. Pero la Fiscal estaba en su derecho; proteger a los testigos de un juicio, nada más que eso.

Volví a leer la carta solo para que me quedara en claro, que la postura de la Fiscal, era que los criminales con los que nos habíamos topado, el guardabosques, el Padre Bautiste y yo, podían estar detrás de impedir que el juicio se realizara y por lo tanto la verdad, se supiera finalmente y ni siquiera consideraba la posibilidad de que el empresario que me había estafado en mi país me estuviera persiguiendo. Igual, me parecía un buen gesto, un gesto humano de aquella mujer tan recia, tan estricta, de explicarme sus motivos en mi idioma. Pero me quedaba con una frase que no estaba en la carta y era el «Por favor», que había dicho en su idioma.

Me dormí en aquel camastro y me despertó el ruido de las llaves en la reja de mi celda; era el oficial que me traía la cena.

No había nada de que sorprenderse; hamburguesa doble, papas fritas y café. Me senté a comer en el borde de mi camastro y noté que debajo de la hamburguesa, muy bien disimulado había un papel. Me cercioré de que el oficial, no me estuviera espiando y leí el papel:

«Enrique: soy yo, Jean Pierre. La Fiscal fue muy clara; no quiere que nos comuniquemos hasta que todo se aclare un poco. Te voy a poner al tanto de todos los acontecimientos. Se realizó la autopsia del hombre que encontramos en la cajuela del automóvil; murió por ahogamiento y de frío. El forense opina que de seguro lo mató el frío del lago. Aún no sabemos la identidad del hombre. No había papeles ni identificaciones dentro del automóvil. Solo nos podemos guiar por sus huellas. Posiblemente lo sepamos mañana. Destruye este papel de alguna forma».

Evidentemente este era un día para recibir cartas; primero la Fiscal y ahora Dubois. Mi compañero se las había ingeniado para hacerme saber las últimas noticias. No me extrañaba en nada que no se encontraran papeles o otro tipo de identificaciones. Había en ellos una deliberada intención de no ser identificados rápidamente por eso le habían sacado la matrícula al automóvil.

Tomé la carta de Dubois y la puse en el lavatorio y comencé a desmenuzarla a medida que el papel se mojaba y se podía deshacer. Debía apurarme porque el oficial que retiraba la bandeja llegaría dentro de poco tiempo. Los pedazos de papel se me pegaban en los dedos y taponeaban el resumidero, pero yo los volvía a tomar y deshacer con los dedos hasta que nada quedó. Entonces llegó el oficial que me miró extrañado al verme de pie en el lavatorio.

—Tenía... me ensucié las manos —le dije aunque él no podía entenderme.

El oficial me miró y asintió levemente, tomó la bandeja del piso y se fue.

—(Hasta mañana).

—Adiós —le dije si por alguna razón había dicho una frase relacionada.

Me miré las manos y debajo de tres de mis uñas, tenía pasta de papel incrustada. Me volví a lavar y finalmente pude deshacerme de todas las pruebas.

Me acosté y traté de que el sueño llegara todo lo naturalmente posible. Después de un tiempo que no podía definir, me desperté. Estaba en una calle desierta y casi completamente a oscuras. Una luz amarilla se encendió arriba de mi cabeza. Un

viento helado hacía balancear la luz y mover el círculo amarillo sobre mi y sobre mis huellas que habían quedado a mis espaldas en la nieve. No sabía si moverme, no sabía si podía hasta pensar. Tenía mucho miedo de que todo desapareciera.

—Si no confías en ti... todo te será muy difícil... —dijo un voz a mis espaldas.

Me di vuelta y no encontré a nadie.

—¿Quién? ¿Quién es?

—Soy yo muchacho. Ben, el viejo Ben. Creí que ya podías reconocer mi voz...

—¿Dónde está señor?

—No me llames señor muchacho. Soy Ben, solo el viejo Ben.

—Ben entonces...

—Enrique... me queda poco tiempo... se aproximan tiempos difíciles... debes ser fuerte...

—¿Qué es eso de «tiempos difíciles»?

Pero nadie me respondió. Podía sentir el frío del viento en mi cara. Casi reconocí el lugar; era la calle donde encontraron el automóvil que habían tirado al lago.

—¿Ben?

Entonces desperté en mi camastro, pero con una sensación muy fuerte y bastante fea al mismo tiempo. Sentí como si hubiera caído desde una altura de un metro más arriba. La cabeza me dolió un poco y me sentí desorientado por minutos. Tomé conciencia de donde me encontraba, y traté de relajarme. La pequeña ventana con barrotes que tenía encima de mi cabeza, revelaba que afuera había viento y nieve que caía casi torrencialmente. Sentía los pies helados y otro tanto las manos. Parecía como si toda la celda fuera una especie de congelador de carne, o un viejo sótano de los que los inmigrantes hacían para guardar debidamente las conservas y fiambres que hacían.

Me despertaron de nuevo, con el sonido de las llaves golpeándose contra los barrotes de mi celda; era el oficial que me traía la bandeja del desayuno. Las hamburguesas y las papas fritas habían sido reemplazadas por *croissants* y rosquillas. Busqué debajo del vaso de café y debajo de las rosquillas y no había nada, ninguna nota de mi compañero.

A media mañana me sacaron al patio a que tomara aire limpio y pudiera estirar as piernas, caminando o solo disfrutando del aire helado. Traté de saltar un poco y elongar mi piernas, pero no caminar. Recordaba una escena de la película «Expreso de medianoche» en la que llevaban a los presos a una especie de sala enorme en dónde los hacían caminar en círculos y yo no quería parecerme al protagonista de ese drama.

Cerca de la una de la tarde, llegó mi almuerzo; hamburguesa doble, papas fritas y vaso de café. Esperé que el oficial se retirara y busqué debajo de la hamburguesa y encontré una minúscula nota doblada varias veces; otra misiva de mi compañero.

«*Enrique: recién ahora hemos podido identificar al hombre que encontramos en el automóvil: Michael Rumper el mismo que habíamos identificado anteriormente, y*

el automóvil, era el mismo sedán azul, con matrícula F G L 9332. La Fiscal está a punto de conseguir una orden para intervenir sus llamadas telefónicas y hacer un registro de su casa en Quebec, aunque posiblemente no encontremos nada. Si alguien lo mató, como es lo que le pasó de seguro, ya debe haber destruido todas las pruebas. Estamos en contacto».

Antes de comer, puse la note en el lavatorio y la destruí meticulosamente.

Me sonreía mientras comía, de las palabras de mi compañero: «Si alguien lo mató». Nadie normalmente se mete solo en la cajuela de su propio automóvil y deja sin freno de mano al vehículo que termina cayendo en un lago helado. Pero esas son frases de un hombre que se encuentra presionado por todas partes.

Al no estar en la investigación, no podía estar al tanto de todos los detalles de la autopsia, pero algo le debían haber hecho al misterioso Michael Rumper, ahora difunto, para meterlo en la cajuela; un golpe en la nuca, una sustancia en su café.

Llevaron mi bandeja y me tiré en el camastro a esperar la tarde, sintiendo al frío apoderarse de mi celda.

Recordé los pergaminos que el viejo Ben me había pedido que cuidara y pensé en si estaban en buenas manos, al cuidado de la policía.

Las pesadillas con él, con el viejo Ben incluido, comenzaban a ser recurrentes. *¿Qué estaría tratando de decirme mi mente?* Porque de seguro era mi mente que trataba de activar otras alarmas, para señalarme el camino. *¿Pero cuales?*

Pensé en mis cosas, todas mis otras cosas, que habían quedado en mi oficina, en mi lejana y tranquila tierra natal. *¿Qué pensaría de mi el encargado del edificio al notar mi ausencia por tanto tiempo? ¿Cuál sería la suerte de mis cosas?* Al menos no tenía una mascota que hubiera quedado librada a su suerte, condenada a volverse semisalvaje para sobrevivir, robando comida de otros perros por ejemplo y hasta atacando a las personas.

¿Y la nave? ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría regresado al lugar del universo de dónde vino? ¿Habría cumplido el propósito para lo cuál había sido creada? La inteligencia que la gobernaba, ¿habría quedado satisfecha o completamente decepcionada del individuo humano con el que había hecho contacto? Y lo que quizás, era lo más importante, respecto del contacto en sí, ¿podríamos entendernos algún día cercano o lejano?

Todo había comenzado por ella y ahora, según mi modesto entender, todo giraba en torno a ella. Dupré, no parecía la clase de hombre que llega a la conclusión de que algo no es posible, o ilegal y lo abandona. Además, la pequeña investigación de Dubois había descubierto que Dupré había visitado el país en fechas recientes, aunque no había la más mínima prueba, la más mínima conexión entre el Cónsul y Dupré ni con las circunstancias que estaba viviendo.

Decidí contar los ladrillos salientes de la pared que tenía enfrente, como una manera de matar el tiempo, de entretenerme y de no perder mi agilidad mental. Los conté primero solo con la vista y después con los dedos, tratando de buscar uno en

particular que dijera: «*Dios, me hará justicia*»...

Y así pasó otro día más, «sin penas ni gloria». Fue tal la abulia de ese día que me quedé sin mi pequeña carta furtiva debajo de mi hamburguesa.

Llegó la noche y a pesar de que en esta celda ya había estado un cierto tiempo antes de mi primer juicio, y de que estaba seguro de que nada iba a pasarme, me sentí extraño, con la certeza, con el presentimiento de que algo iba a pasar. Retiraron mi bandeja y después de una larga media hora, apagaron las luces. Ya me había traído una frazada gris, así que me arrojé a mi gusto y me dormí. A una hora indefinida de la noche, me desperté porque una mano fuerte me había sacudido el hombro. Me desperté preocupado, me senté en mi camastro con la firme sensación de que una mano fuerte me había sacudido el hombro hasta que había despertado. Pero no había nadie, mi celda estaba en completo silencio, salvo por el sonido del viento que se colaba a través de la ventana. Me volví a acostar y a los contados minutos pude dormirme y me volví a despertar, esta vez, era una voz la que me llamaba y decía mi nombre.

—¡Enrique! ¡Enrique!

Abrí mis ojos y ya no estaba en mi celda. Aquello era el bosque, con las siluetas oscuras de los árboles y la nieve cayendo por momento muy tranquila y otras arrastrada por el viento. Varios copos de nieve me cayeron cerca de los ojos y me obligaron a cerrar los ojos y refregarme con las manos. El viento era una garra helada que estrujaba los huesos de mi cuerpo, como si quisiera decirme que me fuera de sus dominios. En ese momento desperté con la misma sensación fuerte, de volver a la realidad y fea, al mismo tiempo. El leve dolor de cabeza había vuelto y sentí como si hubiera estado en la parte alta de una cucheta del ejército y algo o alguien me tirara a la parte baja, mi camastro, de una forma, algo violenta. Me senté en mi cama y traté de volver a la realidad, tomando conciencia de dónde me encontraba. Tal vez, solo había sido... un mal sueño. Un sueño repetido... pero solo un mal sueño.

El día lunes comenzó de otra manera, un poco más frío y con la terrible promesa de ser un día difícil que había que sortear obligadamente, como todo día lunes. Pero en realidad, no fue así. Debajo de mis *croissants* había una pequeña carta.

«Enrique. Hoy pude comunicarme con Gabrielle. Me dijo que está bien, que le dolió un poco a cabeza el día domingo por eso no me llamó. Al notar que no hablaba del tal Matthew, le pregunté discretamente si había logrado rehacer su vida, es decir, volver a salir con alguien, enamorarse y me respondió que estaba saliendo con un tal Jhonson, del cuarto piso del edificio, pero todo se había terminado hace un mes. Me dijo que volviera a llamarla el miércoles que quiere charlar de los viejos tiempos y tomar un espumoso café del que hacen en mi bar. ¿Podrá ser lo que estoy pensando? ¿Qué la antigua Gabrielle regresó y que la otra... ha regresado a su mundo? Según me explicaste... una de ella estaba de novia con el tal Matthew, pero no en este mundo, mientras que la otra... era mi Gabrielle. Parece una historia que nadie va a

creernos, aunque la contemos cien veces y con lujo de detalles. Estoy muy contento porque todo terminó al fin. Te doy las gracias por...».

Y en ese momento escuché el ruido de las llaves abriendo la puerta. No tenía tiempo de llevar la carta bajo el agua del lavamanos así que la doblé en dos, me la puse debajo de la lengua y mordiendo un bocado de mi rosquilla, me la tragué; el papel tiene un sabor horrible.

La que entró era la Fiscal Ferron acompañada por la mujer que había oficiado de traductora en mi primer juicio. Por una cuestión de respeto, dejé la bandeja a un lado en mi camastro y me puse de pie.

—*Bon jour* —les dije.

—Buenos días —saludó la mujer poniendo ambas manos sobre su abdomen—. La Fiscal Ferron lamenta tener que... decirle una triste noticia...

Ambas se quedaron en silencio; odiaba ese tipo de suspenso.

—¿Y bien?

—Un viejo... amigo suyo... ha muerto esta madrugada en el Hospital. Se llamaba Benjamín Smith. Su doctor llamó a primera hora preguntando por usted y por el oficial Dubois.

—El viejo Ben... —dije en voz baja.

—La Fiscal quiere darle sus condolencias... y quiere saber si desearía concurrir a su funeral... será esta tarde en el cementerio del pueblo.

—Nunca me han gustado los funerales... —le dije.

La mujer tradujo y la Fiscal dijo algo.

—La Fiscal dice que el señor Smith, no tenía hijos, ni parientes cercanos... no se vería muy bien... que lo enterrara solo el encargado del cementerio.

—Claro... dígale a la Fiscal que tiene razón... iré con gusto si ella me lo permite. Dígale que le agradezco.

La Fiscal dijo algo y se despidió con un gesto; habíamos aprendido a comunicarnos más, en forma no verbal que con el idioma.

—Pasarán por usted como a las 4 de tarde. Hasta luego.

—Gracias otra vez, señora.

La mujer se dio vuelta y me sonrió. Hacía mucho tiempo que no veía una sonrisa de una mujer, tan espontánea, tanto que me sentí un poco afortunado.

—No fue nada —agregó y el oficial volvió a cerrar la puerta.

El viejo Ben había muerto. *¿Habría tenido algo que ver mis pesadillas recurrentes? ¿Habría sido su mano, sacudiendo mi hombro que me despertaba para despedirse?* De seguro que no. Solo había sido una tensión muscular acumulada en mi hombro, y que por una razón que solo la ciencia podía develar o no, mi mente la había liberado. *¿Por qué regresaba en mis pesadillas siempre a ese lugar del bosque que él había descrito en un caso de desaparición en que él había ayudado?* Quizás nunca lo sabré...

A la hora que dijo la Fiscal, llegó un oficial a buscarme. Subimos a un coche

patrulla junto con Dubois, que estaba particularmente serio aquella tarde.

—¿Cómo te ha ido todo este tiempo Enrique? —me dijo cuando estaba a punto de subir al automóvil.

—No puedo quejarme. Comida, techo y abrigo.

Él le dio una última pitada a su cigarrillo y subió también.

—Pronto terminará. Creo que ya hay fecha para el juicio pero... mejor no hablemos de eso. La Fiscal me lo prohibió.

—Entonces no hablemos... mejor no tengas problemas con la ley. Mirá lo que me pasó a mi...

Sonrió y procedió a ajustarse el cinturón de seguridad.

—Vamos o llegaremos tarde.

El cementerio de la ciudad, era un lugar bastante bien cuidado, al igual que su única plaza, y las orillas de sus lagos, aunque uno pudiera encontrar automóviles con sus conductores muertos en el portaequipaje. Había un centenar de cruces de todos los tamaños y muy por lo contrario que uno llega a imaginarse lo que puede ser el cementerio de un pueblo, no tenía malezas altas que ocultaran lápidas de ilustres o desconocidos difuntos. Había un cierto cuidado y respeto por los muertos. No había flores secas ni desmanes en tumbas que nadie visitaba. Al viejo Ben, le había tocado la última fila y la estación de policía, por la iniciativa de Dubois y de otros amigos, había pagado un lápida de cemento con su nombre bien legibles.

—Hermanos... estamos aquí reunidos... para darle nuestro adiós a un hombre misterioso... lleno de secretos que solo él, sabía su significado, pero que supo ayudar a esta comunidad, cada vez, que se lo pidió —comenzó diciendo un hombre alto con traje negro, el pastor Carter, según me dijo Dubois en voz baja—. Un hombre que jamás cambió a pesar de que el destino le llevó uno a uno... sus seres queridos. Hoy... muy cerca del bosque que tanto amó... despedimos a Benjamín Tomas Smith... sin duda, un gran hombre. Que descanse en paz.

Me quedé unos minutos mirando en silencio la lápida y el ataúd cubierto por algunas flores. La imagen de aquel hombre pidiéndome que cuidara de su legado me rondaba los pensamientos. *¿Qué habría visto en mi?*

—Vamos... —me dijo Dubois—. Se hará de noche pronto y no queremos más... «accidentes» con automóviles sin matrículas.

—Tienes razón...

La Fiscal Ferron estaba entre los pocos que se habían llegado al cementerio. Hablaron los dos y Dubois se dirigió rumbo a otro coche patrulla y luego se detuvo a medio camino y regresó a donde me encontraba.

—La Fiscal quiere que regreses con ella en otro coche patrulla.

—Te lo dije.

—Ya hablaremos. Hasta luego.

—Hasta luego amigo.

Regresé a la estación con la Fiscal, mientras Dubois lo hacía en otro coche

patrulla. La ciudad ya había encendido sus luces y caía una suave nevada, que por momentos parecía un suspiro de las nubes entre largos silencios.

Volví a mi celda y como a la media hora, llegó mi cena con el menú habitual. Busqué debajo de la hamburguesa pero no hallé nada. De seguro Dubois, no había tenido tiempo de interceptar la bandeja y colocar una pequeña carta.

Cuando estaba esperando al oficial que retirara la bandeja, llegó él, pero acompañado por la Fiscal Ferron que traía un pequeño pedazo de papel.

«Señor Enrique. En tres días será el juicio por la muerte del guardabosques. Le recuerdo que puede nombrar un abogado o pedir que el Estado le proporcione uno, un Defensor de Oficio. Solo tiene que nombrarlo con tiempo para que pueda leer el expediente completo. Buenas noches».

Le agradecí la nota con un gesto y ella respondió de la misma manera. No necesitaba un abogado, porque no iba a ser juzgado en carácter de acusado, sino como testigo y hasta como víctima. Tomé la carta, la doblé y la guardé en uno de mis bolsillos.

Me tiré en mi camastro y esperé a que apagaran las luces para intentar dormir.

Con la misma rutina de horarios de comidas y menús, llegó el tan ansiado día. A partir de allí, sería libre y el Juez debería dictaminar si debía continuar con mi sentencia o si se daba por cumplida.

En la sala del juicio me reencontré con el Padre Bautiste. Tal vez, era el tiempo que no nos veíamos, pero me pareció que tenía el cabello más blanco que cuando lo había conocido. Y también un poco más delgado.

—Es la comida del Hospital hijo. Los doctores te privan de tantas cosas... que terminan alimentándote a pastillas —me dijo cuando lo saludé.

—No termina de querer un poco a los médicos ¿eh?

—¿Y por qué? Te prohíben esto, te prohíben aquello. «Coma sin sal», «tome con poca azúcar». Lo único que te queda son sus «dichosas» vitaminas.

Los otros que me dio mucho gusto encontrarlos fueron los guardabosques; Stefane y Pierre que parecían muy diferentes porque habían venido vestidos de traje y corbata y acompañados por sus novias o esposas. A mi lado se colocó la traductora, la mujer que había traducido en mi primer juicio.

El Juez Maillet llegó con su largo abrigo negro y un impecable traje azul marino.

—Buenos días a todos... —saludó el Juez—. Debo decirles que... dadas unas circunstancias... muy especiales... este juicio se desarrolla sin acusados ya que por distintas circunstancias que la Fiscal del Estado expondrá... todos los acusados han muerto. Solo escucharemos a las víctimas, exponer y el caso, se cerrará formalmente. Llamo a declarar al Padre Jean Bautiste Ferrand.

El Padre Bautiste contó al Juez, como había sido sorprendido por los tres criminales, reducido y maniatado en el sótano de la Misión y cómo yo lo había ayudado a escapar y buscado ayuda por su herida. Llegó mi turno de declarar.

—Señor Enrique... en su condición de extranjero... se le informa que está a su

disposición un abogado propuesto por el Cónsul Honorario de su país. En caso de que no lo aceptare... el Estado puede proporcionarle un defensor de Oficio.

—Señor Juez —le dije a través de mi traductora—. No tengo motivos para pensar que mis derechos van a ser violentados de ningún modo. Además quiero colaborar con la justicia de este país, para que se decida mi situación, cuanto antes.

El Juez movió la cabeza muy satisfecho, revisó el expediente y dijo:

—Gracias Señor Enrique... he tomado debida nota...

Luego el Juez me pidió que contara cómo habíamos atrapado al último en la base de los guardabosques. Llamó después a declarar a los dos guardabosques que contaran su versión de cómo había sido capturado el último que había intentado secuestrarlos. Finalmente, y casi consultando su reloj, el Juez dio por terminado el juicio.

Dubois se acercó y me felicitó por todo lo que se había dicho que había hecho junto al Padre Bautiste. Había un gran revuelo de personas en toda la sala.

—Te felicito Enrique... tuviste mucha templanza para luchar contra todo —me dijo palmeándome la espalda.

—Gracias compañero... espérame un segundo ¿quieres? Voy a ver si puedo hablar con el Juez...

—No te gastes... es inútil. Primero no habla español y segundo... parece que quiere llegar a tiempo para almorzar con su familia. Siempre ha sido así. El Juez Maillet tiene la firme idea de que el único tiempo para decir... es el tiempo del juicio. Afuera de un juicio... no se dice nada.

—Interesante. Bueno... supongo que podré pedir una audiencia con él... después.

—Por supuesto... por ahora hay que festejar. ¿Qué te parece hamburguesa doble, papas fritas y café?

—Es una broma ¿verdad?

—¡Por supuesto! Cuéntame... —susurró mirando primero a su alrededor—. ¿Qué hacías con las cartas que... yo te enviaba?

Yo también bajé la voz y le hablé al oído.

—Las destruía en el lavamanos.

—Eso pensé...

—Aunque hubo una que no tuve tiempo... y me la comí.

Me miró con una cara de sorprendido y asustado al mismo tiempo mientras la Fiscal Ferron se acercaba sonriendo a saludarme. Le habló a Dubois que tuvo que cubrirse la boca para no sonreír.

—La Fiscal dice que te agradece tu colaboración con la Justicia de este país y te felicita.

—Gracias. Muchas gracias. Pregúntale...

En ese momento, una persona que parecía otro abogado, la llamó por su nombre y comenzaron a hablar. Después de unos interminables minutos se retiró.

—Señora Fiscal... traduce por favor Dubois.

La mujer habló y se retiró. No me dejó decir nada y fue apenas un minuto.

—Dice que si preguntas por tu sentencia... te falta una larga semana de Trabajos comunitarios. Eso es todo.

Juntos, la vimos abrirse paso entre las personas y salir de la sala.

—Bueno... creo que nos resta festejar solamente.

—Así es —afirmó Dubois—. ¡A festejar!

La sala estaba llena de gente, familiares de los guardabosques, personas que habían pasado por la Misión del Padre Bautiste y recibido su hospitalidad, algunos periodistas del periódico de la ciudad y curiosos en general que querían disfrutar de un espectáculo inusual.

Pero había alguien más, que se puso lentamente de pie y casi diría que clavó su mirada en mi; tenía los mismos anteojos de marco dorado, tal vez, de oro y hacía descansar sobre su antebrazo un largo abrigo negro. Con la cabeza hizo un gesto y salió de la sala. Yo le respondí en silencio.

—¿A quién saludabas? —preguntó Dubois.

—Era el Cónsul. Vino a presenciar mi segundo juicio.

—¿Aún tienes sospechas de él?

—¿Tú no? No te da... un poco de odio saber que... a lo mejor, nunca podremos saber... para quién trabajaba el hombre del sedán azul.

—Un poco... pero digamos que... tengo la paciencia del cazador... el tiempo... dos dará la razón. Ya lo verás. Salgamos de aquí.

Y los periodistas de la publicación local no podían faltar. Una mujer joven, de unos 30 años y tal vez menos, con una credencial sujeta de su abrigo se acercó con un grabador pequeño en la mano. Dijo algo en inglés y me acercó el grabador a mi boca. Dubois se adelantó y le dijo que no; deduzco que era así porque movió la cabeza en señal de negación varias veces. Luego me tomó con fuerza del brazo y salimos finalmente de la sala.

—¿Eran periodistas verdad? —le pregunté.

—¿Qué crees? No son malas personas... pero... no sé —agregó mientras bajábamos las escaleras.

—Opinas como dice el Juez Maillet: todo lo que había que decir... ya se dijo en el juicio —le respondí.

—Tú lo has dicho y de una manera... ¡extraordinaria! —exclamó levantando los brazos un segundo hacia el cielo—. Lo escucharon todo... en el juicio, que escriban eso... además... —y se quedó callado mirando su automóvil.

—¿Además qué? Sabes que odio cuando haces esos suspensos...

—Además... tengo hambre y quiero llegar a tiempo.

Fuimos a comer al «Rincón de Pierre». El menú era penca de salmón, con ensalada, postre de chocolate y café. No sé si ambos teníamos mucha hambre o si nos costaba iniciar una conversación pero mantuvimos silencio durante todo el almuerzo. Finalmente Dubois se tapó la boca con las manos y noté que le costaba mirarme a la

cara.

—¿Qué te pasa?

—¿Es cierto... que tuviste que comerte la carta?

—No es gracioso.

—Perdón... —agregó bastante divertido.

Se hizo un corto silencio que yo traté de prolongar para crear un poco de suspenso.

—La comí con un bocado de la rosquilla...

Dubois no pudo contener la risa.

—No te rías...

—Lo siento... pero cierro los ojos y te imagino comiéndote el papel como si fuera un rico pastel...

—No lo comí así. Puse el papel entero en mi boca.

Tomó un poco de agua y se serenó.

—¿Hablamos de otra cosa? —preguntó.

—Hablame de Gabrielle... quiero saber.

—Gabrielle y yo... tuvimos nuestra primera cita... hace un día. Cenamos... pasta italiana... tomamos un buen vino... y yo, como todo un caballero la acompañé a su departamento. Nada más... te lo juro. Me dijo que la llamara... otra vez.

—¡Excelente!

—Cuando dejamos de vernos... ella buscó salir con otros hombres... empezó a salir con un vecino suyo... un tal Jhonson, un hombre divorciado que parecía prometedor... pero no resultó como ella esperaba. Descubrió que se había divorciado de su mujer por problemas de violencia... violencia doméstica. Él le había contado fue por problemas económicos, su mujer no lo había sabido acompañar en una crisis... de trabajo y deudas.

—¿Y cómo se había enterado ella de los verdaderos motivos?

—Descubrió que la mujer trabajaba en un negocio cerca de su trabajo. Habló con ella... y la mujer le contó todo. Entonces... antes de que lo suyo con el tal Jhonson fuera más lejos... decidió poner distancia.

—Al menos actuó bien... y rápido.

—Lo mismo le dije yo. Toda esa relación había terminado hace un mes... luego tuvo muchos dolores de cabeza y se sintió mal... como enferma, varios días. Pero no habla de ningún Matthew...

—O sea que... es la misma de antes.

—Pero Enrique... ¿y todo lo que supimos? ¿Los mundos paralelos, los...? ¿Cómo los llamabas?

—Dobles. Se llaman dobles.

—Bueno. ¿Y todo eso?

—No lo podremos explicar nunca con seguridad... ya te lo dije... este tipo de fenómenos... pasa todo el tiempo, solo que muy pocas personas lo denuncian... por

temor a que las crean locas. ¿Y a dónde había ido estos días?

—Había ido a la Bahía de Hudson... muy cerca de una población de los indios Cree. Y se tardó porque regresó en su propio automóvil...

—¿Su...?

—No digas nada. Yo tampoco lo entendí. Hay un automóvil en el aeropuerto de Wabush, que dice que ella nunca rentó. Pero el automóvil está allí. La gente del aeropuerto ya llamó a la agencia para que manden a alguien para que se lo lleve.

—Es decir... la única prueba que nos queda... es un simple cabo suelto... que algún psiquiatra podrá decir que ella... solo lo olvidó. Caso cerrado.

—Todavía no logro entender muchas cosas... pero lo importante es que la Gabrielle de antes... está bien... —agregó sacando sus acostumbrados cigarrillos.

—¿Y yo?

—Y tú... seguirás trabajando para la estación... hasta que cumplas tu sentencia de Trabajos comunitarios... otra semana ¿más café?

—No... no voy a poder dormir. Gracias.

Me quedé mirando el paisaje de la calle, que me mostraba la ventana; el viento que parecía traer finos copos de nieve y casi espolvorearlos sobre los automóviles estacionados y sobre los gorros de lana de la gente.

Una semana más... y podría volver a mi vieja vida... con cientos de preguntas para hacerme mirando el techo de mi habitación...

Una semana más en una ciudad apacible, pasaría rápido, pensé. Tan rápido que cuando todo terminara, desearía que el tiempo hubiera pasado más lento y es que comenzaba a encariñarme con todo, o casi todo lo que me rodeaba.

Pasar un sábado y un domingo en una celda de la estación era un cosa... si se quiere terrible, por solo hecho de estar privado de la libertad, el bien supremo de un ser humano, aunque yo no fuera un sospechoso, sino un testigo. Pero pasar un fin de semana en una ciudad como un civil libre, era otra cosa. Traté de leer algún libro en el departamento de Dubois, pero todos estaban en francés o inglés, incluso algunos periódicos, como el de la ciudad. A pesar de la frontera infranqueable del idioma me puse a hojear unos ejemplares y descubrí unas fotos que me llamaron la atención. Eran de un objeto que habría sobrevolado tierras muy al norte, concretamente la denominada Tierra de Baffin, y los marineros de un buque de carga habían conseguido sacarle un par de fotografías de muy baja calidad, pero dónde se notaba un objeto que volaba a gran altitud, sin alas. «*Ufo in Canadá?*» decía el título de la nota. Inmediatamente pensé en la nave que me había traído a estas tierras y en el hecho de que era muy probable que continuara sus vuelos de propósitos misteriosos. *¿Sería ella? ¿O solo sería un trozo de «basura espacial» cayendo del espacio?* Después de almorzar, salí a caminar rumbo a una, quizás la única plaza, a entretenerme con el espectáculo de algunos niños jugando con un trineo, haciendo un muñeco, o grandes batallas de bolas de nieve.

En Labrador City, es muy común ver camionetas, y autos familiares en todas sus calles, por el solo hecho de que las distancias son bastante grandes y enfrentarlas caminando, no suele ser una buena idea sobretodo en pleno invierno.

Había caminado un par de cuadras cuando un hombre que salió detrás de un árbol añoso de la vereda, se puso a mi lado. Al instante lo reconocí; era el Cónsul, con un largo abrigo negro.

—Señor Enrique... ¡qué sorpresa encontrarlo!

—La sorpresa es mía señor Cónsul... —miré su costado y noté que su abrigo estaba abierto y que algo salía hacia afuera; si no me equivocaba, era el cañón de una pistola.

—Le pido que siga caminando señor Enrique, de lo contrario... tendré que disparar.

—¿Y si dispara señor Cónsul? ¿Cómo justificaría un hombre de su posición que me tuvo que disparar a quemarropa en medio de la calle?

—Creo que no lo averiguaremos nunca...

Una camioneta blanca tipo furgón estacionó a la altura de dónde nos encontrábamos y alguien que luego reconocí, abrió su puerta lateral; ese alguien era un hombre de gran estatura que ya me había apuntado con un arma, al menos en dos oportunidades.

—Suba —ordenó secamente el hombre.

Inmediatamente de subir, el vehículo arrancó con cierta velocidad. El cónsul se sentó adelante y yo me encontré sentado frente mío, a mi viejo conocido Cristof Dupré. El cónsul y el chofer dijeron algo entre ellos, algo que no comprendí.

—Señor Enrique... tanto tiempo... —comentó con su acostumbrada sonrisa de «un millón de dólares».

—Señor Dupré... se estaba tardando mucho tiempo.

—No intente sorprenderme diciendo que sabía que estaba en el país, Enrique.

—Que le haya tomado tiempo a la policía identificar al conductor del sedán azul, no quiere decir que no sospechara de usted.

—¿Y cuánto sabe su amigo el oficial Dubois?

—Nada, ¿qué iba a contarle?, ¿que un empresario quiere adueñarse de una nave espacial de otro planeta? ¿Quién iba a creerme?

—Sí... ya he visto su estrategia... ¿que vino como polizón en un barco? ¿Eso les dijo?

—Cocinero. Les dije que trabajaba como cocinero de un barco pesquero.

—Ah sí... me lo contó Bernard. Muy buena coartada. Si me disculpa...

La camioneta había dado varias vueltas y vueltas y suponía que estábamos muy lejos de la calle donde el cónsul me había abordado. Pero estábamos en el bosque, o sea muy lejos.

Me hicieron bajar, mientras el guardaespaldas de Dupré me apuntaba con su arma. La camioneta dio un giro y quedó enfrente de dónde nos encontrábamos.

—No tengo mucho tiempo Enrique... —Dupré se cerró el abrigo en el pecho—. Dígame dónde está... usted sabe de lo que hablo.

—Pues tendrá que ayudar a mi memoria.

—Tal vez, un tiro en una de sus rodillas lo haga recordar más rápido —agregó el guardaespaldas.

—Un tiro... llamará la atención de la gente.

—¿Cuál gente Enrique? —preguntó riendo y abriendo sus brazos y dando una vuelta sobre si mismo—. Mire a su alrededor. ¿No se ha dado cuenta de dónde está todavía? Estamos muy lejos de la ciudad... la casa más cercana está a un kilómetro. Nadie puede oírlo...

—Entonces... dispare. O mejor dicho... dícales que lo hagan.

—No soy un asesino Enrique... soy un empresario... hombres como usted deberían estar agradecidos de que yo, me interese por estos temas... temas que nunca podrían salir a la luz si no fuera por...

—A usted no le interesa que todo salga a la luz. Solo le interesa esa tecnología que puede valer millones...

—Debo tener alguna recompensa... —acotó riendo. Volvió a poner las manos en sus bolsillos y su expresión cambió—. ¿Dónde está Enrique?, ¿dónde está el tubo de metal?

—En el fondo del mar...

—No me haga perder la paciencia. Usted no cayó en el mar.

—La nave si cayó en el mar... yo me pude escapar nadando. Le digo la verdad — me acerqué al suelo y tomé un poco de nieve.

—No se mueva —ordenó el cónsul.

—Ustedes están armados con pistolas automáticas... —le dije—. Y yo tengo una bola de nieve. Es lo justo.

—No sea ridículo —comentó el cónsul—. No le haría daño a nadie con esa bola de nieve —se volvió a Dupré—. Yo opino que tenemos que entrar en la casa del policía que le ha estado dando asilo y buscar el tubo.

—Yo digo que lo... —intentó decir el guardaespaldas de Dupré pero no le dejó terminar la frase.

Le tiré la bola directo a la cara y salí corriendo a toda la velocidad que me daban mis piernas. Correr en la nieve no es fácil, pero aquello era resbaladizo, aquello era hielo.

—¡Alto! ¡Deténgase! —gritó el cónsul.

—¡Alcáncelo! ¡Rápido! —gritó Dupré.

En segundos de correr, reconocí a mis espaldas, el sonido del arranque de la camioneta. Si no lograba poner un poco de distancia entre ellos y yo, estaba completamente perdido. Pero había escuchado ruidos debajo de mis pies al correr y tenía una esperanza, una débil esperanza. La camioneta me alcanzó a los contados segundos pero yo cambié la línea de mi carrera obligándolos a doblar bruscamente. Los frenos hicieron un ruido digno de un Fórmula Uno, en un circuito internacional como el de Monsa y levantaron un poco de nieve en el aire. Cuando giraron otra vez, yo cambié otra vez de rumbo obligando al chofer a clavar los frenos y girar el volante de nuevo. Entonces el hielo se abrió y la grieta comenzó a tragarse a la camioneta completa con sus dos ocupantes, excepto por el guardaespaldas que abrió la puerta y se tiró para caer en un bloque firme. Pero no lo logró, cayó al agua y se aferró con fuerzas a la saliente. Aún desde allí me apuntó con su arma.

—Ayúdame a salir... o te disparo.

Yo tomé una bola de nieve y me acerqué al borde. Desde allí, podía ver, cómo Dupré y el cónsul venían corriendo en esa dirección. Tenía poco tiempo o de lo contrario, todo mi esfuerzo habría sido en vano.

—No podré... eres muy pesado. Lo más seguro es que nos hundamos los dos... pero yo también estoy armado. Tengo otra bola de nieve.

—Te dispararé y...

Quiso amartillar el arma pero yo fui más rápido; le tiré la bola de nieve que en realidad, era una piedra regular cubierta de nieve, directo a la cara. El golpe lo atontó un poco y se soltó del borde. Flotó un segundo y comenzó a hundirse.

Los otros llegaban ya. Así que solo me limité a correr en dirección a la ciudad. Debía tener cuidado, Dupré podría tener más cómplices escondidos, esperando

ayudarlo.

Logré poner una gran distancia pero a los escasos minutos escuché un disparo en mi dirección buscando mi cuerpo. Y luego otro más. Estaba casi sin fuerzas, pero me motivaba que los había derrotado y privado de un medio superior de movilidad con el que me superaban ampliamente que era la camioneta. Ahora, ellos eran dos, pero estaban a pie igual que yo. El problema es que disponían de un arma de seguro y otra más que debía tener Dupré. También me superaban en que ellos sabían a dónde me habían traído y yo no. La ciudad se veía a lo lejos y algo bueno saldría de mi decisión.

Me tomé un minuto para descansar y mirar hacia atrás. No me perseguían. Aquel inesperado ejercicio me había hecho bien, había perdido por completo la sensación del frío que me rodeaba. Continué corriendo solo que a menor velocidad. Debía tener cuidado con mis próximos movimientos porque de seguro, Dupré no se había quedado de brazos cruzados. Debía estar llamando a sus secuaces dándoles mi posición y me estarían esperando para interceptarme antes de que llegara a la ciudad y hablara con la policía. La llanura blanca terminaba y volvía a comenzar otro trozo de bosque, bastante tupido. Miré bien antes de penetrar en él, para evitar caer en otra trampa. A mis ojos les costaba distinguir los objetos; el blanco de la nieve comenzaba a hacerles daño.

Entonces escuché el sonido que creí reconocer al instante: un helicóptero se acercaba. Dupré había llamado a más cómplices a que le dieran cobertura. Desde el aire sería muy fácil distinguir a un hombre corriendo en la nieve. Ya sin muchas opciones me metí en el pequeño bosque. Traté de buscar el árbol más grueso para intentar esconderme detrás de él. Entonces vi el cuerpo de un animal pequeño estirado, muerto con algo de nieve sobre él. Una de sus patas estaba atrapada, por una vieja trampa, una especie de dentadura infernal que se cierra cuando el animal pisa una pequeña palanca. La trampa está enterrada en la tierra y el animal que no muere, sino que está herido solamente, muere después de hambre y de sed. Luego, una vez que transcurren varios días, el trampero, llega, abre la trampa y desuella al animal para llevarse la piel. Con esta práctica inhumana, varios aventureros hicieron pequeñas fortunas en los comienzos de las naciones. En la actualidad, muchos Estados habían prohibido el uso de las trampas por el sufrimiento que les implicaba a los pequeños animales cuyo único pecado, era tener una piel gruesa, pero algunas personas, en forma ilegal, continuaban usándolas. Mientras escuchaba al helicóptero acercarse hice el intento de retirar al animal de la trampa y después de hacer una fuerza increíble, lo logré. Saqué la trampa y apareció una pequeña cadena que llegaba hasta una estaca enterrada en la tierra. Cavé con mis manos y nuevamente hice una gran fuerza pero logré liberar la estaca. Ahora tenía una pequeña cadena, una estaca de metal y una trampa con un filo terrible, como rudimentario armamento. En pocos segundos el helicóptero llegó hasta el pequeño bosque y empezó a dar vueltas y a descender hasta casi rozar las copas de los árboles. Remolinos enormes de nieve se

levantaban y ocultaban toda visión de mis alrededores. Me quedé casi congelado detrás del árbol más grueso que había podido encontrar. Casi puedo jurar que alguien desde el interior del helicóptero señaló el árbol donde yo me encontraba. El aparato levantó vuelo y descendió mucho más allá. El helicóptero ascendió y dejó en la llanura blanca a dos hombres. Estaban bien abrigados y parecían muy seguros de lo buscaban. Ambos estaban abrigados con gorros de lana, guantes y calzado para *treking*. Estaba perdido. Registrarían todo el bosque y me encontrarían en cuestión de algunos minutos. Miré a mi alrededor y recordé las palabras triunfales de Dupré: «La casa más cerca debe estar a un kilómetro...» y luego agudicé mi mente. No había dicho «debe» sino «está». Eso quería decir que yo estaba cerca de una casa, tal vez, dónde vivía el trampero. Antes que los recién llegados avanzaran más, siempre agachado, me largué hacia otra pequeña isla de árboles que divisaba a lo lejos. Una vez en la nieve, sin peligro de pisar un rama seca que delatara mi posición corrí como si mi vida dependiera de ello, porque era así. Corrí cerca de diez minutos y ya divisé la casa, con su chimenea humeante. Y también había otras presencias cerca... perros. Uno de ellos aulló quedamente cuando me divisó a lo lejos y despertó de su letargo a los demás. A medida que me acercaba, los perros se intranquilizaban más y hasta comenzaban a ladrar. Una casa en el medio del bosque, no podía estar incomunicada; debía tener una radio de banda ciudadana para comunicarse con la policía o un médico. Solo tenía que llegar hasta allí, antes de que me descubrieran.

El ladrido de los perros se había hecho demasiado notorio cuando un hombre, del interior, salió a ver que pasaba.

—(¡Qué les pasa perros tontos! ¡Por qué ladran!)

Y el tonto era él, que no se daban cuenta de que los perros apuntaban sus hocicos helados hacia la llanura blanca. Estaba a punto de volverse adentro cuando le tiré la cadena con la estaca y la trampa. No quería gritar porque mis gritos podían ser escuchados por los que me perseguían.

—*Tom come see this!* (¡Tom ven a ver esto!) —gritó hacia adentro de la casa.

Entonces llegué yo al borde de la propiedad, demarcado por un inútil cajero con un cartel con el apellido familiar: Benson. Me apoyé en el cartero y el hombre hizo señas a alguien en el interior de la casa para que saliera a ver el espectáculo.

—Buenas... tardes... —dije intentado recomponerme.

Los dos hombres mantuvieron silencio porque habían desconocido el idioma del recién llegado. Busqué en mi cabeza la palabra en inglés para «ayuda» y al final la encontré.

—¡Help! ¡Help!

Uno de los hombres miró al otro que asintió levemente y se acercó a ayudarme mientras el otro retó a los perros para que dejaran de ladrar.

—(Buenas noches) —saludó y me ofreció su hombro para que pudiera caminar.

—*Water...* —le dije.

—¿*Water?* —preguntó él y continuó ayudando a que caminara.

—*Water and... police.* (Agua y Policía).

—¿*Police?* —preguntó otra vez el hombre y miró al que estaba en la puerta de la casa.

—*What did he said?* (¿Qué es lo que dijo?) —preguntó el otro.

—*Police said.* (Dijo «Policía») —respondió.

—*Tell him pass.* (Dile que pase).

El hombre que me había salido a ayudar me indicó con señas que pasara.

Los perros se habían quedado muy intranquilos, pero el hombre que salió a ayudarme, les hizo una caricia a varios de ellos.

Me pusieron una silla y se quedaron mirándome tratando de comprender a falta de un idioma que pudiéramos hablar ambos. Luego uno de ellos pareció recordar y me trajo un vaso de agua. La cabaña era una gran construcción de madera rústica, pero tenía luz moderna y hasta un aparato de televisión, seguramente satelital.

—*Thank you* —les dije. Tomé el agua, respiré y traté de decir algo coherente—. *I... —dije señalándome—. Need... call the police... call the police station... (Yo necesito llamar a la policía, llamar a la estación de policía).*

Los hombres se miraron y uno de ellos aprobó con un gesto, entonces me llevó a un pequeño rincón donde tenían, como yo había imaginado una radio de banda ciudadana. Tocó unos botones, subió el volumen de un altavoz y dijo algo en el micrófono.

—*Police! Police! Here «Daniel Bonne».* (¡Policía! ¡Policía! ¡Aquí «Daniel Bonne»!)

La expresión de aquellos hombres para referirse a ellos mismos me hizo un poco de gracia; Daniel Bonne, aparte de ser un personaje mítico de la historia de Norte América, había sido una serie de televisión muy recordada de los años 70 al menos en mi país.

—*Police! Police! Here «Daniel Bonne» Boys respond.* (¡Policía! ¡Policía! ¡Aquí «Daniel Bonne»! ¡Respondan muchachos!)

Entonces se escuchó un pequeño sonido de estática y una voz femenina respondió:

—*Hello, hello boy's forest! What's going on over there huh? Change.* (¡Hola, hola muchachos del bosque! ¿Qué está pasando por allí eh? Cambio.)

—*We have here a man who needs to call the police. Change.* (Tenemos aquí a un hombre que necesita llamar a la policía. Cambio.)

—*Wow. Who is the man? Have you been asked? Change.* (Caramba. ¿Quién es el hombre? ¿Le han preguntado? Cambio.)

El hombre me miró.

—*Enrique. Friend of Dubois. Dubois.*

—*Enrique says his name. And who is friends of a certain Dubois.* (Dice que se llama Enrique. Y que es amigo de un tal Dubois.)

—*Here they tell me they say happened. Change.* (Aquí me dicen que diga que le

pasó. Cambio).

No podía decir todo lo que me había pasado así que hice todas las señas que pude.

—*By signs he says he's have shot. Change.* (Por señas dice que le han disparado. Cambio.)

—*Come with several men at once. Change.* (Vamos enseguida con varios hombres. Cambio.)

Suspiré aliviado; por primera vez desde que había comenzado todo esto, había conseguido un punto de ventaja sobre los que me perseguían. Aunque la velocidad de los acontecimientos, tal vez no me dejarían festejar durante mucho tiempo... Los perros ladraron otra vez.

—*The dogs are barking.* (Los perros están ladrando) —comentó uno de los hombres y se encaminó hacia la puerta.

El otro lo retuvo un poco y le dijo.

—*Be careful. When barking so there is a strange* (Ten cuidado. Cuando ladran así es que hay un extraño cerca).

Yo no podía entender nada de lo que decían, pero comprendía su cautela ante todo lo que estaba pasando.

El hombre de unos 50 años, abrió una hendidura de la puerta y miró hacia el exterior. Si vio algo o no, lo cierto es, que cerró la puerta y trató de espiar por la ventana.

—*Strangers?* (¿Extraños?)

—*Yes* —afirmó secamente y volvió a mirar el exterior.

—*Call the dogs.* (Llame a los perros).

El hombre me miró y asintió levemente. Abrió de nuevo una hendidura en la puerta y llamó a los perros.

—*Crazy! Storm! Black! Come in! Rushed up!* (¡Loco! ¡Tormenta! ¡Negro! ¡Vengan adentro! ¡Rápido!)

Los perros obedecieron y ni bien entraron y fueron a buscar el cariño del otro hombre comenzaron a gruñirme hasta que los hicieron callar. Pero volvieron a gruñir. Entonces me levanté y palmé al hombre que había permanecido sentado todo el tiempo en señal de amistad.

—¿Ven? Somos amigos. Friends.

Entonces se callaron y algunos se echaron sobre un viejo tapete de colores en forma oval, no sin dejarme de observar detenidamente mis movimientos.

Los hombres dijeron algo entre ellos y rieron. El que permanecía sentado me hizo una seña de aprobación con el pulgar en alto.

—¿Hay otra puerta?

El hombre me miró sin entender nada.

—*Door* —dije y señalé la puerta principal.

—No.

—¿Winchester? —dije por que no recordaba la palabra en el idioma inglés para

«armas».

El hombre que había permanecido sentado todo el tiempo, sacó prácticamente debajo de él, una escopeta recortada y dijo algo así como: «Aquí está» o «Esta es la única arma que queda».

Pero si era la única, no me decían toda la verdad. El hombre que había llamado a los perros, sacó de detrás de la puerta un rifle largo, de caza, lo cargó y amartilló.

—Well (Bueno) —les dije con mi pulgar en alto a los dos. Luego le hice señas de que se alejara de la ventana, porque podrían herirlo.

Volví a tomar mi vaso de agua, los últimos sorbos y en ese instante se escuchó un grito desde afuera.

—*Hey the of the house!* (¡Hey los de la casa!) —se escuchó.

El hombre que sostenía el rifle se acercó un poco a la ventana y respondió.

—*What do they want?* (¿Qué quieren?).

—*We seek a man. If they do, what we want and go.* (Buscamos a un hombre. Si lo tienen, lo queremos y nos iremos).

El hombre me miró y luego contestó.

—*Are they armed?* (¿Están armados?) —gritó.

Del otro lado se hizo un corto silencio.

—*No. We no weapons. We seek a friend of ours... that is lost.* (No. No tenemos armas. Buscamos a un amigo nuestro... que está perdido.)

El hombre había estado observando y vio como se hacían señas y ocultaban las pistolas que tenían en sus manos.

—*Go away or go to get the police. Go away.* (Váyanse o iremos a buscar a la policía. Váyanse.)

El hombre apuntó su rifle lentamente. Uno de los hombres que estaba afuera, le hizo una seña al otro y algo agachado comenzó a adentrarse en la propiedad. Ambas manos sostenían una pistola.

Entonces el hombre disparó y la bala fue a incrustarse en una de las varas de la cerca, lo que hizo que el hombre se agachara aún más casi hasta la altura de estar arrodillado y tuviera que volverse rápidamente hacia atrás.

—*I told you! Go away!* (¡Se lo dije! ¡Váyanse!)

Entonces, yo que observaba toda la escena por otra esquina de la ventana noté que el hombre al que le habían disparado se disponía a responder el disparo. Así que empujé un poco al hombre y la bala hizo un pequeño agujero en el vidrio que luego se rompió aún más.

—*Damn...* (Malditos...) —susurró primero entre dientes y luego lo gritó: *Damn!* (¡Malditos!)— gritó.

El segundo disparo del hombre fue a otra vara de la cerca pero a menos centímetros de la cabeza del atacante, lo que le hizo caer de repente al suelo.

Entonces yo escuché un sonido lejano que creí reconocer; un helicóptero y a lo lejos, unas sirenas.

—¿Escuchó? —le dije al hombre, mientras me señalaba el oído.

Él hizo silencio y pudo escucharlo también. El otro hombre, el que había permanecido sentado todo este tiempo, había quedado al cuidado de los perros y comenzó a sonreír. Por primera vez, en toda esta terrible serie de acontecimientos, pude notar que se había arropado con una piel de un gran animal y que estaba abrazando a uno de los perros.

Los hombres de afuera aprovecharon nuestra distracción para huir hacia el bosque y después hacia la llanura.

Ahora el sonido del helicóptero era mucho más notorio, al igual que las sirenas de un coche patrulla.

—*Did you hear Tom? The cops are coming!* (¿Escuchaste Tom? ¡Viene la policía!) —gritó volviéndose a mirar al otro hombre.

El otro acarició la cabeza del perro y asintió satisfecho.

—*The house! It's the police! Come out with your hands up!* (¡Los de la casa! ¡Es la policía! ¡Salgan con las manos en alto!) —gritó alguien en el altavoz.

Yo tomé la iniciativa y salí afuera e hice señales con los brazos extendidos para que no hubiera disparos. El helicóptero descendió a unos treinta metros de la casa, levantando una gran nube de nieve. Casi al instante llegó el coche patrulla con las sirenas y la luces en plena acción. Entre los recién llegados reconocí inmediatamente a mi compañero Dubois.

—¿Estás bien? —preguntó poniéndome una mano sobre el hombro.

—Lo estoy... gracias a esta gente y a... ustedes que llegaron a tiempo.

—Por la radio dijeron que te habían disparado.

—Lo hicieron. Pero por fortuna tienen mala puntería... o estaban muy lejos. Aún deben estar cerca de un lago semicongelado que hay... montaña arriba.

—Quédate aquí. Nosotros vamos por ellos.

—¡Ni lo sueñes compañero! ¡No voy a perderme la diversión por nada del mundo! Espera un segundo —me volví hacia la cabaña con el brazo en alto y le grité —: ¡*Thank you!* ¡*Thank you!* (¡Gracias! ¡Gracias!).

El hombre en la puerta sostenía el rifle de la misma manera que aquel actor, lo hacía en la recordaba serie de televisión. Levantó el brazo en silencio y creo que sonrió.

Me subí rápidamente al coche patrulla y comenzamos la persecución. Habíamos avanzado un par de minutos cuando la radio dijo algo y Dubois tomó el micrófono y habló rápido; conducir por la nieve tenía algunos serios riesgos. Luego colgó.

—¿Hay algo? —le pregunté.

—Dos cosas. ¿La buena primero?

—La buena nueva primero.

—Los muchachos del helicóptero han visto a otro helicóptero a cerca... de un kilómetro de distancia.

—¿Y la mala?

—Se están escapando. Van a tratar de perseguirlos. Espero que tengan...

En ese momento sonó un disparo y luego otro más.

—¡Al suelo! —gritó Dubois haciendo girar el coche patrulla para que los disparos no dieran de lleno en las ventanillas.

La ventanilla de detrás tenía un orificio y la mía estaba en serio peligro de ser la siguiente. El oficial que venía con nosotros estaba muy nervioso, porque la bala había pasado a centímetros de su cara y se había incrustado en el asiento delantero.

—*No off the car!* (¡Nadie baje del automóvil!) —gritó Dubois.

El lugar de dónde nos disparaban estaba perdido en la penumbra del bosque ya. Dubois, sacó su arma y por encima mío bajó la ventanilla, apuntó y disparó varias veces. Los otros oficiales hicieron lo mismo.

Después de una lluvia de cinco disparos, se escuchó una voz que gritó:

—*Please! Do not shoot! Do not shoot!* (¡Por favor! ¡No disparen! ¡No disparen!) —gritó una voz desde el bosque.

—*Drop your weapons!* (¡Tiren sus armas!).

Estaba oscuro pero se vio nítidamente como unos objetos cayeron y se hundieron en la nieve, delante del lugar de donde provenían los disparos.

—*Come out with your hands up!* (¡Salgan con las manos en alto!) —gritó Dubois.

—*First we want your word that you will not harm us!* (¡Primero queremos su palabra de que no nos harán daño!)

—*They have it! Go now!* (¡La tienen!, ¡salgan ahora!)

—*One of us is hurt! They should come looking for!* (¡Uno de nosotros está herido! ¡Deberán venir a buscarnos!)

—Es una trampa... —susurró Dubois sin dejar de apuntar—. Es una trampa... lo sé. Puedo olerlo.

—Un momento... —le dije—. ¿Traen chalecos antibala?

—¿Y con eso qué? ¿No estarás pensando...?

—Yo no tengo nada que perder y...

—Te equivocas: puedes perder tu vida.

—Espera un segundo. Yo bajo... recojo las armas y si me disparan ustedes los dejan hechos un colador...

—No es buena idea —comentó Dubois pasando su mano por su frente—. Es una trampa... lo sé.

Se quedó un minuto pensando. Yo sabía que los otros podían estar lejos, muy lejos, pero no íbamos a quedarnos para siempre, empantanados en semejante dilema.

—Está bien... pero trata de... trata de... si te disparan... tírate inmediatamente al suelo y no te muevas. Nosotros iremos por ti.

Me coloqué el chaleco y luego el abrigo otra vez. Si aquello era una trampa, quería que tuvieran mala puntería, una terrible mala puntería.

—Allá vamos... —dije y bajé lentamente del automóvil—. Dubois...

—¿Qué?

—Diles que va un oficial a recoger las armas.

—Está bien. *There goes an officer to collect weapons!* (¡Allá va un oficial a recoger las armas!)

Caminé resueltamente hasta cerca de donde habían tirado las armas. Y entonces descubrí la verdad en las palabras de Dubois; habían arrojado dos revólveres, cuando yo los había visto a través de las ventanas de la casa, que estaban armados con pistolas. No lo dudé y me volví a advertirles a mis compañeros.

—¡Es una trampa Dubois! —grité.

Al segundo, sentí dos impactos en mi espalda y me tiré al suelo, tanto que quedé casi debajo del automóvil.

Entonces Dubois y los oficiales comenzaron a disparar hasta que después de un tiroteo de más de dos largos minutos, ya nadie respondió los disparos desde el bosque.

—(¡Alto el fuego!) —gritó Dubois y bajó por su lado del coche patrulla y gritó—. ¡Enrique!

—Estoy... ¡estoy bien!

—¿Estás seguro?

—Seguro... debería estar muerto y no lo estoy... a menos que en el infierno haya buenos compañeros que fumen veinte cigarrillos por día...

—Muy gracioso... (¡Alguien que revise el bosque!)

Uno de los oficiales bajó por el lado de Dubois y apuntó su arma por encima del coche patrulla, entonces el otro bajó y juntos se acercaron hacia el pequeño bosque de donde nos habían tendido la emboscada. Dubois se acercó y me ayudó a ponerme de pie. Me apoyé en el coche patrulla.

—¿Estás bien?

—Sí... bien... con un susto enorme cuando sentí las balas perforando el abrigo... al menos quiero saber si era un abrigo viejo.

—Lo era... —agregó riendo—. ¿Cómo te diste cuenta de que era una trampa?

—Cuando estábamos en la casa... con esos hombres que me ayudaron... vi a dos hombres que llegaron buscándome a mí... tenían pistolas automáticas... Glock o algo así... yo los vi... en la nieve en cambio habían tirado unos revólveres calibre 22.

Los oficiales arrastraban a dos cuerpos.

—Parece que no lo lograron... —comentó Dubois haciendo una seña con la cabeza—. Espera.

Hablaron con los oficiales que señalaban los cuerpos. La radio dijo algo. Dubois se acercó rápidamente y tomó el micrófono.

—¿Novedades?

—El helicóptero persiguió al otro helicóptero que bajó en un lugar llano cerca de Fermon... apresaron al piloto, pero al parecer... había al menos otra persona que escapó en una camioneta que lo esperaba. Lo siento.

—Maldición... ¡se escapó otra vez! —dije pero mi mente recordó un detalle que

solo yo sabía; Dupré tenía un cómplice—. Un momento... ¿dijo: «al menos otra persona»?

—Sí... eso dijo.

—Vamos... hay alguien más. No tuvimos tiempo de hablar. Fue el cónsul el que le ayudó a Dupré a secuestrarme. Si no iba en el helicóptero... debe estar aún por ahí...

—Muy pronto va a anochecer...

—Él tampoco tiene mucho tiempo. Además, si no lo atrapamos... se congelará en medio de la noche.

Dubois dio órdenes a los oficiales y nosotros subimos al automóvil. Durante el trayecto llamó refuerzos por la radio para ellos.

Ya la llanura blanca se extendía casi sin límites hacia casi todos los puntos cardinales. Pudimos llegar al lago semicongelado donde se veía como la punta de un iceberg la punta de la carrocería de la camioneta sumergida.

—Rayos... va a ser muy difícil sacar ese vehículo de allí abajo... —agregó cuando llegamos y nos detuvimos unos breves segundos—. Tengo que tener cuidado o quedaremos como él...

Avanzamos varias decenas de metros, cuando notamos las huellas en la nieve.

—¿Las ves?

—Parecen huellas... si hubiera estado nevando estarían borradas. Nos lleva un poco de ventaja —comentó pensativo.

Continuamos varios minutos a una velocidad medida, para no caer en el cauce de un lago congelado, quizá un brazo de aquel donde había caído el otro vehículo. Pequeño, como un negro insecto completamente extraño a la nieve, a los árboles nevados y al cielo gris plomo; vimos la silueta de un ser humano que corría a un ritmo forzado.

—Allá está...

—No puede ser... —susurró Dubois achicando los ojos.

Después de unos minutos lo alcanzamos. Dubois puso la sirena del coche patrulla y se adelantó y le cortó el paso. El hombre se detuvo y pareció como si se apoyara en su cadera. Era el cónsul, que había sido abandonado por Dupré por alguna razón desconocida.

—Con cuidado —le dije a Dubois que estaba a punto de bajar—. La última vez que nos vimos estaba armado.

—Señor cónsul... —le dijo—. (¡Ponga sus manos en la cabeza y no se mueva!).

Pero el cónsul que parecía cansado por semejante esfuerzo lo miró y sonrió. Entonces sacó sus manos rápidamente de los bolsillos de su abrigo.

Dubois no dudó y apuntó su arma, pero sin disparar.

—¡Las manos en la cabeza!

Y mirando esa escena descifré las verdaderas intenciones del cónsul; que lo mataran para no decir una palabra y llevarse todos los secretos a la tumba. Entonces

yo bajé rápido del coche patrulla y lo embestí como si fuera un toro, tratando de golpearlo en el medio del cuerpo y derribarlo. El golpe lo tomó de sorpresa y lo derribé. Dubois llegó y lo redujo.

—¡Por qué hiciste eso!

—Porque él estaba dispuesto a hacerse matar... para no hablar en contra de su jefe...

Cuando lo levantó, el aspecto de aquel hombre dispuesto a hacerse matar para no hablar, era muy distinto al señorial cónsul que yo había conocido. Los lentes de marco de oro parecían que se le caían de las orejas. Tenía todo el cabello revuelto y el cuello de la camisa arrugada.

—No tienen nada en mi contra... ni siquiera estoy armado...

Dubois le revisó rápidamente los bolsillos y comprobó que decía la verdad.

—Es cierto... no tiene ninguna arma.

—Usted me secuestró... —le dije señalándolo.

—No tiene ningún testigo... solo es su palabra contra la mía.

—¡Cállese! ¡Tiene el derecho de permanecer callado! —le gritó Dubois y lo introdujo en el asiento trasero de la patrulla. Luego suspiró hondo.

—Si tiene razón... deberemos dejarlo libre. Es la ley.

—Eso ya lo veremos...

Me apoyé en mis rodillas mientras miraba el coche patrulla. Le di una mirada a todo a mi alrededor. Ya anocheecía sobre la llanura blanca.

Minutos después del fichaje de rigor del cónsul, llegó la Fiscal Ferron pidiendo o mejor dicho, exigiendo que se explicara, que había sucedido. Dubois y ella se encerraron en la oficina durante bastante tiempo. Era cuestión de minutos para que llegara un o varios abogados, exigiendo la liberación del hombre. De cualquier manera, faltaba mucho tiempo para que, cada cual, pudiéramos irnos con la satisfacción del deber cumplido, a nuestros hogares, a cenar o solo a meditar sobre nuestros pecados o nuestra infinita soledad. Me acerqué al *dispenser* y me hice un improvisado café y me senté a tomarlo en una de las tantas sillas de la estación. Ni bien me había sentado, llegó una mujer de unos 30 años, con un abrigo marrón claro y una pequeña, casi cómica bufanda de tela escocesa en su cuello, que creí reconocer; era quién había intentado que hablara después del juicio para el periódico local. Se habían enterado por «sus fuentes» de que había habido verdadero movimiento en la zona, con persecuciones, tiroteos, helicópteros y todo eso y querían saber más.

Habló con el Sargento Benson y yo me levanté y le dije por señas de que esperara. El Sargento me miró muy extrañado y sacudió la cabeza hacia uno y otro lado y se concentró en su planilla. La mujer se sacó la bufanda, mientras se sentaba en la banca donde esperaban todas las personas para hacer trámites policiales y me miró varias veces. Era una mujer rubia con un cabello que le llegaba a los hombros, y pequeños pero vivaces ojos celestes. Sacó su teléfono celular y habló con alguien durante varios minutos y luego colgó y se quedó expectante con el grabador digital en la mano, como si fuera un pescador indio, que atrapa a los peces con una lanza.

De repente se escuchó un portazo y Dubois apareció en la sala; no tenía para variar una expresión muy feliz.

—¡Enrique! ¡Dónde estás!

—Aquí estoy... aquí estoy —le respondí poniéndome de pie.

—Ven... la Fiscal quiere hablar contigo —se dio vuelta y notó la presencia de la periodista—. ¿Qué hacen los periodistas aquí? —preguntó mirando al Sargento Benson—. ¡Que se vaya! No hay declaraciones.

—Espera un minuto Dubois. De eso quería hablarte pero parece que tendrá que esperar.

—Habla primero con la Fiscal antes de que me vuelva loco...

Dubois regresó a la oficina y se sentó de nuevo en su escritorio. Yo le di mi mano a la mujer y esperé que ella se sentara para hacer yo lo mismo.

—La Fiscal quiere que le relates desde el principio... todo lo que sucedió.

Así lo hice. La mujer me miraba y tomaba notas en su cuaderno. De pronto me interrumpió.

—Dice que... todo parece encajar... que ella te cree pero para que nos crea el Juez... necesitamos pruebas. Y por ahora no las tenemos. No vamos a poder retener al cónsul. Es cuestión de horas para que lo liberemos.

—De eso quería hablarle... Fiscal. Afuera, está la periodista del diario local. Quiere una declaración... podemos decirle que el detenido está colaborando con la investigación... mientras hacemos análisis... diferentes análisis.

La mujer me miró extrañada y luego se concentró un segundo.

—Dice que si mentimos a la opinión pública y no encontramos nada... vamos a estar en serios problemas... con el Juez, con los abogados del cónsul, con todos.

—Dubois... dile que si es cierto que Dupré y el cónsul son cómplices en esto... no vamos a tener que probar mucho... Dupré va a venir por el cónsul.

La mujer volvió a mirarme y movió la cabeza hacia uno y otro lado.

—Dice que no es lo correcto. Si jugamos con fuego... alguien puede salir herido. No es correcto que se use a un sospechoso como carnada para una trampa. Lo siento... pero quiere pedirte que no salgas de la ciudad y que le des tu informe de todo lo que pasó antes de 24 horas.

Me quedé muy serio en mi silla, mientras la mujer se levantó, saludó a todos y se fue.

Dubois me miró casi con recelo.

—Lo siento compañero. Ella manda en cuestiones de la ley.

Yo mantuve silencio con la mirada baja.

—No sé para que dijo que no saliera de la ciudad, si aún tengo no sé cuantas horas de Trabajo comunitario —dije poniéndome de pie.

—Enrique... —me llamó Dubois.

—¿Qué?

—No hagas una locura. La Fiscal fue muy clara: no vamos a usar a un sospechoso de carnada. No habrá declaraciones oficiales.

Miré a mi compañero y repasé mentalmente sus palabras y en ellas encontré una solución.

—Lo dijiste tú: No habrá declaraciones oficiales.

Cerré la puerta levemente aunque mi primera intención fue dar un gran portazo, solo para sacarme la furia. Pero el propio Dubois me había dado la solución. Salí y me encontré con la periodista que le hice una seña con la cabeza para que me siguiera afuera.

La oscuridad y el frío, eran los dueños indiscutibles de la noche. Un viento helado mecía las luces amarillas de las calles y dibujaba lunares esquivos sobre el asfalto. La mujer esperó hábilmente unos minutos y luego salió detrás mío. Caminamos unas cuabras y nos encontramos frente a frente. Yo con una seña le indiqué que apagara el grabador digital.

—¿Habla español?

—Pocos... palabras.

—Diga que una fuente no identificada... ¿entiende?

—Fuente no identificada —repitió.

—Una fuente no identificada... dice que el sospechoso...

—¿El cónsul de su país... es sospechoso?

—Sí... el sospechoso está colaborando con la investigación...

—Colabora —comentó ella como si descifrara mis palabras.

Una camioneta a alta velocidad nos hizo retroceder unos pasos.

—Hay una condición...

—¿Cuál... condición? —preguntó ella mirándome fijamente con sus ojos celestes que parecían brillar en la oscuridad.

—Debe dar la información en la televisión local... lo más rápido que pueda. ¿Entendió?

—¿Y eso? No...

—Hágalo y le daré más datos... ahora debo irme...

La mujer se quedó casi tiesa mirándome como me iba. Me di vuelta y le hablé.

—Váyase rápido a casa. Hace frío.

Ella sonrió y asintió. Se cubrió la garganta con su bufanda. Luego dijo:

—Adiós.

—Adiós...

Seguí caminando y volví a la estación.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Dubois ni bien había entrado.

—Afuera... tomando aire fresco... la Fiscal Ferron da unas noticias que te dejan sin aire.

—Sí... —afirmó Dubois mirando unos papeles—. Tenemos para un tiempo largo... además...

—¿Además qué?

Me miró y casi lo dijo como un murmullo.

—El abogado del cónsul ya está aquí. Quiere llevárselo ahora.

—¿Es la ley? —le pregunté casi resignado.

—Es la ley. No tenemos pruebas, y un solo testigo.

—O sea que mi palabra no vale de nada. En fin...

—No quiero que veas... están en mi oficina y van a salir en cualquier momento.

—Gracias.

Pasé y me senté en una silla vacía de la oficina. Debajo de unas fichas estaba el control remoto de la televisión. Comencé a pasar uno a uno los canales hasta que descubrí uno muy parecido a un noticiero. Hablaba un hombre joven vestido muy elegante y tenía la foto del cónsul detrás. Lo único que lamenté es que también estaba mi bandera, la bandera de mi país. Todos se dieron vuelta a mirar y uno de los oficiales me pidió el control remoto para subir el volumen. El abogado y el cónsul salían por el pasillo y se quedaron mirando la televisión en el momento en el que el presentador repetía: *A source who requested anonymity told our colleague that the only detainee the honorary consul Dr. Juan Francisco Bernard is collaborating with research providing important data to the local police. Our source has promised more data. In other issues...* («Una Fuente que pidió no ser identificada le dijo a nuestra

colega que el único detenido, el cónsul honorario Dr. Juan Francisco Bernard está colaborando con la investigación proporcionando importantes datos a la policía local. Nuestra fuente ha prometido más datos. En otras cuestiones...»).

El cónsul tomó del brazo del abrigo a su abogado y comentaron algo en voz baja. Luego el abogado habló con Dubois y volvieron a la oficina. Yo me quedé mirando a todos en la sala como comentaban y me acerqué a la máquina de agua para tomar un vaso.

Después de unos largos minutos salió el abogado solo y Dubois llamó al Sargento Benson. Ya todo el movimiento de personas en la recepción había cesado, para dejar ese clima de desolación, muy propio del turno nocturno, que reinaba hasta casi las ocho de la mañana. Minutos después salió Dubois y me encontré tomando mi vaso de agua.

—Enrique...

—¿Sí?

Fuimos hasta su oficina y él cerró la puerta detrás mío.

—Me llamó la Fiscal. Está muy enojada con la noticia que trascendió a la prensa. Quería que abriera una investigación administrativa para encontrar al culpable y suspenderlo. Espero que no hayas sido tú... porque no fuiste tú ¿verdad?

—Siempre que hablo con un policía recuerdo esa frase... «Tiene derecho a permanecer callado...» ¿La recuerdas?

—O sea que fuiste tú... —concluyó tomándose la cabeza con una mano.

—Yo no dije eso... lo único que voy a decir es que veo a mucha gente muy preocupada por ese tipo... nadie se preocupa que me secuestró apuntando un arma a mis costillas, que hubo al menos cuatro muertos y la mente maestra... puede estar tomándose un avión para ir a cualquier lugar del mundo... aunque ahora... creo que no lo hará.

—Lo hiciste por eso ¿verdad? Para que ese tal... Dupré... venga a buscarlo y así poder detenerlo. El problema es si no sucede tal como lo planeamos.

—Si no sucede... el cónsul se irá... a su casa... libre. Pero el arma que usó en mi contra... debe estar enterrada en la nieve... o en el fondo del lago.

Me miró enojado y bajó la vista un solo segundo. Él sabía que yo tenía razón, aunque hubiera toda una industria de expertos en leyes tratando de protegerlo.

—Vamos a calmarnos... mandé que traigan su comida del Mc Donald's que está cerca... cuando llegue nos iremos a comer y a descansar. Mañana...

El Sargento Benson tocó la puerta y señaló un paquete envuelto en papel; la cena había llegado.

—La cena del cónsul llegó.

—Que le saquen un trozo de cada comida... como lo hacían los catadores de comida de los emperadores romanos.

Se dio vuelta a mirarme.

—Te estás volviendo muy paranoico ¿lo sabes?

—Hazlo. No cuesta nada y puedes salvar el prestigio de la estación si amanece muerto.

Me miró otra vez y dudó, pero lo hizo, con un tenedor, le sacó un pequeño pedazo, a la hamburguesa, unas dos papas fritas y tomó un poco de café en un vaso limpio.

—Creí que ibas a decir que le revisáramos si tenía una muela hueca... con una pastilla de veneno.

—Un jerarca nazi se mató así antes de que lo colgaran... era el jefe de la Lutwafe.

—Basta. Le voy a llevar la bandeja y explicarle porque le falta un trozo de cada cosa. Luego nos vamos.

Yo me despedí de los otros y caminé lentamente hacia la puerta de entrada del público. Afuera ya había comenzado a nevar lentamente...

No hablamos en todo el trayecto al bar, a buscar nuestra comida, ni durante la cena en su casa. Solo dijo antes de levantarse de la mesa.

—Disculpa... estoy muy cansado... deja todo en la mesa... la señora que limpia lo pondrá en orden. Hasta mañana.

—Hasta mañana compañero.

Y no le hice caso. Lavé las tazas, los platos y utensilios y lo que no pude adivinar su lugar, los dejé sobre la mesa cubiertos con un repasador. Luego me acosté en el diván a intentar reconciliar el sueño. Era muy posible, que nos esperara un día muy, pero muy largo.

Al otro día tuvimos que ir hasta donde yo señalé que la camioneta había caído en el lago. No fue difícil encontrarla a pesar de que el frío de la noche había vuelto a congelar toda el agua. Pero se veía que había algo extraño debajo. Usaron una sonda y un detector de metales y el aparato mostró que había algo más que hielo. Con la ayuda de una grúa comenzaron a sacar a la camioneta y con ella apareció el cuerpo del chofer que había quedado atrapado. Pasado el mediodía comenzaron a buscar el segundo cuerpo que costó aún más porque se había ido al fondo. Lo encontraron recién a casi a la hora que debían abandonar la búsqueda porque ya caía la oscuridad.

El trabajo de unir pistas y pequeños indicios, semejante a un trabajo artesanal, había comenzado y tardaría mucho tiempo.

Dubois que estaba conmigo en el bosque recibió una llamada en su teléfono.

—Ahora viene lo bueno... es la Fiscal... —agregó antes de empezar a hablar.

Habló por cerca de media hora.

—Vamos a la estación. Quiero que me prepares un café bien cargado... si es posible con un poco de pólvora...

—¿Tanto así?

—Tanto... —Dubois se dio vuelta a mirarme—. ¿Qué está pasando aquí? —preguntó al ver al técnico en criminalística barrer lentamente todo el suelo con el detector de metales.

—Yo... —le dije sin apartar la vista del trabajo del hombre—. Yo le pedí que lo

hiciera.

—Tú le pediste ¿eh? —me preguntó poniendo ambas manos en su cintura—. ¿Y por qué siempre soy yo el último tonto que se entera? Dime: ¿qué se supone que está buscando?

—La pistola que el cónsul usó. Debe estar por algún lado.

—Sí... —comentó bajando la vista—. También puede estar en el fondo del lago... y con este clima... tardaríamos años en encontrarla. O no la encontraríamos nunca. Mejor nos vamos a la estación a tomar un buen...

Pero un sonido extraño semejante a un llamado telefónico en su aparato le hizo buscar en los bolsillos de su abrigo.

—Otra llamada...

Pero descubrió que su teléfono no había sonado. El sonido venía de la alarma del detector de metales.

El hombre se había agachado y cavaba con ambas manos como si fuera un perro de rescate. Llamó por señas a otro de los técnicos que llegó con una pequeña pala, muy semejante a las que usan los jardineros y después de varios minutos de expectativa, sacó un objeto y lo puso en una bolsa para evidencias.

—¡Mr. Dubois! —gritó el hombre levantando el objeto en la bolsa.

Hablaron entre ellos y pusieron el objeto en una caja.

—¿Qué pasó?

—Tuviste suerte... encontraron una pistola. La nevada de la noche anterior la debe haber sepultado varios centímetros. Tuvo que cavar para llegar a ella.

—¡Una buena!

—Tranquilo. No te ilusiones todavía. Puede ser una pistola que usó otra personas. Hasta puede ser de otro hecho delictivo de tiempo atrás. Hay que esperar los resultados del laboratorio. Pero si tiene las huellas de este hombre... mejor vamos de una vez por ese café.

Se dio vuelta y observó que todos los técnicos subieran a los coches y camionetas y dejamos el bosque en paz, con sus sonidos, sus silencios y su nieve...

Se necesitó un día más para sumar solo unas pocas piezas al ya complejo rompecabezas en que se había convertido toda esta historia. Pero las piezas empezaban a sumar claridad.

Afuera, el viento parecía haberse enfurecido con nosotros los hombres que habíamos estado husmeando en su bosque, porque había desatado una verdadera nevada que presumía por momentos de ser tormenta; si habíamos obtenido pruebas el día anterior, aquella nevada terrible, estaba sepultando bajo varios centímetros, cualquier cosa que no hubiéramos visto.

Dubois me llamó a la sala de interrogatorios donde se hizo como una especie de reunión de trabajo y donde todos los técnicos involucrados explicaron los resultados que habían obtenido. Por supuesto estaba ella, la Fiscal Ferron, con su riguroso cuaderno de notas, que me parecía cada vez que lo veía, al famoso libro en donde la Santa Inquisición, anotaba a los libros prohibidos y a sus autores, *El Index librorum prohibitorum*. Me complació ver a la mujer que hizo de traductora el día de mi llegada a la estación; eso aceleraría mi comprensión de todo lo que se dijera. Todos, provistos de sendos vasos de café y con la vista atenta a una bandeja de *croissants* y rosquillas, escuchamos los cortos discursos de cada uno. Los primeros en pasar fueron los oficiales dedicados a la identificación de automóviles, dos muchachos de cabello muy corto uno y otro casi calvo.

—¿Cómo era su nombre señora? Disculpe es que...

—No se preocupe. Valerie.

—Ah sí. Ahora lo recuerdo. Un gusto verla de nuevo Valerie.

Ella sonrió y colocó su abrigo sobre sus piernas.

—Gracias. Lo mismo digo —dijo ella bajando la voz, mientras los oficiales comenzaban su presentación.

—La camioneta tipo furgón color blanco, con matrícula de Quebec era usada y había sido comprada legalmente por un tal Ethan Carter de 30 años, que resultó ser el chofer de la misma; encontrado muerto por asfixia por inmersión e hipotermia —me tradujo Valerie.

—Hicimos la identificación verificando su número de motor y los registros —agregó el otro.

—Bien —Dubois asintió—. Alguien puede decirnos ¿quién es el tal Ethan Carter?

Un oficial se puso de pie, dijo que era de homicidios.

—El señor difunto Carter, estaba desempleado oficialmente desde hace tres años, sin embargo había podido comprar una camioneta usada pero equipada con todo, en efectivo.

Entonces levanté la mano, pidiendo la palabra. Se hizo un profundo y casi por momentos, molesto silencio, miré a Dubois y este me hizo una seña para que

continuara. Entonces le pedí a la mujer que tradujera.

—¿Y el otro hombre que encontraron? ¿Lograron investigar algo sobre él?

El oficial, buscó una segunda hoja en su planilla.

—El otro hombre... su nombre es Jean Paul Franc, de 40 años francés. Exmilitar, fue miembro de la Legión, donde fue dado por desaparecido en una misión en el Congo y posteriormente dado oficialmente por muerto.

Dubois le hizo una seña para que se detuviera.

—¿Estaba dado oficialmente por muerto? ¿Cómo ingresó a nuestro país entonces? —me tradujo la mujer.

El oficial parecía un adolescente que había sido regañado por un maestro.

—No lo sabemos señor... los datos que tenemos es de sus huellas dactilares.

Dubois meneó la cabeza y me miró como buscando respuestas, y es que el caso que comenzaba a tomar forma no parecía muy sencillo de explicar.

—¿Hay algo más?

—Sí señor. Faltan los hombres que los atacaron en el bosque.

—Sí... —afirmó rascándose la cabeza—. Los había olvidado. Adelante.

—Bueno... uno fue identificado como Sam William Peterson de 34 años. Desempleado. Con antecedentes de robo, y tráfico de armas. El otro era, Owen Jhonson, 35 años, Desempleado. Con antecedentes de robo, secuestro y tráfico e armas. Encontramos sus huellas en cuatro armas... dos revólveres Smith and Wesson de calibre 22 y una Beretta 9 milímetros y otra Browning 9 milímetros. Los datos de las armas las tiene mi compañero.

—Bien... sigan. Quiero terminar con esto cuando antes.

Se levantó otro muchacho joven.

—Las armas... todas fueron denunciadas como robadas... en robos... domiciliarios una y la otra en un robo a una armería en donde se robaron muchas armas en Toronto.

Mientras los oficiales exponían sus investigaciones yo hacía un plan mental de todo lo que habíamos logrado descubrir; el tal Dupré había logrado formar una organización criminal que estaba armada hasta los dientes y que había ido borrando las pruebas a su paso. Pero faltaba lo que yo consideraba principal; el arma sobre la cual yo abrigaba esperanzas de que tuviera las huellas de nuestro dignísimo huésped, el cónsul.

—¿Alguien tiene algo más? ¿Tenemos algo sobre el arma que encontramos casi cuando estábamos terminando? La que encontraron con el detector de metales.

El mismo oficial se puso de pie otra vez.

—Adelante James...

—Señor... el arma es una Glock 9 milímetros. Por su numeración, fue robada a esa armería en Toronto. Tiene las huellas en la culata, el gatillo y el cargador del...

—Dígalo James...

—Del Dr. Juan Francisco Bernard.

—¿No hay dudas?

—Ninguna. Lo revisamos dos veces.

Dubois me miró un instante y luego preguntó:

—¿Y el arma no está registrada a su nombre?

—No. El arma fue reportada como robada. Además el señor Bernard, no tiene ninguna arma registrada a su nombre.

—Bien... damas y caballeros... eso es todo por ahora. No tengo que recordarles que toda la investigación es secreta... no quiero filtraciones a la prensa local... ninguna. ¿Queda claro para todos?

La Fiscal Ferron me miró desde su lugar.

—Pueden retirarse...

Después que el tumulto se disipó la Fiscal se acercó a Dubois y yo traté de salir cuando Dubois me llamó.

—Enrique quiero que te quedes.

—Está bien.

La mujer que traducía había salido así que yo me quedé esperando que ellos hablaran y mi compañero me tradujera.

—Bueno... la novedad que quería comentarte es... que la situación del cónsul ha cambiado. La Fiscal está analizando el delito por el que se lo va a acusar... formalmente.

—Al menos esta vez habrá alguien que deba dar explicaciones en un juicio...

—La Fiscal quiere agradecerte tu colaboración en el caso...

—Gracias... era mi deber como ayudante de la justicia.

—Y también... —agregó Dubois—. Quiere que le expliques... algo que no le ha quedado muy claro...

La mujer habló otra vez. Y Dubois debió aclarar.

—Me insistió en que te diga, que no le ha quedado muy claro... el motivo por el cual... estas personas, que parece tienen una relación... que forman una organización criminal... te atacaron.

La Fiscal estaba de pie apoyada contra una de las sillas y con los brazos cruzados, mirándome con ojos de sospecha, como si yo fuera el criminal y no los otros. Tal vez, el oficio de un fiscal, es sospechar de cada uno y de todos, y más en el caso de una mujer-fiscal, a la que la sociedad, no le permitiría muchos errores, pero tengo que confesar, que aquella actitud me molestaba.

—Bueno... esto tiene que ver...

Entonces sonó el teléfono de la mujer y ella comenzó a hablar y hablar. Tomó sus cosas y puso su mano sobre el micrófono y le dijo algo a Dubois, me saludó con un gesto amable y se fue.

—Bueno... —agregó Dubois juntando sus manos y elevando sus cejas como intentando ganar tiempo para encontrar en su cabeza, las palabras justas—. Esto... cambia todas las cosas... habrá que duplicar la custodia al cónsul... ahora es un

detenido formal... bueno, cuando la Fiscal formalice la acusación. Vamos a comer... esto me está dando... hambre. Quiero comer la comida caliente... y no recalentada.

—Vamos... —le respondí.

Al salir de la estación nos «atacaron» varios periodistas, de la televisión local y del periódico. Todos apuntaron sus micrófonos y grabadores digitales a Dubois que los apartó con paciencia, pero sumamente fastidiado. Uno de los periodistas me hizo una pregunta, que por supuesto no pude entender, sin un traductor de oficio, pero no le respondí.

Al fin pudimos subir a su automóvil.

—Periodistas... a veces parecen lobos esperando atacar un rebaño.

—Quieren la «exclusiva».

—Sí... pero no saben que esa «exclusiva», puede perjudicar una investigación... de muchas horas frente a un maldito registro.

—¿Estás molesto o es mi...?

—Estoy molesto. Esta ciudad... era muy tranquila... y por alguna razón había una organización criminal capaz de secuestrar y eliminar a una persona y no hubiéramos llegado a nada. ¿Te fijaste? Las armas eran robadas... y algunos de estos «personajes», estaban oficialmente muertos.

—Pero en realidad... estás molesto, porque no sabes por qué...

—¿Vas a decírmelo o vas a arruinarme el almuerzo? —preguntó mirándome fijamente.

—Con una condición...

—¡Fantástico! ¿Además hay condiciones? —agregó visiblemente fastidiado. Hizo un largo silencio, uno de esos «suspensos» que yo odiaba en él. Finalmente habló—. ¿Y bien? Las escucho.

—Tienes que tratar de entender... puedes preguntar todo lo que quieras.

—¡Bueno! Era una condición a mi favor... Te escucho entonces.

—La razón por la cual... el cónsul, es cómplice... perdón... presunto cómplice del empresario que me estafó en mi país... y juntos se han tomado tantas... «molestias», para secuestrarme... usar armas robadas y todo lo que sabes... es porque quiere un objeto... que yo tengo... ¿recuerdas el tubo de metal por el que me preguntaste cuando me entrevistaron en la sala de interrogatorios, cuando llegué aquí?

—Sí... lo recuerdo... era un tubo... parecía de aluminio... o acero inoxidable.

—Exacto. Yo también pensé lo mismo cuando lo tuve en mis manos... la primera vez... que mi amigo, el profesor Guillermo me lo dio y me pidió que lo cuidara...

—¿Tu amigo... está...?

—Muerto. Murió de muerte natural, gracias a Dios. Como él sabía que su tiempo llegaba a su fin, quería dejarle ese objeto... al cuidado de alguien, que entendiera la verdadera importancia y pudiera sacrificarse por él. El profesor tenía... tiene, una hija, pero no quería que ella pasara por... por todo esto que estoy pasando yo ahora.

Quería que se casara, formara una familia...

—Lo que quieren todos los padres. Mi padre quería lo mismo para mi...

Llegamos al bar y detuvo el automóvil.

—Ahora vamos a comer... y descansar un poco nuestras mentes... ¿eh?

—Claro —le respondí.

—Presiento que hay más ¿verdad?

—Bastante... lo siento, pero es la verdad...

—Prefiero enterarme después... el cocinero hoy iba a cocinar un menú distinto.

Vamos...

Y el menú era distinto; trucha con salsa roquefort, y el infaltable, postre de chocolate. Y el café irlandés por supuesto.

La nevada se había detenido aunque el viento helado que corría desde las colinas cercanas hacía pensar que pronto comenzaría otra vez. El aroma de la comida que salía de aquella cocina inundaba gratamente todo el local, cuando entramos, que estaba repleto de gente. Tal vez, era el terrible frío que reinaba afuera, o el aroma delicioso de la comida, o ambos, lo que hacía que cada mediodía había que hacer reservaciones para poder contar con una mesa. Había hombres y mujeres que había llegado al extremo de pedir, que se les sirviera en la barra. Yo pensaba más bien en tomar con ambas manos una taza grande de aquel café y sostenerlo todo el tiempo que pudiera.

Nos sentamos en la última mesa que quedaba. Y al segundo que llegamos Dubois sacó sus infaltables cigarrillos.

—No te he preguntado por Gabrielle... ¿la has llamado?, ¿la has visto?

—No te tenido mucho tiempo... tendría que haberme hecho... un espacio para hablarle.

—Una mujer así no hay que...

En ese momento, como si mis palabras fueran una especie de sortilegio mágico, ella entró en el local y buscó con su mirada nuestra mesa habitual.

—Y hablando de Roma... mira quién llegó a saludarte —le dije haciendo una seña con la cabeza.

—No puede ser... —susurró y se apresuró a apagar el cigarrillo y se puso de pie para que ella lo viera—. ¡*Gabrielle! Here! Here!* (¡Gabrielle! ¡Aquí! ¡Aquí!)

Al fin ella lo vio, pero él fue a su encuentro y se quedaron un poco conversando lejos de la mesa. Aunque hubieran conversado ante mi, no podría sino haber adivinado algunas palabras sueltas. Entonces Dubois se acercó a la mesa y tomó su abrigo del espaldar de la silla.

—Vamos. Alguien entró en mi casa.

—¿Qué?, ¿cómo pasó?

—No hay tiempo. Te explico en el auto.

Cuando pasamos junto a ella él le dijo algo y la palmeó cariñosamente en el hombro. Ella asintió.

Subimos rápido a su automóvil y salimos casi como un coche de carreras hacia su casa. Una camioneta llegaba a la esquina y él le tocó varias veces la bocina para que se detuviera y nos cediera el paso.

—Gabrielle pasaba por la calle de mi casa... y vio una camioneta de esas que hacen... ¿cómo se llama?

—¿Fletes? ¿Mudanzas?

—¡Eso! Y le llamó la atención.

—Dupré... —dije en voz baja casi con resignación.

—El mismo... maldito... está buscando en tus cosas —concluyó Dubois—. ¿Sabes disparar? ¿Has disparado alguna vez?

—Lo hice. Y no tengo buenos recuerdos.

—¿Mataste a un inocente?

—No... por lo contrario. Le di a los malditos... solo que no es una experiencia... agradable.

—Tengo un arma adicional en la guantera... es una Browning 9 milímetros... tiene los seguros en...

—Ya las conozco...

—¡Bien! Entonces tenemos una leve ventaja. Estamos llegando... Es el momento de decidir si la usarías o no...

La calle donde vivía Dubois era ancha y ahora parecía más bien una cañada, debido a que la barredora había acumulado mucha nieve a los costados. La camioneta de mudanzas estaba todavía estacionada en el frente.

—¿Cómo haremos?

—Entraré si avisar. Todavía es mi casa —me respondió.

—No se supone que debemos tener un plan o algo así...

—Algo así...

Un hombre salía de la casa fingiendo que revisaba una planilla de trabajo, cuando advirtió el automóvil que aceleraba para acorralarlo. Entonces subió a la camioneta, e hizo marcha atrás bruscamente obligando a Dubois a detenerse si no quería chocar. Luego aceleró y Dubois decidió perseguirlo.

—El maldito es bueno... —comentó.

La camioneta aceleró esquivó a un par de personas que cruzaban una senda peatonal y enfiló su camino hacia el bosque que circundaba el barrio. Se salió de la calle y obligado a manejar en zigzag por la nieve se adentró en la llanura blanca. En un momento abandonó la camioneta y subió a un pequeño vehículo que por la distancia no podíamos distinguir bien.

—¡Está abandonando la camioneta! —gritó Dubois.

Reconocimos casi inmediatamente el sonido; era una moto de nieve.

—¡Una moto de nieve!, ¡maldito! —gritó Dubois mientras luchaba con el volante para poderlo seguir.

El «maldito» como lo había llamado Dubois, había escogido una moto de nieve

porque sabía que era mucho más maniobráble que un automóvil, o incluso una camioneta en medio de lo resbaloso que podía ser la nieve.

Dimos un giro y casi estuvimos a punto de volcar.

—¡Deja el automóvil! ¡Lo persigamos a pie! —le dije.

—No creo que tengamos oportunidad...

Pero ya no lo escuché. Bajé del automóvil y comencé a perseguirlo intentando adivinar sus movimientos dando un rodeo más grande por si intentaba engañarnos. Por la derecha lo perseguiría yo, y por la izquierda, mi compañero.

Dubois comenzó a abrirse por la izquierda y el «maldito» que vestía un buzo con capucha gris, y lentes para esquiador, detuvo su paso y le disparó. Yo esperé lo peor, pero Dubois se tiró al suelo y disparó también. Yo apuré el paso pero él aceleró. Entonces yo apunté y le disparé varias veces. La moto perdió el control y cayó pesadamente. Yo llegué corriendo, y noté un cuerpo tirado detrás de la máquina. El conductor había caído como un muñeco, como un títere al que una mano misteriosa le ha cortado los hilos. Había girado la cabeza hacia el pequeño bosquecillo. Di un paso más y entonces, todo lo que me rodeaba, la nieve, la moto caída, todo se volvió rojo e irreal.

Vi al conductor que se levantaba como si lo hiciera en cámara lenta. Él sacaba un brazo del lado opuesto y apuntaba una pistola y disparaba varias veces. Yo miraba mi pecho y dos charcos rojos aparecían y caía y golpeaba pesadamente contra el suelo. Entonces, cerré los ojos, y al volverlos a abrir, aquel velo rojo había desaparecido y todo estaba como lo había visto; la moto de nieve en el mismo lugar y el conductor tirado como si estuviera muerto.

Entonces, me agaché y mientras apuntaba mi arma, busqué piedras en la nieve.

—¡No te acerques Enrique! —gritaba Dubois.

Al fin encontré una piedra pequeña y luego otra más. Las tomé y las tiré muy cerca de la moto, para simular el ruido de mis pasos. Pero nada sucedió. Estaba a punto de acercarme cuando vi al conductor ponerse rápidamente de pie. Entonces grité.

—¡Alto policía!

Pero no se detuvo y sacó el brazo que parecía oculto por estar en el lado opuesto.

Y disparé. El hombre pareció girar en el aire por la fuerza de los impactos y cayó hacia atrás. Dubois llegó al fin.

—¡No te acerques! —me ordenó adelantado una mano.

Él se acercó y descubrió al conductor tirado sobre la nieve que estaba apuntándole, entonces tiró su cuerpo hacia la derecha y el disparo pasó por el lugar que segundos antes había ocupado su cabeza. Entonces disparó. Se acercó y le pateó el arma para sacársela de las manos. Después de segundos de contemplar al cuerpo bajó el arma. Entonces me miró.

—Terminó... está muerto.

Ambos nos sentamos en la nieve. Yo me pasé el revés de la mano por la frente y

Dubois se permitió abrirse un poco el abrigo.
—Terminó... —repitió.

Tardamos un poco en reponernos. Ayudó bastante el frío y el viento que comenzaba a traer pequeños trozos de nieve.

—¿Cómo estás? —preguntó Dubois mientras resoplaba y tiraba la cabeza hacia atrás.

—Estoy... bien. Sí... estoy bien —le respondí.

Nos quedamos un largo tiempo en silencio.

—Estuvo cerca... —comentó él—. ¡Claro que estuvo cerca!

Yo solo asentí con un leve movimiento de cabeza mientras forzaba a mis piernas, después de semejante esfuerzo a ponerme de pie.

—Sí... hay que continuar.

Nos metimos en el automóvil a esperar la llegada de los técnicos de criminalística, la ambulancia y todos los demás. La calefacción parecía estar retrasada en potencia o nosotros habíamos tomado demasiado frío. Y es que el calor que había despertado en nuestros cuerpos, ya había desaparecido por el tiempo que habíamos estado inmóviles sobre la nieve.

—Espero que los nuestros vengan pronto... —comentó Dubois.

—Igual no vamos a poder almorzar una comida caliente —le dije.

—Sí... —afirmó tratando de sonreír—. Parecía que estábamos destinados a no comer... uno de esos días.

Quince minutos después llegaron las sirenas de los coche patrulla y de la ambulancia. Dubois bajó del automóvil y ayudó a los oficiales a delimitar el área donde había caído el conductor, para que nadie pisara y borrara pistas importantes. Del mismo modo ya imaginaba los resultados que podía dar una investigación: una moto de nieve pagada al contado, pero el comprador no había pedido un recibo, y un arma robada a un particular. Cosas que hacían imposible establecer una conexión entre los sospechosos, que además, no podían hablar porque estaban muertos.

Todo lo que siguió fue, informes en persona dados a la Fiscal Ferron, y papeleo, casi hasta el hartazgo. Ahora comprendía el fastidio de Dubois por la rutinaria tarea del papeleo.

Y esperar. El médico forense dijo que no tardaría mucho tiempo en hacer su tarea, pero otra cosa era lograr su correcta identificación.

Regresamos a la casa de Dubois, para comprobar que daños o desórdenes habían quedado. El «maldito» como lo había llamado él, había buscado evidentemente en todos los lugares posibles, o imaginables. En el cesto de basura de la casa que estaba afuera casi en la vereda, había un par de guantes de esos que usan los cirujanos; el «maldito» había juzgado que necesitaba de mejores movimientos en sus manos y por eso se había despojado de sus guantes contra el frío por unos minutos. También ese fue un lugar que necesitaba de una revisión por parte del equipo de criminalística, antes de ser otra vez un lugar «habitabile». El día pasó lentamente. Traté de contar el

tiempo, con aquel reloj de nieve que el cielo me había proporcionado.

Con la llegada de la noche, me di cuenta de que mi deuda con la ley había sido cancelada; habían concluido las horas de trabajo comunitario a las que había sido condenado. Pero ahora, quedaba todo esto que había aparecido como las olas gigantes se aparecen de improviso y terminan por darle vuelta a un barco pesquero, llevándose las vidas y sueños de los hombres. Ahora había que esperar cuál era el próximo movimiento de nuestro enemigo que asechaba al parecer, en cualquier lugar.

No pasamos por «El Rincón de Pierre» para buscar nuestra cena. Dubois pidió dos hamburguesas con papas fritas, un menú conocido de sobra por mí. Y nos fuimos rápido a casa que ya había sido habilitada por el equipo de criminalística.

—¿Qué pasó?

—¿Qué qué pasó? No tengo ganas de conducir hasta el bar... y después hasta casa. Hoy tuve suficiente... —agregó sacando un cigarrillo y poniéndoselo en los labios—. Y... —entonces se quedó mirando el horizonte con la mirada perdida.

—¿Y? No hagas esos suspensos...

—Y me di cuenta... de que debo dejar esto. Hoy necesité correr y por poco no lo consigo... los pulmones no me daban... y las piernas también —comentó sacándose el cigarrillo y poniéndolo otra vez dentro del paquete—. Vamos. Quiero llegar rápido a casa... además te tengo que contar cosas...

—Te escucho...

—A la Fiscal no le gustó mucho el tiroteo que tuvimos hoy... piensa que por una razón... que es un misterio... tú y yo... estamos en peligro... —agregó y se me quedó mirando—. Eso me hace recordar que estabas a punto de contarme más... del objeto ese... el tubo de metal, de aluminio. La Fiscal no pudo seguir preguntando porque la llamó el Juez para que le explicara la situación.

—Pero tú primero... que más te dijo la Fiscal.

—Quiere ponernos vigilancia... tiene miedo de que suframos un nuevo ataque... y que el próximo sea más... certero. Además ha duplicado la custodia para nuestro único detenido... el cónsul. Tiene miedo de que él sea objeto de un ataque... similar al nuestro.

—Muy bien por la Fiscal... parece que hace... muy bien, su trabajo.

—Creo... es mi opinión personal ¿sabes? Creo que ve una gran oportunidad para su carrera profesional... y tiene razón. ¿Y tú? ¿Qué opinas?

—¿Sobre otro ataque? No quiero dar una opinión sobre el tema... hasta que no sepamos quién nos atacó en el bosque... pero no creo que Dupré... vaya a dejar a Bernard libre para que hable... y no creo que Bernard esté dispuesto a quedarse con toda la culpa de todo esto...

—Si su abogado no consigue sacarlo libre antes...

—Eso sería una complicación... pero es posible. Vamos o esas hamburguesas se van a enfriar de todos modos.

Me detuvo con una mano en mi hombro. Estaba serio, no fastidiado, pero si,

completamente serio.

—¿Vas a decirme o no?

Me quedé en silencio mientras contemplaba las luces de las calles encendidas y las de algunas casas, que se apagaban.

—Ya te advertí que es difícil... y no pienso recordártelo otra vez... el tubo ese... es de metal... pero no es de aluminio... ni de acero.

—Ahá... ¿y entonces de qué es?, ¿un mineral raro?, ¿algo experimental?

—Lo investigué personalmente... y estuve a punto de hablar con un experto en minerales de fuera de nuestro planeta.

—Un momento... ¿qué es eso de «minerales de fuera de nuestro planeta»? Ese tubo tiene inscripciones... ¿estás queriendo decirme que ese tubo es...?

—Hay minerales que no son de nuestro planeta... llegaron aquí viajando con los meteoritos...

—Con los meteoritos... o sea que no...

—Pero ese tubo tiene inscripciones... que no sé qué significan... y creo que es parte de una nave o de un objeto...

—Basta —ordenó cerrando su abrigo sobre el pecho.

—Te lo dije. Te dije que iba a ser difícil de comprender.

—¿Y qué le pasó al experto en minerales que fuiste a consultar?

—Lo internaron porque se desquició...

—Se volvió loco.

—Tal vez por el estrés... de su trabajo... por agotamiento mental.

—Lo que nos pasará a ti y a mi... sino descansamos un poco.

Hicimos un largo silencio mirando la nieve que caía por momentos y por otros dejaba de caer. El viento arrastraba algunos copos de acera a acera a través del pavimento.

—¿Y Dupré? ¿Qué tiene que ver él con todo esto? —preguntó.

—Él quiere ese tubo.

—¿Para qué?, ¿para vendérselo a alguien?

—Quiere la tecnología que tiene que ver con él... descubrí que visitaba al científico en la clínica psiquiátrica, más veces que la familia. Tenía una especie de estrecha amistad con el director.

—Pero aún no tenemos ninguna prueba con él... salvo... que solo tú lo has visto... y...

—Y que le daba órdenes a los hombres que encontramos muertos en el lago... dentro de la camioneta... y a los otros que dispararon contra nosotros en el bosque...

—Y al cónsul —acotó él intentando terminar la frase.

—Y al cónsul...

—En fin. No vamos a solucionar nada congelándonos aquí afuera... mientras nuestra cena se enfría también.

Comimos al fin las hamburguesas tibias y la cama, o en mi caso, el diván de la

sala, fue casi una tumba donde dormimos sin darnos cuenta si afuera caía nieve o hielo.

El fin de semana me encontré contando el tiempo con ese reloj de nieve que se acumulaba en la llanura y en los jardines y patios que prácticamente habían desaparecido y solo eran pequeñas colinas blancas.

En la noche del sábado, Gabrielle y Dubois salieron a comer.

—¿Qué tal me veo? —me preguntó Dubois sacándose una bufanda impecablemente blanca de su cuello, mientras se miraba el traje de arriba a abajo.

—¡Hey!, ¿qué clase de pregunta es esa? —le dije poniéndome de pie para observarlo—. ¡Te ves extraordinario! ¡De verdad!

Y era verdad. Había comprado un traje nuevo, azul marino y una corbata violeta, que resaltaba con una camisa color crema. Los zapatos eran un poco anticuados, pero estaban muy bien lustrados.

—¿Es la corbata verdad? ¡No debí elegir un color tan...!

—¿Tan qué? ¡Esta correcta! Un buen color... estás muy elegante compañero.

Se quedó un segundo mirando el techo. Luego bajó la vista y finalmente me miró.

—No quiero arruinarlo ¿sabes?

—No lo arruinarás... tranquilo. Solo sé tu mismo. ¿Escuchaste?

Él se quedó pasándose la mano por la cabeza una y otra vez, peinándose y despeinándose en cada ocasión.

—¿Me escuchaste? —le volví a preguntar—. Solo sé tu mismo... tú... mismo.

Me miró esta vez directo a los ojos.

—¿No te importa quedarte... solo?

—Para nada. Cuidaré del «Fuerte del soldado» muy bien... quédate tranquilo compañero. Veré un poco de televisión... escucharé la radio.

—La próxima vez saldremos juntos los cuatro... te lo prometo —agregó revisando su reloj.

—¿Los cuatro? No entiendo.

—¡Sí! ¡Los cuatro! No digas que no te gusta Valerie... además creo que es soltera...

—Eres un... ¿cómo te diste cuenta?

—No seré un detective como tú... pero hay cosas que son evidentes... más para un viejo zorro como yo. Tengo que irme... pide la cena al local de Mc Donald's.

—Lo haré. Ve y diviértete.

Se volvió desde la puerta.

—Tienes compañía... son dos oficiales de la estación. Otros dos me van a seguir a mi hasta el restaurante y luego de vuelta. Hoy les voy a dar mucho trabajo. Igual... no le abras la puerta a nadie... sin mirar. El arma que usaste en el bosque... ¿la quieres?

—No. Me siento mejor... usando mi mejor arma... —me toqué la cabeza con el dedo índice.

—Yo pienso lo mismo... pero a veces es mejor un poco de... «de ayuda», ¿no crees? Voy a traértela.

—¡Vas a llegar tarde! ¡No se hace esperar a una dama!

Llegó hasta el automóvil y la trajo envuelta en una tela de gamuza amarilla.

—Toma —dijo abriendo la tela para mostrarme—. Hay un cargador extra por si lo necesitas. Pero primero trata de llamar a los muchachos de afuera —agregó señalando al coche patrulla que estaba estacionado en la otra acera.

—Un momento... esta arma no tendría que estar...

—Ya fue peritada. Le pedí a los muchachos, los técnicos que hacen los peritajes de las armas que lo hicieran primero. La mía también estuvo en revisión, tranquilo. No soy un policía corrupto... cumplo con la ley. Solo que... uno tiene sus influencias.

—Dubois...

—¿Qué?

—Si no te vas ahora para llegar a tiempo... yo mismo voy a dispararte. Vete y diviértete.

—Está bien... —comentó cerrándose el abrigo—. Nos vemos mañana.

—Nos vemos mañana. Suerte. Dale mis saludos a Gabrielle.

Cerré la puerta ni bien su automóvil desapareció del alcance de mi vista y una extraña sensación me invadió al sentirme solo en una casa ajena. Los sonidos rutinarios de la casa, la canilla del lavatorio del baño que estaba mal cerrada, el vidrio de una ventana por donde se colaba una pequeña corriente de aire, pero que hacía golpear el vidrio contra la ventana propiamente dicha, parecían amplificadas por el silencio. Dudé unos segundos y luego le di dos vueltas a la llave. Tomé el arma, le saqué el cargador y se lo volví a colocar. Me puse el arma en el bolsillo de mi pantalón y me acerqué a la ventana. Un automóvil tipo sedán color oscuro pasó lentamente y casi puedo jurar, que el conductor tenía la vista fija en la casa.

«Es mi imaginación» pensé. Estuve a punto de correr completamente las cortinas pero pensé que si me ocurría algo, eso dificultaría que los oficiales desde afuera pudieran ver, qué estaba pasando. Me hice una taza de café y tomándola con ambas manos, me tiré en el diván, a disfrutar del calor de la taza, del abrigo de la frazada, con el arma sobre mi pecho. Traté de pensar en otras cosas, mucho más allá del hecho de que estaba solo, que casi 24 horas antes habían intentado dispararme sin contar las veces que lo habían hecho días atrás. Pensé en Dubois, y en Gabrielle, que sea lo que fuere que le hubiera ocurrido a ella, pérdida de memoria, estrés, agotamiento o embotamiento mental por su trabajo, o un pase inexplicable a un universo paralelo, se había reencontrado con Dubois, y estaban a punto de iniciar una relación a pesar de los miedos y las diferencias. Dubois era un afortunado. Yo quería tener su suerte. La había añorado mirando los ojos de Paulina, pero ella, tenía un destino mejor al lado de ese hombre que tenía un futuro asegurado, y yo no tenía derecho a interponerme. Paulina era, una más de todos los fracasos sentimentales que se acumulaban en mi

vida. No sería la primera, ni la última. Pensé en Dubois y Gabrielle y en el hecho de que hacían un buena pareja. Solo, con el único calor de una taza grande café en mis manos, me permití sonreír y desearles lo mejor. Y en algún momento indefinido de la noche, me dormí.

Las distintas imágenes comenzaron a danzar en mi mente, como si duendes misteriosos dueños de la noche las hubieran convocado.

Me vi corriendo en la nieve, como cuando perseguía al hombre de la moto de nieve, pero ahora corría por la llanura blanca, sin nadie, ni nada a quien perseguir. Solo sabía que debía correr y correr, antes de que la noche llegara y convirtiera todo en una nada oscura, donde fuera casi imposible saber que había enfrente a una distancia de solo un metro. Sentía mis muslos doloridos, pero debía seguir corriendo. Entonces, vi al guardaespaldas de Dupré de pie delante mío, con una sonrisa maligna, sacando su mano del bolsillo de su campera de esquiador y la mano empuñaba un arma y disparaba. Entonces todo desaparecía y yo hablaba con alguien, no podía verlo pero era yo quién hablaba y decía: «Quiero mi hamburguesa y mis papas fritas. Dije... ¡que quiero mi hamburguesa y mis papas! ¿Qué nadie me oye? ¡En la estación comía mejor que aquí!». Luego todo desaparecía y escuchaba una voz que me decía: «Tienes que seguir corriendo sino te atraparán... Tienes que seguir corriendo». Entonces todo se volvió oscuro, como cuando uno cierra los ojos y al volverlos a abrir, estaba en el bosque. Hacía mucho frío, además de que todo estaba tan oscuro que costaba distinguir las siluetas de los árboles. Entonces escuché una voz: «Tranquilo muchacho... tranquilo. Soy yo, Ben... el viejo Ben ¿me recuerdas?». Y yo respondía: «Sí... ¿Ben? ¿Es usted?». Y la voz, porque no podía ver a nadie, solo había una voz me respondía: «Debes ser valiente... solo así podrás con esta prueba...».

Entonces desperté. Estaba en la sala, en el diván, con la frazada, más bien abrigando, a la alfombra y a mis zapatillas, que a mi. En el desvarío por la pesadilla me había desprovisto de la frazada. En un momento que no podía recordar, había dejado la taza de café, lejos de mis movimientos inconscientes, sino bien podía haber seguido la suerte de la frazada y haber terminado en el piso. Me levanté con algo de dificultad, me dolían las piernas como si, realmente hubiera estado corriendo durante toda la pesadilla, pero en realidad, era la consecuencia de la forzada carrera que había tenido con la moto de nieve; es decir, que mi cuerpo estaba cansado por un hecho real y mi mente había fabricado con recuerdos y pensamientos, miedos y emociones, toda esa terrible pesadilla que se había llevado mucho de tiempo de dormir. Caminé hasta la cocina, pero luego decidí volver hasta la ventana a ver cómo se encontraban mis «ángeles custodios», el coche patrulla que me había asignado la Fiscal. Miré en todas direcciones y no pude ver, ningún automóvil. Me refregué los ojos, y volví a mirar; no había nadie, ningún coche patrulla. *¿Podía ser verdad? ¿Habían abandonado su puesto o habían recibido órdenes de irse? ¿Qué clase de custodia era la que me daban? ¿Había despertado realmente?* Tomé la taza que había dejado sobre la mesa

pequeña de la sala y busqué si tenía unas cuantas gotas de café frío. Había algunas y las tomé. Estaban heladas. No... todo aquello, era realidad. Mis pies abrigados solo por las medias, pero sin ningún tipo de calzado comenzaban a sentir el frío del piso de *porcelanato*.

Un leve dolor comenzó a manifestarse en el costado izquierdo de mi cabeza. Estaba solo, y sin custodia. Podía tomar el teléfono y llamar a Dubois, pero lo más seguro era que terminara arruinando su noche, quizás la mejor que había tenido en años. Todo debía ser una malentendido. Los oficiales regresarían en poco tiempo y nada habría que lamentar.

Escuché un ruido. Fue algo imposible de identificar, parecía algo que se había caído, me recordaba a los ruidos que hacían los pedazos de revoque del techo, en mi casa, cuando los vencían las humedades. Era algo similar. Podía ser una rata, o una cucaracha doméstica, atacando alguna bolsa pequeña de plástico. O no.

Me quedé en silencio y volví a escuchar otro ruido, más pequeño.

No iba a cometer, la tontería de preguntar. «¿Quién anda ahí?» o «Oigan, ya los escuché, ¿saben? No me asustan».

Recordé que tenía la pistola que me había dado Dubois en mi bolsillo con un cargador extra y que, si debía salir corriendo, como en mi pesadilla, lo mejor era estar calzado. Me acerqué tratando de no hacer ruido, tomé mis zapatillas y me atrincheré en el piso detrás del diván. Desde allí tenía una vista privilegiada de la casa, de la ventana que daba a la calle y de la puerta de entrada. Saqué la pistola y esperé. Ya no tenía sueño, ni los párpados pesados. El leve dolor de cabeza se había transformado en un tornillo de acero que alguien, o algo había introducido en mi cráneo solo para que me doliera y quizás, no sintiera mucho el aburrimiento. Que amable.

El ruido se volvió a escuchar, ahora si casi pude decir que era una bolsa pequeña de nylon o un envase de papel aluminio que alguien había pisado sin darse cuenta. Yo apunté más o menos a la altura de un metro. Cualquiera cosa que se apareciera, no iba a dejarle la más mínima oportunidad.

Entonces la figura, casi cómica de una pequeña rata apareció en la puerta. Olió todo como buscando alguna migaja y luego rápidamente se metió debajo de unos muebles, unos aparadores que Dubois tenía para guardar libros y discos de música.

Bajé el arma, bastante aliviado cuando pude ver, a una mayor altura, en el lustre de la puerta, un brillo que se movió. Podía haber ratas en la casa de mi compañero, pero aquello fue el destello de alguna luz exterior, cuando algo, como un cuerpo se cruza en su camino; había alguien en la casa.

Solo era cuestión de tiempo para que ese intruso se atreviera a revisar las otras dependencias de la casa y así pasó. Asomó la cabeza y mi primer instinto fue disparar a algún objeto para provocar su huida, pero esperé con el corazón latiéndome en el cuello, que sacara más cuerpo. Al segundo lo hizo y disparé. El intruso acusó recibo del impacto en una parte de su cuerpo y devolvió «la bienvenida» con dos disparos más que buscaban mi cuerpo o mejor dicho, mi cabeza. Entonces apunté y disparé,

pero creo que no alcancé.

Escuché pasos en la entrada de la casa y luego un golpe terrible en la puerta. La puerta cedió y alguien dio un grito:

—*Stop Police!* (¡Alto Policía!).

—Tranquilo oficial... soy yo.

Gritó otra vez, algo que debió ser: «¡Póngase de pie con las manos en alto!».

Yo me puse de pie, mientras me iluminaban con una linterna.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! —grité.

Otro de los oficiales le hizo bajar el arma al que había entrado, que parecía lívido del susto.

—¡Intruso! —grité señalando en la dirección que había visto al intruso asomarse, pero creo que no me entendieron una palabra.

Mientras los oficiales solo le limitaban a pasearse nerviosos por la entrada de la casa con las manos en sus caderas, vi una luz que relampagueó; era Dubois que llegaba finalmente.

Habló con ellos, mejor dicho, ellos los recibieron con extraños argumentos, porque los apartó y entró en la casa.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—Lo siento compañero... siento mucho haber arruinado tu noche.

—Nada de eso. Ya habíamos terminado con Gabrielle y venía para acá. ¿Estás bien? Los oficiales me dicen que escucharon disparos.

—Entró alguien.

—¿Qué? Es una broma.

—No, no lo es. Yo lo vi.

—¿Lo reconocerías si lo vieras otra vez?

—No. Estaba muy oscuro...

—¡Maldición!

—Pero creo que le di...

—¿Dónde estaba?

—Allí... en la puerta de...

—Del pasillo... —repitió y encendió todas las luces mirando el suelo. Regresó después de unos interminables minutos y agregó—. Hay al menos... tres gotas de sangre en el piso... y otras más en la ventana que usó para entrar.

—Otra cosa...

—¿Más?

—Sí... tienes una rata.

Se abrió el abrigo, buscó una silla y se sentó pesadamente.

—Equivocado. Yo no tengo ratas...

—Yo la vi... primero creí que era ella la que hacía los ruidos y después vi el reflejo la sombra del maldito en el lustre de la puerta.

—Buen punto por ti, pero yo... no, tengo... ratas. En el pasillo hay una ventana

que el maldito usó para entrar... afuera... hay varios tachos de basura del vecino... y son más altos que... la parte baja de la ventana... —agregó él sacándose la bufanda blanca.

—Buen punto por ti... casi te has recibido de detective.

—Muy gracioso. ¿Y qué más pasó?

—Cuando lo vi... esperé y le disparé directo al cuerpo para marcarlo... para que alguien me creyera.

—Yo te creo —afirmó cerrando los ojos—. Qué más.

—Él me disparó... pero no pudo ubicar mi posición.

—Tuviste suerte... un intruso armado y con mala puntería... voy a pedirle a los oficiales que le echen un vistazo a los alrededores y luego que se vayan... —agregó poniéndose de pie.

—Dubois...

—¿Qué?

—Ya se habían ido antes...

—No te entiendo.

—Cuando desperté... segundos antes... no había ningún coche patrulla.

—¿Estás seguro?

—Miré varias veces.

—Esto me huele mal... igual lo aclararemos mañana... voy a pedirles que hagan una ronda para ver qué encuentran... no me tardo.

Pero se tardó y mucho. Tal vez las promesas de los policías siempre hay que tomarlas con pinzas... y o con una bolsa de evidencias. Yo puse agua para hacer unas dos grandes tazas de café. Dupré regresó al fin, refregándose las manos y antes le dedicó una mirada a su puerta parcialmente atacada por las patadas del oficial.

—¡Rayos! Era una buena cerradura... en fin... pediré que la arreglen mañana. ¿Pusiste para hacer café? ¡Qué bien! Casi me congeló, por hablar con los muchachos.

—¿Y bien?

Se sentó pesadamente y se pasó la mano por la cabeza varias veces.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Estoy bien... no tengo ni siquiera un rasguño. No puedo decir lo mismo de algunos de tus muebles...

—Mañana... les pediré a los muchachos de criminalística que busquen las balas y las analicen —se quedó mirando el techo con la cabeza tirada hacia atrás. Suspiró y me dijo—. Les pregunté porque se habían ido...

—¿Y que respondieron?

—Recibieron una llamada en la radio... muy extraña... que les pedía que identificaran a un sospechoso... a cuatro calles de aquí... ellos pensaron que no había ningún problema y como la llamada venía de la central... fueron. Cuando llegaron... hablaron con la estación y nadie los había llamado. Volvieron y ya escucharon los disparos.

—O sea que el maldito que anda suelto... tiene la capacidad de interceptar la frecuencia de la policía...

—Cualquier... maldito... con una radio de banda ciudadana puede hacerlo... la diferencia es que cualquier ciudadano sabe que es un delito... y no lo hacen... roban armerías en Toronto... roban a turistas en parques nacionales o a guardabosques... pero no interfieren la frecuencia de la policía. Esto es distinto... me voy a acostar... tengo sueño y... toma tú el café si quieres.

—Hasta mañana...

—No... ya vienen los muchachos de criminalística a buscar huellas y cosas así... solo voy a recostarme un poco y cambiarme de ropa... me siento raro.

Los muchachos de criminalística llegaron cerca de media hora después. Sacaron fotografías y buscaron y buscaron hasta que finalmente encontraron los impactos de los disparos del intruso; uno en un mueble y otro en la pared. También tomaron la sangre del piso y buscaron huellas de pisadas en el pasillo. Cuando se fueron, era casi el amanecer.

Dubois fue solo a la estación y regresó antes del almuerzo. Traía un paquete que dejó sobre la mesa de la cocina y un ejemplar del periódico local.

—Ya estoy en las noticias... aunque solo como un rumor...

—¿Qué dicen?

—Dicen que es un «rumor» de que alguien entró en la casa de uno de los policías que investigan el caso en el que está implicado el cónsul Bernard y hubo un intercambio de disparos. Dicen que nadie en la estación... ha confirmado o negado los hechos... La Fiscal te manda saludos.

—Gracias... no se estará encariñando esa mujer conmigo ¿o sí?

—No lo sé —comentó Dubois riendo—. Tal vez sí... quien lo puede asegurar...

—¿Te divierte todo esto o es mi imaginación? —le pregunté.

—Es solo tu imaginación compañero... —me dijo riendo con sus manos en su caderas.

—Muy gracioso...

—Escucha... es domingo. Gabrielle y yo vamos a almorzar y pasar el resto de la tarde juntos... ven con nosotros...

—¿Ir con ustedes? ¡Estás loco!

—Ven. Nos divertiremos un poco haciendo un muñeco de nieve... tirándonos bolas de nieve... no te quedes encerrado un día entero... el día domingo te puede dar depresión...

—Ustedes están enamorados... deben pasar momentos a solas...

—Fingiremos que no estás ahí... —agregó abriendo los brazos—. Serás como el tío solterón de la familia...

—¿El tuyo o el de ella?

—El de ella... yo no te quiero en mi familia... —me dijo palméandome con fuerza.

Me había rogado varias veces y no quería molestarlo. Muchas cosas que hacía, las hacía de corazón. Yo había logrado descubrir que el recio, el duro de Dubois, tenía corazón y creo que él también.

Tomé mi abrigo y cuando estaba poniéndomelo me dijo:

—Hay solo una condición...

—¿Cuál?

—Nada de preguntas de la investigación. Los resultados estarán mañana con suerte. Hoy es nuestro día... —agregó señalándome con su dedo índice.

—Está bien oficial. Me ha atrapado —le dije abriendo mis brazos.

Fuimos primero por el edificio de Gabrielle, ella nos estaba esperando en la entrada, con una gran canasta en sus manos. Vestía un abrigo grueso gris, guantes de color fucsia claro y un gorro de lana muy colorido cuya combinación de colores combinaban muy bien. Por el costado del gorro caía su cabello color de la miel. Mientras Dubois maniobraba con el automóvil, pensé que no recordaba el color de su cabello, ni el de la Fiscal Ferron que aunque fuera una mujer de semblante serio y con mirada de sospecha, al fin y al cabo era una mujer, ni el de Valerie, la traductora. Sentí un poco de vergüenza por estar preocupado solo por resolver las distintas situaciones que se nos presentaban y no tomar conciencia, de si la persona que se sentaba a mi lado, como lo hacía generalmente la traductora, tenía el cabello rubio o no. Gabrielle se acomodó un poco la pequeña bufanda de tela escocesa y saludó el paso del automóvil.

—¡Hola Enrique!

Me sorprendió que hablara español, con un poco de acento, pero era bastante entendible.

—Hola Gabrielle. ¿Hablabas español?

—Entendía algunos... palabras... en la ciudad hay algunas familias latinas y con la... daily... no (encuentro las palabras).

—No te preocupes... No-te-preocupes. ¿Comprendes?

—Yes. *Thank you*. (Sí. Gracias.)

No solo hablaba algo, muy poco de español, sino que manejaba los dos idiomas oficiales del país. Yo me quedé mirándola y Dubois mientras se acercaba tradujo la frase.

—Pregunta si estás bien.

—Sí. Muy bien. Tengo suerte y ellos... mala puntería —le dije haciendo una seña como si disparara con mis manos—. *Bad...* (Malos).

—Yes... (Sí) —afirmó ella bajando la vista. Alargó la mano y me apretó con cierta ternura el hombro—. (Qué suerte que quisiste venir...) —comentó ella y miró a Dubois que tradujo la frase.

—Ella dice: «Qué suerte que quisiste venir».

—Oh... Gracias por decir eso... no quiero... molestar en su... en su... relación.

Dubois tradujo y volvió a decir algunas palabras.

—Dice que no es ninguna molestia... no quería que te quedaras solo en la casa, todo el día. Vamos... —agregó Dubois abrazándola por la cintura.

Ella hizo un ligero movimiento de cabeza, como invitándome.

—Vamos —repetí.

Y en silencio pensé: «Dubois... tienes mucha suerte compañero. Mucha suerte de haber encontrado a una mujer así». Luego fuimos a una plaza que tenía una pequeña cerca de hierro y algunos juegos para niños. Cuando yo la había visto, tal vez por casualidad en los primeros días de mi llegada, la había visto con el césped bien cortado y con un par de empleados revisando un cesto de basura. Ahora todo era blanco de nieve incluidos los árboles, dos gigantescos abetos tan altos como un edificio. De lejos, nos seguía un coche patrulla, nuestros custodios. Me sorprendió la cantidad de personas que habían decidido hacer lo mismo, parejas jóvenes de novios, parejas maduras, abuelos con sus nietos, hombres con sus hijos, de seguro, divorciados.

—Hay mucha gente... —comenté.

—Aquí es así... —agregó Dubois—. O es un paseo en la plaza o es patinar en los lagos... pero los lagos no están del todo congelados y son peligrosos.

Dejamos el automóvil y mientras caminábamos hacia la plaza me pregunté porqué Dubois tras haber sufrido un ataque la noche anterior en su casa había decidido salir, de excursión. ¿Tal vez para demostrarles a ese enemigo oculto que no le tenía miedo?

Gabrielle se arrodilló como si fuera una niña y comenzó a acumular nieve con la mano en un montículo. Yo me arrodillé a su lado y comencé a ayudarla. Dubois se paró al lado nuestro con sus manos en sus caderas.

—No creo que puedan hacer un muñeco decente antes de la noche...

Yo levanté la vista y le arrojé un puñado muy pequeño de nieve a la cara, que solo llegó a estrellarse en su pecho.

—¿Por qué no nos ayudas en lugar de criticar eh?

—¿Yo? —preguntó esquivando mi disparo de nieve—. ¡Solo que estuviera loco! Voy a buscar un poco de café caliente... —comentó refregándose las manos mientras el aliento dibujaba una suave nube en el aire.

Yo, de rodillas me di vuelta y le grité:

—¡Hey! De verdad... ¡ven a ayudarnos!

—No... —dijo Dubois dándose vuelta un segundo—. Tengo mucho frío... necesito café. Tú que eres más joven... ayúdale.

Armamos finalmente una gran bola muy aplastada y luego hicimos otra arriba que se cayó hacia un lado mientras ella se reía. La volví a colocar en su lugar y con los dedos le hice los huecos, las órbitas de los ojos y le dibujé una sonrisa.

Ella de rodillas levantó los brazos al cielo y aplaudió como si fuera una niña feliz al ver, culminado el juego.

Nos sentamos en el borde de los asientos del automóvil un segundo y luego

cerramos las puertas mientras nos sentamos en una banca que había quedado libre. Ella puso la canasta sobre su falda y comenzó a sacar, primero sándwichs y luego un vaso de plástico duro en el que me sirvió café.

—*Thank you.* (Gracias) —le dije.

Allí sentados, mirando nuestra obra de «escultores principiantes», mirando a los niños pasearse en rudimentarios trineos tirados por hermanos mayores, comenzamos a comer y sobre todo a beber el café caliente que se necesitaba. Ella se apoyó en el hombro de Dubois y dijo algo por el que rieron los dos.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Gabrielle dice que nuestro muñeco está desnudo... no tiene sombrero, ni bufanda... que está blanco del frío.

Yo reí con la ocurrencia de Gabrielle y luego me quedé en silencio mientras ellos apoyaban sus cabezas uno contra otro, como dos enamorados.

La plaza estaba llena de gente, de familias, de niños, de abuelos y sus nietos, jugando con trineos improvisados, cayéndose una y otra vez, riendo y dibujando pequeñas nubecillas con sus alientos que la brisa dejaba vivir por segundos.

Allí permanecimos varios minutos hasta que ella, con la vitalidad que la caracterizaba, la vitalidad de una niña dejó su vaso de café en la banca y se acercó al muñeco para ponerle su bufanda y adoptar una actitud como si posara al lado del muñeco.

Dubois le dijo algo poniendo ambas manos a ambos costados de su boca.

—Le dije que vuelva a ponerse la bufanda porque va a necesitarla.

Ella miraba todo a su alrededor muy divertida como si no le importara para nada el frío.

—A veces no puedo creer que... que sea la mujer que vino a la estación pidiendo que buscáramos a su novio el tal Matthew —comentó Dubois apoyándose en el respaldo de la banca.

—De verdad... es otra mujer. Al menos el cambio fue para mejor... —le respondí.

—Incluso me parece que es más... —había alcanzado a decir Dubois cuando una bola de nieve pequeña se estrelló en su cabeza.

Se limpió la cara salpicada, dejó su vaso sobre la banca y tomó un puñado de nieve y casi sin hacer una bola se lo tiró a ella con muy poca suerte.

Ella gritó algo como: «¡Fallaste!» riendo y tomó otra bola de nieve y volvió a tirarle.

Él recibió el impacto que dibujó pequeñas flores de nieve sobre su abrigo, y sobre su cabeza y entonces me miró.

—¿No vas a cubrirme compañero?

—No es justo —le dije mientras me cruzaba de brazos—. Es «dos» contra uno.

Mientras hablaba le cayó otra bola de nieve en el cuerpo.

—¿Y eso que importa?

—No voy a disparar contra la «autora» de estos sándwichs.

Ella festejaba nuestros diálogos, de seguro adivinando lo que decíamos. Entonces disparó contra mi.

—¡Hey! ¡Eso no es justo!

Tomé un poco de nieve y le tiré un disparo con muy mala puntería. Ella que tenía en sus manos un arsenal de nieve de dónde sacar proyectiles, así que se divertía disparando a uno y a otro. Finalmente se acercó y volvió a sentarse con nosotros.

—Creo que es una buena oportunidad... —comentó Dubois mirándome—. De que nos retiremos de la «batalla de nieve», ¿qué te parece? —me preguntó.

—Yo soy un invitado solamente —le respondí—. Tienes que preguntarle a ella.

Hablaron entre ellos. De verdad, la pequeña batalla de bolas de nieve nos había dado un poco de calor, pero el frío se hacía sentir.

Ella asintió y pidió los vasos de plástico y guardó todo en la canasta y nos levantamos para meternos, en el automóvil, buscando la salvadora «calefacción».

Encender el automóvil, fue una ardua tarea; el frío había afectado el encendido, pero al fin nos pusimos en marcha. Gabrielle dijo algo mirándome hacia atrás.

—Gabrielle dice si te gustó la salida.

—Me encantó. En mi país... hay que ir al sur si se quiere ver tanta nieve como para hacer bolas para tirar.

—A ti te gustó —comentó Dubois—. Pero yo comenzaba a congelarme. Está muy frío.

Ella preguntó algo y hablaron varios minutos entre ellos.

Después de algunos minutos llegamos a un restaurante elegante, donde debimos anunciarnos en la mesa de entrada. Un mozo, un *garzón*, nos acompañó a nuestra mesa. Segundos después nos acercaron las cartas.

—Compañero... vas a tener que ayudarme con la carta... no entiendo nada.

—Puedes pedir... a ver... unos *filet* de salmón... con ensalada.

—Preferiría un plato de pastas... bien caliente —dije en voz baja.

—Es una buena idea... —comentó él cerrando la carta y devolviéndosela al mozo.

Finalmente encargamos y ellos se tomaron de la mano esperando. Yo me dediqué un poco a mirar a las personas que nos rodeaban y pensé en que porqué no tenía derecho a una vida normal. La mesa contigua estaba ocupada por un matrimonio mayor; él parecía aún más mayor que ella, o la mujer, había envejecido más lento. Si solo hubiera podido oírlos, y no verlos, es decir, no ver el cabello escaso y completamente blanco de él, o las delicadas arrugas en las mejillas de ella, podría haberlos confundido con una pareja de enamorados de unos treinta años, por las sonrisas que compartían o los comentarios. Más allá había una familia común, padre, madre, y dos niños, niña y niño. Él era bastante ancho de hombros, y ella delgada, con un cabello muy corto. Parecían dos personas comunes y corrientes que habían decidido darse... como quien dice, «un gusto», algo diferente en sus vidas rutinarias.

Los niños eran copias en miniatura de ellos; la niña de ella, solo que con cabello mucho más largo, y el niño una copia de él, solo que más inquieto. Una familia, que reían, comían y compartían un momento diferente. No estaban preocupados, porque misteriosos hombres los persiguieran, ni porque oscuras conspiraciones se apoderaran de tecnologías militares.

El almuerzo llegó al fin. Comimos en paz, disfrutando de la comida, del vino, ellos podían, y luego una gran taza de café, para enfrentarnos al frío que reinaba afuera y que nos esperaba con la paciencia de los cazadores a que saliéramos a desafiarlo.

Cuando salimos, una suave y casi tímida nevada caía sobre la ciudad. Lo primero que hice fue buscar con la vista, el coche patrulla de nuestros custodios. Y allí estaban, a unos sesenta metros perpendicularmente, disfrutando de sendas hamburguesas y vasos de café.

Dubois se acercó a mi y me dijo algo en el oído.

—¿No te importa si te dejamos solo en la casa y nosotros...?

—Claro que no compañero.

Me dejaron en la casa junto con los custodios y él y Gabrielle fueron a pasar el resto de la tarde en el departamento de ella. Me quedé un rato en la entrada sintiendo el aire helado en mi cara, que arrastraba pequeños copos de nieve que a veces jugaban a intentar pasar entre las copas de los árboles.

Entré al fin en la casa. Después de todo había tenido un domingo que ni siquiera esperaba tener.

Dubois llegó cerca de la noche, cuando ya habían sido relevados mis custodios.

—¡Wow! ¡Qué frío está haciendo! —exclamó al entrar sacándose el abrigo.

—Si te sacas el abrigo ni bien llegas a cualquier lugar... siempre sentirás el frío. Debes esperar un poco —le dije tirado en el diván.

—¿Y bien?, ¿cómo te fue? —me preguntó.

—Esa es mi pregunta... ¿cómo te fue?

—Solo responderé... que soy un caballero... y un caballero no habla de esas cosas...

—Bien... Solo quería saber si voy a ser tío... dentro de nueve meses.

—Muy gracioso. Muy gracioso compañero. Ahora te toca a ti decirme que hiciste todo este tiempo...

—Dormí en parte... que lo necesitaba por lo de anoche.

—Bien. ¿Y qué más?

—Escuché un poco de música... ¿sabes? La música clásica puede ayudarte a relajarte mucho más que otra música. La Sonata Al Claro de Luna, por ejemplo.

—Veo que aprovechaste el tiempo. Yo... me voy a descansar... Mañana... será un día complicado. Presiento que la Fiscal está afilando sus puñales solo para ti y para mi.

—Un momento... serás el sherif más rápido del Oeste pero... antes quiero

hacerte un par de preguntas.

Me miró de lado, como si empezara a fastidiarse.

—Te lo dije —me dijo casi seriamente—. No hay preguntas sobre la investigación. Hoy... no.

—¿Por qué salimos hoy? Recibimos un ataque y salimos al parque... y luego a almorzar en un restaurante elegante, como si nada. ¿Por qué?

—Te lo diré a ver si me dejas en paz. Si nos quedábamos aquí... solo íbamos a taladrarnos la cabeza con preguntas y más preguntas. En cambio saliendo... despejamos nuestras pobres mentes y reducimos la posibilidad de un ataque al mínimo... nadie iba a querer atacarnos en medio de tanta gente. ¿Está bien? ¿Puedo irme?

—¿Realmente no saben... quién me atacó anoche? ¿Vas a hacerme creer que no le pediste a nadie que investigara?

—El ataque fue el sábado por la noche. Suficiente que hice que la división de criminalística trabajara en domingo... buscando huellas, pistas e identificando las armas involucradas. ¿Ahora está bien? ¿Sabes cuál es tu problema? Que piensas demasiado en este caso —se fue y desde su habitación gritó—. Ojalá y se termine antes de que te vuelvas loco...

—Ojalá... —repetí cubriéndome con la frazada.

El lunes llegó finalmente y con él, comenzaron a disiparse las dudas.

Otra vez, hubo una pequeña reunión en la sala de interrogatorios con muchos «invitados», entre ellos, la Fiscal Ferron. Y también Valerie, que ya no me sonrió tanto, como la primera o la segunda vez que nos vimos.

—Caballeros —anunció Dubois poniéndose pie, con una taza de café en la mano y levantando la otra pidiendo silencio, tratando de comenzar de alguna manera la reunión—. Estamos aquí para compartir... o mejor dicho, saber... los resultados de la investigación, nueva que se desató a raíz del ataque que sufrió mi compañero en mi casa, la noche o madrugada del sábado. ¿Quién nos dice algo sobre el arma del intruso?

Uno de los oficiales se puso de pie con una planilla.

—El intruso usó una pistola, calibre 9 milímetros. No se halló el arma, pero hallamos los dos casquillos disparados.

—Bien... bien. —Dubois dejó su taza sobre la mesa—. Supongo que podríamos deducir que puede ser parte de las armas robadas... en ese local.

—Supongo... —agregó el oficial encogiéndose de hombros.

—¿Y la sangre?

—La sangre... —respondió otro—. La sangre es grupo positivo. No podemos saber más...

—Bien... estamos casi como antes... un intruso que quiere entrar a mi casa... armado y que no sabemos quién rayos es... sin huellas, sin identificación. Pero tenemos al conductor de la moto de nieve que también... había intentado o mejor

dicho, entró en mi casa.

—El conductor de la moto de nieve... —siguió el mismo oficial—. Fue identificado como James Franklin Smith de 29 años... profesión: piloto de aeronaves de uso civil.

Dubois me miró como si recordara que en el rescate que debieron efectuar en el bosque estuvo involucrado un helicóptero que por una extraña razón se le perdió la pista.

—Él arma que usó era una Beretta, cuya numeración robada la sitúa, dentro de las armas robadas...

Me quedé pensando, mientras el oficial daba las explicaciones del lote de armas robadas. Si el agresor y muerto, no era Dupré, el intruso de la otra noche bien podía haber sido él, haciendo el trabajo sucio, ya que por distintas circunstancias, lo estábamos privando de sus hombres. Y con respecto a sus hombres faltaba Bernard.

—La moto de nieve... había sido legítimamente comprada a un antiguo dueño al que se pagó en efectivo. Los papeles estaban a nombre de un tal Françoise Durf, que según pudimos investigar, murió hace 15 años.

—Así que además compraban vehículos con papeles de muertos... ¡esto es increíble! ¿Algo más?

—Sí... —afirmó el oficial—. La policía de Toronto nos informó que un canal de televisión local de la ciudad de Huron denunció el robo de un viejo helicóptero matrícula C-G PER hace dos semanas atrás.

—Está bien —comentó Dubois como si se estuviera rindiendo ante las pistas—. No olvidemos que tenemos a un detenido, el doctor Bernard, la Fiscal Ferrón... ahora... nos explicará las medidas de seguridad que quiere que le demos en su... estancia... en la estación.

La Fiscal se puso de pie. Se había vestido con un falda azul marino, y un traje gris que dejaba ver una camisa color crema. Estaba casi tan elegante como si supiera que tenía que hablar enfrente de todos, pero ni por ese minuto de gloria, había dejado de lado a su cuaderno de notas que yo ya había bautizado «*El Index*».

—Buenos días... —frase que fue acompañada por una igual solo que en versión de coro de colegio algo desafinado y en más bajo volumen—. Tengo... el deber de informarles... que nuestro único detenido... el Doctor Bernard será trasladado a la corte del Juez Maillet en contados minutos... el operativo de seguridad que se seguirá será inflexible... dados los últimos acontecimientos... el ataque sufrido en el bosque durante la persecución del conductor de una moto de nieve... y el otro ataque, en la casa de Dubois... no pondremos en riesgo la vida del único detenido que puede aclararnos... porqué... una organización criminal que usa armas robadas, compra vehículos al contado, pero registra con nombres de muertos... entre otras cosas, quiere secuestrar y disparar sobre ciudadanos de nuestra ciudad y sobre personas que colaboran con la Justicia y la Ley. Saldrán... dos vehículos... un coche patrulla y una camioneta de traslado rumbo al Hospital, y otro... con tres oficiales a la Corte. El

primer convoy... solo tendrá oficiales, será un señuelo mientras que el segundo, en realidad, será un solo vehículo, llevará al detenido. Solo el primer convoy mantendrá señal de radio, en la frecuencia de la policía... mientras que el tercer vehículo, se comunicará a través de los teléfonos móviles. Me ha llamado poderosamente la atención el hecho de que alguien... un desconocido, interfirió la frecuencia de la policía el sábado por la noche. Eso... no se volverá a repetir. ¿Preguntas?

Realmente la Fiscal se había esmerado y su trabajo, denotaba preocupación por los ataques sucesivos que habíamos sufrido. Pero todo plan tiene puntos débiles y solo había que escarbar un poco en el de aquella mujer que tenía una seguridad que dejaba callados a recios policías.

—¿Quién llevará a Bernard? —preguntó Dubois mientras dejaba su taza de café.

—Se hará por sorteo... —comentó ella llevándose las manos hacia atrás casi en un gesto de desafío.

—¿Qué significa eso? —preguntó un oficial en voz baja.

—Significa... —respondió ella—. Que si los que acompañan al detenido... son elegidos al azar... hay menos riesgo de filtraciones... conscientes o inconscientes... no solo no quiero a la prensa... sino que tampoco quiero recoger cadáveres de oficiales. Otra pregunta.

El tono desafiante que invitó a que le preguntaran, disipó todas las dudas de los que allí estaban. Tal vez, era necesario para que una *mujer-fiscal*, pudiera dar órdenes, tal vez era solo su actitud de mando. Aquel tono había disipado las dudas de todos, pero no las mías. Mis viejas alarmas paranoicas me decían que algo podía salir mal. Y eso era algo gordo.

Rápidamente se pusieron en carrera y Dubois, comenzó a dictarle nombres a la Fiscal que ella anotaba en su cuaderno «*Index*». Entonces levantó la vista y me vio y le dijo algo que la traductora me dijo con mirada seria.

—La Fiscal quiere que se retire... —dijo y se me quedó mirando—. Lo siento... —agregó después una frase auténticamente suya.

—Claro... todo sea por el éxito del plan.

Salí afuera y mi primera actitud fue ir a buscar consuelo en la máquina de agua. Luego decidí hablar con el Sargento Benson, aunque hablar, era un decir figurado; cuando intercambiábamos palabras era a través de señas con las manos.

Atendía a una mujer, de aspecto asiático, que señalaba algo en un permiso de conducir. La mujer hablaba mucho y Benson la escuchaba más que como policía, como un sacerdote. Me detuve a mirar la televisión que estaba muy bajo de volumen y debía hacer un esfuerzo muy grande para escuchar las palabras de los presentadores. Al fin la mujer se fue y me acerqué a Benson. Le toqué el hombro para indicarle que quería hablar con él y me respondió con un gesto de su mano, que esperara. Escribía en una planilla, cosas que no quería olvidar. Entonces levantó la vista y me miró.

—Benson... *Hello*. (Hola)

—*Hello...* —respondió y se quedó callado.

—Mis... cosas... —le dije y le hice señas, mímica de una mochila, como una cosa que se lleva en las espaldas.

Hizo un seña de que esperara, pero como si hubiera entendido lo que le decía y buscó una carpeta y señaló una línea donde estaba mi nombre escrito.

—*Here...* (Aquí)

—Bien... —le dije con el pulgar en alto y sonriéndole y luego le hice señas de que no quería nada más.

Mis cosas estaban a salvo. Primero figuraban en las listas tipo «Index» del Sargento y luego, estaban bajo custodia. Allí estaban el tubo de metal de la discordia, y los manuscritos que me había pedido que cuidara, el viejo Ben.

Mi actitud de dejarlas en la estación habían obedecido al hecho de escuchar a mis viejas alarmas. Todo terminaría algún día y yo podría llevarme dichas cosas y mucho más tranquilo, decidir su suerte, es decir, convertirme en su guardián para el resto de mi vida o confinarlas en un museo, como piezas descatalogadas o por revisar.

Mi permanencia en la estación no tenía mucho sentido. Ya había cumplido mis horas de trabajo comunitario a las que había sido condenado, y por cuestiones de seguridad, no debía saber muchas cosas de las investigaciones que se realizaban. Di vuelta hacia la salida a tomar un poco de sano y gélido aire frío. Entonces antes de salir, volvió un tipo de visión, que se estaba transformando en recurrente. Todo se puso rojo como si yo viera la realidad a través de un filtro o estuviera en una vieja habitación para revelar fotos en papel. Luego todo desapareció. Aquello, según mis modestas deducciones significaban peligro, pero yo no había visto nada esta vez. No había imágenes de violencia, de disparos o luchas, nada. Entonces vi llegar a Dubois a la sala de recepción.

—Dubois...

—Ahora no Enrique. Ya escuchaste a la Fiscal.

—La escuché pero te quiero pedir una cosa.

Me miró con una ternura que bien podía ser lástima. Tal vez pensaba que me sentía dolido por haber sido apartado como un papel viejo que ya no se necesita y que me era imperioso decir algo para obtener protagonismo.

—Dilo ahora.

—Ponte el chaleco... y lleva dos armas.

Me miró y sonrió.

—No es una broma compañero. Es un presentimiento que tengo —le dije.

—Claro... —comentó y se fue poniéndose su vieja bufanda gris en el cuello.

La Fiscal llegó también y le dijo algo al oído del Sargento Benson mirándome. De seguro tenía que ver conmigo. Salió y me dedicó un pequeño movimiento de cabeza al pasar cerca mío.

El Sargento no tardó en llamarme.

—Enrique... *come on.* (Ven).

Obedecí. No tenía otra opción.

Casi como un hermano mayor, que tiene algo difícil que decirme, puso sus gigantescas manos en mis hombros y me guio hasta una silla de oficina. Luego puso en mis manos el control remoto de la televisión y estuvo a punto de decirme algo, pero creo que no encontraba los gestos adecuados y no quería parecer un carcelero. Se veía molesto y de seguro tenía que ver, con lo que la Fiscal le había dicho al oído.

La pregunta es: *¿Sospechaban de mi? ¿Por qué? ¿Qué ganaría en hacerle daño al único detenido que podía confirmar mi historia de un villano llamado Dupré que me perseguía?*

Tal vez, la Fiscal no era tan inteligente como yo creía, o no quería perderse la oportunidad de sospechar de alguien para variar. Tal vez, ni siquiera sabía de quién sospechar. Tal vez, solo estaba haciendo su trabajo y era correcto que no pensara en confiar en mi, ya que, técnicamente, no podía participar en el traslado de un detenido a la corte ni otras tareas de rutina de la policía.

A los cinco minutos comencé a cambiar de canales. Vi un hermoso documental sobre los bosques, que en realidad terminó siendo un larguísimo aviso comercial de una empresa maderera. Luego vi otro comercial, sobre la mina de hierro de los alrededores y otro sobre las bellezas naturales del país. Mis ojos estaban llenos de bellas imágenes, pero mi mente se engañaba a distenderse recordando que por una extraña razón había visto todo rojo, como en aquella ocasión en el bosque, donde casi le meten una bala en la cabeza a mi compañero.

—Quiero tomar algo caliente... —dije como si hablara conmigo mismo y me levanté pero alguien, otro oficial me interceptó el paso ofreciéndome una taza de café —. *Thank you... thank you* (Gracias, gracias) —le dije mientras me volvía a sentar.

Todo había sido muy extraño, *¿estaban acaso controlando todos mis movimientos? ¿Qué creían? ¿Qué iba a mentir que iba por un café y me escaparía hacia la calle?*

La máquina de agua, de donde casi todos hacíamos café o un té, estaba en un pasillo interno; imposible tratar de escapar por allí.

Me senté en mi puesto, de observación y vigilancia, no porque yo hiciera esas tareas, sino porque yo, era el observado y vigilado. Y allí, como un hombre sedentario más, o mejor dicho, forzado, disfruté de mi café. Después de todo, aquella situación no duraría para toda la vida. Dentro de un par de horas, con mala suerte, estarían todos aquí sanos y salvos y aquel, «Operativo furioso» para trasladar al único detenido habría terminado, después de que Bernard, se habría negado a declarar o su abogado habría logrado convencer al juez de que su defendido, no era peligroso.

Así, viendo por momentos al sol que asomaba sus débiles rayos por la ventana, trascurrió el tiempo. Escuché a grupos de rock internacionales presentar sus nuevas canciones, algo de deportes, comerciales, decenas de ellos. Y finalmente me harté de estar allí, tomando café mientras alguien podría estar convirtiendo a mi compañero en un colador.

Pero traté de sacar toda la tranquilidad que hubiera, en lo más íntimo de mi ser, para pasar aquel duro trance que me tocaba llevar. Y cuando no quedó más templeza oriental que utilizar, solo me dediqué a ejercitar mi mente, intentando recordar, cuánto tiempo, hacía que esa mujer de aparente ascendencia, china, abrigada con varias bufandas de lana multicolores, estaba hablando con el Sargento Benson, si recordaba, sin mirarla, su color de cabello o alguna seña particular. Quería mantener mi mente activa en cualquier cosa que no fuera para no pensar en aquella situación extraña, por no decir paranormal de haber visto todo de un color rojo que podía, además ya lo había hecho antes, presagiar una tragedia.

Entonces el teléfono de la estación sonó y sin dejar de hablar con la mujer, de rasgos orientales, el Sargento Benson levantó el tubo. Dijo unas cortas palabras y de pronto enmudeció e hizo el gesto con una mano a la mujer para que callara. Algunos oficiales en la estación callaron sus ruidosas charlas y anécdotas expectantes de lo que le decían a Benson del otro lado de la línea.

Entonces colgó y casi juraría que intentó evadir mi mirada. Había preocupación en su rostro que estaba muy contraído. Dejó a la mujer y les dijo algo a otros oficiales que salieron rápidamente hacia afuera. Había pasado algo.

El hombre que me había ofrecido una taza de café, con la aparente intención de que no me despegara de la silla, había ido a los baños que quedaban a la derecha de dónde me encontraba. Yo repasaba mis posibilidades de que hubiera realmente una orden de parte de la Fiscal de no dejarme salir, porque desconfiaba de mi, o solo porque si yo había sido blanco de ataques en anteriores situaciones, era muy posible que atrayera otro ataque, esta vez, sobre el único detenido de la causa. Me imaginaba intentado salir de la estación a hurtadillas y que alguien me sostenía por la espalda. El hombre tardaba en regresar y yo no sabía, si estaba perdiendo el tiempo por tener un miedo irreal o si solo estaba haciendo lo correcto.

Durante mis años de estudiante, nunca había querido pasarme de listo con nadie para que nadie, me sostuviera por la espalda, principalmente las maestras, después algún profesor, de esos cuyas características físicas, lo hacen más parecido a un científico loco, que a un profesor de física o de historia.

Pero mis años de estudiante habían pasado. Aquí, nadie iba a escribir en mi boletín: «*Excelente conducta. Muy buen compañero*», para orgullo de mi madre.

En ese momento llegó el hombre con las mangas de su camisa subidas casi hasta los codos y canturreando una vieja canción de un grupo de rock tal vez, Credeance. Miró en todas direcciones y luego me miró a mi que estaba en mi silla, en mi puesto, como un niño obediente, un buen, muy buen alumno. Yo lo miré y ante su sorpresa de ver poca gente o quizás nadie, en la sala de recepción, donde hasta el viejo Sargento Benson había abandonado su puesto, o había sido succionado por un agujero en el espacio-tiempo, le sonreí y levanté la mano con la taza de café.

—*Coffé?* (¿Café?) —le pregunté y él asintió sin dejar de mirar todo entre sorprendido y un poco temeroso.

Cruzó la sala, tomó mi taza y entonces yo lo señalé a él y a mi, como si por señas, le estuviera invitando una reconfortante taza.

Primero me miró algo desconcertado, quizás porque no había podido digerir, en que momento, «todo el mundo» había desaparecido. Luego asintió, buscó su taza y con la mía también, se encaminó hacia la máquina de agua.

Entonces yo, me puse de pie de un salto y gané la salida tratando de no hacer mucho ruido. Quizás se enteró de que yo también faltaba cuando terminó de hacer la segunda taza, que yo le había invitado.

No recordaba, dónde quedaba la corte, si hacia el norte, el sur, o los otros puntos cardinales. Las dos veces que habían comparecido ante el Juez Maillet me había llevado en automóvil. Si recordaba que habíamos viajado por cerca 10 a 15 minutos por una larga avenida.

Lo primero que debía hacer era poner distancia entre la estación y mi persona así que solo caminé lo más rápido que pude en la dirección en que no podía verme con solo salir a la puerta y gritar: «¡Hey!».

Encontré a una persona que venía casi ocultando su cabeza del frío metiéndose dentro de su abrigo negro y traté de preguntarle.

—¿*The Court?* (La Corte).

El hombre tenía una especie de orejeras de tela gris, con las que intentaba luchar contra la nieve, porque era calvo, joven, pero calvo. Al notar que le hablaba se las sacó y pensó un poco la respuesta.

—¿*The Court?* —preguntó.

—*Yes. The Court.*

Pensó unos segundos mientras volvió a ponerse las orejeras y señaló hacia el sur y dijo:

—*Wabush.*

—¿*Wabush?* ¡*Thank you!* (¡Gracias!) —le grité mientras comenzaba a correr en esa dirección.

Wabush era una especie de apéndice, visto en el mapa de la ciudad. Allí estaba el aeropuerto, donde llegué a Labrador City, trasladado por el helicóptero de la Marina, junto al Pabre Bautiste. Era un lugar muy agradable; el único problema era que estaba a unos 10 kilómetros de donde me encontraba.

Había caminado hacia el sur para alejarme de la estación, pero debía encontrar la avenida 500 que me llevaría directamente a la calle Pumhouse donde estaba la corte. Si corría y no era que tuviera un excelente estado físico, pero quería llegar lo más rápido posible, si corría con suerte tardaría lo suficiente para llegar sencillamente tarde; ¿*podría correr 10 kilómetros en 10 minutos?* Solo el campeón de las olimpiadas. ¿*Treinta minutos?* ¿*Cuarenta?* Seguro que mucho más.

Igual aceleré el paso, todo lo más que pude y antes de que me hubiera alejado mucho, el sonido de una ambulancia me alcanzó y repasó.

«Ojalá y pudiera ir con ustedes» pensé en voz alta. De lo contrario tal vez,

tendrían que venir por mi, si mi corazón pensaba que era demasiado esfuerzo para un solo día.

Ya habrían pasado quince minutos largos y comencé a correr. Lejano como una delgada línea plateada se dibujó en mi horizonte; era el Aeropuerto de Wabush. Ya estaba mucho más cerca, aunque creo que me faltaba cerca de la mitad del recorrido. Entonces uno de los automóviles que parecían diminutos a la distancia y que venía en sentido opuesto a mío, se detuvo a un costado. Reconocí el automóvil cuando lo miré mejor; era el de Dubois.

—¿Qué haces aquí? ¿Buscando un infarto? —me preguntó bajándose del vehículo.

—Escuché... escuché... una llamada que hicieron a la estación... todos salieron... pensé que había sucedido algo grave.

—Y sucedió... —agregó mirando a la distancia achicando los ojos.

—¿Tú estás bien?

—Estoy bien... bien... sí. Ven. Vamos de vuelta a la estación antes de que alguien le vaya con el soplo a la Fiscal.

—¿Qué pasó entonces? ¿O me vas a decir que por seguridad del único detenido...? Y bla, bla, bla.

—Subamos al automóvil. Te contaré en el camino.

Cruzamos la calle con cuidado porque parecía un desfile en un sentido y otro de camionetas pequeñas y grandes. Un hombre solo dirigiéndose tal vez, a su casa, una madre llevando sus hijos a un evento de la escuela, una pareja joven; todos en camionetas grandes y pequeñas.

El automóvil de Dubois tenía calefacción y un cierto espacio donde podía estirar las piernas doloridas.

—Vamos... no me hagas esos suspensos... —le dije.

—Vas muy de prisa ¿lo sabías?

—¡Creí que te estaban convirtiendo en colador! ¡Qué al automóvil lo habían llenado de agujeros contigo adentro y que...!

—Tranquilo... tranquilo. Agradezco tu preocupación. Pero no fue así... llegamos sin ningún tipo de problemas a la Corte donde esperaba el abogado de Bernard. Presentó un recurso... un pedido... ¡no lo sé!, de fianza para su cliente.

—¿Y se la concedieron?

—Así es... por... ¡medio millón de dólares! —exclamó sacudiendo la cabeza fastidiado—. No podrá salir del país, ni de la ciudad sin que el Juez lo autorice... y todos los etcéteras que te podrás imaginar.

—«*Poderoso es don Dinero*» decía un escritor español... un gran escritor y no se equivocaba.

—Y cuando salíamos de la Corte... un automóvil que pasaba, pareció perder el control y embistió a otro que estaba saliendo de donde estaba estacionado. El golpe fue muy fuerte y llamamos a una ambulancia inmediatamente.

—¿Dónde sucedió?

—Fue un accidente... lo vi con mis propios ojos, sucedió cerca de una cuadra de dónde estábamos. No tuvo nada que ver nada con nosotros... nada.

—Yo pensé lo peor.

—Es comprensible... tuvimos que llamar a la estación para informar lo que había sucedido para que los coches patrulla que habían ido al hospital, regresaran a dirigir el tráfico. De lo contrario todo hubiera sido un caos... un maldito y horrible caos.

Una idea terrible me cruzó por la mente.

—Una pregunta...

—Te cambió el color de la cara... —comentó Dubois.

—¡Contestame rápido! Benson... el Sargento Benson guarda bajo llave las pertenencias de los detenidos ¿verdad?

—Bajo llave y desde el año pasado, bajo dos llaves. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si nadie quedó en la estación... ¡vamos rápido!

—Siempre queda alguien. Debe estar el oficial Young. Además no entiendo cual puede ser el problema.

—El de la moto de nieve que fingió ser de una compañía de mudanzas... intentó entrar a tu casa, luego el desconocido de la otra noche, también intentó entrar en tu casa. ¿Por qué dímelo tú? Porque yo estaba allí y conmigo... mis cosas. Mis cosas que nunca saqué de la estación porque allí podían estar mucho más seguras. ¿Quién dijiste que debe estar?

—El oficial Young. Tiene la costumbre... la mala costumbre de cambiar la tinta de los sellos... o de la fotocopidora y se ensucia siempre las manos. Se tarda horas en el baño. Siempre está cantando algo de Credeance.

—Es el que... me pareció que tenía órdenes de la Fiscal de no dejarme mover... de la silla.

—Puede ser —agregó Dubois acelerando más automóvil.

—Cuando me enteré de lo que había pasado... de lo que yo creía al menos, lo engañé y me escapé.

—Sería demasiado que alguien atacara la estación... en busca de lo que sea. Sería demasiado.

Al fin llegamos. Me bajé corriendo y abrí violentamente la puerta. Los que estaban detrás del mostrador estuvieron a punto de dispararme. Eran el Sargento Benson y los otros.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Dubois con ambas manos en sus caderas.

Benson y Dubois hablaron mientras yo me asomé a la sala de recepción. Había papeles desparramados por el piso que los otros oficiales los estaban levantando. Y el oficial Young, estaba sentado, casi tirado en la silla que yo usaba con un paño con hielo en su cabeza.

—¿Qué fue lo que pasó? —le pregunté a Dubois.

—Alguien entró y lo golpeó con algo... con algo contundente. Benson regresaba

en ese momento con un coche patrulla y no le dio mucho tiempo a que hicieran mucho daño en las cosas... en los registros.

—¿Él lo vio? ¿Young lo vio?

—No. Lo atacó por detrás. Benson solo lo vio irse... porque salió por la puerta. Él pensó que era un ciudadano más. Cuando encontró a Young en el piso salió a buscar al sospechoso y vio que se iba en un automóvil...

—Tipo sedán color oscuro ¿verdad?

—Sí... ¿cómo lo sabes?

—Un automóvil así pasó la noche del sábado que tú saliste con Gabrielle... juro que el conductor tenía la vista fija en la ventana de tu casa.

Nos quedamos pensando un segundo.

—¿Y Young como está?

—Le duele la cabeza. En unos minutos... lo llevaremos al hospital. No parece nada serio pero hay que estar seguros.

—¿Benson vio la matrícula del automóvil?

—La vio. La está buscando ahora en la computadora... pero...

—¿Pero qué?

—La Fiscal dijo que tus horas de trabajo comunitario ya han terminado... esto es investigación de la Policía local. Es nuestra... investigación —me dijo seriamente.

—¿Qué quieres decir con...? ¡Oh! ¡Ya entiendo! No debo conocer todos los pormenores de las pistas, investigaciones y malditas patrañas.

—No te enfades conmigo. La Fiscal tiene razón: ya no estás obligado a investigar ningún caso.

—Los desconocidos... algunos que estaban oficialmente muertos hace años... me secuestraron a mi, ¡a mi! Y el último me disparó en tu casa.

—Tranquilo... —Dubois trató de apaciguarme—. Ve a casa. Un oficial te llevará. No salgas por nada del mundo, pide la comida si deseas a mi bar.

Me quedé mirándolo fijamente intentando comprender sus razones, pero que alguien, también comprendiera las mías.

—Me iré a casa... —dije abriendo las manos y dándome vuelta.

—Enrique...

Traté de llegar a la puerta sin contestarle, pero no podía dejarlo así. Al fin y al cabo, también él, obedecía órdenes, así que me di vuelta.

—Entiendo... te entiendo. Iré a casa.

—No hagas ninguna locura ¿entiendes? Yo iré a la noche y hablaremos.

—No hay nada de que hablar. Tienes razón. No soy parte de esta estación. No tienes que decirme todo lo que están investigando. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes verdad? —preguntó.

—Te lo dije: lo entiendo.

—Bien... Laurent te llevará. Espera.

El oficial Laurent y yo éramos viejos conocidos. No de esos conocidos que uno

puede contar, entre sus mejores recuerdos; no es tan agradable decir: «¡Miren! Este hombre y yo nos conocimos cuando tuvo que trasladarme a la estación de policía, cuando llegué al país». ¿Y lo demás? «Luego estuve en una celda privada y fui condenado a Trabajos comunitarios. Definitivamente, el oficial Laurent, no estaba entre mis mejores recuerdos, pero podría haber sido mucho peor».

Me llevó hasta la casa y afuera, a los contados cinco minutos, llegó un coche patrulla a custodiarme, no tanto a protegerme pensaba, sino a controlar mis movimientos. Me senté en el diván, que era mi improvisada cama de todas las noches, a contemplar la casa en penumbras y tuve la firme sensación de que me habían tratado como el chico travieso, que lo envían de regreso a su casa, con una nota para sus padres. Pero tal vez, las leyes, los procedimientos de la policía, y el sentido común de la Fiscal Ferron, todos, tenían razón, o un poco. A pesar de haber corrido, casi dos kilómetros, y de haberme escapado sin ejercer ninguna violencia, de la estación, no tenía hambre, solo un poco de cansancio, mucha sed y... una terrible sensación de que debía hacer algo...

Comenzaba a nevar otra vez, muy suavemente, como lo había hecho todas las veces anteriores. La brisa a veces, parecía una débil cortina blanca colgada en algún punto del cielo. Miré por la ventana esperando que aquel paisaje blanco, tal vez hasta con niños jugando a batallas de bolas de nieve, o con trineos improvisados, me devolviera la tranquilidad en mi alma. Ya era mediodía y a pesar de todo el esfuerzo, no tenía hambre, solo quería recostarme en el diván, imaginando que todo había pasado y que cuando abriera los ojos, el mundo sería un lugar dónde caminar sintiendo como delgados copos de nieve caían en mi cara, o sintiendo el calor de la mano de una mujer como Valerie, la traductora, que ahora la sentía mucho más lejana de mi.

Abrí los ojos y todo estaba en su sitio, las cosas, la casa en silencio, y las imágenes de aquel desconocido disparándose en la noche. Pensé que el mundo bien podía ser un lugar donde caminar de la mano de una mujer, si yo hacía aquello para lo cual me había preparado por mucho tiempo... investigar, por más regaños que me dieran o que me enviaran otras tantas veces a la casa castigado...

Que me impidieran presenciar todos los resultados de las investigaciones de la policía, no quería decir que yo tenía prohibido investigar. Si bien, en un país tan lejano como Canadá, mi licencia valía menos que el papel en la que estaba impresa, pero no necesitaba de una licencia para comenzar a atar los cabos que nadie creía que estaban sueltos.

Había un marcado interés de Dupré por apoderarse del tubo de metal, pero eso era algo que solo yo podía comprender. Para otros, como Dubois, todo era casi del terreno de la fantasía, salido de esas revistas como *Amazin Stories*, donde un visitante de otros mundos traía un mensaje para los gobiernos de la Tierra, o los marcianos solo intentaban por enésima vez, conquistarnos y convertirnos en sus esclavos.

Recordé la sala de interrogatorios convertida en sala de conferencias para que todos, nos enteráramos de los resultados de las investigaciones. Habían investigado las armas y descubierto, que la mayoría o todas, eran robadas, que los sospechosos, que se llevaron sus secretos a la morgue local, eran en su mayoría, exmilitares, o exconvictos con gran experiencia en el manejo del «gatillo». Se había investigado a los vehículos, pero había algo que se les había pasado por alto; la camioneta de mudanzas que había usado el hombre, el conductor de la moto de nieve.

¿Por qué habían escogido esa empresa como «pantalla» y no otra?

¿Cuántas empresas de mudanzas había en la ciudad?

¿Cuál era la empresa en definitiva?

Había muchos interrogantes y quizás muchos más. Solo tenía que tomar el teléfono y comenzar a hacer preguntas, solo que había una barrera muy alta y complicada; el idioma. Tomé la guía telefónica que afortunadamente todavía alguien las conservaba a pesar de la era digital, podían ser algo así como «*objetos fósiles*» de nuestra sociedad.

La sección *Move* tenía solo tres empresas, la Carnini Ltd, Move S. A. y Transfers Corporation. Ninguna se parecía a la frase: «His Move» que yo había visto en el costado de la camioneta.

Si aquello era una fachada, estaba muy claro que no iban a poner una dirección verdadera o un teléfono válido. Pero si había tantas cabezas para pensar en la estación de policía, me resultaba muy llamativo que se hubieran olvidado de un cabo suelto, que podía ayudar en la investigación.

Tenía muchas cosas en mi contra: la barrera del idioma, la imposibilidad de acceder a información útil, como registros de automóviles, matrículas y permisos y mis custodios que tenían la orden de no dejarme mover de la casa. *Prisión domiciliaria*, *arresto domiciliario*, y seguramente había otras palabras elegantes según los códigos penales que se consultaran. Eso era lo que estaba viviendo y me sentía así, como un tigre enjaulado, condenado a caminar de aquí para allá, gruñendo mi suerte.

Tomé el teléfono y llamé a la estación.

—¿Benson?

—*Yes... What I can help?* (Sí... ¿En qué puedo ayudarle?)

Realmente no entendí una sola palabra, salvo la que podía haberse referido a la ayuda o algo así, solo dije una palabra que esperaba fuera entendida.

—Dubois.

—*Wait a moment... Dubois!* (Espere un instante... ¡Dubois!)

Se escuchaba un gran movimiento de gente, otros teléfonos que sonaban. Al final se escucharon pasos y alguien levantó el tubo.

—Dubois.

—¿Dubois? ¡Soy yo! ¡Enrique!

—¡Enrique! ¿Pasó algo? ¿Estás bien?

—¡No! ¡No! ¡Estoy bien! Por suerte no ha pasado nada. Quería decirte unas cosas que recordé ahora... es sobre la investigación.

—Ya te dije que la Fiscal...

—La Fiscal no quiere que sepa detalles de la investigación. Ya lo sé. Pero nada me impide que yo colabore con algún dato ¿o sí?

—En realidad... nada lo impide. Adelante.

—La camioneta de mudanzas...

—Sí... ¿qué hay con ella?

—El de la moto de nieve... estaba con una camioneta de mudanzas... en tu casa, ese día.

—Sí. Lo recuerdo. Eso llamó la atención de Gabrielle.

—Bueno... los oficiales no la investigaron.

—Sí... puede haber sido un descuido... o creyeron que no era importante.

—Investígalo tú...

—Ahora no tengo tiempo. Está por empezar una reunión... con... con gente.

—Investígalo tú cuando tengas el tiempo necesario, pero no se lo digas, ni se lo pidas a nadie de la estación.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Desconfías de alguien?

—Recuerdas la noche del sábado...

—Cómo olvidarlo...

—Bueno. Los oficiales que estaban de guardia en la puerta de tu casa, dijeron que habían recibido una llamada pidiendo que registraran a un sospechoso a unas calles de ahí. Por eso abandonaron el lugar por unos minutos.

—¿Y tú crees qué...?

—Todavía no creo nada, ni tengo pruebas para acusar a nadie. Pero me llama la atención de que sucedan esas cosas en una estación de policía... cosas... inexplicables.

—Bueno... a mi también me pareció extraño, pero primero pensé que fue... luego te llamo. Ah...

—¿Qué?

—No hagas ninguna locura. Eres un ciudadano común... ni siquiera eso: eres un extranjero que acaba de cumplir una condena en este país. No quiero que le des motivos a la Fiscal para ponerte entre rejas.

—No haré ninguna locura. Te lo prometo.

—Eso espero... Tengo que cortar.

El tono de voz de mi compañero denotaba una cierta preocupación; había logrado plantarle la semilla de la duda y ahora tendría que investigar. Yo no podía hacer más, solo lo que dice un viejo proverbio árabe: «*Voy a sentarme aquí a esperar que pase... el cadáver de mi enemigo...*». Nunca había sido bueno para las frases antiquísimas, pero era lo único que se me vino a la cabeza cuando colgué.

Y me acosté en el diván a esperar el paso del tiempo. Ya no tenía el arma que casi me había salvado la vida aquella noche, lo único que podía hacer con un intruso que regresara por la revancha, era tirarle una taza de porcelana directo a la cabeza, esperando ponerlo fuera de combate. La nieve como la arena de un viejo reloj cayó toda la tarde y se detuvo minutos antes de que la oscuridad se apoderara de las calles. Una luz potente iluminó la casa, portazos y un par de saludos algo ruidosos con mis custodios me indicaron de que se trataba de Dubois.

—¡Wow! Realmente se está empezando a poner frío. ¿Cómo estás? —preguntó tirando su abrigo sobre la mesa de la cocina.

—Bien... portándome bien como un buen recluso.

—Estás enfadado y tienes razón... pero la Fiscal también la tiene.

—No estoy enfadado con la Fiscal, ni con mi compañero. Solo con la situación. ¿Pudiste investigar algo?

—Sí... —afirmó soltando un largo suspiro—. Pero no puedo decirte nada... es secreto investigativo.

—Lo sé... lo único que quería saber era si había sido útil...

—Lo fue. Aunque tendrías que explicarme eso de que no querías que lo comentara con nadie de la estación.

—Bueno... no creo que deba decir nada. Después de todo no puedo meterme en la investigación.

—¡Oh maldición! ¡Deja de hacerte el difícil! ¡Larga lo que tienes ahora! —ordenó muy fastidiado—. ¡Ya te dije que no tengo nada que ver con todo esto!

—Está bien... no es lo que tengo... sino lo que he logrado descubrir... puede que me equivoque... o no. La noche del sábado...

—Sí cuando entró el intruso...

—Esa... los oficiales de la patrulla recibieron una llamada pidiendo que registraran a un sospechoso a algunas calles de aquí.

—Eso me dijeron ellos y no tengo modo de desconfiar de ellos. Pregunté en la estación y las oficiales que estaban en la radio, no hicieron ninguna llamada. Alguien usó la frecuencia de la policía.

—Está bien. ¿Cuántos civiles pueden saber la frecuencia de la policía?

—Cualquiera que tenga una radio de banda ciudadana puede saberlo.

—O alguien de dentro de la estación se los dijo. No olvidemos que los identificaron con número de patrulla.

—Sí... es verdad... —comentó sacando una cigarrillo y encendiéndolo—. Es verdad —agregó como si pensara a través del humo.

—Dijiste que lo ibas a dejar.

—Sí... eso dije. Pero ahora lo necesito. Continúa.

—Luego está el punto de la camioneta de mudanzas que estaba aquí... la que conducía el tipo de la moto de nieve.

—Sí lo recuerdo. Cuando me lo dijiste por teléfono pensé que había sido un pequeño error... Luego me puse a investigar, sin decirle a nadie. La camioneta fue comprada... en un negocio de autos usados... de esta misma ciudad. La compraron a nombre de un tal... Jhon Evans, jubilado, muerto hace 10 años. La compraron un día después del incidente en el bosque... cuando fuiste secuestrado y todo lo demás que pasó.

—Claro... perdieron la primera camioneta, que se hundió en el lago y necesitaron otro vehículo.

—Su color original eran gris, pero si lo recuerdas... era blanca. También compraron otro vehículo... el automóvil que vio Benson alejarse de la estación. Fue comprado a nombre de Henry Grant, también muerto en una accidente de tránsito hace 8 años en Atwood.

—Han tenido mucha actividad, los malditos... —dije en voz baja.

—Cierto. Pero no hay mucho más... volvemos a estar en punto muerto... esperando a que hagan otro movimiento y esperando que tengan mala suerte. Como cuando entraron en la estación y golpearon a Young.

—¿Y él cómo está?

—Bien. El golpe no fue nada serio solo... lo dejaron inconsciente.

—Pero aún falta algo —le dije.

—No. No falta nada. Pasé por mi cabeza todos los detalles y no queda nada.

—Me dijiste que cuando estaban en la Corte... hubo un accidente.

—Sí... fue un accidente, yo lo vi.

—Falta investigar a esos automóviles.

—No tengo cabeza para pensar que todo es parte de una conspiración. Lo siento... —comentó sacudiendo la cabeza.

—Te apuesto a que ese automóvil era similar a estos otros vehículos, comprados por personas muertas.

—¿A ver?, ¿por qué piensas eso?

—Por la sencilla razón que al llamar a la estación pidiendo refuerzos... dejaron los archivos, el depósito de evidencias, todo, al cuidado de un solo hombre, que pudo ser reducido...

—O que fingió serlo. Hace un rato estabas insinuando que podíamos tener un traidor en nuestras filas.

—Aún lo pienso... pero no tengo pruebas. Investiga a los del accidente. Deben haber llenado algún tipo de papeleo, algo.

—Lo hicieron. Está bien. Espera un minuto —agregó tomando su teléfono y mientras esperaba—. Otra vez volveremos a comer la comida fría... ¡Hello! ¡I am Dubois! (¡Hola! ¡Soy Dubois!)

Comenzaron a hablar y él ha hacerme señas de que debía esperar. Habló otra vez, como preguntando y finalmente cortó.

—¿Y bien? —le pregunté mientras él se pasaba la mano por su cabello.

—Los que protagonizaron el accidente... uno no es de esta ciudad, es de Palmerston. Su nombre es William Ducetti con antecedentes por robo.

—Otra vez... ¿recuerdas a los hombres del bosque?

—Sí... todos tenían antecedentes.

—Es de la ciudad de Palmerston pero está... ¿aquí?

—Dio un domicilio en esta ciudad, cerca del lago Shabogamo, en la calle... la calle Tamarack, Dr. Tamarack. Hay casas en alquiler allí. Benson le comunicó que no podía salir de la ciudad hasta que tuvieran la audiencia con el Juez... —agregó y se quedó pensando. Me miró a los ojos, cruzó los dedos de sus manos y me dijo—. Tengo un mal presentimiento...

—Yo también.

Se puso de pie y retiró un poco la cortina. Luego bajó la cabeza. Se le había ocurrido una idea. Hacía relativamente poco tiempo que lo conocía y que trabajaba con él, pero casi podía decir, que a veces, se comportaba como un libro abierto.

—Espera un minuto... —comentó y se acercó a la puerta—. Mientras tanto ve si puedes calentar esas raciones...

Salió, y cruzó la calle, para hablar con los oficiales de la patrulla. Luego fue a su automóvil y regresó.

—¿Qué pasó?

—Hace mucho frío... —comentó frotando sus manos—. ¿Se pueden calentar?

—Se puede. Hay que tener un poco de cuidado de que no se pasen... ¿vas a decirme que hiciste o qué?

—Les pedí a los oficiales que fueran al domicilio que dio este hombre... y ya que íbamos a quedarnos solos... traje otra vez mi arma extra... para ti. Si vamos a tener que cuidarnos nosotros solos... es mejor estar bien preparados. Tengo hambre...

—Un poco de paciencia.

Las raciones bien abundantes era de pasta, concretamente spaguetis con una rica salsa roja y un pan saborizado. Le serví primero a él, porque tenía un presentimiento demasiado fuerte.

—Creo que Gastón se esmeró esta vez... —comentó partiendo su pan.

—Así es... —le respondí.

Él terminó primero.

—Estuvo bueno... —comentó y se tiró hacia atrás en su silla—. La próxima vez voy a pedir una ración extra al menos... Haré café —agregó poniéndose de pie.

Entonces sonó el teléfono.

—¿Hello?

Comenzaron a hablar. Después de largos cinco minutos, cortó el teléfono y tomó su abrigo del respaldo de su silla.

—Malas noticias... los oficiales llegaron a la casa y trataron de que alguien respondiera, tanto la puerta de delante, como la de atrás. Forzaron la entrada y lo encontraron sentado en un sillón con varios disparos en el pecho. Tengo que irme. Volveré por el café... cuando termine —se me quedó mirando—. Lo siento... no puedes ir. Ni siquiera tendría que haber dicho eso...

—Te entiendo. Cuídate.

—Tú también... vas a quedarte solo. Cuidado a que le disparas.

—Lo tendré.

Me quedé mirándolo como se iba a pesar del frío que parecía una caricia helada de un fantasma gigante que vivía en algún lugar del bosque no muy lejano.

Luego cerré la puerta y me cuidé de dar todas las vueltas a la llave. Saqué la pistola de dónde la había dejado mi compañero, le saqué el cargador y lo volví a colocar en su sitio.

—Si vienes Dupré... te voy a estar esperando... —dije en voz baja, como si le hablara a las sombras.

En un momento el sueño me venció. Ya no tuve más fuerzas en mis ojos para vigilar continuamente los posibles puntos de ataque; la ventana de la cocina, la puerta de entrada, el pasillo interno de la casa.

Me desperté en medio de la llanura blanca, afortunadamente era de día, pero una terrible sensación me oprimía el corazón; debía correr y correr, aunque no había nadie, ningún ser humano o bestia salvaje a mi alrededor, solo la desolación blanca y el viento, el viento que aullaba como si le hubiera arrebatado las voces a los lobos.

Mis pisadas quedaban en la nieve, y cada vez me hundía más. En mi mente yo sabía que si dejaba un rastro tan enorme, me podrían seguir hasta con los ojos cerrados, pero continuaba corriendo.

Entonces escuché una voz, que parecía surgir del cielo plomizo.

«*Enrique... debes ser fuerte para lograr vencer... la prueba que...*».

Luego todo, la nieve, el cielo se volvía rojo y escuchaba un disparo detrás.

Entonces desperté. Estaba en la casa de Dubois, en el diván que me servía de cama, en la cocina con la luz atenuada, esperando que mi compañero regresara, en rigor de verdad, mi *excompañero* de trabajo y juntos pudiéramos tomar una taza de café, a pesar de que el secreto de la investigación nos obligaba a estar callados algo que simplemente iba generando una tensión que ninguno de los dos, sabíamos si íbamos a poder soportar por mucho tiempo.

No sabía cuantas horas había pasado o si solo habían transcurrido apenas unos minutos. Estaba en la casa donde me alojaba, gracias a la hospitalidad de Dubois, pero toda la sala se volvió roja, los muebles, la luz. Moví mi cabeza hacia uno y otro lado, y aquella extraña visión desapareció.

Tocaron a la puerta. Estaba seguro de que no era Dubois, porque los golpes era demasiados suaves para sus manos, incluso casi eran sospechosos.

—¿Quién es?

—*I am Gabrielle* —respondió una voz femenina.

—¿Gabrielle? —dije en voz baja y luego grité—. ¡Gabrielle!

—*I am Gabrielle* (Soy Gabrielle) —repitió la voz.

Abrí la puerta y efectivamente era ella, Gabrielle, con su abrigo gris y su bufanda multicolor, se acercó y me abrazó, mirándome con gran tristeza a los ojos. No sabía que decirle, sabía que no entendería nada de lo que le pudiera decir. Entonces una silueta que ya me resultaba conocida se apareció en la puerta, con el brazo casi diría en alto, apuntándonos directamente, con una pistola.

—Señor Enrique... buenas noches —saludó Dupré, mi antiguo excliente.

Luego apareció su cómplice, el hombre honorario, del cual, nadie sospecharía, pero que había cometido el imperdonable error de dejar sus huellas en un arma.

—Señor Enrique... —saludó Bernard.

Cerraron la puerta a sus espaldas.

—Por su comodidad le pido que se siente.

Yo le indiqué a Gabrielle que se sentara en un sillón.

—¿Sorprendido de vernos? —preguntó desabrochándose el abrigo.

—¿Juntos? ¡No! Yo era el único que afirmé que ustedes trabajaban el uno para el otro... solo que no tenía pruebas.

—Ni las tendrá —me interrumpió Bernard—. Si tiene suerte será esta la última vez que nos veamos.

—O sea que han venido a terminar su faena... —les dije.

Recordaba la pistola que tenía en mi bolsillo y que por ninguna razón quería que se me notara. El pequeño problema era que Dupré no me sacaba los ojos de encima y controla cada uno de mis movimientos; él tenía el dedo en el gatillo y yo tardaría al menos 15 segundos en sacar el arma y disparar.

—Está equivocado esta vez... —acotó Dupré con su acostumbrada sonrisa de «un millón de dólares»—. Debería cobrarme la herida que me hizo la otra noche... pero, como siempre yo tuve suerte y usted... muy mala puntería. Solo fue un rasguño. Usted tomará su abrigo y con la señorita como garantía... nos acompañará al bosque, donde usará esta cosa, como debe usarse.

Cuando dijo «Esta cosa...» sentí un escalofrío. Dubois se negaba a creer en conspiraciones pero a veces, todo estaba ante los ojos de uno.

Sacó de los bolsillos de su abrigo, a mi tubo de metal y ya no sonrió.

—Así es Enrique... lo tengo. Conseguí sacarlo del lugar donde usted lo había guardado muy seguro... pero nada está seguro en este mundo.

—Cristof... debemos irnos —comentó Bernard.

—No dejaré a Gabrielle con nadie. No tiene nada que ver. Déjela ir.

—Creo que no entendió... los dos nos acompañarán al bosque... y rápido. Mi socio tiene razón... adelante y no intente nada extraño... —ordenó señalando la puerta con su arma—. Un momento... revísalo Bernard.

Me encañonó con su arma y revisó mis bolsillos.

—Ajá... —comentó Dupré cuando vio el arma—. ¿Pensaba dispararme otra vez? Déjala aquí. Vamos que nos estamos retrasando.

Afuera nos esperaba un automóvil del mismo color que el que yo había visto aquella noche.

—Déjenla ir a ella. Yo... —les dije.

—De ningún modo. ¡Suban ahora!

El coche arrancó casi a toda velocidad. Adelante, Bernard manejando conmigo de acompañante, atrás Dupré con Gabrielle. Hicimos apenas un par de cuadras y enseguida tomamos una calle rumbo a una de las colinas que rodeaban por el norte a la ciudad. Pero no fuimos a ese lugar. Por la oscuridad que reinaba a nuestro alrededor, no podía ver muy bien a dónde nos dirigíamos, pero no era hacia una de las colinas. El automóvil anduvo muchos kilómetros hasta que se detuvo en un lugar, donde a la derecha había, en plena llanura blanca, un pequeño bosquecillo, que a la

distancia se veía como un objeto indefinido.

—Caminen... —ordenó secamente Dupré.

Yo tomé la mano de Gabrielle y ella me abrazó por la cintura. A medida que avanzábamos me preguntaba por qué había escogido un lugar tan apartado de la civilización y que podía pretender en realidad. Gabrielle me miró directamente a los ojos y yo con un gesto le indiqué que no hablara.

—No intenten nada idiota... —comentó Dupré a nuestras espaldas—. ¿No han visto todavía dónde están?

Pero ella habló en voz baja.

—Telefone... here...

—¡Cuidado con lo que intentan! —gritó Dupré.

Volví a hacerle el mismo gesto esta vez, con el dedo índice sobre mi boca como el clásico cuadro de los hospitales. Intenté pensar que había dicho, pero no quise llamar la atención de Dupré.

Cuando nos acercábamos al bosquecillo noté la red de camuflaje tendida sobre un gran objeto, un bulto muy grande. Luego recordé que podía ser; el helicóptero robado. También traté de recordar que había hecho Dupré al detener el automóvil; *¿había tocado una pequeña palanca?, ¿había presionado un botón secreto? ¿Qué era eso?, ¿una especie de alarma escondida? ¿Quién iba a pretender robarle si estábamos a menos de 15 kilómetros de la ciudad?*

Antes de llegar al bosquecillo, es decir, metros antes, Dupré nos ordenó que nos detuviéramos.

—¡Alto! ¡Dense vuelta! ¡Bernard!

Bernard, como un soldado que ya conocía sus órdenes se acercó y apartó a Gabrielle varios metros y se quedó con ella sujetándola del brazo.

—Enrique... aquella noche pensamos que si dejábamos este tubo sobre una de las mesas... podíamos atraparlo, pero usted nos sorprendió. La nave pareció obedecer sus órdenes y se nos escapó... No podíamos creer lo que veíamos, pero había sucedido. Ahora usted hará lo mismo... y si no...

—¿Y si no qué Dupré?

—Lo mataré... a usted y a ella... ¿morirá por proteger un secreto... que ni siquiera entiende?

—Tal vez... si lo pienso dos veces... tal vez sí... al proteger ese secreto... estaré protegiendo a todo el mundo... de hombres como usted.

—¡Al diablo con todo maldición! ¡Solo tiene que tocarlo y ya! ¿Es tan difícil?

Tal vez, tenía razón. Tal vez, no comprendía nada de porque ese tubo de un metal desconocido funcionaba de esa manera. El profesor Guillermo me había pedido que fuera el guardián de eso que él sentía como su legado, pero *¿debía yo llegar tan lejos?* Y ahora, no solo estaba en juego mi vida, sino también la de un inocente, la de Gabrielle. De pronto, la voz de Dupré se apagó. Era como si alguien le hubiera bajado el volumen. Todo se volvió rojo otra vez y vi a Dupré caer hacia atrás, pero

como si lo hiciera en cámara lenta. Era una imagen propia de los sueños o de las pesadillas, porque no solo caía hacia atrás, sino que rodaba por la nieve una y otra vez. De pronto todo volvió a la realidad.

—¿Me escucha Enrique? ¡No lo diré otra vez!

—Ya lo escuché... —di unos pasos y él me apuntó con su arma.

—¡Alto! ¡Le dije que no intentara nada estúpido o lo pagará!

—¿Quiere que toque el tubo o no?

—No se haga el listo... —acotó metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo. Sacó el tubo y me lo tiró a los pies. Al rodar el tubo marcó un pequeño surco en la nieve.

Lo tomé en mis manos. Al instante se abrieron las aletas semicirculares que tanto me habían intrigado.

—Ya está. ¿Lo vé? Ahora déjenos ir.

—No tan rápido Enrique. Hágalo otra vez... mucho más lento.

Tomé el tubo otra vez y lo sostuve como si lo acunara; las aletas desaparecieron, pero me sentí diferente. No había tenido mucho tiempo de investigar las posibles energías que desprendía el tubo, pero podía jurar que antes, me sentía muy bien, y ahora, esa sensación había cambiado. Miré con mayor detenimiento las inscripciones y dos de ellas parecieron iluminarse con el color rojo que había visto en mi visión. La sensación de frustración ahora era casi de miedo; sentía unos deseos terribles de devolverle el tubo a Dupré. *¿Cómo podía ser posible?*

—Debe sostenerlo fuertemente... así... —las aletas volvieron a abrirse—. Y... sostenerlo varios minutos en su mano... tome —le dije y me acerqué con el tubo bien separado de mi cuerpo.

—Lentamente... déjelo ahí... sobre la nieve... y ahora atrás —ordenó apuntándome con la pistola. Hizo una mueca de dolor y se llevó la otra mano hacia la herida que yo le había causado.

Se acercó y tomó el tubo y las aletas se abrieron.

—¡Lo logré! —gritó con una sonrisa de triunfo. Sus ojos brillaban de fascinación—. Y esto... ¿qué significa?

—La nave abre o cierra su compuerta principal...

—Y la nave volverá ¿verdad? ¡Yo lo sé! ¡Estoy seguro!

Yo no lo sabía; pero había aprendido a decirle a los enfermos con el poder, a decirles lo que ellos querían escuchar.

—Volverá... pero no aquí...

—Ah... —agregó él como si pensara, como si sopesara cuidadosamente mis palabras—. Ya lo comprendo. La nave volverá... en los puntos marcados en esos pergaminos que tenía en su mochila...

«¡Los papeles del viejo Ben! ¡No podía ser!».

—Sí...

Un gran viento se levantó en ese instante, hizo que se cubriera una parte de su

cuello con su abrigo. Casi estuvo a punto de abandonar todo y buscar refugio en el bosquecillo.

—Entonces creo que... no voy a devolverle... tampoco... esos papeles que descubrí...

—¿Al menos va a devolverme mi mochila?

—Puede encontrarla en el depósito de la estación... solo saqué el tubo... y los papeles que llamaron mi atención. Bien Enrique... ¿eso es todo verdad?

—Es todo —dije abriendo mis brazos—. No pude descubrir nada más...

—¿Está seguro Enrique? ¿Pretende que le crea que no buscó mil detalles en el interior de esa nave?

—No pude comunicarme con nadie. Se lo juro. Siempre estuve dormido. Algo... algo hizo que durmiera y durmiera... y los sonidos... ¡parecían que sonaban en mi mente!

—Basta.

—Estoy diciéndole la verdad. Aquello más que sueño... parecía una pesadilla de la que no podía despertar.

—Basta... yo lo averiguaré por usted. Es demasiado peligroso... de lo contrario... lo llevaría conmigo —hizo un gesto como si pensara, como si dudara—. Hasta nunca... —comentó mientras caminaba hacia el bosquecillo—. Puede regresar en el automóvil... —agregó señalándolo con la pistola—. Aún tiene combustible.

Bernard dejó a Gabrielle y se acercó rápidamente a él. Gabrielle me abrazó por la cintura y dijo otra vez.

—*Telephone... here* —susurró señalando su abrigo.

—¿Un... un teléfono? ¿Tienes un teléfono ahí?

—*Yes... ¡yes!* —afirmó ella.

Miré el automóvil, pero recordé lo que había hecho antes de bajar; ¿tocar un botón secreto?, ¿una palanca?

Dupré había obtenido lo que buscaba y aún un poco más con los papeles del viejo Ben, y nos dejaba vivos. *¿Por qué tanta inesperada generosidad? ¿No se suponía que los villanos, jamás dejaban a alguien que «pudiera contar el cuento»?* Entonces una idea terrible cruzó por mi mente mientras escuchaba el motor del helicóptero tomar velocidad y el viento que generaba se abatía sobre nosotros. Dupré no había activado ninguna alarma, había activado una bomba. Cuando pusiera en marcha el vehículo volaríamos por los aires y desaparecerían los únicos testigos. Qué explicación daría Bernard a las autoridades, no las podía imaginar, tal vez solo desaparecería y se transformaría en uno de esos muertos oficialmente como aquellos que nos habían disparado o en mi caso, intentado secuestrarme.

El helicóptero se elevaba; las ráfagas de viento y la nieve casi nos impedían respirar. En aparato se alejó rumbo a la calle donde habíamos venido en el automóvil. Entonces empezó a moverse hacia uno y otro lado, luego giró hacia la derecha y luego más violentamente hacia la izquierda. Entonces se elevó y cayó pesadamente

sobre el automóvil y explotó con una gran llamarada que se elevó más alta que la altura que había alcanzado en el aire.

Nos tiramos al suelo abrazados para protegernos de la onda expansiva, que no tardó en tirarnos hacia atrás. Helicóptero y automóvil, eran una única bola de fuego y metal que se retorció y ardía con fuegos de un color que casi cegaba la vista.

A lo lejos, se escuchaba otro sonido, el de un coche patrulla de la policía.

Caminamos y nos alejamos más de la explosión para no ser alcanzado por los pedazos de metal que caían. Hubo otra explosión más pequeña. La sirena parecía estar más cerca.

A una cierta distancia, nos pusimos de pie. Gabrielle me miró con los ojos húmedos y se refugió en mi hombro. Un automóvil se detuvo y se escuchó un portazo.

—¡Gabrielle! ¡Gabrielle!

La voz de mi compañero y amigo terminó de tranquilizarme; ya estábamos a salvo...

Y la pesadilla no había terminado; faltaba el papeleo y más papeleo. Era la pesadilla de Dubois y ahora se había convertido en la mía. Fue toda una noche sin dormir, aunque finalmente me desplomé en un silla a eso de las 5 de la mañana. Creo que en un momento en el que todavía estaba consciente pero no quería abrir los ojos, para dejar que el sueño finalmente me atrapara, alguien, un samaritano o una samaritana, me arropó con una frazada con cuidado. Desperté cerca de una hora después y al notar la frazada, la agradecí mentalmente y luego me volví a dormir. A eso de las 7 y 20 minutos, abrí con fuerza los ojos y con un dolor terrible de cabeza, como si ese helicóptero me hubiera caído encima en lugar de encima del automóvil.

—Arriba dormilón... —ordenó Dubois—. Aquí tienes una taza de café negro... el más negro que hayas tomado alguna vez. Y ven conmigo —agregó haciéndome una seña con la cabeza.

—Espera un momento... debo mojarme la cara...

—El baño está... por allá.

—No voy a ir al baño... —dije abriendo un poco la llave del *dispenser* y con unas gotas me mojé la cara.

—Te estás volviendo un salvaje ¿lo sabías? Sígueme a la sala de interrogatorios.

—¿No pueden esperar un poco?

Pero la sala estaba vacía. Él apartó una silla para mí y otra para él.

—Te invitaría a que lo tomáramos afuera... el aire está más limpio... pero el frío... anoche... después de que los recogimos en el bosque... nevó y creo que aún lo hace.

—¿Cómo está Gabrielle?

—Bien... en su casa. Le pedí a la Fiscal un coche patrulla para que la cuiden... La cuidaste bien.

—Pienso que tuvimos suerte. Dupré estaba muy confiado en que nadie sabía dónde estábamos... y por eso no nos disparó cuando obtuvo todo lo que quería.

—Pero los encontramos... en el abrigo de Gabrielle... tenía un viejo teléfono celular... y lo pudimos rastrear... de hecho, ella siempre usa dos teléfonos... el táctil... y este otro teléfono viejo... porque nunca se queda sin señal... y no se queda sin batería. Estaba a punto de ponerlo a cargar cuando... estos... malditos, llegaron y se la llevaron. Encontraron el otro teléfono sobre la mesa y lo apagaron. Pero el otro estaba encendido. Yo tenía que hablar con ella... y cuando llamé a su teléfono y lo encontré apagado me dio que pensar. Estuve a punto de llamarla al otro... pero no lo hice. Yo había ido a ver el cuerpo de ese tipo que había tenido el accidente esa mañana en la Corte y que los oficiales de la patrulla habían encontrado. Los muchachos de criminalística se estaban tardando en llegar y yo decidí en llegarme por la casa de Gabrielle. Lo hice y al llegar... el encargado me dijo que había salido en compañía con otros dos hombres y sospeché más. Volví esta vez a la estación y

busqué a los técnicos de computación. Le pedí que rastreara ese número de teléfono y las coordenadas que obtuvo lo daban muy lejos de la ciudad. Entonces tomé una patrulla y los encontramos.

—Y todo eso... ¿en cuánto tiempo?

—No sé. Cuando el encargado me dijo que se había ido con dos hombres que él no conocía... creo que lo hice todo en cinco minutos. Volando.

Se quedó en silencio disfrutando de su taza de café. Luego me miró.

—Tú... ¿estás bien? Todo terminó al fin.

—No terminó. No todavía. Dupré tenía el tubo de metal... mi, tubo de metal. Y también unos papeles que el viejo Ben me pidió que cuidara cuando él muriera.

—¿El tubo? Entonces...

—Lo sacó de aquí —dije señalando con el dedo índice la mesa—. De aquí, de la estación.

—Maldición... ¡maldición! ¡Cómo rayos hizo para burlar la vigilancia! —gritó golpeando la mesa—. Estoy harto... ¡harto!, de estos malditos... con licencias a nombre de muertos... con armas robadas.

—Entonces pongámosle fin... —dije poniéndome de pie y saliendo de la sala.

—Enrique... —me llamó Dubois a mis espaldas—. ¡Enrique! ¡Qué vas...!

Caminé directamente hacia la sala de recepción. Había un hombre llenando una forma, como le dicen a los formularios. El Sargento Benson estaba en su puesto, Young, Laurent y los otros estaban en sus escritorios. Valerie, la mujer que había oficiado de traductora, hablaba con otro oficial; ya comprendí porque parecía tan lejana la última vez que la había tenido cerca. Tal vez, la barrera del idioma me había jugado mal otra vez, o solo eran cosas de la afinidad, «la piel», que había encontrado en otra persona. Como sea, no era momentos para pensar en esas cosas. La televisión estaba pasando un largo comercial de una aerolínea con el volumen muy bajo.

Dejé mi taza sobre el escritorio de Benson.

—Young... —dije.

El oficial tardó un poco en levantar la vista, lo que hizo que algunos primero y luego todos, comenzaran a fijarse en mi. Los otros comenzaron a bajar la voz y el silencio comenzó a apoderarse de la sala. Dubois se paró a mi lado mirándome la expresión de mi rostro y mirando hacia donde yo, miraba.

—Traduce —le dije en voz baja a Dubois—. Bernard habló antes de morir... dijo que te pagaron para robar mis cosas del depósito de evidencias... y no solo lo dijo... lo dejó en un grabador...

Young se puso de pie mirando a todos, mitad sorprendido, mitad horrorizado. Entonces comenzó a decir cosas, como si discutiera con Dubois. Empujó a Laurent para que lo dejara pasar, pero Laurent lo empujó a él e intentó reducirlo, pero Young sacó su arma y nos apuntó a todos. Al pasar cerca de Valerie, la tomó por los hombros y le apuntó al cuello.

Dubois le dijo algo pero continuó apuntándonos, usando a ella como escudo y

caminando hacia la puerta de entrada. Entonces una mujer de aspecto oriental, que yo la había visto varias veces hablando con el Sargento Benson abrió la puerta y con ella le sacó el arma de las manos.

—¡Valerie! —grité y ella se tiró al suelo tal vez hasta por obtener la pistola que se le había caído.

Yo tomé la taza que había dejado sobre el escritorio y la lancé directo a la cara de Young. El golpe lo tomó por sorpresa y lo hizo caer hacia atrás. En segundos tenía dos oficiales encima de él, reduciéndolo. Benson ayudó a Valerie y a la señora Lee a ponerse de pie que no dejaba de hablar, o insultar, en su idioma.

—¡Buen tiro! —comentó Dubois—. Deberías ser lanzador de pelotas de Béisbol.

—Solo tuve suerte... Valerie...

Valerie había conseguido ponerse de pie y los colores comenzaban a volver a sus rostro.

—Estoy bien... estoy bien... gracias.

A los empujones pasaron al oficial Young a los calabozos, mientras Dubois lo miraba con las manos en sus caderas.

—No puedo creer... que un oficial de los míos... se vendiera por dinero —comentó sacudiendo la cabeza.

—Ya te lo dije: «*Poderoso es Don dinero*».

—*Benson...* —lo llamó Dubois y hablaron casi en confidencia.

—¿Puedo saber qué pasa?

—Negativo. Solo tienes que esperar... del otro lado del mostrador... dónde el Sargento Benson te tomará tu declaración... todo esto es asunto de la policía.

—Lo que usted diga comisario... —dije levantando las manos.

Y así fue. Después de una espera de cerca de una hora, con la intervención de la traductora, que ya se había repuesto un poco del mal rato, hice mi declaración sobre lo sucedido en la sala. Lo demás, otra vez, volvía a ser, secreto de investigación.

Cuando me dejaron irme, salí a la calle a respirar aire fresco. Uno de los lagos estaba cerca, el *Beverly* y caminé hasta llegar casi al borde. Se notaba frío, pero todavía no se había congelado en su totalidad, tal vez, por su proximidad con la ciudad, y las temperaturas que despedían los automóviles y la actividad humana misma. Tome una pequeña piedra y la lancé al lago. El sol quería asomarse por momentos por ese cielo que era una especie de prisión en ruinas.

Caminé largo tiempo por la orilla del lago disfrutando del paisaje que tantas otras veces solo había visto en documentales o películas. Vinieron a mi mente imágenes de lo que había pasado la última noche y de lo que debía decir a las autoridades. Al mismo tiempo pensé: «¿A quién le importa o le importará la verdad?». Había vivido una extraordinaria experiencia, como volar en una nave, comunicarme o mejor dicho, intentar comunicarme con una inteligencia no terrestre, pero de todo eso, no tenía ninguna la más mínima prueba. La única prueba de la que disponía, un tubo hecho con un material que no era de este planeta, que despedía una extraña energía, y que

parecía tener una relación de funcionamiento con la nave, había sido destruido en la explosión que se había llevado dos vidas humanas. También habían perecido los documentos, cuya autenticidad no había podido verificar, que probaban la posible relación con otros universos, los llamados universos paralelos.

Al menos me consolaba, de que si ese tubo de metal, era tecnología no terrestre y los manuscritos, tenían una valiosa información, al menos no había caído en malas manos y ya no existiría ese riesgo nunca más.

Allí me quedé mirando los rayos del sol que intentaban asomarse por las grietas de lagunas de las nubes y luego volvían a su encierro...

A la policía local le llevó dos semanas más cerrar el caso, con la traición del oficial Young incluida. La última parte fue más sencilla porque una cámara de seguridad, tomó el momento en que alguien, no necesariamente Benson, que era el encargado de la custodia del depósito de las pertenencias de los detenidos y sospechosos, un oficial entraba y sacaba unas cosas en una bolsa de plástico negra. Al detener la imagen, se ve muy claro, el rostro del oficial Young. Luego, ante el peso de la evidencias en su contra, Young había confesado que lo había hecho por una gran suma que necesitaba para cubrir la hipoteca de su casa. Bernard y Young se conocían de mucho tiempo atrás, y a él, el difunto cónsul honorario, se le había ocurrido, la idea de tener, «un hombre», dentro de la estación.

Los de criminalística encontraron entre los hierros retorcidos, el block del motor del automóvil y confirmaron el registro; el automóvil que había explotado y el que Benson había visto huir de la playa de estacionamiento de la estación eran el mismo. De los cuerpos, nada o menos que eso, aunque una de las armas, fue hallada a unos trescientos metros de la explosión y reveló ser la misma que me había disparado esa noche del sábado contra mi, en la casa de Dubois y la misma que había terminado con la vida del pobre desempleado que había cobrado por provocar un accidente, uno bueno que exigiera más oficiales para dejar por un instante sola la estación y el depósito de pertenencias y evidencias.

La Fiscal Ferrón tuvo tanto trabajo que pidió unos días de descanso extra para reponerse, pero le valió una buena mención en su legajo.

Durante las dos semanas que duró el término de la investigación, me dediqué a hacer largos paseos a las orillas de todos los lagos, *el Tanya, el Beverly, el Shabogamo, el Quartzite*, para llevarme un gran recuerdo de la naturaleza del lugar y no imágenes de cuando me perseguían o me disparaban desconocidos.

Caminaba por la orilla del *Shabogamo*, cuando escuché el sonido corto, de la sirena de una patrulla a mis espaldas; el conductor y único tripulante era Dubois.

Se bajó ajustó su abrigo sobre su pecho y caminó con la vista baja.

—Me costó encontrarte... me dijeron en el bar que habías salido en esta dirección, pero en un segundo... ¡zas!, te le habías perdido de vista.

—Soy un poco rápido para caminar. En mi país lo era hasta que... tuve un accidente.

—¿Ah sí? ¿Fue grave?

—Algo... estuve rengo por varios meses... y me costó volver a caminar sin problemas. Por eso... camino con cuidado... pero... a veces se me olvida.

—Como a todos... a veces se nos olvida... que tal o cual cosa... no debemos hacer... o debemos tener más cuidado.

—Así es... y a propósito, ¿has dejado de fumar?

—Lo estoy intentando... y creo que no me va mal... hay días que no pruebo el cigarrillo.

—Bien por eso... —dije caminando despacio y mirándolo a la cara.

—¿Vas a caminar todo el tiempo o podemos detenernos a charlar? Además... hace mucho frío... —agregó subiendo los hombros.

—Vamos a la patrulla entonces.

—Vamos que se me van a congelar los pies.

—¿Sabías que a veces eres muy exagerado? —le dije.

—Exagerado o no... no quiero tener fríos los pies. Los tendré cuando se me termine mi buena suerte... —acotó abriendo la puerta del automóvil.

Adentro refregó varias veces sus manos y encendió la calefacción.

—¡Wow!

Luego hicimos un gran silencio; él mirando con mirada perdida el horizonte blanco hacia algunos lados, otras salpicado de puntas verdes como extrañas flechas que apuntaban al cielo. Los bosques comenzaban de nuevo a ganar su espacio en aquel lugar.

—¿Sabes que no habrá juicio verdad?

—No lo sabía... pero lo deducí... no tenemos sospechosos a quien acusar. Mejor dicho... ustedes la policía... no tiene sospechosos a quién acusar.

—¿Otra vez con eso? ¿Todavía te duele que te apartaran de la investigación?

—No lo dije con ese sentido... si pareció así... me disculpo.

—Bien... —dijo bajando la vista.

Hicimos otro gran silencio. Dubois hacía eso cuando tenía cosas difíciles que decir; había aprendido a conocerlo bien.

—No habrá juicio. Solo habrá un tribunal para juzgar la conducta de Young... pero de seguro que lo echarán de la Fuerza. No se puede seguir confiando en un oficial de la policía que se ha portado de esa manera... lo siento por él.

—¿Eso es todo? Te faltó decirme cuando quedaré libre... para la Justicia... para poder... volver a mi país.

Miró hacia abajo. Intentó disimular su actitud, pero no lo consiguió.

—La Fiscal... cree que será muy pronto... tal vez en unos días. ¿De dónde sacarás dinero para el pasaje de avión? ¿No irás a intentar volver en otro barco no?

—No... creo que no. No fue una buena idea primero... y no lo será ahora. Ahora... pediré ayuda a mi consulado... para que me paguen el pasaje de vuelta.

—¿Sabes? El alcalde de la ciudad... tiene una política... de no dejar que queden

casas... solitarias... abandonadas... como la casa del viejo Ben. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo... pero no entiendo...

—Hace que... bueno... les da un permiso para que personas... honestas... gente de trabajo... ocupen esas casas... por un tiempo. Luego si las han cuidado bien... el tiempo puede prorrogarse... digamos otros seis meses u otro año.

—Muy interesante... pero...

—Podemos hablar con el Alcalde... —comentó como si intentara evadir mis frases—. Yo mismo puedo hablar con él. Es una casa pequeña... pero en buen estado... solo hay que pintar la cerca... remover la nieve... al menos, día de por medio.

—¿Estás insinuando que me podía quedar en la casa del viejo Ben?

—Si no te molesta vivir en la casa de una persona muerta. El pobre viejo no murió allí... murió en el hospital.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces? Ya te lo dije: es una casa en buen estado... —bajo la vista como un chico travieso que teme confesar su falta—. No es que me moleste... que me moleste que te sigas quedando conmigo... es que... Gabrielle y yo... queremos probar un tiempo... la convivencia.

—¡Te felicito compañero!

—Gracias... fue muy duro... encontrar valor para pedírselo... pero ella me ganó de mano —me miró mientras yo tenía la mirada perdida en el horizonte blanco—. Valerie... tú... te diste cuenta ¿verdad?

—Me di cuenta sí. La última vez que... ofició de traductora... estaba... ¿cómo decirlo? Un poco... un poco lejana. Luego la vi hablando con un oficial de la estación y... sumé dos más dos.

—Sí... —afirmó dando un corto suspiro, con cara de resignación—. Parece que se entienden con Laurent... son jóvenes los dos... y... cercanos...

—Yo lo entiendo. No te preocupes.

—Está muy agradecida por... por cómo la defendiste de Young pero...

—Está bien. No te preocupes.

—A veces las cosas... suceden así... ¿Tienes trabajo en tu país?

—No... la última era una fecha mala... una de esas... rachas. No había trabajo ni siquiera para encontrar a una mascota desaparecida. A veces pasa... el problema es que hay que pagar las cuentas... el alquiler de la oficina, los impuestos.

—Aquí puedes tener trabajo como asesor en la estación... —agregó dándose vuelta de repente a mirarme. Parecía un chico excitado con una nueva aventura.

—¿Asesor eh? Suena bien —le respondí.

—Y con respecto a la casa... solo tendrías que pagar los impuestos...

—Suena tentador... —dije mirándolo con una mirada pícaro. Era difícil para él y no era mi intención de que continuara así—. Acepto...

—¡Excelente! ¡Hurra! —gritó con sus brazos en alto—. ¡Vamos a celebrarlo!

Vamos... o la batería se apagará...

Encendió el motor y lentamente dio vuelta en la calle Tamarack para subir hacia el edificio de la Alcaldía, dando gritos de alegría.

—¿Y si pasamos por mi bar?

—Los trámites primero... siempre hay tiempo para celebrar...

—Tienes razón... —comentó sacudiendo la cabeza hacia un lado... Vamos a ver al Alcalde.

Yo miré hacia el cielo; nevaba otra vez, en Labrador City... un lugar en el mundo que hacía todo lo posible para adoptarme, para detener mi paso de peregrino de la vida, al menos... por un tiempo.

Notas de autor.

El cerro *Uritorco*, mencionado en este humilde relato, es fuente de muchísimas historias y anécdotas relacionadas con avistajes de luces extrañas similares a las relacionadas con el fenómeno *Ovni*. Entre ellas está el hecho de que los lugareños cuentan que sobre una de las laderas del cerro Pajarillo, muy cercano al Uritorco, apareció una mancha de un color distinto de la vegetación. Algunos escépticos argumentaron que cuando viniera el invierno, es decir la estación seca del año, la mancha cambiaría de color o simplemente desaparecería. La mancha, supuesta marca del descenso de una nave extraterrestre, se puso aún más verde que todos los pastos de la región y aún perdura a pesar de los años.

La otra historia, que ronda el mito y la leyenda es que en las profundidades del cerro se encontraría una ciudad subterránea y secreta llamada *Erks*, cuyo acceso se develaría solo a algunos privilegiados.

Los que buscan basamento científico a todo, explican que la zona es rica en cuarzo de allí, su misteriosa energía que seduce a todos los que la visitan.

Hay que mencionar que los *Terrones*, un paraje muy cercano, era lugar de ceremonias religiosas por parte de los pueblos originarios que habitaron la zona, antes de la llegada de los conquistadores españoles.

Lo mencionado sobre un lugar en la *Bahía de Hudson* en Canadá, tiene entusiastas e incrédulos. Algunos dicen que la zona fue un lugar donde impactó un meteorito hace millones de años. Algunos científicos dicen que no hay evidencia de ello.

Algunos dicen que la zona tiene diferente gravedad; dicho de otra manera la aceleración de la gravedad, que nos enseñaron en el colegio que es igual en todo el mundo, allí, por un extraño adelgazamiento de la corteza terrestre, sería diferente y podría cambiar con las estaciones del año.

Lo mencionado sobre los hechos trágicos sucedidos con los expedicionarios *Mallory e Irvine*, es asimismo *verdad*. El cuerpo fue hallado 75 años después de que se lo reportó como desaparecido y fue encontrado, fosilizado, por las extremas temperaturas de la montaña. Hay que mencionar que hay decenas, tal vez cientos de cadáveres fosilizados a lo largo del trayecto que los escaladores deben seguir; son parte de los cientos de expedicionarios que intentan desafiar a la montaña todos los años y llegar a su cumbre.

Lo mencionado sobre el barco *Mary Celeste*, es asimismo *verdad*. Constituye hasta el día de hoy, uno de los mayores enigmas de la navegación.

Lo mencionado sobre la comunidad *Cree* es asimismo *verdad*; hasta el momento son la única comunidad de pueblos originarios que posee una aerolínea.

Otra cosa que a mi modesto entender creo que es digna de mencionar: Existe un organismo, una oficina, dedicada, preparada especialmente para un posible contacto con una civilización extraterrestre, un contacto oficial, se entiende y es parte de la

ONU. Se llama: *Oficina de Relaciones del Espacio Exterior de la Organización de las Naciones Unidas (UNOOSA*, por sus siglas en inglés). Hay una persona que está a cargo de recibir a los visitantes de otro planeta según un protocolo de la ONU es la astrofísica malaya Mazlan Othman, en la actualidad.

Finalmente debo agregar, que existen innumerables relatos, a lo largo y lo ancho de todo el mundo, de personas que han visto naves, de un posible origen extraterrestre, digo esto, porque lo que ellos vieron, no era un avión militar, ni siquiera uno de los más avanzados. La aparición de Internet y de sitios populares como YouTube.com han hecho proliferar aún más, esta vez con fotos, y vídeos, con distintos grados calidad visual y sonido.

En un capítulo de la popular serie de divulgación científica *Cosmos* del astrofísico *Carl Sagan*, mostraba diferentes luces en el aire que parecían ser los tan buscados «*Platillos voladores*» y daba las verdaderas explicaciones; una era un resto de una nave terrestre, concretamente una Misión Apolo regresando a la Tierra, etc., etc...

Esta humilde novela, no quiere presentar, ninguna verdad, irrefutable; solo es una historia de ficción, con el agregado de los puntos de vista del autor sobre el tema.